

La Casa de la Alegría

Por

Edith Wharton

LIBRO PRIMERO

Capítulo I

Selden se detuvo, sorprendido. En la aglomeración vespertina de la Estación Grand Central, sus ojos acababan de recrearse con la visión de la señorita Lily Bart.

Era un lunes de principios de septiembre y volvía a su trabajo después de una apresurada visita al campo, pero ¿qué hacía la señorita Bart en la ciudad en aquella estación? Si la hubiera visto subir a un tren, podría haber deducido que se trasladaba de una a otra de las mansiones campestres que se disputaban su presencia al término de la temporada de Newport; pero su actitud vacilante le dejó perplejo. Estaba apartada de la multitud, mirándola pasar en dirección al andén o a la calle, y su aire de indecisión podía ocultar un propósito muy definido. El primer pensamiento de Selden fue que esperaba a alguien, y le extrañó que la idea le sorprendiera. No había novedades en torno a ella y, sin embargo, nunca podía verla sin sentir cierto interés: suscitarlo era una característica de Lily Bart, así como el hecho de que sus actos más sencillos parecieran el resultado de complicadas intenciones.

La curiosidad impulsó a Selden a desviarse de su camino hacia la puerta para acercarse a ella. Sabía que, si no quería ser vista, se las compondría para eludirle a él y le divertía poner a prueba su ingenio.

—Señor Selden... ¡Qué suerte!

Fue hacia él sonriendo, casi impaciente en su afán de salirle al paso. Las pocas personas a quienes rozó se volvieron a mirarla, porque la señorita Bart era una figura capaz de detener incluso a un viajero suburbano que corriera para coger el último tren.

Selden no la había visto nunca tan radiante. Su rubia cabeza, que contrastaba con el apagado colorido de la muchedumbre, resultaba más llamativa que en un salón de baile y el oscuro sombrero con velo le prestaba la tersura juvenil y la tez diáfana que había empezado a perder tras once años de acostarse tarde y bailar con frenesí. ¿Eran realmente once años, se preguntó Selden, y habría cumplido de verdad los veintinueve que le atribuían sus rivales?

—¡Vaya suerte! —repitió—. ¡Qué amable ha sido al acudir en mi ayuda!

Él respondió en tono festivo que hacerlo era su misión en la vida y preguntó de qué forma podía socorrerla.

—¡Oh, casi de cualquier modo! Incluso sentándose en un banco y hablando conmigo. Si podemos pasar sentados un cotillón, ¿por qué no el intervalo entre dos trenes? No hace más calor aquí que en el invernadero de la señora Van Osburgh... y algunas de estas mujeres no son más feas que ella.

Se interrumpió con una risa y explicó que había llegado a la ciudad desde Tuxedo para dirigirse a casa de Gus Trenor en Bellomont, y que había perdido el tren de las tres y cuarto a Rhinebeck.

—Y no hay otro hasta las cinco y media. —Consultó el pequeño reloj de brillantes medio oculto entre los encajes del puño—. Dos horas de espera y no sé qué hacer. Mi doncella ha venido esta mañana para comprarme algunas cosas y a la una tenía que marcharse a Bellomont. La casa de mi tía está cerrada y no conozco a un alma en la ciudad. —Miró a su alrededor con un mohín de fastidio—. En realidad, hace más calor que en casa de la señora Van Osburgh. Si tiene tiempo, lléveme a respirar a algún sitio.

Él declaró estar a su entera disposición; la aventura se le antojó divertida. Como espectador, siempre le había gustado Lily Bart, y su propio camino estaba tan fuera de su órbita que le distraía entrar fugazmente en la súbita intimidad que implicaba aquella proposición.

—¿Vamos a tomar una taza de té a Sherry's?

Ella sonrió, complacida, pero en seguida hizo una ligera mueca.

—Los lunes viene tanta gente a la ciudad..., lo más probable es que encontremos a un montón de latosos. A mi edad, esto no debe preocuparme, pero, a la de usted, sí —objetó alegremente—. Me muero de ganas de una taza de té, pero... ¿no hay un lugar más tranquilo?

Él correspondió a su sonrisa, que encontró cautivadora. Su discreción le interesó tanto como su imprudencia; estaba seguro de que ambas formaban parte de un plan cuidadosamente elaborado. Al juzgar a la señorita Bart, siempre le había atribuido «segundas intenciones».

—Los recursos de Nueva York son bastante exiguos —observó—, pero llamaré a un coche de punto y luego inventaremos algo.

La condujo por la marea de excursionistas recién llegados a la ciudad, entre muchachas de tez amarillenta, tocadas con sombreros ridículos, y mujeres de pecho plano, cargadas de paquetes y abanicos de palma. ¿Era posible que Lily perteneciera a la misma raza? El desaliño y la vulgaridad de aquellas mujeres del montón hicieron tomar a Selden conciencia de la distinción de su acompañante.

Un breve chubasco había refrescado el aire y unas nubes hinchadas de agua aún se cernían sobre la calle húmeda.

—¡Qué delicia! Paseemos un poco —propuso ella al salir de la estación.

Doblaron hacia la Avenida Madison y empezaron a andar en dirección norte. Lily caminaba con paso largo y ligero y Selden sintió que su proximidad le procuraba un raro placer. La forma de la delicada oreja, el cabello ondulado hacia arriba —¿acaso un poco abrigado por medios artificiales?—, la espesa cortina de pestañas negras y rectas... todo en ella era a la vez vigoroso y exquisito, fuerte y frágil. Selden tuvo la confusa idea de que hacerla debía haber sido muy costoso, de que muchas personas feas y mediocres habían tenido que ser sacrificadas de algún modo misterioso para crearla. Comprendió que las cualidades que la distinguían de las demás mujeres eran en su mayoría externas, como si a la vulgar arcilla le hubiera sido aplicado un fino barniz de elegancia y belleza. Pero esta analogía le dejó insatisfecho, porque un material tosco no admite un acabado primoroso, y ¿no sería posible que el material fuese fino, pero las circunstancias le hubieran dado una forma fútil?

Al llegar a este punto de sus especulaciones, reapareció el sol y la sombrilla abierta puso fin a su deleite. Un momento después, ella se detuvo con un suspiro.

—Oh, estoy sedienta y acalorada... ¡Qué lugar tan odioso es Nueva York! —Miró con expresión de desaliento la monótona calle de arriba abajo—. Otras ciudades se engalanan durante el verano, pero Nueva York parece ir en mangas de camisa. —Echó una ojeada a una de las calles adyacentes—. Alguien fue lo bastante humano para plantar unos árboles allí. Vamos a la sombra.

—Me alegro de que mi calle merezca su aprobación —observó Selden cuando llegaron a la esquina.

—¿Su calle? ¿Vive usted aquí?

Contempló con interés las fachadas nuevas de ladrillo y piedra caliza, fantásticamente variadas en atención al afán de novedad norteamericano, pero frescas y acogedoras con sus toldos y jardineras.

—¡Ah, sí, claro! El Benedick. ¡Qué edificio tan bonito! No creo haberlo visto antes. —Admiró la casa baja, con portal de mármol y fachada pseudogeorgiana—. ¿Cuáles son sus ventanas? ¿Las del toldo bajo?

—Las del piso superior, sí.

—¿Y ese pequeño y bonito balcón es suyo? ¡Qué fresco parece!

Él guardó silencio unos segundos.

—Suba y compruébelo —sugirió—. Puedo darle una taza de té en cuestión de segundos... y no encontrará a ningún latoso.

Ella se ruborizó —todavía dominaba el arte de sonrojarse en el momento oportuno—, pero aceptó la sugerencia con la misma ligereza con que había sido ofrecida.

—¿Por qué no? Es demasiado tentador... Me arriesgaré —declaró.

—Oh, no soy peligroso —replicó él en el mismo tono. A decir verdad, Lily no le había gustado nunca tanto como en aquel momento. Sabía que había aceptado con espontaneidad: él no podía ser nunca un factor en sus cálculos y la franqueza del consentimiento fue una sorpresa, casi un bálsamo.

Se detuvo en el umbral para buscar la llave del piso.

—No hay nadie, pero se supone que viene un criado por las mañanas y es posible que haya sacado el servicio de té y alguna especie de pastel. La hizo pasar a un diminuto recibidor de paredes cubiertas por grabados antiguos. Ella se fijó en las cartas y notas amontonadas sobre la mesa junto a sus guantes y bastones y a continuación se encontró en una pequeña biblioteca, oscura pero alegre, con estanterías de libros, una alfombra turca de colores agradablemente descoloridos, un escritorio lleno a rebosar y, como él había anticipado, una bandeja con un servicio de té sobre una mesa baja cerca de la ventana. Se había levantado un poco de brisa que hinchaba hacia dentro los visillos de muselina y traía consigo la fresca fragancia de las resedas y petunias plantadas en la jardinera del balcón.

Lily se desplomó con un suspiro en uno de los gastados sillones de cuero.

—¡Qué delicia, tener un lugar así para uno solo! ¡Qué triste es ser mujer! —y se apoyó en el respaldo para saborear mejor su descontento.

Selden revolvía en un aparador en busca del pastel.

—Incluso las mujeres pueden gozar de los privilegios de un apartamento propio —dijo.

—Oh, institutrices... o viudas. Pero no chicas solteras... ¡no las chicas casaderas, pobres y aburridas!

—Hasta yo conozco a una joven que vive en un piso.

Sorprendida, Lily se incorporó.

—¿De verdad?

—Sí —afirmó Selden, volviendo del aparador con el anunciado pastel.

—Ah, ya sé... se refiere a Gerty Farish. —Lily esbozó una sonrisa poco bondadosa—. Pero yo he dicho «casaderas» y, además, su piso es pequeño y espantoso, no tiene doncella y sirve cosas muy extrañas para comer. Su cocinera hace la colada y la comida sabe a jabón. Esto me horripilaría, claro.

—No coma con ella los días de colada —dijo Selden, cortando el pastel.

Ambos rieron y él se arrodilló delante de la mesa para encender el infiernillo sobre el que reposaba la tetera, mientras Lily medía el té y lo echaba en otra tetera de porcelana verde brillante. Al contemplar Selden la mano, delicada como una pieza de marfil antiguo, de uñas largas y rosadas, y el brazalete de zafiros resbalando por la muñeca, le pareció irónico haberle sugerido una vida como la que había elegido su prima Gertrude Farish. Lily era de modo tan manifiesto víctima de la civilización que la había procreado que incluso los eslabones de su pulsera parecían esposas destinadas a encadenarla a su destino.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Lily exclamó con encantadora compunción:

—Ha sido horrible por mi parte decir eso de Gerty. Olvidaba que es prima suya. Es que somos tan diferentes... A ella le gusta ser buena y a mí me gusta ser feliz. Y además, Gerty es libre y yo no. Si lo fuera, creo que hasta podría ser feliz en su apartamento. Debe ser el colmo de la dicha distribuir los muebles tal como a una se le antoja y dar todas las cosas horrendas al trapero. Sé que sería una mujer distinta simplemente si pudiera decorar el salón de mi tía.

—¿Tan feo es? —inquirió Selden, comprensivo.

Lily le sonrió por encima de la tetera que sostenía para que él la llenara.

—Esto indica lo poco frecuentes que son sus visitas. ¿Por qué no viene más a menudo?

—Cuando voy, no es para mirar el mobiliario de la señora Peniston.

—Tonterías —replicó ella—. No viene nunca. Y sin embargo... congeniamos cuando nos vemos.

—Tal vez sea ésta la razón —respondió él con prontitud—. Lamento no tener crema de leche... ¿se contenta con una rodaja de limón?

—Incluso lo prefiero. —Esperó a que Selden cortara el limón y echara un fino redondel en su taza—. Pero la razón no es ésta —insistió.

—¿La razón de qué?

—De que no nos visite nunca. —Se inclinó hacia delante con una sombra de perplejidad en sus bonitos ojos—. Me gustaría conocerle... Me gustaría comprenderle. Ya sé que hay hombres a quienes no gusto, es algo que se nota en seguida. Y otros me tienen miedo; creen que quiero casarme con ellos. —Le sonrió con franqueza—. Pero me parece que a usted no le disgusto y, por descontado, no piensa que desee casarme con usted.

—No, la absuelvo de eso —convino Selden.

—Entonces, ¿qué...?

Se había llevado la taza hasta la chimenea y, apoyado en la repisa, la contemplaba con aire de diversión indolente. La provocativa mirada de Lily aumentaba su diversión; no la imaginaba gastando pólvora en una caza tan insignificante, aunque tal vez se trataba de un ardid o quizá las muchachas como ella sólo sabían hablar de temas personales.

En cualquier caso, su belleza era excepcional y él la había invitado a tomar el té y debía estar a la altura de las circunstancias.

—Pues que tal vez sea ésta la razón —explicó, en un impulso.

—¿Cuál?

—El hecho de que no quiera casarse conmigo. Quizá no lo considero un gran aliciente para ir a verla. —Sintió un pequeño escalofrío en la espalda al decir esto, pero la risa de Lily le tranquilizó.

—Mi querido señor Selden, la frase no ha sido digna de usted. Cortejarme es una necedad por su parte y usted no suele ser necio. —Se apoyó en el respaldo y bebió unos sorbos de té con aire tan sensato y encantador que, de haber estado ambos en el salón de su tía, Selden casi habría intentado discrepar de semejante deducción—. ¿No comprende —prosiguió— que sobran hombres para decirme cosas agradables y que lo que necesito es un amigo que no tema espetarme las desagradables cuando me convienen? A veces he imaginado que usted podría ser este amigo... ignoro por qué, quizá porque no es presuntuoso ni vulgar y yo no tendría que fingir o estar siempre en guardia. —Su voz acabó en un tono serio y se quedó mirándole con la confusa gravedad de una niña—. No sabe hasta qué punto necesito a un amigo así —continuó—. Mi tía rebosa de axiomas convencionales, todos inventados para regir una conducta propia de los años cincuenta. Siempre tengo la impresión de que vivir de acuerdo con ellos supondría llevar brocado y mangas con esclavina. Y las demás mujeres —mis mejores amigas—, bueno, hacen uso o abuso de mí, pero les tiene sin cuidado lo que pueda ocurrirme. Ya estoy demasiado vista y la gente se está cansando de mí y empieza a decir que debería casarme.

Hubo un silencio momentáneo durante el cual Selden meditó una o dos respuestas con la intención de añadir un efímero incentivo a la situación, pero las rechazó en favor de la sencilla pregunta:

—Bueno, ¿y por qué no lo hace?

Ella se ruborizó y soltó una carcajada.

—¡Ah! Veo que es un amigo, después de todo, ya que me ha dicho una de

las cosas desagradables que necesitaba oír.

—Yo no la considero desagradable —respondió él en tono amistoso—. ¿No es su vocación el matrimonio? ¿Acaso no nos educan a todos para casarnos?

Ella suspiró:

—Sí, supongo que sí. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

—Exacto. Así pues, ¿por qué no decidirse y dar el asunto por zanjado?

Lily se encogió de hombros.

—Habla como si tuviera que casarme con el primer hombre que se cruzara en mi camino.

—No he querido decir que haya ninguna prisa, pero seguro que existe alguien con los requisitos necesarios.

Lily movió la cabeza con gesto de hastío.

—Desperdiicé un par de buenas ocasiones cuando fui presentada en sociedad (supongo que todas las chicas lo hacen); y ya sabe usted que soy horriblemente pobre... y muy cara. Necesito mucho dinero.

Selden se volvió para coger una pitillera de la repisa.

—¿Qué ha sido de Dillworth? —preguntó.

—Oh, su madre se asustó: temía que quisiera cambiar la montura de todas las joyas de la familia. Y quiso arrancarme la promesa de que no reformaría la decoración del salón.

—¡Justo el motivo por el que quiere casarse!

—Exacto. De modo que le envié a la India.

—Mala suerte... pero puede encontrar a alguien mejor que Dillworth.

Le alargó la pitillera y ella cogió tres o cuatro cigarrillos, se puso uno entre los labios y guardó los otros en una cajita de oro que pendía de su largo collar de perlas.

—¿Tengo tiempo? Sólo dos caladas, entonces.

Se inclinó hacia delante para encender su cigarrillo con el de él y, mientras lo hacía, Selden observó con un placer puramente impersonal la regularidad de las negras pestañas en los finos y blancos párpados y la sombra violácea de las ojeras difuminándose en la palidez de la mejilla.

Lily empezó a deambular por la habitación, examinando las estanterías entre las volutas de humo de su cigarrillo. Algunos libros tenían el tono oscuro

del tafilete antiguo y una buena encuadernación artesana, y sus ojos los acariciaron largamente, no con la apreciación del experto, sino con el gusto por los matices y texturas agradables que era una de sus susceptibilidades más profundas. De improviso su expresión pasó del placer a una activa conjetura y se volvió hacia él con una pregunta.

—Es coleccionista, ¿verdad? ¿Colecciona primeras ediciones y cosas por el estilo?

—En la medida en que puede hacerlo un hombre sin fortuna. De vez en cuando encuentro algo entre las baratijas y asisto a las grandes subastas.

Ella se había vuelto de nuevo hacia los libros, pero ya no los miraba con atención y Selden vio que estaba preocupada por otra idea.

—¿Y libros relacionados con la historia de Estados Unidos? ¿También los colecciona?

Selden la miró y se echó a reír.

—No, esto se aparta bastante de mis preferencias. Verá, no soy coleccionista, sólo me gusta tener ediciones buenas de mis libros favoritos.

Ella esbozó un mohín.

—Y supongo que los libros históricos americanos son muy aburridos. Yo diría que sí... excepto para el historiador. Pero los verdaderos coleccionistas valoran las cosas por su rareza. No me imagino a los compradores de viejos libracos de historia americana leyéndolos durante toda la noche... El anciano Jefferson Gryce no lo hacía, desde luego.

Ella escuchaba con viva atención.

—Y no obstante, se venden a precios fabulosos, ¿verdad? Parece extraño que alguien esté dispuesto a pagar un montón de dinero por un libro feo y mal impreso que no piensa leer nunca. Y supongo que la mayoría de quienes poseen libros viejos de historia americana no son historiadores, ¿verdad?

—No, muy pocos historiadores pueden permitirse el lujo de comprarlos; tienen que consultarlos en bibliotecas públicas o en colecciones particulares. Al parecer, es sólo la rareza lo que atrae al coleccionista medio.

Se había sentado en el brazo de un sillón, cerca de Lily, y ésta continuó interrogándole, interesada por cuáles eran los volúmenes más raros, por si la colección de Jefferson Gryce se consideraba realmente la mejor del mundo y por cuál era el precio más alto jamás pagado por un solo libro.

Resultaba tan agradable mirarla mientras cogía de los estantes un libro tras otro y volvía rápidamente las páginas entre los dedos, con el perfil inclinado destacando contra el cálido fondo de las viejas encuadernaciones, que Selden

hablaba sin detenerse a pensar con extrañeza en su repentino interés por un tema tan poco sugestivo. Sin embargo, nunca podía estar mucho rato con Lily sin tratar de hallar una razón para sus actos y, cuando la vio colocar en su sitio la primera edición de *La Bruyère* y dar la espalda a la librería, empezó a especular sobre sus intenciones. La siguiente pregunta que le formuló no le ayudó a esclarecer nada. Se detuvo ante él con una sonrisa cuyo propósito parecía ser admitirle en su intimidad y al mismo tiempo recordarle las restricciones que eso imponía.

—¿No ha lamentado alguna vez —inquirió de repente— no ser lo bastante rico para comprar todos los libros que le gustan?

Él siguió su mirada en torno a la habitación, pasando por el gastado mobiliario y las deslucidas paredes.

—¿Que si lo he lamentado? ¿Me toma por un santo o por un alcornoque?

—Y trabajar... ¿le molesta?

—Bueno, el trabajo en sí no está tan mal; me gusta bastante la abogacía.

—No, yo hablo de la obligación, la rutina... ¿No tiene nunca ganas de escapar, de ver personas y lugares nuevos?

—Unas ganas terribles... en especial cuando veo a todos mis amigos apresurarse para coger un barco.

Lily exhaló un suspiro de asentimiento.

—Pero ¿lo desea lo bastante... para casarse, a fin de escapar?

Selden soltó una carcajada.

—¡Dios me libre! —declaró.

Ella se levantó con otro suspiro, tirando el cigarrillo a la chimenea.

—Ah, ahí está la diferencia... Una chica no tiene más remedio, un hombre sólo se casa si quiere. —Le contempló con expresión crítica—. Su chaqueta es un poco vieja, pero ¿a quién le importa? No impedirá que la gente le invite a cenar. Si yo vistiera prendas viejas, nadie me aceptaría; a una mujer se la invita tanto por su vestuario como por su persona. Los vestidos son el telón de fondo, el marco, por así decirlo; no son causa del éxito pero sí parte de él. ¿Quién quiere a una mujer desaliñada? Tenemos que ser guapas e ir bien vestidas hasta que nos caemos muertas... y, si no podemos lograrlo solas, tenemos que asociarnos.

Selden la miró, divertido; era imposible, pese a los ojos bellos e implorantes, ver su caso con sentimentalismo.

—Bueno, supongo que habrá mucho capital en busca de semejante

inversión. Tal vez encuentre su destino esta noche, en casa de los Trenor.

Ella le dirigió una mirada interrogante.

—Pensaba que usted también iría... ¡Oh, no estará tan lleno! Pero estarán muchos miembros de su grupo: Gwen Van Osburgh, los Wetherall, lady Cressida Raith... y George Dorset y su mujer.

Hizo una pausa antes del último nombre y formuló una pregunta a través de las pestañas, pero él continuó imperturbable.

—La señora Trenor me invitó, pero no puedo marcharme hasta el fin de semana y los grupos numerosos me aburren.

—¡A mí también! —exclamó ella.

—Entonces, ¿por qué va?

—Es parte del negocio... ya lo ha olvidado. Y además, si no fuera, tendría que quedarme a jugar al béisbol con mi tía en Richfield Springs.

—Esto es casi peor que casarse con Dillworth —convino él, y ambos rieron por el puro placer de su improvisada intimidad.

Lily echó una ojeada al reloj.

—¡Dios mío! Debo irme. Son más de las cinco.

Se detuvo delante de la chimenea para estudiarse en el espejo y arreglarse el velo. Su postura reveló la larga curva de sus esbeltas caderas, que prestaba a su silueta una especie de gracia salvaje, como si fuera una criada capturada y sometida a las convenciones de salón; y Selden pensó que era aquel rasgo de libertad silvestre de su naturaleza lo que tanto sabor daba a su artificialidad.

La siguió hasta el recibidor, pero en el umbral ella le alargó la mano en un gesto de despedida.

—Ha sido encantador y ahora tendrá que devolverme la visita.

—Pero ¿no quiere que la acompañe a la estación?

—No, despidámonos aquí, se lo ruego.

Dejó un momento la mano en la de él, sonriéndole de modo adorable.

—Adiós, entonces... ¡y buena suerte en Bellomont! —dijo Selden, abriendo la puerta.

Lily se paró en el rellano y echó un vistazo. Las posibilidades de que alguien la viera eran mínimas, pero nunca se sabía con seguridad y siempre pagaba sus raras indiscreciones con una violenta reacción de prudencia. Sin embargo, no había nadie a la vista, excepción hecha de una mujer que fregaba

las escaleras; era tan gorda y sus utensilios de limpieza ocupaban tanto sitio que, para sortearla, Lily tuvo que recogerse las faldas y arrimarse a la pared. La mujer levantó la vista con curiosidad, apoyando al mismo tiempo los puños rojizos en la bayeta mojada que acababa de sacar del cubo. Tenía una cara ancha y cetrina, ligeramente picada de viruela, y unos cabellos ralos, del color de la paja, a través de los cuales se veía brillar el cuero cabelludo.

—Perdone —dijo Lily, con intención de subrayar con su cortesía los malos modales de la mujer que, sin contestar, empujó el cubo hacia un lado y continuó con la mirada clavada en la señorita Bart. Ésta pasó con un crujido de faldas de seda, sintiendo que se ruborizaba. ¿Qué pensaba aquella mujer? ¿No podía una obrar del modo más sencillo e inofensivo sin verse sometida a odiosas conjeturas? A medio camino del rellano inferior, sonrió al pensar que la mirada de una fregona había podido perturbarla. Lo más probable era que la pobrecilla estuviera deslumbrada por la imprevista aparición. Pero ¿eran imprevistas tales apariciones en la escalera de Selden? La señorita Bart desconocía el código moral de los edificios de apartamentos para solteros y volvió a sonrojarse cuando se le ocurrió que la persistente mirada de la mujer podía significar un intento de asociarla con otras caras. Desechó, sin embargo, esta idea, sonrió ante sus propios temores y siguió bajando a toda prisa mientras se preguntaba si encontraría un coche de alquiler antes de la Quinta Avenida.

Bajo el portal georgiano volvió a detenerse y escudriñó la calle en busca de un coche. No se veía ninguno, pero al salir a la acera tropezó con un hombre bajo, de aspecto vulgar, que llevaba una gardenia en el ojal y que se descubrió con una exclamación de sorpresa.

—¡Señorita Bart! ¡Vaya casualidad! ¡Esto sí que es suerte! —exclamó; y ella captó un destello de divertida curiosidad entre los párpados entornados.

—Oh, señor Rosedale... ¿cómo está usted? —dijo, percatándose de que la irreprimible contrariedad de su propio rostro se reflejaba en la sonrisa súbitamente íntima del rostro de su conocido.

El señor Rosedale la observaba con interés y aprobación. Era un hombre gordinflón y sonrosado, el tipo clásico de judío rubio, vestido con un elegante traje londinense que en él semejava una tapicería; sus ojos pequeños y oblicuos daban la impresión de estudiar a las personas como si fueran curiosidades. Dirigió una mirada inquisitiva a la fachada del Benedick.

—¿Ha venido a la ciudad para ir de compras, supongo? —preguntó en un tono que sugería la familiaridad de un contacto físico.

La señorita Bart dio un pequeño respingo y ofreció en seguida atolondradas explicaciones.

—Sí... he venido a la modista y ahora iba a coger el tren para visitar a los Trenor.

—Ah, su modista; vaya, vaya —dijo él con voz meliflua—. Ignoraba que hubiera modistas en el Benedick.

—¿El Benedick? —repitió ella, perpleja—. ¿Es el nombre de este edificio?

—Sí, se llama así, creo que es una palabra arcaica para soltero, ¿verdad? Casualmente el edificio es mío... por eso lo sé. —Su sonrisa se acentuó mientras añadía con creciente desparpajo—: Pero debe permitirme que la acompañe a la estación. Los Trenor están en Bellomont, claro. Apenas le queda tiempo para coger el tren de las cinco cuarenta. Supongo que la modista la ha hecho esperar.

Lily se puso rígida al oír el irónico comentario.

—Oh, gracias —tartamudeó y en aquel momento vio un coche de punto bajar con lentitud por la Avenida Madison y lo llamó con un desesperado ademán—. Es usted muy amable, pero no quiero causarle tantas molestias —añadió, alargando la mano al señor Rosedale y saltando, sin hacer caso de las protestas de éste, al vehículo salvador, desde cuyo interior gritó una orden al cochero con voz entrecortada.

Capítulo II

¿Por qué una chica tenía que pagar tan cara la menor desviación de la rutina? ¿Por qué no se podía obrar con naturalidad sin tener que ocultarse tras una estructura de disimulo? Al ir al piso de Lawrence Selden había cedido a un impulso momentáneo, ¡y eran tan raras las veces que podía permitirse el lujo de un impulso! De todos modos, éste le costaría bastante más de lo que podía permitirse. La molestaba ver que, a pesar de tantos años de vigilancia, había cometido dos torpezas en cinco minutos. Aquella estúpida historia de la modista ya era por sí sola bastante grave; ¡con lo fácil que habría sido decirle a Rosedale que había ido a tomar el té con Selden! La mera constatación del hecho lo habría vuelto inocuo. Pero, después de dejarse sorprender en una mentira, era doblemente estúpido desairar al testigo de su falsedad. Si hubiera tenido la presencia de ánimo de permitir a Rosedale acompañarla a la estación, el privilegio podría haber comprado su silencio. Éste contaba con la exactitud de su raza para la apreciación de valores y ser visto en el andén a una hora de intenso tráfico en compañía de la señorita Lily Bart habría equivalido a tener dinero en el bolsillo, como él mismo diría. Estaba enterado, por supuesto, de que había una gran reunión en Bellomont y la posibilidad de ser tomado por

un invitado de la señora Trenor entraba sin duda en sus cálculos. El señor Rosedale se hallaba todavía en una fase de su ascenso social en la que no carecía de importancia producir tales impresiones.

Lo fastidioso era que Lily sabía todo esto; sabía lo fácil que habría sido silenciarle en el acto y lo difícil que sería hacerlo después. El señor Simon Rosedale era un hombre interesado en saberlo todo de todo el mundo y cuya idea de mostrarse cómodo en sociedad era hacer gala de una desagradable familiaridad con las costumbres de aquellas personas de las que le convenía ser considerado amigo íntimo. Lily estaba segura de que dentro de veinticuatro horas la historia de su visita a la modista en el Benedick circularía activamente entre los conocidos del señor Rosedale. Lo peor era que ella nunca le había hecho caso y siempre le había desairado. En su primera aparición pública, una vez que el imprudente primo de Lily, Jack Stepney, obtuvo para él (a cambio de favores muy fáciles de adivinar) una invitación a una de las inmensas e impersonales «aglomeraciones» de los Van Osburgh, Rosedale, con esa mezcla de sensibilidad artística y astucia comercial que caracteriza a su raza, había gravitado instantáneamente hacia la señorita Bart, la cual comprendía sus motivos, ya que también se dejaba guiar por cálculos de la misma índole. La educación y la experiencia la habían enseñado a ser hospitalaria con los recién llegados, ya que los menos prometedores podían ser útiles en el futuro, y había muchas oubliettes a punto para confinarlos si no lo eran. Sin embargo, cierta repugnancia instintiva, que anuló años de disciplina social, la había obligado a empujar al señor Rosedale al fondo de una de esas oubliettes sin juicio previo. Cayó dejando sólo una estela de risas entre los amigos de Lily por tan rápida eliminación y, aunque más tarde (para cambiar la metáfora) reapareció río abajo, fue sólo en momentos fugaces entre largas inmersiones.

Hasta entonces los escrúpulos no habían hecho mella en Lily. Su pequeño grupo había declarado «imposible» al señor Rosedale y castigado debidamente a Jack Stepney por el intento de pagar sus deudas con invitaciones a cenar. Incluso la señora Trenor, cuya afición a la variedad la había conducido a diversos experimentos arriesgados, se negó en redondo a aceptar los esfuerzos de Jack por disfrazar de novedad al señor Rosedale y declaró que se trataba del mismo pequeño judío que había sido servido y rechazado en el banquete social una docena de veces como mínimo. Sin embargo, mientras Judy Trenor se obstinaba en las pocas posibilidades que tenía el señor Rosedale de penetrar más allá del limbo exterior de las aglomeraciones de los Van Osburgh, Jack abandonó la competición con un sonriente «ya veremos» y, sin cejar en su valiente empeño, se dejaba ver con su amigo en los restaurantes de moda en compañía de damas de aspecto llamativo, aunque socialmente oscuras, que siempre se encuentran para tales fines. No obstante, el intento había sido vano y, mientras Rosedale pagaba las cenas, su deudor se divertía.

Como se verá más adelante, el señor Rosedale no era de momento un factor peligroso... a menos que uno cayera en su poder. Y esto era precisamente lo que le había ocurrido a la señorita Bart. Su torpe mentira había puesto de manifiesto que tenía algo que ocultar; y sabía que a él le sobraban motivos para ajustarle las cuentas. Algo en su sonrisa proclamaba que no los había olvidado. Lily apartó la idea con un ligero estremecimiento, pero se cernió sobre ella durante todo el trayecto hasta la estación y siguió persiguiéndola por el andén con la persistencia del propio señor Rosedale.

Tuvo el tiempo justo de ocupar un asiento antes de que el tren arrancara y, en cuanto se hubo acomodado en un rincón con el instinto efectista que nunca la abandonaba, miró a su alrededor con la esperanza de ver a algún otro invitado a la reunión de los Trenor. Necesitaba escapar de sí misma y la conversación era el único medio que conocía.

Su búsqueda se vio recompensada por el descubrimiento de un hombre joven muy rubio, de barba suave y pelirroja, que en el otro extremo del vagón parecía ocultarse tras un periódico desdoblado. Los ojos de Lily se animaron y una pequeña sonrisa distendió sus labios apretados. Sabía que el señor Percy Gryce iba a ir a Bellomont, pero no había esperado tener la suerte de disfrutar ella sola de su compañía en el tren, y este hecho barrió todos los pensamientos inquietantes en torno al señor Rosedale. Después de todo, quizá el día terminara de un modo más favorable que como había empezado.

Se puso a cortar las páginas de una novela, estudiando tranquilamente a su presa a través de las pestañas entornadas mientras organizaba un plan de ataque. En la actitud de concienzuda absorción del joven había algo que denotaba que se había percatado de la presencia de Lily; ¡nadie permanecía tan absorto en la lectura del periódico vespertino! Adivinó que era demasiado tímido para abordarla y que era ella quien tendría que inventar algún método de acercamiento que no pareciera demasiado atrevido por su parte. Le divirtió pensar que alguien tan rico como el señor Percy Gryce pudiera ser tímido, pero Lily poseía tesoros de indulgencia por semejantes idiosincrasias y, además, la timidez podía ser más conveniente para sus propósitos que una seguridad excesiva. Dominaba el arte de comunicar confianza a los confundidos, pero no estaba segura de saber confundir a los arrogantes.

Esperó a que el tren saliera del túnel y adquiriera velocidad entre los míseros límites de los suburbios del lado norte. Entonces, mientras frenaba cerca de Yonkers, se levantó del asiento y avanzó con lentitud por el pasillo del vagón. Al pasar junto al señor Gryce, el vehículo dio una sacudida y el joven advirtió que una mano delicada se agarraba al respaldo de su asiento. Se puso en pie de un salto y su rostro ingenuo pareció teñirse de rojo; incluso la barba rojiza dio la impresión de oscurecerse.

El tren volvió a dar un tumbo, casi lanzando a la señorita Bart entre los brazos del joven. Recobró el equilibrio con una risa y retrocedió, pero él ya estaba envuelto en la fragancia de su vestido y su hombro había sentido un fugaz contacto con el de ella.

—Oh, ¿es usted, señor Gryce? Cuánto lo siento... Iba a buscar al camarero para pedirle un poco de té.

Alargó la mano mientras el tren reanudaba su marcha normal y se detuvo para intercambiar unas palabras en el pasillo. Sí, se dirigía a Bellomont. Había oído decir que ella también estaba invitada... Se ruborizó al admitirlo. ¿Y él se quedaría toda una semana? ¡Espléndido!

Pero en este punto uno o dos pasajeros rezagados que habían subido en la última estación irrumpieron en el vagón a empujones y Lily tuvo que retirarse a su asiento.

—El asiento contiguo al mío está libre... Venga a ocuparlo —dijo por encima del hombro, y el señor Gryce logró realizar con extraordinaria confusión un traslado que le permitió instalarse con su equipaje al lado de Lily.

—Ah... y aquí está el camarero, que quizá podrá traernos el té.

Hizo una seña al empleado y en cuestión de un momento, con la facilidad que parecía presidir el cumplimiento de todos sus deseos, apareció una mesita entre los asientos, bajo la cual ayudó al señor Gryce a colocar sus maletas.

Cuando llegó el té, el joven contempló, fascinado y en silencio, cómo las manos de Lily se movían sobre la bandeja, milagrosamente finas y delicadas en contraste con la porcelana ordinaria y el pan de escasa calidad. Se le antojaba maravilloso que alguien fuera capaz de llevar a cabo con tanta soltura la difícil tarea de preparar el té en público y en un tren tambaleante. Jamás se hubiera atrevido a pedirlo para él por temor de atraer la atención de los demás pasajeros, pero ahora, seguro bajo la protección de su atractiva acompañante, sorbió el oscuro brebaje con una deliciosa sensación de bienestar.

Lily, con el sabor del excelente té de Selden en los labios, no tenía ningún deseo de mezclarlo con el mejunje del tren que su compañero parecía saborear como un néctar, pero, juzgando con acierto que uno de los encantos del té es el hecho de beberlo en compañía, procedió a dar el último toque al bienestar del señor Gryce sonriéndole por encima de la taza levantada.

—¿Está en su punto? ¿No lo he hecho demasiado fuerte? —preguntó en tono solícito, y él respondió convencido que nunca había probado un té más de su gusto.

«Supongo que es verdad», reflexionó ella, y su imaginación cobró alas ante

la idea de que el señor Gryce, que podría haberse deleitado con los caprichos más complejos, estaba en realidad viajando por primera vez solo con una mujer bonita.

Consideró providencial que a ella le tocara ser el instrumento de su iniciación. Algunas chicas no habrían sabido cómo tratarle y habrían exagerado la novedad de la aventura, intentando hacerle ver el placer de una escapada. Pero los métodos de Lily eran más sutiles. Recordó que su primo Jack Stepney había definido una vez al señor Gryce como el joven que había prometido a su madre no salir nunca sin chanclos bajo la lluvia e, inspirándose en este dato, resolvió envolver de un aire doméstico la escena con la esperanza de que su compañero, en lugar de sentir que hacía algo atrevido o insólito, pensara en la ventaja que suponía llevar siempre consigo a una compañera que le preparase el té en el tren.

Pero a pesar de sus esfuerzos la conversación languideció cuando se hubieron llevado la bandeja, y se vio obligada a tomar nuevas medidas de las limitaciones del señor Gryce. No era oportunidad lo que le faltaba, sino imaginación; tenía un paladar mental que jamás aprendería a distinguir entre néctar y té del ferrocarril. Había, sin embargo, un tema en que ella podía confiar: un resorte que sólo necesitaba rozar para poner en marcha su sencilla maquinaria. Se había abstenido de mencionarlo porque era el último recurso y prefería otras artes para estimular otras sensaciones, pero, cuando una expresión ausente empezó a inmovilizar los candorosos rasgos del joven, Lily comprendió la necesidad de medidas extremas.

—¿Y cómo sigue su colección de libros americanos? —preguntó, inclinándose hacia delante.

Sus ojos perdieron un poco su opacidad; fue como si se desprendiera de ellos una película incipiente y Lily sintió el orgullo de un hábil cirujano.

—Tengo algunos nuevos —respondió él, enrojeciendo de placer, pero bajando la voz como temeroso de que los demás pasajeros conspirasen para despojarle de sus nuevas adquisiciones.

Ella le complació formulando otra pregunta y poco a poco le indujo a hablar de sus últimas compras. Era el único tema que le permitía olvidarse de sí mismo o, mejor dicho, recordarse a sí mismo sin reservas, porque le resultaba muy familiar y porque con él podía sentir una superioridad que muy pocos estaban en posición de disputarle. Casi ningún conocido suyo era aficionado a los libros históricos americanos o sabía algo acerca de ellos; y el conocimiento de esta ignorancia ponía agradablemente de relieve la erudición del señor Gryce. La única dificultad residía en introducir el tema y no profundizar en él; a la mayoría de las personas no les gustaba salir de su ignorancia y el señor Gryce era como un comerciante con un almacén atestado

de género invendible.

Pero al parecer la señorita Bart tenía auténtico interés en saber más cosas sobre libros antiguos y, además, estaba ya lo bastante informada para que la tarea de instruirla resultara tan fácil como agradable. Le hacía preguntas inteligentes y le escuchaba con atención; y, preparado para la expresión de tedio que solía aparecer en el semblante de sus interlocutores, se volvió elocuente ante la receptiva mirada de ella. Los «puntos de interés» que Lily había tenido la presencia de ánimo de recoger en el apartamento de Selden, en previsión de una contingencia como aquélla, le eran tan útiles que empezó a considerar la visita a su casa el incidente más afortunado del día. Una vez más había demostrado su talento para aprovecharse de lo inesperado, y peligrosas teorías sobre la conveniencia de ceder al impulso germinaban ya bajo la capa de sonriente atención con que continuaba deleitando a su compañero.

Las sensaciones del señor Gryce, si bien menos definidas, eran igualmente agradables. Sentía el confuso cosquilleo con que los organismos inferiores acogen la satisfacción de sus necesidades, y todos sus sentidos nadaban en un vago bienestar a través del cual la personalidad de la señorita Bart era difusa pero gratamente perceptible.

El interés del señor Gryce por los libros históricos americanos no había nacido de él; era imposible creerle capaz de desarrollar una afición propia. Un tío le había dejado una colección ya conocida entre los bibliófilos; la existencia de dicha colección era el único hecho que había dado cierta gloria al nombre de Gryce y el sobrino se enorgullecía de su herencia como si se tratara de su propia obra. En realidad, poco a poco fue considerándola tal y experimentando un gran placer personal cuando por casualidad oía alguna referencia a la colección Gryce. Ansioso como estaba de evitar la atención ajena, la mención impresa de su nombre le causaba, sin embargo, un placer tan exquisito y excesivo que parecía una compensación por su renuncia a la publicidad.

A fin de saborear esta sensación lo más a menudo posible, se había suscrito a todas las revistas que trataban del coleccionismo de libros en general, y de los de historia americana en particular, y, como en las páginas de estas publicaciones, que constituían su única lectura, abundaban las alusiones a su biblioteca, llegó a tenerse por una figura preeminente y conocida por la opinión pública y a disfrutar pensando en el interés que suscitaría si las personas que encontraba en la calle o con las que viajaba se enterasen de repente de que era el propietario de la colección Gryce.

La mayoría de las timideces tienen tales compensaciones secretas y la señorita Bart era lo bastante perspicaz para saber que la vanidad interior es generalmente proporcional a la modestia exterior. Con una persona más segura

de sí misma no se habría atrevido a insistir tanto sobre un tema o a demostrar por él un interés tan exagerado, pero había intuido con acierto que el egoísmo del señor Gryce era un terreno sediento que requería un riego constante. La señorita Bart tenía el don de saber seguir el hilo de sus pensamientos mientras parecía absorta en la conversación y en este caso la excursión mental tomó la forma de un rápido examen del futuro del señor Percy Gryce en combinación con el suyo propio. Los Gryce procedían de Albany y habían llegado hacía poco a la metrópoli, donde madre e hijo tomaron posesión, tras la muerte del viejo Jefferson Gryce, de su casa en la Avenida Madison, una casa muy fea, de piedra parda por fuera y nogal negro por dentro, con la biblioteca Gryce en un anexo incombustible que parecía un mausoleo. Lily, sin embargo, lo sabía todo de ellos: la llegada del joven señor Gryce había hecho palpar los corazones maternos de Nueva York y, cuando una chica no tiene madre con un corazón que palpita por ella, tiene que hacer guardia por su cuenta y riesgo. Por lo tanto, no sólo había conseguido cruzarse en el camino del joven, sino que había conocido a la señora Gryce, una mujer monumental con la voz de un orador de púlpito y la cabeza preocupada por la iniquidad de sus sirvientes, que a veces visitaba a la señora Peniston para averiguar cómo se las arreglaba dicha dama para evitar que la pinche robase hortalizas de la despensa. La señora Gryce daba muestras de una benevolencia impersonal: los casos de necesidad individual le inspiraban suspicacia, y en cambio daba dinero a instituciones cuyos ejercicios anuales arrojaban un impresionante superávit. Sus tareas domésticas eran múltiples, ya que abarcaban desde furtivas inspecciones a los dormitorios de la servidumbre a imprevistas bajadas a la bodega; sin embargo, nunca se permitía a sí misma excesivos placeres. Sólo en una ocasión mandó imprimir una edición especial en rústica de las ceremonias litúrgicas Sarum y regaló un ejemplar a todos los sacerdotes de la diócesis; y el álbum dorado en que pegó sus cartas de agradecimiento constituía el principal ornamento de la mesa del salón.

Percy había sido educado según los principios que una mujer tan ejemplar no podía por menos que inculcar en su hijo. Toda forma de prudencia y suspicacia había sido grabada en una naturaleza ya de por sí reacia y cautelosa, con el resultado de que apenas parecía necesario que la señora Gryce tuviera que prometer que se calzaría los chanclos, tan improbable era que el hijo se aventurara a salir bajo la lluvia. Después de llegar a la mayoría de edad y heredar la fortuna que el difunto señor Gryce había amasado con una patente para excluir el aire fresco de los hoteles, el joven continuó viviendo con su madre en Albany, pero, a la muerte de Jefferson Gryce, cuando pasó a sus manos otra sustanciosa herencia, la señora Gryce pensó que los «intereses» de su hijo exigían su presencia en Nueva York, por lo que se instalaron en la casa de la Avenida Madison. Percy, cuyo sentido del deber no era inferior al de su madre, pasaba todos los días laborables en la amplia oficina de Broad Street,

donde un puñado de hombres pálidos con salarios exiguos había encanecido en la administración de la fortuna Gryce y donde fue iniciado con la debida reverencia en todos los detalles del arte de la acumulación.

Por lo que Lily pudo colegir, tal había sido hasta ahora la única ocupación del joven, y quizá merecía ser perdonada por pensar que no sería una tarea demasiado difícil interesar a un hombre sometido a una dieta tan frugal. En cualquier caso, se veía tan completamente al mando de la situación que se dejó llevar por una sensación de seguridad que disipó como por ensalmo el miedo al señor Rosedale y a todas las dificultades entrevistas.

La parada del tren en Garrisons no la habría distraído de sus pensamientos si no hubiera sorprendido una súbita expresión de apuro en la mirada de su compañero de viaje. Éste iba sentado de cara a la puerta y Lily adivinó que le había perturbado la aparición de una persona conocida, hecho que fue confirmado por un revuelo de cabezas que se volvían y por la agitación general que su propia entrada en un vagón de ferrocarril solía producir.

Reconoció al momento los síntomas y no se sorprendió al ser interpelada por la voz aguda de una bonita mujer que entró en el coche acompañada por una doncella, un bull terrier y un lacayo que se tambaleaba bajo un cargamento de maletas y neceseres.

—¡Oh, Lily! ¿Vas a Bellomont? Entonces, supongo que no me puedes ceder el asiento... Tengo que sentarme en este vagón. ¡Mozo, búsqume en seguida un sitio! ¿No puede cambiar de asiento a alguien? Quiero estar con mis amigos. ¡Oh! ¿Cómo está, señor Gryce? Explíquele que quiero sentarme con usted y Lily.

La señora de George Dorset, a pesar de los vanos esfuerzos de un viajero que pugnaba por coger su bolsa y hacer sitio a la recién llegada apeándose del tren, se quedó plantada en medio del pasillo, difundiendo a su alrededor ese ambiente de exasperación que una mujer guapa suele crear en sus viajes.

Era más baja y más delgada que Lily Bart y sus movimientos tenían una elasticidad inquieta, como si su cuerpo pudiera plegarse y pasar por un aro del mismo modo que la tela de su vestido. El rostro pequeño y pálido parecía un simple marco para un par de ojos oscuros y desmesurados con una mirada visionaria que contrastaba curiosamente con la autoridad de su tono y sus gestos, hasta el punto de que uno de sus amigos había observado que semejaba un espíritu sin cuerpo que ocupara un espacio considerable.

Cuando por fin descubrió que el asiento contiguo al de la señorita Bart estaba a su disposición, se instaló en él con un nuevo desplazamiento de sus pertenencias, explicando mientras tanto que había llegado de Mount Kisco en su automóvil aquella mañana y tenido que esperar una hora en Garrisons sin el

consuelo siquiera de un cigarrillo, pues el bruto de su marido había olvidado volver a llenar su pitillera antes de despedirse por la mañana.

—Y supongo que a esta hora del día ya no te debe quedar ninguno, ¿verdad, Lily? —concluyó con voz quejumbrosa.

La señorita Bart captó la mirada de alarma del señor Percy Gryce, cuyos labios no habían sido nunca profanados por el tabaco.

—¡Qué pregunta tan absurda, Bertha! —exclamó, ruborizándose al pensar en los cigarrillos de que se había provisto en casa de Lawrence Selden.

—¡Cómo! ¿No fumas? ¿Cuándo lo has dejado? ¿Que nunca has...? ¿Y usted tampoco, señor Gryce? Ah, claro... qué tonta soy... Ya comprendo.

Y la señora Dorset se recostó sobre sus cojines de viaje con una sonrisa que obligó a Lily a lamentar que hubiese un asiento libre a su lado.

Capítulo III

En Bellomont las partidas de bridge solían durar hasta la madrugada, y cuando Lily fue a acostarse aquella noche había jugado demasiado para su propio bien.

Reacia a la comunión consigo misma que la esperaba en su habitación, se demoró en la ancha escalinata, mirando hacia el vestíbulo, donde los últimos jugadores estaban agrupados en torno a una bandeja de vasos altos y garrafas con cuello de plata, recién colocada por el mayordomo sobre una mesita delante del fuego.

El vestíbulo tenía arcadas y una galería de columnas de mármol amarillo pálido. Altos arbustos floridos se apiñaban contra un fondo de oscuro follaje en las esquinas de las paredes. Un galgo y dos o tres perros de aguas dormitaban sensualmente junto a la chimenea sobre la alfombra granate, y la luz de la gran araña central brillaba en el cabello de las mujeres y arrancaba destellos a sus joyas cuando se movían.

Había momentos en que semejantes escenas deleitaban a Lily, satisfacían su sentido de la belleza y su pasión por un acabado perfecto de la vida, pero había otros en que resaltaban la exigüidad de sus propias oportunidades. Éste era uno de los momentos en que dominaba la idea del contraste y se volvió de espaldas con impaciencia cuando la señora de George Dorset, deslumbrante con un vestido de lentejuelas, se llevó a Percy Gryce a un discreto rincón de la galería.

No era que la señorita Bart tuviera miedo de perder su recién adquirida ascendencia sobre el señor Gryce. La señora Dorset podía sobresaltarle o deslumbrarle, pero carecía de la habilidad y la paciencia necesarias para lograr su captura. Estaba demasiado absorta en sí misma para penetrar en los recovecos de la timidez de Gryce y, además, ¿por qué habría de molestarse? Podía, como máximo, divertirse burlándose de su candor durante una velada, pero después él sería simplemente un estorbo para ella y, sabiéndolo, era demasiado experimentada para darle alas. Sin embargo, la mera idea de que una mujer pudiera atraer y desechar a un hombre a su capricho, sin tener que considerarle un posible factor en sus planes, llenaba de envidia a Lily Bart. Se había aburrido toda la tarde con Percy Gryce —el mero recuerdo parecía despertar un eco de su monótona voz—, pero no podría rehuirle al día siguiente, tendría que cimentar su éxito, someterse a más aburrimiento, estar dispuesta a hacer más concesiones, a seguir adaptándose, y todo por la remota posibilidad de que al final él se decidiera a hacerle el honor de aburrirla para toda la vida.

Era un destino odioso... pero ¿cómo escapar de él? ¿Qué alternativa tenía? Ser ella misma o una Gerty Farish. Cuando entró en su dormitorio, con las lámparas de luz suave, el camisón de encaje colocado sobre el cubrecama de seda, sus pequeñas zapatillas bordadas delante del fuego, un jarrón de claveles que perfumaban el aire y las últimas novelas y revistas aún sin abrir sobre una mesa, junto a la lámpara de pie, tuvo una visión del apartamento de la señorita Farish, con su barato mobiliario y horrible empapelado. No, no estaba hecha para un ambiente triste y mediocre, para los míseros compromisos de la pobreza. Todo su ser se expandía en una atmósfera de lujo; era el telón de fondo que necesitaba, el único clima respirable para ella. Pero lo que quería no era el lujo ajeno. Unos años antes le había bastado, había aceptado su dosis diaria de placer sin preocuparse de quien lo procuraba. Ahora ya empezaban a irritarle las obligaciones que imponía y se encontraba extraña en medio del esplendor que antes parecía pertenecerle. Incluso había momentos en que era consciente de tener que pagar por lo que recibía.

Durante mucho tiempo se había negado a jugar al bridge. Sabía que no podía permitírselo y temía aficionarse a una diversión tan cara. Había visto el peligro ejemplificado en más de uno de sus conocidos, en el joven Ned Silverton, sin ir más lejos, el atractivo muchacho rubio que estaba ahora sentado en abyecta adoración al lado de la señora Fisher, una llamativa divorciada de ojos y vestidos tan chillones como los titulares de su «caso». Lily recordaba la época en que el joven Silverton había irrumpido en su círculo, con el aire de un extraviado habitante de la Arcadia que ha publicado unos sonetos encantadores en la revista de la universidad. A partir de entonces se aficionó a la señora Fisher y al bridge y por lo menos este último le había acarreado unos gastos de los que le habían redimido más de una vez sus

alarmadas hermanas solteras, que atesoraban los sonetos y prescindían del azúcar en el té para mantener a flote a su niño mimado. El caso era bien conocido por Lily: había visto sus ojos seductores —con mucha más poesía que los sonetos— expresar sorpresa y diversión y pasar de la diversión a la ansiedad mientras caía bajo el hechizo del terrible dios del juego, y temía descubrir los mismos síntomas en su propio caso.

Porque a lo largo del último año había visto que sus anfitrionas esperaban de ella que se sentara a la mesa de bridge. Era uno de los impuestos que debía pagar por su prolongada hospitalidad y por los vestidos y la bisutería que de vez en cuando venían a engrosar su insuficiente vestuario. Y desde que jugaba con regularidad, se había aficionado a tentar la suerte. Últimamente había ganado una gran suma en una o dos ocasiones y, en vez de guardarla en previsión de futuras pérdidas, la había gastado en vestidos o joyas; y el deseo de reparar esta imprudencia, junto con la creciente atracción del juego, la impulsaba a arriesgar más dinero en cada nueva partida. Intentaba justificarse con el pretexto de que en el grupo de los Trenor era preciso apostar mucho si no se quería pasar por pusilánime o avara, pero sabía que la pasión del juego la dominaba y que en sus actuales circunstancias tenía pocas esperanzas de poder vencerla.

Esta noche la suerte le había sido obstinadamente adversa, y el pequeño monedero de oro que colgaba entre sus brazaletes estaba casi vacío cuando volvió a su habitación. Abrió el armario, sacó el joyero y miró debajo de la bandeja donde guardaba los billetes y de cuyo fajo había extraído unos cuantos antes de bajar a cenar. Sólo le quedaban veinte dólares: el descubrimiento la sobresaltó tanto que por un momento creyó haber sido víctima de un robo. Tomó papel y lápiz, se sentó ante el escritorio e intentó calcular lo que había gastado durante el día. La cabeza le latía de cansancio y tuvo que repasar los números una y otra vez, pero al fin resultó evidente que había perdido trescientos dólares en el juego. Sacó el talonario para ver si el saldo era mayor de lo que recordaba, pero descubrió que se había equivocado en el sentido contrario. Entonces volvió a sus cálculos; sin embargo, por más vueltas que diera a la cuestión, no podía recuperar los desaparecidos trescientos dólares. Era la suma que había apartado para apaciguar a su modista... a menos que la usara como anticipo para el joyero. En cualquier caso, la necesitaba para tantas cosas que su misma insuficiencia la había impulsado a apostar fuerte con la esperanza de doblarla. Pero había perdido, claro, ella que necesitaba hasta el último penique, mientras Bertha Dorset, cuyo marido le daba dinero a espuestas, debía haberse embolsado por lo menos quinientos dólares y Judy Trenor, que podía permitirse el lujo de perder mil cada noche, se había levantado de la mesa con un fajo de billetes tan abultado que no había podido estrechar la mano de sus invitados cuando le desearon las buenas noches.

Un mundo en que pudieran suceder tales cosas se le antojaba a Lily Bart un lugar abominable; nunca había sido capaz de comprender las leyes de un universo siempre tan dispuesto a excluirla de sus planes.

Empezó a desnudarse sin llamar a la doncella, a quien ya había mandado a la cama. Había sido esclava del placer ajeno el tiempo suficiente para ser considerada con quienes dependían de ella, y en sus momentos amargos solía ocurrírsele que su doncella y ella estaban en la misma posición, sólo que la doncella recibía su salario con más regularidad.

Sentada ante el espejo mientras se cepillaba el cabello, vio su semblante ojeroso y pálido y se fijó, asustada, en dos pequeñas arrugas junto a las comisuras de los labios, dos ligeros defectos en la suave curva de la mejilla.

—¡Oh, tengo que dejar de preocuparme! —exclamó—. «O tal vez sea efecto de la luz eléctrica...», pensó, saltando del asiento y encendiendo las velas del tocador.

Apagó los apliques de la pared y examinó su rostro entre las llamas de las velas. El óvalo blanco emergió difusamente de un fondo de sombras, iluminado por una aureola de luz vacilante, pero las dos arrugas de las comisuras no desaparecieron.

Lily se levantó y desnudó a toda prisa.

«Es sólo porque estoy cansada y tengo que pensar en cosas tan desagradables», se repitió varias veces, considerando una injusticia más que sórdidas preocupaciones tuvieran que dejar su huella en una belleza que constituía su única defensa contra ellas.

Pero las cosas desagradables estaban allí y siguieron en sus pensamientos. Volvió a recordar a Percy Gryce, llena de tedio, como un peregrino recoge su pesada carga y emprende de nuevo el camino después de un breve descanso. Estaba casi segura de haberle «pillado»: unos días más de trabajo y obtendría su recompensa. Pero la recompensa en sí se le antojó insulsa en aquel momento; era incapaz de sentirse atraída por la victoria. Sería un alivio en sus preocupaciones, nada más... ¡qué poco le habría parecido esto unos años antes! Sus ambiciones habían muerto poco a poco en el árido ambiente del fracaso. Pero ¿por qué había fracasado? ¿Era culpa suya o culpa del destino?

Recordó que su madre solía decir, con una especie de ansia vengativa, después de que perdieran todo su dinero: «Pero tú lo recuperarás... Lo recuperarás todo, con esa cara...». El recuerdo despertó toda una serie de evocaciones y en la oscuridad Lily reconstruyó el pasado del que había surgido su presente.

Una casa en la que nadie cenaba a menos que hubiera invitados; una

campanilla de la puerta que sonaba sin interrupción; una mesa de recibidor cubierta de sobres cuadrados abiertos con premura y sobres apaisados que acumulaban polvo en las profundidades de un jarrón de bronce; una serie de doncellas francesas e inglesas despidiéndose entre un caos de armarios y roperos saqueados a toda prisa; una dinastía igualmente efímera de niñeras y lacayos; peleas en la despensa, la cocina y el salón; precipitados viajes a Europa y regresos con baúles atiborrados y días de interminable deshacer de maletas; discusiones semestrales sobre dónde pasar las vacaciones; grises intervalos de economía y brillantes reacciones derrochadoras... tal era el decorado de los primeros recuerdos de Lily Bart.

Al frente del tumultuoso elemento llamado hogar estaba la figura fuerte y resuelta de una madre lo bastante joven para bailar hasta destrozarse sus vestidos, mientras el vago perfil de un padre de tonos neutros llenaba el espacio intermedio entre el mayordomo y el hombre que iba a dar cuerda a los relojes. La señora de Hudson Bart parecía joven incluso a los ojos de la infancia; en cambio, Lily no podía recordar un momento en que su padre no fuera calvo y un poco encorvado, canoso y de paso lento. Se quedó atónita al saber mucho después que sólo tenía dos años más que su madre.

Lily no veía casi nunca a su padre con luz de día, ya que éste pasaba toda la semana «en la oficina», y en invierno hasta bien entrada la noche no oía sus fatigados pasos por la escalera y su mano en la puerta del cuarto infantil. La besaba en silencio y hacía una o dos preguntas a la niñera o a la institutriz; entonces entraba la doncella de la señora Bart para recordarle que cenaban fuera y él salía apresurado, despidiéndose de Lily con un movimiento de cabeza. En verano, cuando se reunía con ellas algún que otro domingo en Newport o Southampton, estaba todavía más silencioso y ausente que en invierno. Descansar parecía agotarle y pasaba horas sentado en un rincón de la terraza, mirando fijamente la línea de la costa, mientras la bulliciosa existencia de su esposa proseguía inadvertida a pocos metros de él. En general, sin embargo, la señora Bart y Lily iban a veranear a Europa y, antes de que el buque hubiera cruzado medio océano, el señor Bart había desaparecido tras el horizonte. A veces su hija oía críticas dirigidas contra él porque había olvidado enviar un giro a su mujer, pero casi nunca le nombraban ni pensaban en él hasta que su figura paciente y encorvada se presentaba en el muelle neoyorquino como un amortiguador entre la magnitud del equipaje de su esposa y las restricciones aduaneras norteamericanas.

La vida continuó desarrollándose conforme a esta pauta errática y agitada durante toda la adolescencia de Lily; una sinuosa y rápida corriente por la que la embarcación familiar se deslizaba entre diversiones, remolcada por una corriente subterránea de perpetua necesidad: la de obtener más dinero. Lily no podía recordar una época en que el dinero fuera suficiente, y de un modo vago

su padre siempre parecía tener la culpa de tal deficiencia. No podía ser ciertamente culpa de la señora Bart, quien según sus amigas era una «excelente administradora», famosa por el ilimitado efecto conseguido con medios limitados; para la dama y sus amistades había algo heroico en vivir como si una fuera mucho más rica de lo que indicaba la propia cuenta bancaria.

Como es natural, Lily estaba orgullosa de esta aptitud de su madre: la habían educado en el credo de que, costara lo que costase, era indispensable tener una buena cocinera e ir, como lo llamaba la señora Bart, «decentemente vestida». El peor reproche que podía hacer a su marido era preguntarle si esperaba de ella que «vivieran como cerdos» y la respuesta negativa de él servía siempre de justificación para encargarse por cable a París uno o dos vestidos nuevos y telefonar al joyero para comunicarle que ya podía enviar la pulsera de turquesas que se había probado aquella mañana.

Lily conocía a personas que «vivían como cerdos», y su aspecto y entorno justificaba la repugnancia de su madre por aquella forma de existencia. Eran en su mayoría primos que habitaban destartalados pisos con grabados como el Viaje de la vida de Cole en las paredes del salón, y tenían sirvientas desaliñadas que decían: «Voy a ver» a las visitas que se presentaban a horas en que todas las personas decentes están fuera o fingen haber salido. Lo indignante era que muchos de estos primos tenían dinero, por lo que Lily llegó al convencimiento de que la gente vivía como cerdos por elección y falta de las apropiadas reglas de conducta. Esto le comunicó una sensación de superioridad y no necesitó los comentarios de la señora Bart sobre los tacaños y venidos a menos de la familia para fomentar su innata y arraigada pasión por el lujo.

Lily tenía diecinueve años cuando las circunstancias la obligaron a revisar su visión del universo.

El año anterior, su deslumbrante presentación en sociedad había dejado una secuela de importantes facturas. El resplandor de la fiesta aún perduraba en el horizonte cuando el nubarrón de facturas fue aumentando en densidad hasta que al final descargó en forma de tormenta repentina. La brusquedad empeoró el horror de la situación y Lily aún revivía de vez en cuando con doloroso realismo todos los detalles del día en que se produjo el golpe. Ella y su madre almorzaban el chateaubriot y el salmón frío que había sobrado de la cena de la víspera; una de las pocas economías de la señora Bart consistía en consumir en privado los caros restos de su hospitalidad. Lily sentía la agradable languidez que es el castigo de la juventud por bailar hasta la madrugada; en cambio, su madre, aparte de unas cuantas arrugas en torno a los labios, y bajo las ondas amarillas que cubrían sus sienes, estaba tan enérgica, pletórica y sonrosada como si acabara de despertarse de un sueño reparador.

En el centro de la mesa, entre los marrons glacés a medio fundir y las cerezas confitadas, una pirámide de rosas rojas erguían sus vigorosos tallos; tenían los capullos tan altos como la señora Bart su cabeza, pero el color ya cobraba matices violáceos y su reaparición en la mesa del almuerzo ofendió un poco el sentido del decoro de Lily.

—Creo, mamá —dijo en tono de reproche—, que podríamos permitirnos el lujo de comprar flores frescas para el almuerzo. Sólo unos junquillos o lirios del valle...

La señora Bart la miró fijamente. Su sentido de la estética estaba centrado en el mundo y no le importaba el aspecto de la mesa cuando sólo se hallaba presente la familia. Pero sonrió ante la inocencia de su hija.

—Los lirios del valle —respondió con calma— cuestan dos dólares la docena esta temporada.

Lily no se impresionó; tenía muy poca idea del valor del dinero.

—Bastarían seis docenas para llenar este jarrón —argumentó.

—¿Seis docenas de qué? —preguntó desde el umbral la voz de su padre.

Las dos mujeres levantaron la vista, sorprendidas; aunque era sábado, la presencia del señor Bart en el almuerzo resultaba insólita. Sin embargo, ni su mujer ni su hija sentían suficiente interés para pedir una explicación.

El señor Bart se desplomó en una silla y estuvo mirando vagamente el trozo de salmón en gelatina que el mayordomo acababa de poner en su plato.

—Sólo decía —empezó Lily— que detesto ver flores marchitas durante el almuerzo y mamá ha contestado que un ramillete de lirios del valle no costaría más de doce dólares. ¿Puedo decir a la florista que envíe unos cuantos todos los días?

Dirigió a su padre una mirada llena de confianza; éste rara vez le negaba algo y la señora Bart la había enseñado a interceder en su favor cuando sus propias súplicas no surtían efecto.

El señor Bart continuó inmóvil, con la mirada fija en el salmón, y la mandíbula inferior desencajada; parecía más pálido que de costumbre y su escaso cabello le caía en despeinados mechones sobre la frente. De improviso miró a su hija y soltó una carcajada. La carcajada era tan extraña que Lily se ruborizó; no le gustaba ponerse en ridículo y al parecer su padre veía algo ridículo en su petición. Quizá consideraba una tontería que le molestase por algo tan insignificante.

—¿Doce dólares... doce dólares diarios por unas flores? Oh, claro que sí, querida... encarga por valor de mil doscientos —y siguió riendo a carcajadas.

La señora Bart le miró fugazmente.

—No es necesario que espere, Poleworth... ya le llamaré —dijo al mayordomo, que se retiró con aire de silenciosa desaprobación, dejando el resto del chaudiroid sobre el aparador.

—¿Qué ocurre, Hudson? ¿Estás enfermo? —preguntó con severidad la señora Bart. No toleraba las escenas que no fueran orquestadas por ella y le parecía odioso que su marido se pusiera en evidencia delante de los criados—. ¿Estás enfermo? —repitió.

—¿Enfermo? No, estoy arruinado —dijo él.

Lily profirió un grito de angustia y la señora Bart se puso en pie.

—¿Arruinado...? —exclamó, pero, dominándose al instante, volvió hacia Lily su rostro tranquilo—. Cierra la puerta de la despensa.

Lily obedeció y, cuando volvió al comedor, su padre estaba sentado con los dos codos sobre la mesa, el plato de salmón entre ellos y la cabeza apoyada en las manos.

La señora Bart se encontraba a su lado con el semblante tan pálido que daba a sus cabellos un tono amarillo artificial. Miró a Lily con una expresión terrible; en cambio, la voz tenía un acento de falso optimismo.

—Tu padre no se encuentra bien... No sabe lo que dice, pero no es nada. Anda, ve arriba y no hables con los criados.

Lily obedeció; siempre obedecía cuando su madre le hablaba en aquel tono. Sus palabras no la habían engañado; desde el primer momento supo que lo de la ruina era cierto. En las horas sombrías que siguieron, aquel terrible hecho eclipsó incluso la lenta y difícil agonía de su padre. Para su madre ya no significaba nada; había muerto al dejar de cumplir su misión y ahora se sentaba a su lado con el aire provisional de un viajero que espera el arranque de un tren que sale con demora. Los sentimientos de Lily eran más suaves: le compadecía de un modo inútil y asustado. El hecho de que estuviera casi siempre inconsciente y de que su atención, cuando ella entraba en el dormitorio, se desviara casi en seguida, le convertía en un extraño mucho más desconocido que el de los días de su infancia, cuando nunca llegaba a su casa hasta después de oscurecer. Lily tenía la impresión de haberle visto borroso toda la vida —primero por el sueño y después por la distancia y la indiferencia—, y ahora la niebla se había espesado hasta hacerle casi irreconocible. Si hubiera podido prestarle algún pequeño servicio o intercambiar con él alguna de aquellas palabras de afecto que su incesante lectura de novelas la había inducido a relacionar con tales ocasiones, el instinto filial podría haberse despertado en ella; pero la piedad, al no encontrar una expresión activa,

permaneció en un estado de expectación, dominada por el severo e implacable resentimiento materno. Cada palabra y acto de la señora Bart parecía decir: «Ahora te inspira lástima... pero sentirás algo diferente cuando veas lo que nos ha hecho».

La muerte de su padre fue un alivio para Lily.

Entonces se inició un largo invierno. Quedaba poco dinero, que para la señora Bart era peor que nada: una cruel muestra de lo que le pertenecía por derecho propio. ¿Para qué vivir si era preciso vivir como cerdos? Se sumió en una especie de furiosa apatía, un estado de cólera inerte contra el destino. Su facultad de «economizar» la abandonó o dejó de sentir orgullo en ejercitarla. Estaba muy bien ser «una excelente administradora» cuando siéndolo se podía mantener el propio tren de vida, pero, cuando los más arduos esfuerzos no lograban ocultar el hecho de que era preciso ir a pie, ya no merecía la pena realizarlos.

Lily y su madre vagaron de un sitio a otro, haciendo largas visitas a parientes cuyo gobierno de la casa era criticado por la señora Bart y que deploraban que ésta permitiese a Lily desayunar en la cama cuando la chica carecía de perspectivas, y vegetando en baratos refugios europeos donde la señora Bart se alejaba altivamente de las frugales mesas de té de sus compañeros de infortunio. Cuidaba en especial de evitar a sus antiguas amistades y los escenarios de sus antiguos éxitos. Ser pobre equivalía para ella a confesar un fracaso humillante, y siempre detectaba una nota de triunfo en los contactos más amistosos.

Sólo la consolaba un pensamiento, que era la contemplación de la belleza de Lily. La examinaba con una especie de pasión, como si fuese un arma que hubiera moldeado lentamente para su venganza. Era el último recurso, el núcleo alrededor del cual reconstruirían su vida. La vigilaba celosamente, como si fuera propiedad suya y Lily su simple guardián, e intentaba inculcar en su hija un sentido de la responsabilidad que suponía semejante cargo. Seguía con la imaginación la carrera de otras bellezas, señalando a Lily lo que podía lograrse con aquel don y extendiéndose sobre el deplorable ejemplo de aquellas que no habían sabido sacar partido de él; a juicio de la señora Bart, sólo la estupidez podía explicar su fracaso. A menudo culpaba injustamente al destino, y no a sí misma, de las propias desgracias, pero vituperaba con tal acritud los matrimonios por amor que Lily habría jurado que el suyo había sido de esta naturaleza si la señora Bart no le hubiera asegurado una y otra vez que la habían «convencido» para que se casara, aunque nunca especificaba quién había sido.

Lily estaba impresionada por la magnitud de sus oportunidades. La precariedad de su vida actual prestaba un relieve encantador a la existencia a

la que creía tener derecho por méritos propios. Los consejos de la señora Bart podrían haber resultado peligrosos para una inteligencia menos sagaz, pero Lily comprendía que la belleza es sólo la materia prima de la conquista y que para convertirla en éxito se requieren otras artes. Sabía que manifestar cualquier sentimiento de superioridad era una forma más sutil de la misma estupidez denunciada por su madre y no tardó en aprender que una belleza necesita más tacto que quien tan sólo tiene unas facciones corrientes.

Sus ambiciones no eran tan vulgares como las de la señora Bart. Entre los reproches que esta dama había hecho a su marido —en los primeros tiempos, antes de que éste estuviera demasiado cansado— figuraba que perdía las tardes en lo que ella describía vagamente como «leer poesías», y con los efectos subastados después de su muerte abandonaron la casa una veintena de volúmenes muy manoseados que habían luchado por la existencia entre las botas y frascos de medicinas apiñados en los estantes de su vestidor. Había en Lily una vena sentimental, transmitida quizá por este lado, que ponía un toque idealista en sus objetivos más prosaicos. Le gustaba pensar en su belleza como un poder para hacer el bien, como algo que le daría oportunidad de alcanzar una posición desde la cual podría ejercer cierta influencia sobre una vaga difusión del refinamiento y el buen gusto. Le gustaban los cuadros, las flores y las novelas sentimentales y no podía evitar la idea de que la posesión de tales cosas ennoblecía su deseo de ventajas mundanas. No la seducía en absoluto casarse con un hombre únicamente rico y en secreto se avergonzaba de la elemental pasión de su madre por el dinero. Las preferencias de Lily se inclinaban por un noble inglés con ambiciones políticas y muchas tierras o, en su defecto, por un príncipe italiano con un castillo en los Apeninos y un cargo hereditario en el Vaticano. Las causas perdidas le parecían románticas y le gustaba imaginarse apartada de la vulgar prensa del Quirinal, sacrificando sus placeres por una tradición inmemorial...

¡Qué extraño y lejano se le antojaba ahora todo aquello! Se trataba de ambiciones casi tan fútiles y pueriles como las que tuviera de niña sobre la posesión de una muñeca francesa con articulaciones y cabello natural. ¿Habían pasado sólo diez años desde que dudaba en su imaginación entre el conde inglés y el príncipe italiano? Evocó tercamente aquel triste interludio...

Tras dos años de hambre y vagabundeo, la señora Bart murió... murió de una profunda repugnancia. Odiaba la pobreza y su destino era ser pobre. Sus visiones de una brillante boda para Lily se habían esfumado después del primer año.

—Los hombres no podrán casarse contigo si no te ven... ¿y cómo van a verte en los agujeros donde tenemos que vivir?

Tal era su lamento esencial y su última recomendación a su hija fue que

escapara de la pobreza en cuanto le fuera posible.

—No permitas que se apodere de ti y te arrastre hasta el fondo... Lucha como puedas para salir de ella... Eres joven; lo conseguirás —insistía.

Murió durante una de sus breves visitas a Nueva York, y allí Lily se convirtió inmediatamente en el centro de un consejo de familia compuesto por los ricos parientes a quienes la habían enseñado a despreciar porque vivían como cerdos. Tal vez ellos sospechaban los sentimientos que se le habían inculcado porque ninguno manifestó vivos deseos de su compañía; de hecho, la cuestión amenazaba con quedar pendiente hasta que la señora Peniston anunció con un suspiro:

—La tendré un año a prueba.

Todo el mundo se sorprendió, pero nadie exteriorizó su sorpresa por temor de que la señora Peniston se alarmara y reconsiderara su decisión.

Se trataba de la hermana viuda del señor Bart, y no era ni mucho menos la más rica de la familia; sin embargo, los otros miembros adujeron toda clase de razones por las que estaba claramente destinada por la Providencia a hacerse cargo de Lily. En primer lugar, vivía sola y sería magnífico para ella disponer de una acompañante joven. De vez en cuando viajaba, y la familiaridad de Lily con las costumbres extranjeras —deplorada como una desgracia por los parientes más conservadores— la capacitaría para actuar como una especie de intérprete. El caso era que la señora Peniston no había tomado en cuenta estas consideraciones. Se hacía cargo de la muchacha sencillamente porque nadie más se había ofrecido a ello y porque tenía la clase de mauvaise honté que obstaculiza la exhibición pública del egoísmo, aunque no impide su ejercicio en privado. Habría sido imposible para la señora Peniston ser heroica en una isla desierta, pero con los ojos de su pequeño mundo pendientes de ella, su acto le procuró cierto placer.

Cosechó la recompensa a que tiene derecho toda acción desinteresada encontrando en su sobrina una agradable compañera. Había esperado descubrir en Lily a una persona obstinada, crítica y «exótica» —porque incluso la señora Peniston, aunque a veces iba al extranjero, compartía la xenofobia familiar—, pero la joven daba muestras de una docilidad que, para una inteligencia más penetrante que la de su tía, habría resultado menos tranquilizadora que el declarado egoísmo de la juventud. La desgracia había dado flexibilidad a Lily en lugar de endurecerla, y una sustancia elástica es menos fácil de romper que una dura.

La señora Peniston, sin embargo, no sufrió por culpa de la adaptabilidad de su sobrina; Lily no tenía la menor intención de aprovecharse de la bondad de su tía. Le estaba realmente agradecida por el refugio que le había dado; por lo

menos, el opulento interior de la señora Peniston no tenía un exterior mezquino. Pero la mezquindad es capaz de adoptar toda clase de disfraces, y Lily no tardó en descubrir que estaba tan latente en la lujosa rutina de la vida de su tía como en la mísera existencia de una pensión europea.

La señora Peniston era una de esas personas episódicas que forman el acolchado de la vida. Era imposible creer que hubiera sido alguna vez foco de una actividad. Lo más notable de su persona se reducía al hecho de que su abuela había sido una Van Alstyne. Esta conexión con la robusta e industriosa raza de los primeros habitantes neoyorquinos se ponía de manifiesto en el orden glacial de su salón y en la excelencia de su cocina. Pertenecía a la clase de antiguos neoyorquinos que siempre han vivido bien, vestido con cara elegancia y hecho poca cosa más, y la señora Peniston cumplía escrupulosamente estas obligaciones heredadas. Siempre había sido una espectadora de la vida y su espíritu parecía uno de aquellos espejitos que sus antepasados holandeses solían fijar a las ventanas superiores para ver desde las profundidades de una intimidad impenetrable todos los acontecimientos callejeros.

La señora Peniston poseía una finca en New Jersey, donde no había estado desde la muerte de su marido, un suceso remoto que parecía perdurar en su memoria principalmente como una línea divisoria entre los recuerdos personales que formaban la mayor parte de su conversación. Era una mujer que recordaba con intensidad cualquier fecha, y era capaz de decir en cualquier momento si las cortinas del salón habían sido renovadas antes o después de la última enfermedad del señor Peniston.

El campo le parecía solitario y los árboles húmedos, y albergaba un confuso temor de encontrarse con un toro. A fin de protegerse de tales contingencias frecuentaba los balnearios más concurridos, donde se instalaba impersonalmente en una casa alquilada, y contemplaba discurrir la vida a través de la persiana de la terraza. Al cuidado de semejante tutora, Lily comprendió muy pronto que sólo disfrutaría de las ventajas materiales de la buena comida y un buen vestuario y, aunque lejos de menospreciarlas, las habría cambiado gustosamente por lo que la señora Bart la había enseñado a calificar de oportunidades. Suspiraba al pensar en las cosas que habría conseguido la inagotable energía de su madre, de haber contado al mismo tiempo con los recursos de la señora Peniston. A Lily le sobraba energía, pero la necesidad de adaptarse a las costumbres de su tía le restaba efectividad. Comprendía que debía conservar a toda costa el favor de la señora Peniston hasta que pudiera volar con sus propias alas, como hubiera dicho la señora Bart. Lily no estaba hecha para la vida vagabunda de la pariente pobre y, para adaptarse a la señora Peniston, tuvo que adoptar hasta cierto punto la pasiva actitud de ésta. Al principio pensó que sería fácil atraerla al torbellino de sus

propias actividades, pero la señora Peniston tenía una fuerza estática contra la que los esfuerzos de su sobrina resultaron vanos. Tratar de arrastrarla a una relación activa con la vida era como pretender mover un mueble atornillado al suelo. La señora Peniston no esperaba ni mucho menos que Lily fuera igualmente inmóvil; sentía toda la indulgencia del tutor norteamericano por la volatilidad de la juventud. También era indulgente con otras costumbres de su sobrina: le parecía natural que Lily gastara todo su dinero en ropa y complementaba la exigua renta de la muchacha haciéndole «espléndidos regalos» destinados al mismo fin. Lily, que era muy práctica, habría preferido una cantidad fija, pero a la señora Peniston le gustaba la expresión periódica de gratitud suscitada por inesperados talones y era tal vez lo bastante astuta para intuir que semejante método de ayuda mantenía vivo en su sobrina un saludable sentido de dependencia.

Aparte de esto, la señora Peniston no se consideraba obligada a hacer nada más por su pupila; se limitó a retirarse a un segundo plano y dejarle el campo libre. Lily se adueñó de él, primero con la confianza de quien siente una gran seguridad y después con exigencias cada vez más reducidas, y ahora se veía luchando por mantenerse firme en el amplio espacio que antes le había parecido suyo por derecho propio. Ignoraba cómo había sucedido. A veces pensaba que era porque la señora Peniston había sido demasiado pasiva y otras porque ella no lo había sido lo suficiente. ¿Había mostrado tal vez un excesivo afán de victoria? ¿Le había faltado paciencia, flexibilidad y disimulo? Pero acusarse o absolverse de estas faltas no cambiaba el hecho de que había fracasado. Chicas más jóvenes y menos bellas se habían casado por docenas, mientras ella tenía veintinueve años y seguía siendo la señorita Bart.

Empezaba a sufrir ataques de airada rebelión contra el destino, durante los cuales ansiaba abandonar la carrera y organizarse una vida independiente. Pero ¿qué clase de vida sería? Tenía apenas el dinero justo para pagar las facturas de su modista y las deudas de juego, y ninguno de los esporádicos intereses que dignificaba con el nombre de aficiones era lo bastante pronunciado para permitirle vivir satisfecha en la oscuridad. Ah, no, era demasiado inteligente para no ser sincera consigo misma. Sabía que odiaba la pobreza tanto como su madre y lucharía contra ella hasta su último aliento, emergiendo una y otra vez de su marasmo para alcanzar esos brillantes pináculos del éxito que ofrecían una superficie tan resbaladiza a sus afanosas manos.

Capítulo IV

A la mañana siguiente la señorita Bart encontró una nota de su anfitriona

en la bandeja del desayuno.

«Queridísima Lily —decía—, si no te resulta demasiado molesto bajar a las diez, ¿vendrás a mi salita de estar para ayudarme en varias fastidiosas tareas?».

Lily tiró la nota a un lado y se recostó en las almohadas con un suspiro. Era desde luego una molestia bajar a las diez —una hora considerada en Bellomont vagamente en sincronía con el amanecer— y conocía muy bien la naturaleza de las fastidiosas tareas en cuestión. La secretaria, la señorita Pragg, había tenido que ausentarse, y debía haber notas e invitaciones que escribir, direcciones extraviadas que buscar y otros pormenores sociales que atender. Se sobreentendía que la señorita Bart debía llenar el hueco en tales emergencias, y ella está acostumbrada a reconocer su obligación sin una queja.

Esta vez, sin embargo, sintió reavivarse la sensación de servidumbre causada por el repaso al talonario la noche anterior. Todo cuanto la rodeaba inspiraba sensaciones de comodidad y bienestar. Las ventanas estaban abiertas a la radiante frescura de la mañana de septiembre y entre las ramas amarillentas podía contemplarse una perspectiva de setos y parterres que iban perdiendo rigidez a medida que se acercaban a las libres ondulaciones del parque. La doncella había encendido un pequeño fuego en la chimenea que competía alegremente con la luz del sol, la cual se desparramaba sobre la alfombra verde musgo y acariciaba los lados curvados de un antiguo escritorio de marquetería. Cerca de la cama, sobre una mesa, estaba la bandeja del desayuno, con su armonioso servicio de porcelana y plata, un puñado de violetas en un estrecho florero y el periódico matutino doblado bajo las cartas. No había nada nuevo para Lily en estos símbolos de estudiado lujo, pero, aunque formaban parte de su ambiente, nunca dejaban de deleitarla con su encanto. La pura exhibición despertaba en ella la conciencia de una distinción superior, pero en cambio experimentaba una clara afinidad con todas las manifestaciones sutiles de la riqueza.

El requerimiento de la señora Trenor, sin embargo, le recordó de pronto su situación de dependencia y se levantó y vistió en un estado de irritación que en general era demasiado prudente para permitirse. Sabía que tales emociones dejan huellas en la cara y en el carácter y, después de ver las pequeñas arrugas en las comisuras, reveladas por el examen de medianoche, había decidido que el aviso no cayera en saco roto.

El tono normal de la señora Trenor al saludarla incrementó su irritación. Si una se levantaba de la cama a semejante hora y bajaba fresca y radiante para someterse a la monotonía de escribir unas notas, merecía al menos un reconocimiento especial de su sacrificio. No obstante, el tono de la señora Trenor parecía ignorar este hecho.

—Oh, Lily, te lo agradezco —se limitó a suspirar a través del caos de cartas, facturas y otros documentos domésticos que prestaban un incongruente aire comercial a la delicada elegancia del escritorio—. Esta mañana ha llegado un montón de papelotes —añadió, haciendo un espacio en el centro de la confusión y levantándose para ceder su sitio a la señorita Bart.

La señora Trenor era una mujer alta y rubia cuya estatura la salvaba apenas de la insignificancia. Su figura rubia y sonrosada había sobrevivido a cuarenta años de fútil actividad sin mayores estragos que una disminución general de sus características. Era difícil definirla como no fuese insinuando que parecía existir únicamente como anfitriona y no porque tuviese un sentido exagerado de la hospitalidad, sino porque no podía vivir sin estar rodeada de gente. La naturaleza colectiva de sus intereses la eximía de las rivalidades corrientes de su sexo y desconocía una emoción más personal que el odio a la mujer que tuviera fama de dar cenas más concurridas o fiestas más divertidas que ella. Como su talento social, respaldado por la cuenta bancaria del señor Trenor, le aseguraba casi siempre el triunfo final en tales competiciones, el éxito había desarrollado en ella una benevolencia indiscriminada hacia el resto de su sexo y, según la utilitaria clasificación que de sus amistades había hecho la señorita Bart, era la mujer menos capaz de «traicionarla».

—Ha sido francamente inhumano por parte de Pragg abandonarme ahora —declaró mientras su amiga se sentaba ante el escritorio—. Dice que su hermana va a tener un bebé... ¡como si esto pudiera compararse con una reunión de tantos invitados! Estoy segura de que cometeré unos errores espantosos y tendré graves disgustos. Cuando estaba en Tuxedo invité a un montón de gente para la semana próxima, y he perdido la lista y no sé quién viene. Y esta semana también será un fracaso horrible, y Gwen van Osburgh le contará luego a su madre que todo el mundo se aburrió. No pensaba invitar a los Wetherall, eso fue una plancha de Gus; ya sabes que les desagrada Carry Fisher. ¡Como si una pudiera prescindir de Carry Fisher! Fue un disparate divorciarse por segunda vez (Carry es exagerada en todo), pero dijo que el único sistema de sacar un penique a Fisher era divorciarse de él y hacerle pagar la manutención. Y la pobre Carry no puede despreciar ni un solo dólar. Es absurdo que Alice Wetherall haya armado todo este jaleo para no verla si se piensa en el estado actual de la sociedad. Alguien dijo el otro día que hay un caso de divorcio y de apendicitis en todas las familias conocidas. Además, Carry es la única persona capaz de poner de buen humor a Gus cuando hay pelmazos en la casa. ¿Te has fijado en que gusta a todos los maridos? A todos excepto al suyo, claro. Es muy inteligente por su parte especializarse en distraer a la gente aburrída: el campo es muy extenso y lo tiene prácticamente para ella sola. Debe encontrar compensaciones, sin duda (sé que Gus le presta dinero), pero es que yo le pagaría para que lo ponga de buen humor, así que no puedo quejarme, después de todo.

La señora Trenor hizo una pausa para saborear el espectáculo que ofrecía la señorita Bart en sus esfuerzos por ordenar el barullo de su correspondencia.

—Pero no sólo se trata de los Wetherall y de Carry —prosiguió con un nuevo acento de queja—. Lo cierto es, que lady Cressida Raith me ha decepcionado tremendamente.

—¿Decepcionado? ¿Acaso no la conocías?

—Dios mío, no... Ayer la vi por primera vez. Lady Skiddaw la envió con cartas para los Van Osburgh y oí decir que María van Osburgh daba una gran fiesta en su honor esta semana, así que pensé que sería divertido robársela y Jack Stepney, que la conoció en la India, me ayudó a conseguirlo. María estaba furiosa y tuvo la desfachatez de hacer que Gwen se invitara a venir aquí a fin de no quedar completamente al margen... ¡Si llego a saber cómo era lady Cressida, les habría dicho que ya podían confitársela! Pero pensaba que cualquier amigo de los Skiddaw tenía que ser divertido. ¿Recuerdas lo animada que era lady Skiddaw? Había veces en que tenía que hacer salir a las chicas de la habitación. Además, lady Cressida es hermana de la duquesa de Meltshire y supuse que se parecerían, pero con esas familias inglesas nunca se sabe. Son tan numerosas que hay miembros de todas clases y resulta que lady Cressida es de la clase moralista: está casada con un clérigo y desempeña una labor misionera en el East End. ¡Imagínate, tomarme tantas molestias por la esposa de un pastor que lleva joyas indias y es aficionada a la botánica! Ayer obligó a Gus a enseñarle todos los invernaderos y le aburrió a muerte preguntándole los nombres de las plantas. ¡Le trató como si fuera el jardinero!

La señora Trenor profirió esta última exclamación en un tono de indignación creciente.

—Bueno, a lo mejor lady Cressida consigue que los Wetherall se reconcilien con Carry Fisher —insinuó la señorita Bart con acento conciliador.

—¡Ojalá fuera así! Pero está aburriendo espantosamente a todos los hombres y, si empieza a distribuir folletos, como tengo entendido que suele hacer, será demasiado deprimente. Lo peor es que habría sido muy útil en el momento oportuno. Ya sabes que tenemos que invitar al obispo una vez al año, y ella habría dado la nota apropiada a la ocasión. Siempre tengo mala suerte con las visitas de obispo —añadió la señora Trenor, a cuyo atribulado estado de ánimo se sumaba ahora una oleada de recuerdos que iba rápidamente en aumento—. El año pasado, cuando estaba aquí, Gus se olvidó de él y trajo a los Winton y los Farley... ¡que entre los cuatro tienen cinco divorcios y seis grupos de niños en su haber!

—¿Cuándo se marcha lady Cressida? —preguntó Lily.

La señora Trenor levantó los ojos al cielo, desesperada.

—Querida, ¡ojalá lo supiera! Tenía tanta prisa por alejarla de María que se me olvidó fijar una fecha, y Gus dice que le ha oído decir a alguien que piensa quedarse aquí todo el invierno.

—¿Aquí? ¿En esta casa?

—No seas tonta... en América. Pero si nadie más la invita... ya sabes que jamás van a un hotel.

—Quizá Gus lo ha dicho para asustarte.

—No... he oído decir a Bertha Dorset que dispone de seis meses libres mientras su marido hace una cura de aguas en la Engadina. ¡Tendrías que haber visto la mirada ausente de Bertha! Pero no es para tomarlo a la ligera, ¿sabes? Si se queda aquí todo el otoño, será un verdadero desastre y María van Osburgh no cabrá en sí de gozo.

Ante esta perspectiva, la voz de la señora Trenor tembló de autocompasión.

—¡Oh, Judy... como si alguien se hubiera aburrido jamás en Bellomont! —protestó con mucho tacto la señorita Bart—. Sabes perfectamente que, aunque la señora Van Osburgh reuniera a los mejores invitados y te dejara a ti los peores, tú conseguirías animar la fiesta y ella no.

Semejante declaración habría bastado en un momento normal para devolver la ecuanimidad a la señora Trenor, pero en esta ocasión no logró alisar su ceño fruncido.

—No se trata sólo de lady Cressida —se lamentó—. Todo ha salido mal esta semana. Me he fijado en que Bertha Dorset está furiosa conmigo.

—¿Furiosa contigo? ¿Por qué?

—Porque le dije que venía Lawrence Selden, que al final no ha querido venir; pero ella es lo bastante insensata para creer que es culpa mía.

La señorita Bart dejó la pluma sobre la mesa y se quedó mirando la nota que acababa de empezar.

—Pensaba que esto era agua pasada.

—Y así es, en lo que a él concierne. Y desde luego Bertha no ha estado encerrada desde entonces. Pero me parece que ahora no tiene compañía... y alguien me insinuó que invitara a Lawrence. Pues bien, lo hice y no pude convencerle para que viniera, y ahora supongo que ella se vengará de mí siendo odiosa con todo el mundo.

—O quizá opte por vengarse de él, siendo encantadora con otro.

La señora Trenor movió la cabeza con expresión lúgubre.

—Sabe que se quedaría tan fresco. Además, ¿qué otro? Alice Wetherall no pierde de vista a Lucius. Ned Silverton sólo ve a Carry Fisher... ¡pobre muchacho! Gus se aburre con Bertha, Jack Stepney la conoce demasiado bien... y... ¡pues, claro, está Percy Gryce!

La idea le hizo sonreír y se incorporó, contenta.

El semblante de la señorita Bart no esbozó siquiera una sonrisa.

—Oh, no creo que ella y el señor Gryce puedan congeniar.

—¿Quieres decir que ella le escandalizará y él la aburrirá a muerte? Bueno, no es tan mal principio, ¿sabes? Pero tengo la esperanza de que no se le ocurra conquistarle, porque he invitado a Percy especialmente para ti.

Lily se echó a reír.

—Merci du compliment! Desde luego, no podría competir con Bertha.

—¿Te he ofendido? No lo he dicho con esta intención, te lo aseguro. Todo el mundo sabe que eres mil veces más guapa y más inteligente que Bertha; pero no sabes ser mala y, a la larga, la mujer mala es la que siempre consigue lo que quiere.

La señorita Bart afectó un aire reprobatorio.

—Creía que apreciabas a Bertha.

—¡Y la aprecio! Es mucho más seguro apreciar a las personas peligrosas y ella lo es... y, si alguna vez la he visto dispuesta a portarse mal, es ahora. Lo adivino por la conducta de George, que es un barómetro perfecto; siempre sabe cuándo Bertha va a...

—¿Caer? —sugirió la señorita Bart.

—¡No seas tonta! Ya sabes que aún tiene fe en ella. Por otra parte, yo no digo que Bertha sea realmente mala, sólo que le encanta fastidiar a la gente y en especial al pobre George.

—Bueno, parece haber nacido para este papel... No me extraña que ella necesite compañías más alegres.

—Oh, George no es tan triste como crees. Si Bertha no le diera preocupaciones, sería muy diferente. O si le dejara en paz y pudiera organizar su vida a su gusto. Pero ella no se atreve a perderle por el dinero, y así, cuando él no está celoso, finge estarlo ella.

La señorita Bart continuó escribiendo en silencio y su anfitriona se quedó pensando con el ceño todavía más fruncido.

—¿Sabes qué haré? —exclamó tras una larga pausa—. ¡Llamaré por

teléfono a Lawrence y le diré que ha de venir sin falta!

—Oh, no lo hagas —respondió Lily, súbitamente ruborizada, sorprendiéndose a sí misma casi tanto como a su amiga, quien, aunque no solía percatarse de los cambios faciales, la miró de hito en hito, un poco perpleja.

—¡Dios mío, Lily, qué hermosa eres! ¿Por qué? ¿Por qué te disgusta tanto?

—¡En absoluto! Me gusta. Pero si te mueve la benévola intención de protegerme de Berta... no creo que necesite esa protección.

La señora Trenor se enderezó con una exclamación de sorpresa.

—¡Lily! ¿Percy? ¿Quieres decir que lo has conseguido?

La señorita Bart sonrió.

—Sólo quiero decir que el señor Gryce y yo empezamos a ser muy buenos amigos.

—Hum... comprendo. —La señora Trenor la contempló, entusiasmada—. Ya sabes que, según dicen, tiene una renta de ochocientos mil anuales... y no gasta nada, excepto en libracos antiguos. Y su madre sufre una dolencia cardíaca y le dejará muchísimo más. Oh, Lily, actúa con mucha prudencia... —le conjuró su amiga.

La señorita Bart continuó sonriendo plácidamente.

—No debo decirle, por ejemplo, que tiene un montón de libracos antiguos —observó.

—No, claro que no; ya sé que eres estupenda en eso de sacar los temas favoritos de la gente. Pero es horriblemente tímido y se escandaliza con facilidad y... y...

—¿Por qué no lo dices, Judy? ¿Que tengo fama de ir a la caza de un marido rico?

—Oh, no quería decir esto; él no lo creería de ti... por lo menos al principio —dijo la señora Trenor con franqueza y astucia—, pero ya sabes que aquí el ambiente suele ser animado (tengo que avisar a Jack y a Gus), y si pensara que eres lo que su madre llamaría frívola... bueno, ya sabes de qué estoy hablando. ¡No te pongas para la cena el vestido escarlata de crêpe de Chine y no fumes, si puedes evitarlo, Lily, querida!

Lily apartó la tarea terminada con una sonrisa irónica.

—Eres muy buena, Judy: guardaré mis cigarrillos bajo llave y me pondré ese vestido de la temporada pasada que me has enviado esta mañana. Y, si realmente te interesas por mi carrera, ten la amabilidad de no pedirme que

vuelva a jugar al bridge esta noche.

—¿Al bridge? ¿También está en contra del bridge? ¡Oh, Lily, qué vida tan horrible te espera! Pues claro que no te lo pediré... ¿por qué no me lo insinuaste anoche? ¡Lo haría todo para verte feliz, pobrecita mía!

Y la señora Trenor, rebosando de la ansiedad propia de su sexo por allanar el camino del verdadero amor, envolvió a Lily en un largo abrazo.

—¿Estás bien segura —añadió, solícita, mientras Lily se desasía— de que no quieres que telefonee a Lawrence Selden?

—Completamente segura —respondió Lily.

Los tres días siguientes demostraron a total satisfacción de la señorita Bart su capacidad para llevar sus asuntos sin ayudas externas.

Sentada en la tarde del sábado en la terraza de Bellomont, sonreía al pensar en el temor de la señora Trenor de que pudiera precipitarse. Quizá habría necesitado tal advertencia si los años no le hubieran enseñado una lección muy provechosa. A estas alturas se envanecía de saber adaptarse al ritmo del objeto de su persecución. En el caso del señor Gryce había considerado oportuno revolotear por delante de él, eludiéndole y atrayéndole de una velada intimidad a otra. El ambiente que les rodeaba era propicio a esta clase de coqueteo. Fiel a su palabra, la señora Trenor no había dado muestras de esperar a Lily en la mesa de bridge e incluso había insinuado a los demás jugadores que no expresaran ninguna sorpresa ante su insólito abandono. Gracias a este aviso, Lily se convirtió en el centro de aquella solicitud femenina que rodea a una mujer joven en la temporada de celo. Se creó tácitamente a su alrededor un área de soledad en medio de la bulliciosa existencia de Bellomont y sus amigas no podrían haber hecho gala de una mayor disposición al retraimiento si el flirteo hubiera ido acompañado de todos los atributos de una aventura amorosa. En el grupo de Lily, esta conducta implicaba una complicidad en la comprensión de sus motivos y el señor Gryce creció en su estima cuando vio la consideración de que era objeto.

La terraza de Bellomont en una tarde de septiembre era un lugar ideal para el sentimentalismo, y la señorita Bart, apoyada en la balaustrada que dominaba el jardín, a cierta distancia del animado grupo reunido en torno a la mesa del té, parecía absorta en el laberinto de una felicidad inarticulada. En realidad, sus pensamientos hallaban una expresión muy definida en la tranquila recapitulación de las bendiciones que le preparaba el destino. Desde su atalaya podía verlas encarnadas en la forma del señor Gryce, quien, vistiendo un abrigo ligero y una bufanda, estaba sentado con cierto nerviosismo en el borde de su silla, mientras Carry Fisher, con toda la energía de miradas y gestos con que la naturaleza y el arte la habían dotado, le instaba a cumplir con el deber

de tomar parte en la tarea de la reforma municipal.

El último pasatiempo de la señora Fisher era la reforma municipal, al que había precedido un celo equivalente por el socialismo, el cual, a su vez, había reemplazado una entusiasta campaña en favor de la Ciencia Cristiana. La señora Fisher era baja, impulsiva y dramática y tenía en las manos y los ojos unos instrumentos admirables que ponía al servicio de las sucesivas causas que iba abrazando. Cometía, sin embargo, el error común a todos los fanáticos, que es pasar por alto la falta de reacción del auditorio, y Lily contemplaba, divertida, su ceguera ante la resistencia evidente en todos los aspectos de la actitud del señor Gryce. Ella sabía que los pensamientos de éste oscilaban entre el temor de resfriarse si estaba demasiado rato al aire libre a aquella hora y el miedo de que, si entraba en la casa, la señora Fisher le siguiera con un papel para obligarle a firmarlo. El señor Gryce sentía una repugnancia innata a lo que él llamaba «comprometerse» y, por muy grande que fuera la estima en que tenía su salud, decidió sin duda que era más seguro seguir fuera del alcance de pluma y tinta hasta que el azar le rescatara de la insistencia de la señora Fisher, y mientras tanto dirigía miradas angustiosas a la señorita Bart, cuya única reacción era sumirse en una actitud de ensimismamiento cada vez más atractivo. Había aprendido a valorar el efecto del contraste, que ponía de relieve sus encantos, y era plenamente consciente del grado en que la volubilidad de la señora Fisher realizaba su propio sosiego.

La despertó de sus meditaciones la aparición de su primo Jack Stepney, que volvía por el jardín de la pista de tenis en compañía de Gwen van Osburgh.

La pareja en cuestión estaba ligada por la misma clase de relación sentimental que aquella en que se veía envuelta Lily, la cual se sintió algo molesta al contemplar lo que se le antojó una caricatura de su propia situación. La señorita Van Osburgh era una muchacha corpulenta, de superficies planas y ningún rasgo sobresaliente. Jack Stepney había dicho de ella en una ocasión que era tan de fiar como un asado de carnero; sus gustos en aquel terreno tendían a una dieta menos sólida y más especiada, pero el hambre hace apetitoso cualquier manjar y había habido ocasiones en que el señor Stepney sólo tenía un mendrugo.

Lily estudió con interés la expresión de sus rostros; el de la chica estaba vuelto hacia el de su compañero como un plato vacío esperando ser llenado, mientras el hombre que caminaba a paso desgarbado junto a ella revelaba ya el incipiente aburrimiento que no tardaría en resquebrajar su frágil sonrisa.

«¡Qué impacientes son los hombres! —reflexionó Lily—. Lo único que Jack debe hacer para conseguir todo lo que quiere es callar y dejar a la chica que se case con él, mientras yo tengo que calcular, tramar, retroceder y

avanzar en un intrincado baile del que perdería para siempre el ritmo si diera un solo paso en falso».

A medida que se acercaban, una idea extravagante se abrió camino en la mente de Lily: existía cierto parecido de familia entre la señorita Van Osburgh y Percy Gryce. No se trataba de ninguna similitud de rasgos: Gryce era guapo de un modo didáctico —parecía el dibujo de una escultura de yeso, hecho por un alumno aventajado—, mientras que el rostro de Gwen sólo podía ser copia de una cara pintada en un globo infantil. Pero la afinidad más profunda era inconfundible: los dos tenían los mismos prejuicios e ideales y la misma cualidad capaz de eliminar todas las demás normas, sólo prescindiendo de ellas. Este atributo era común a casi todos los miembros del grupo de Lily: poseían una fuerza negativa que borraba todo cuanto se hallaba fuera del alcance de su percepción. En resumen, Gryce y la señorita Van Osburgh estaban hechos el uno para el otro por todas las leyes de correspondencia moral y física... «Y sin embargo —meditó Lily—, ni siquiera se miran. Ambos buscan a una persona de diferente raza, de mi raza y la de Jack, provista de toda clase de intuiciones, sensaciones y percepciones cuya existencia ni siquiera adivinan. Y siempre consiguen lo que quieren».

Charló con su primo y con la señorita Van Osburgh hasta que el ceño algo fruncido de esta última le indicó que incluso el diálogo anodino entre parientes podía ser objeto de suspicacias; entonces la señorita Bart, consciente de la necesidad de no suscitar enemistades en este punto crucial de su carrera, se hizo a un lado para que la feliz pareja pudiera continuar su camino hacia la mesa del té.

Después de sentarse en el peldaño superior de la terraza, Lily apoyó la cabeza en la madreSelva que trepaba por la balaustrada. La fragancia de las últimas flores parecía una emanación de la idílica escena, del paisaje domesticado hasta el grado máximo de elegancia rural. En primer término resaltaban los colores cálidos de los jardines. Más allá del prado se extendían los pastos, una suave pendiente salpicada de cabezas de ganado y plantada de arcos piramidales, de un tono dorado pálido, y aterciopelados abetos; a través de un largo y umbroso claro, el río serpenteaba y se ensanchaba hasta formar un lago, rutilante bajo la luz plateada de septiembre. Lily no tenía ganas de unirse al círculo que rodeaba la mesa del té. Representaba el futuro que había elegido y estaba satisfecha con él, pero nada ansiosa por saborear sus goces antes de tiempo. La certeza de que podía casarse con Percy Gryce cuando se le antojara le había quitado de encima un gran peso y sus apuros económicos eran demasiado recientes para que su eliminación no causara una sensación de alivio que una inteligencia menos perspicaz habría confundido con la felicidad. Sus vulgares preocupaciones habían terminado. Podría organizar su vida como se le antojara, encumbrarse hasta aquel empíreo de seguridad que

era impenetrable para los acreedores. Tendría vestidos más elegantes que Judy Trenor y muchísimas más joyas que Bertha Dorset. Se vería libre para siempre de los subterfugios, los expedientes y las humillaciones de los relativamente pobres.

En vez de halagar, sería halagada; en vez de agradecer, recibiría gratitud. Podría ajustar algunas viejas cuentas y devolver antiguos favores. Y no abrigaba dudas respecto a la dimensión de su poder. Sabía que el señor Gryce era del tipo mezquino y suspicaz, inaccesible a los impulsos y emociones; tenía la clase de carácter en que la prudencia es un vicio y los buenos consejos, el alimento más peligroso. Pero Lily ya había conocido a aquella especie y era consciente de que una naturaleza tan recelosa necesitaba un enorme desahogo para su egoísmo, y estaba decidida a ser para él lo que había sido hasta ahora su colección de libros americanos: la única posesión de la que se enorgullecería lo suficiente para invertir dinero en ella. Sabía que esta generosidad egoísta es una de las formas de la avaricia, y resolvió identificarse hasta tal punto con la vanidad de su marido, que concederle todos sus deseos llegara a ser para él la más exquisita forma de autocomplacencia. Tal sistema podía obligarla al principio a recurrir a los mismos subterfugios y expedientes de los que estaba destinado a librarla, pero tenía la seguridad de poder jugar a su modo al cabo de muy poco tiempo. ¿Cómo iba a desconfiar de sus poderes? Su misma belleza no era el don efímero que habría sido en manos de la inexperiencia: su maestría en realzarla, los cuidados que le prodigaba, el uso que hacía de ella parecían prestarle una especie de inmutabilidad. Lily sentía que podía confiar en ella para que la condujera sin dificultades hasta su meta.

Y la meta, en general, merecía la pena. La vida no era la burla que imaginara tres días antes. Había un lugar para ella, después de todo, en aquel mundo de placer, atestado y egoísta, del que hacía muy poco tiempo su pobreza parecía excluirla. Aquellas personas a las que había ridiculizado y envidiado al mismo tiempo estaban contentas de hacerle sitio en el círculo encantado en torno al cual giraban todos sus deseos. No eran tan brutales y ególatras, o, mejor dicho, como ya no sería necesario halagarlas ni seguirles la corriente, aquel aspecto de su naturaleza saltaba menos a la vista. La sociedad es un ente giratorio que suele juzgarse según el lugar que ocupa en el firmamento de cada persona; y en aquel momento volvía su cara iluminada hacia Lily.

Bajo su resplandor rosado, todos los huéspedes parecían llenos de cualidades amables. A Lily le gustaba su elegancia, su ligereza, su falta de énfasis; incluso su seguridad en sí mismos, que a veces podía confundirse con la necedad, se le antojaba ahora el signo lógico de su ascendencia social. Eran dueños del único mundo que le importaba y estaban dispuestos a admitirla entre sus filas y dejarla mandar a su lado. Ya empezaba a sentir en su interior

una incipiente sumisión a sus normas, una aceptación de sus limitaciones, una incredulidad hacia las cosas en que no creían, una piedad desdeñosa por la gente que no podía vivir como ellos.

El precoz crepúsculo caía de soslayo sobre el parque. A través de las ramas de la larga avenida que discurría al fondo de los jardines vislumbró el destello de unas ruedas y adivinó que se acercaban más invitados. Oyó un movimiento a sus espaldas, un rumor de pasos y voces: por lo visto el grupo que rodeaba la mesa del té se estaba dispersando. Al cabo de unos momentos sonaron pasos detrás de ella en la terraza. Supuso que el señor Gryce había encontrado por fin un medio de escapar de su difícil situación y sonrió ante el hecho significativo de que acudiera a reunirse con ella en vez de retirarse inmediatamente al lado del fuego.

Se volvió para dispensarle la acogida a la que su galantería le hacía acreedor, pero el saludo se disolvió en un rubor de asombro porque el hombre que se acercaba a ella era Lawrence Selden.

—Como ve, al final he venido —dijo, pero, antes de que Lily tuviera tiempo de contestar; la señora Dorset, interrumpiendo un soso coloquio con el dueño de la casa, fue a interponerse entre ellos con un pequeño gesto de apropiación.

Capítulo V

El cumplimiento del precepto dominical se distinguía principalmente en Bellomont por la puntual aparición del flamante ómnibus destinado a transportar a los habitantes de la casa a la pequeña iglesia erigida en la entrada de la finca. La cuestión de si alguien subía o no al vehículo era de importancia secundaria, ya que al detenerse en el umbral no sólo atestiguaba las ortodoxas intenciones de la familia, sino que hacía sentir a la señora Trenor, cuando por fin lo oía alejarse, que en cierto modo había hecho uso indirecto de él.

La señora Trenor sostenía la teoría de que sus hijas iban a la iglesia todos los domingos, pero, como las creencias de su institutriz llevaban a ésta a la parroquia rival y las fatigas de la semana no permitían a la madre salir de su habitación antes del almuerzo, casi nunca había nadie presente para verificar los hechos. De vez en cuando, en un espasmódico arranque de virtud — cuando en la casa había reinado un tumulto excesivo por la noche—, Gus Trenor embutía su afable corpachón en una ceñida levita y sacaba de la cama a sus hijas; pero, como explicó Lily al señor Gryce, casi nunca se acordaba de este deber paternal hasta que se oían repicar las campanas de la iglesia al otro

lado del parque y el ómnibus ya se había marchado.

Lily había insinuado al señor Gryce que este descuido de los deberes religiosos era contrario a sus propias tradiciones, y que en sus visitas a Bellomont acompañaba con regularidad a la iglesia a Muriel y Hilda. Esto concordaba con la afirmación, también confidencial, de que no había jugado nunca al bridge, y, al ser «invitada» a hacerlo la noche de su llegada, había perdido una considerable cantidad de dinero por culpa de su ignorancia del juego y de las reglas que regían las apuestas. No cabía duda de que el señor Gryce disfrutaba de su estancia en Bellomont. Le gustaba el ambiente distendido y lujoso y el lustre que le otorgaba ser miembro de aquel grupo de personas ricas y famosas. Pero le parecía una sociedad muy materialista; a veces le asustaba la charla de los hombres y la mirada de las mujeres, y le alegraba constatar que la señorita Bart, pese a toda su soltura y dominio de sí misma, no se sentía a sus anchas en una atmósfera ambigua. Por esta razón le agradó en especial saber que el domingo por la mañana acompañaría como de costumbre a las niñas Trenor a la iglesia, y, mientras paseaba por la explanada de grava que se extendía ante la casa, con el abrigo de entretiem po al brazo y el libro de rezos en la mano enguantada, reflexionaba gratamente sobre la firmeza de carácter que la mantenía fiel a las tradiciones de la infancia en un ambiente tan subversivo contra los principios religiosos.

Durante mucho rato, el señor Gryce y el ómnibus esperaron solos en la explanada pero, lejos de lamentar tan deplorable indiferencia de los otros invitados, el primero empezó a abrigar la esperanza de que la señorita Bart saliera de la casa sin compañía. Sin embargo, los preciosos minutos volaban; los vetustos castaños arañaban la tierra y salpicaban de espuma sus ramas impacientes; el cochero parecía petrificarse lentamente en el pescante y el lacayo en el umbral; y la dama seguía sin hacer su aparición. De pronto estalló en la puerta un rumor de voces y un crujido de faldas y el señor Gryce, guardándose una vez más el reloj en el bolsillo, se volvió con un sobresalto nervioso; pero lo único que pudo hacer fue ayudar a la señora Wetherall a subir al carruaje.

Los Wetherall iban siempre a la iglesia. Pertenecían al inmenso grupo de autómatas humanos que pasan por la vida sin descuidar uno solo de los gestos ejecutados por las demás marionetas. Es cierto que las marionetas de Bellomont no iban a la iglesia, pero otras igualmente importantes lo hacían, y el círculo del señor y la señora Wetherall era tan amplio que Dios figuraba en su lista de visitas. Aparecieron, por consiguiente, puntuales y resignados, con el aire aburrido de las personas resueltas a «quedarse en casa», y detrás de ellos, rezagadas y cada una por su lado, salieron Muriel y Hilda, bostezando y ajustándose mutuamente cintas y velos. Habían prometido a Lily ir con ella a la iglesia, según declararon, y Lily era tan buena que no les molestaba

complacerlas, aunque no imaginaban por qué se le había ocurrido semejante idea; por su parte, habrían preferido jugar al tenis con Jack y Gwen. Las niñas Trenor fueron seguidas por lady Cressida Raith, una curtidora aparición con vestido de seda estampada y abalorios etnológicos que, al ver el ómnibus, se admiró de que no fueran a pie cruzando el parque, pero que, al oír la horrorizada protesta de la señora Wetherall según la cual la iglesia se hallaba a casi dos kilómetros de distancia, lanzó una ojeada a los tacones de dicha señora y convino en la necesidad de ir sobre ruedas; y así fue como el pobre señor Gryce se encontró viajando entre cuatro mujeres cuyo bienestar espiritual no le importaba en absoluto.

Quizá le habría consolado saber que la señorita Bart había tenido realmente la intención de ir a la iglesia. Incluso se había levantado más temprano que de costumbre con tal propósito, pues se le había ocurrido la idea de que la vista de su figura entallada en un vestido gris de corte devoto y sus famosas pestañas entornadas sobre un libro de rezos pondría el broche de oro a la subyugación del señor Gryce y haría inevitable cierto incidente que había decidido provocar durante el paseo que darían juntos después del almuerzo. Sus intenciones, en suma, no habían sido nunca más definidas, pero la pobre Lily, por muy duro que pareciera su barniz exterior, era en su interior maleable como la cera. Su facultad de adaptación, de identificación con los sentimientos ajenos, era útil de vez en cuando en pequeñas contingencias, pero constituía un obstáculo en los momentos decisivos de su vida. Era como una planta acuática a merced de las mareas, y hoy toda la corriente de su estado de ánimo la empujaba hacia Lawrence Selden. ¿Por qué había venido? ¿Era para verla a ella o a Bertha Dorset? Tales preguntas tendrían que haber sido las últimas que se planteara en aquel preciso instante, pero, en lugar de contentarse con pensar que había respondido sencillamente a la desesperada llamada de su anfitriona, ansiosa por interponerlo entre sí misma y el mal humor de la señora Dorset, Lily no descansó hasta que supo por la señora Trenor que Selden había acudido por propia iniciativa.

—Ni siquiera me ha telegrafiado y ha encontrado por casualidad la tartana en la estación. Quizá aún haya algo entre él y Bertha, después de todo — concluyó la señora Trenor con expresión pensativa, antes de irse a rectificar la distribución de sus invitados para la cena.

Quizá sí, pensó Lily, pero por poco tiempo, a menos que ella hubiera perdido su astucia. Si Selden había venido a Bellomont a instancias de la señora Dorset, si se quedaba, sería a petición suya: la velada anterior así se lo había dado a entender. La señora Trenor, fiel a su sencillo principio de hacer felices a sus amigos casados, había colocado a Selden al lado de la señora Dorset en la mesa, pero, obedeciendo las seculares tradiciones de las casamenteras, había separado a Lily del señor Gryce, enviando a la primera al

lado de George Dorset y emparejando al señor Gryce con Gwen Van Osburgh.

La conversación de George Dorset no afectaba para nada al curso de los pensamientos de su vecina de mesa. Aquejado de dispepsia, estaba empeñado en descubrir los ingredientes nocivos de cada plato y sólo le distraía de esta preocupación la voz de su mujer. En esta ocasión, sin embargo, la señora Dorset no tomaba parte en la conversación general, sino que hablaba con Selden en un murmullo, volviendo una espalda desnuda y despreciativa a su anfitrión, quien, lejos de ofenderse por el desaire, se entregaba a los excesos gastronómicos con la alegre irresponsabilidad de un hombre libre. En cambio, la actitud de su esposa era un asunto de tan evidente preocupación para el señor Dorset que, cuando no rascaba la salsa del pescado o extraía la miga húmeda del interior de su panecillo, estiraba el delgado cuello para poder verla entre los candelabros.

La señora Trenor había colocado a marido y mujer en lados opuestos de la mesa, gracias a lo cual Lily podía observar también a la señora Dorset y, dejando vagar la mirada unos palmos más allá, tuvo oportunidad de hacer una rápida comparación entre Lawrence Selden y el señor Gryce. Aquella comparación fue su ruina. ¿Por qué, si no, concibió un interés tan repentino por Selden? Le conocía desde hacía ocho años o más: desde el regreso de Lily a América, siempre había pertenecido a su entorno. Se alegraba de cenar a su lado, le encontraba más agradable que a la mayoría de los hombres y deseaba vagamente que poseyera las otras cualidades necesarias para ser digno de su atención; pero hasta ahora había estado demasiado ocupada con sus propios asuntos para considerarle algo más que uno de los placenteros accesorios de la vida. La señorita Bart era una perspicaz lectora del propio corazón y vio que su improvisada preocupación por Selden se debía al hecho de que su presencia proyectaba una luz nueva sobre lo que la rodeaba. No era un ser excepcional ni de una brillantez notable; en su propia profesión le superaban hombres que a ella la habían aburrido en muchas cenas interminables. Se trataba más bien de que había conservado cierto aislamiento social, el aire divertido de quien está viendo el espectáculo de una manera objetiva, de quien tiene puntos de contacto fuera de la gran jaula dorada en la que todos se apiñaban para que la multitud los admirase. ¡Qué atractivo le parecía a Lily el mundo de fuera de la jaula cuando oía la puerta cerrarse detrás de ella con estruendo! En realidad, y ella lo sabía, la puerta no se cerraba nunca: estaba permanentemente abierta; pero la mayoría de los cautivos eran como moscas en una botella, que, una vez habían entrado, ya no sabían recobrar la libertad. La distinción de Selden estribaba en que no olvidaba nunca el camino de salida.

Tal era el secreto de cómo Selden reajustaba la visión de Lily. Ésta, al apartar la vista de él, se puso a examinar su pequeño mundo con la retina de su amigo: fue como si las pantallas rosadas se hubieran quedado a oscuras y

hubiese entrado la polvorienta luz diurna. Recorrió la mesa con la mirada, estudiando a los comensales uno por uno, desde Gus Trenor, con su maciza y carnívora cabeza hundida entre los hombros mientras cortaba un chorlito en gelatina, hasta su mujer, en el otro extremo de la larga mesa adornada con un centro de orquídeas, que con su llamativa belleza recordaba el escaparate de una joyería iluminado con luces eléctricas. Y entre los dos, ¡qué procesión de cabezas huecas! ¡Qué aburridas y triviales eran aquellas personas! Lily las repasó con desdeñosa impaciencia: Carry Fisher, con sus hombros, sus ojos, sus divorcios, su aire general de encarnar un «párrafo picante»; el joven Silverton, que había pensado vivir de la corrección de manuscritos y escribir una epopeya, y que ahora vivía de sus amistades y era un experto en trufas; Alice Wetherall, una lista de visitas hecha carne cuyas convicciones más fervientes le servían para redactar invitaciones y grabar tarjetas para sus cenas; Wetherall, con su perpetuo tic de asentimiento, su aire de estar de acuerdo con la gente antes de saber lo que decían; Jack Stepney, con su sonrisa confiada y sus ojos ansiosos, a medio camino entre un policía y una heredera; Gwen Van Osburgh, con toda la ingenua seguridad de una jovencita a quien han dicho que no hay nadie tan rico como su padre.

Lily sonrió ante esta clasificación de sus amigos. ¡Qué diferentes le habían parecido sólo unas horas antes! Entonces eran el símbolo de lo que ganaba y ahora representaban aquello a lo que estaba renunciando. Por la tarde parecían dotados de brillantes cualidades; ahora veía que eran personas anodinas con modales estridentes. Bajo el oropel de sus oportunidades, vio la pobreza de sus logros. No deseaba que fueran más desinteresados, sólo más pintorescos. Y recordó, avergonzada, cómo había sentido hacía pocas horas la fuerza centrípeta de sus normas de conducta. Cerró los ojos un instante y la ociosa rutina de la vida que había elegido se extendió ante ella como una larga carretera blanca sin curvas ni declives; era cierto que la recorrería en coche y no a pie, pero a veces el caminante saborea la diversión de un atajo cuyos placeres están vedados a quienes viajan sobre ruedas.

La despertó una risita ahogada que el señor Dorset pareció emitir desde las profundidades de su delgado cuello.

—¡Cielos! Mírela —exclamó, volviéndose hacia la señorita Bart en tono de burla—. Perdona, pero ¡mire a mi esposa poniendo en ridículo a ese pobre diablo! Uno juraría que está loca por él... y es totalmente al revés, se lo puedo asegurar.

Instada de este modo, Lily dirigió la mirada al espectáculo que procuraba al señor Dorset una alegría tan legítima. No había duda de que tenía razón: la señora Dorset parecía ser la parte más activa de la escena, mientras su vecino daba la impresión de recibir sus insinuaciones con una tibia satisfacción que no le impedía seguir cenando. Lily recobró el buen humor y, conociendo la

forma peculiar que adoptaban los temores conyugales del señor Dorset, preguntó alegremente:

—¿No tiene usted unos celos terribles?

Dorset acogió esta salida con entusiasmo.

—¡Oh, sí, abominables! Ha dado usted en el clavo; me tienen despierto por la noche. Los médicos me dicen que estos celos infernales me han destrozado la digestión... No puedo comer ni un bocado más de esta bazofia —añadió de repente, apartando el plato con expresión compungida, y Lily, siempre adaptable, concedió su radiante atención a una prolongada denuncia de los cocineros ajenos, seguida por una diatriba suplementaria contra las cualidades tóxicas de la mantequilla derretida.

A Dorset no le resultaba fácil encontrar a una interlocutora tan bien dispuesta y, como era un hombre, además de un enfermo de dispepsia, es posible que a medida que le enumeraba sus lamentaciones, desarrollara cierta sensibilidad a su rosada simetría. En cualquier caso, requirió la atención de Lily tanto rato que ya servían los postres cuando ésta pudo oír una frase pronunciada a su otro lado, donde la señorita Corby, la cómica del grupo, bromeaba sobre el inminente compromiso de su vecino, Jack Stepney. El papel de la señorita Corby era el de bufón y siempre entraba en la conversación con una voltereta sobre las manos.

—¡Y sin duda Sim Rosedale será el padrino! —la oyó exclamar Lily como culminación de sus pronósticos, y Stepney replicó, como si le hubieran pinchado:

—Por Dios que es una buena idea. ¡Me haría un regalo fantástico!

¡Sim Rosedale! El nombre, aún más odioso por el diminutivo, irrumpió en los pensamientos de Lily como una sonrisa obscena. Era una de las aborrecidas posibilidades que se cernían sobre su vida. Si no se casaba con Percy Gryce, tal vez llegara el día en que tuviera que ser cortés con hombres como Rosedale. ¿Si no se casaba con él? Pero su intención era hacerlo: estaba segura de él y segura de sí misma. Apartó con un estremecimiento las ideas lisonjeras que había estado acariciando y plantó de nuevo los pies en el centro de la larga y blanca carretera... Cuando subió a acostarse aquella noche vio que el último correo le había traído un nuevo aluvión de facturas. La señora Peniston, que era una mujer meticulosa, las había dirigido todas a Bellomont.

Por consiguiente, la señorita Bart se había levantado por la mañana con la más profunda convicción de que su deber era ir a la iglesia. Renunció al placer de desperezarse ante la bandeja del desayuno, llamó para que le descolgaran el vestido gris y envió a su doncella a pedir prestado el devocionario de la señora Trenor.

Pero su camino era demasiado razonable para no contener los gérmenes de la rebelión. Apenas hubo acabado sus preparativos, sintió que despertaban en ella una especie de resistencia. Una pequeña chispa era suficiente para inflamar su imaginación y la vista del vestido gris y el devocionario prestado iluminó como un foco los años venideros. Tendría que ir a la iglesia con Percy Gryce todos los domingos. Tendrían un banco delantero en el templo más caro de Nueva York y el nombre de Gryce figuraría en lugar destacado en la lista de obras benéficas de la parroquia. Al cabo de unos años, cuando engordara, le nombrarían capillero. El rector cenaría en su casa una noche todos los inviernos y Gryce pediría a su esposa que repasara la lista para asegurarse de que no incluía a ninguna divorciada, excepto aquellas que habían dado muestras de arrepentimiento casándose con algún feligrés muy rico. No había nada especialmente arduo en esta ronda de obligaciones religiosas, pero representaba una fracción del inmenso aburrimiento que la esperaba. ¿Y quién podía consentir en aburrirse en una mañana tan espléndida? Lily había dormido bien y el baño le había prestado un calor agradable que se reflejaba en la clara curva de las mejillas. Ninguna arruga era visible esta mañana, o quizá el espejo estaba colocado en un ángulo más favorecedor.

Y el día era cómplice de su estado de ánimo: un día hecho para el impulso y la aventura. El aire ligero parecía lleno de oro en polvo; tras las húmedas flores de los prados, los bosques se teñían de rojo y ardían y las colinas de la otra margen del río flotaban en una inmensidad azulada. En las venas de Lily, cada gota de sangre la invitaba a la felicidad.

Un ruido de ruedas la despertó de sus fantasías y desde detrás de la persiana vio a los pasajeros del ómnibus acomodarse en su interior. Ya era demasiado tarde... pero esto no la alarmó. La vista del abatido rostro del señor Gryce le sugirió incluso que había obrado sabiamente al ausentarse, ya que el desengaño revelado con tanta ingenuidad no dejaría de incrementar el deseo de pasear con ella por la tarde. No pensaba perderse aquel paseo; una mirada a las facturas del escritorio era suficiente para recordarle su necesidad. Pero mientras tanto disponía de toda la mañana para ella sola y podía planearla como quisiera. Conocía lo bastante las costumbres de Bellomont para saber que tendría el campo libre hasta el almuerzo. Había visto a los Wetherall, las niñas Trenor y lady Cressida subir y aposentarse en el ómnibus; era seguro que Judy Trenor se hacía lavar la cabeza; Carry Fisher llevaría a su anfitrión a dar un paseo en tartana; Ned Silverton debía estar fumando y abandonándose a un juvenil desespero en su dormitorio; y Kate Corby jugaría probablemente a tenis con Jack Stepney y la señorita Van Osburgh. Sólo quedaba fuera de sus cálculos la señora Dorset y ésta no bajaba nunca antes del almuerzo; aseguraba que los médicos le habían prohibido exponerse al aire traicionero de la mañana.

Lily no pensó siquiera en los demás miembros del grupo; dondequiera que estuviesen, no era probable que se inmiscuyeran en sus planes. Éstos, por el momento, se concretaron en un vestido algo más campestre y veraniego que la prenda que habría elegido primero, y en bajar las escaleras, con la sombrilla en la mano y el aire resuelto de una dama que va en busca de un poco de ejercicio. El gran vestíbulo estaba vacío, aparte de la manada de perros que esperaban junto a la chimenea y que, al observar el aspecto deportivo de la señorita Bart, la rodearon inmediatamente con expresivas ofertas de compañía. Ella apartó de su falda las patas que proclamaban tales ofertas y, después de asegurar a los entusiastas voluntarios que tal vez más tarde atendería sus ruegos, cruzó a paso ligero el salón vacío y entró en la biblioteca, que se hallaba en un extremo de la casa y era casi la única parte antigua de la mansión de Bellomont: una habitación larga y espaciosa que revelaba las tradiciones de la madre patria en sus puertas de contramarco clásico, en la cerámica holandesa de la chimenea y en la adornada repisa interior de ésta, llena de brillantes jarras de cobre. Unos cuantos retratos de familia — caballeros carilargos con pelucas que ocultaban los cabellos atados en la nuca con una cinta y damas con grandes tocados y cuerpos pequeños— pendían entre los estantes llenos de libros agradablemente antiguos: libros en su mayoría de la misma época que los antepasados en cuestión y a los que los Trenor subsiguientes no habían aportado adiciones perceptibles. De hecho, la biblioteca de Bellomont jamás se utilizaba para leer, aunque gozaba de cierta popularidad como fumador o tranquilo refugio para un escarceo amoroso. Sin embargo, a Lily se le había ocurrido que tal vez en esta ocasión encontraría allí al único miembro del grupo de invitados que no emplearía la habitación para tales fines. Avanzó sin ruido por la tupida y vieja alfombra sembrada de butacas y antes de llegar al centro del aposento vio que no se había equivocado. Lawrence Selden estaba sentado en un rincón pero, aunque tenía un libro sobre las rodillas, su atención no iba dirigida a él, sino a una dama cuya figura vestida de encaje, reclinada en el asiento contiguo, destacaba con exagerada esbeltez contra el oscuro cuero del sillón.

Al ver a la pareja, Lily se detuvo y pensó por un momento en retirarse, pero en seguida rectificó y anunció su llegada con una ligera sacudida de la falda, lo cual hizo levantar la cabeza a los dos ocupantes de la habitación; la expresión de la señora Dorset era de franco fastidio, mientras Selden esbozaba su acostumbrada e impasible sonrisa. La vista de esta sonrisa produjo un efecto perturbador en Lily; pero en su caso perturbarse equivalía a realizar un esfuerzo aún más brillante para conservar el propio dominio.

—¡Vaya! ¿Llego tarde? —preguntó, dando la mano a Selden, que se había acercado para saludarla.

—¿Tarde para qué? —inquirió la señora Dorset en tono impertinente—.

No para el almuerzo, desde luego... ¿Quizá para un compromiso anterior?

—Sí, eso es —admitió Lily.

—¿De veras? Entonces, ¿estorbo? Pero el señor Selden está enteramente a tu disposición.

La señora Dorset había palidecido de rabia y su antagonista encontraba cierto placer en prolongar su cólera.

—Oh, no, en absoluto... quédate —respondió de buen humor—. No deseo en modo alguno que te vayas.

—Eres muy buena, querida, pero nunca me inmiscuyo en los compromisos del señor Selden.

La observación fue pronunciada con un ligero acento posesivo que no pasó inadvertido al interesado, que ocultó su disgusto inclinándose a recoger el libro que se le había caído al llegar Lily. Los ojos de ésta se abrieron de un modo encantador mientras reía con despreocupación.

—¡Pero si no tengo ningún compromiso con el señor Selden! Mi única obligación era ir a la iglesia, pero me temo que el ómnibus se ha marchado sin mí. Ya se ha ido, ¿verdad?

Se volvió hacia Selden, quien contestó que lo había oído arrancar hacía ya bastante rato.

—Ah, en tal caso tendré que ir andando; prometí a Hilda y Muriel acompañarlas a la iglesia. ¿Dice que es demasiado tarde para ir a pie? Bueno, por lo menos tendré el mérito de haberlo intentado... y la ventaja de ahorrarme la mitad del servicio. ¡No lo siento por mí, desde luego!

Y, con un saludo de cabeza a la pareja a la que había interrumpido, la señorita Bart cruzó el umbral de la puerta vidriera y empezó a andar con gracia y crujido de faldas por la larga perspectiva del sendero que cruzaba el jardín.

Iba en dirección a la iglesia, pero no a paso muy rápido, hecho que no escapó a la atención de uno de sus observadores, que la miraba desde el umbral con aire de divertida perplejidad. Lo cierto era que Lily sentía un vivo desengaño. Todos sus planes para el día se basaban en la suposición de que Selden había ido a Bellomont para verla a ella. Al bajar al vestíbulo, esperaba encontrarle al acecho y no en una situación que denotaba la posibilidad de que estuviera acechando a otra mujer. ¿Era posible, después de todo, que hubiese venido por Bertha Dorset? Ésta había actuado como si así fuera, hasta el punto de aparecer a una hora en que nunca se mostraba a los demás mortales, y Lily no sabía qué pensar. No se le ocurrió que a Selden podría haberle movido el simple deseo de pasar un domingo fuera de la ciudad: las mujeres nunca aprenden a prescindir de los motivos sentimentales cuando juzgan a los

hombres. Pero Lily no se desconcertaba fácilmente; la competencia era un acicate para ella y pensó que la llegada de Selden, si no quedaba demostrado que se debía a los encantos de la señora Dorset, parecía depender tan poco de ellos que no temía su proximidad.

Estos pensamientos la absorbieron tanto que adoptó un paso muy poco indicado para llegar a la iglesia antes del sermón, y al final, cuando dejó atrás los jardines y entró en el sendero del bosque, olvidó sus intenciones hasta el punto de sentarse en un rústico banco del recodo. El lugar era encantador y Lily no fue insensible a su atractivo ni al hecho de que su presencia lo realizaba; pero no estaba acostumbrada a saborear las delicias de la soledad sino en compañía, y la combinación de una mujer hermosa y un escenario romántico se le antojaba demasiado buena para desperdiciar. Nadie, sin embargo, apareció para aprovechar la oportunidad y al cabo de media hora de inútil espera, se puso en pie y continuó paseando. Empezó a sentir un cansancio creciente: sus ánimos habían decaído y el sabor de la vida se había vuelto rancio. Apenas sabía qué buscaba o por qué el hecho de no encontrarlo había empañado la luz de su firmamento: sólo era consciente de una vaga sensación de fracaso, de un aislamiento interior más profundo que la soledad circundante.

Sus pasos vacilaron y se quedó mirando el sendero con indiferencia, escarbando entre los helechos del borde con la punta de la sombrilla. En aquel momento oyó unos pasos detrás de ella y vio a Selden a su lado.

—¡Qué de prisa anda! —observó éste—. Pensé que nunca la alcanzaría.

Ella respondió en tono alegre:

—¡Debe de estar sin aliento! He pasado una hora sentada bajo aquel árbol.

—¿Esperándome, acaso? —replicó él y Lily contestó con una risa evasiva:

—Bueno... esperando a ver si venía.

—Capto la distinción, pero no me importa, ya que hacer lo segundo implica hacer lo primero. Pero ¿no estaba segura de que vendría?

—Si esperaba lo suficiente... Lo malo es que disponía de un tiempo limitado para el experimento.

—¿Por qué limitado? ¿Por el almuerzo?

—No, por mi otro compromiso.

—¿El de ir a la iglesia con Muriel y Hilda?

—No, el de volver de la iglesia con otra persona.

—Ah, comprendo. Debí suponer que no le faltarían alternativas. ¿Y esta

otra persona ha de pasar por aquí?

Lily volvió a reír.

—Esto es justo lo que no sé y para descubrirlo tengo que llegar a la iglesia antes de que termine el servicio.

—Exacto, y yo tengo que evitar que lo haga, en cuyo caso la otra persona, intrigada por su ausencia, tomará la desesperada decisión de regresar en el ómnibus.

Lily escuchó esto último con una nueva idea: las frases festivas de Selden eran como burbujas de su propio estado de ánimo.

—¿Es así como reaccionaría usted en una emergencia de esta índole? —preguntó.

Selden la miró con solemnidad.

—¡Estoy aquí para demostrarle qué soy capaz de hacer en una emergencia! —exclamó.

—Andar un kilómetro y medio en una hora... ¡debe reconocer que el ómnibus sería más rápido!

—¡Ah!, pero... ¿la encontrará él al final? Es la única prueba de éxito.

Se miraron con la misma honda complacencia que habían sentido al intercambiar frases absurdas mientras tomaban el té en el apartamento, pero el rostro de Lily cambió de improviso y replicó:

—Si es así, ya lo ha conseguido.

Selden siguió su mirada y vio a un grupo de personas avanzando hacia ellos desde un recodo del sendero. Al parecer, lady Cressida había insistido en volver a pie a la casa y los demás devotos había considerado un deber acompañarla. Lawrence Selden repasó con una mirada rápida a los dos hombres del grupo: Wetherall caminaba respetuosamente al lado de lady Cressida, con su característica mirada de reojo, llena de nerviosa atención, y Percy Gryce formaba la retaguardia con la señora Wetherall y las Trenor.

—¡Ah, ahora comprendo por qué deseaba ponerse al día sobre clásicos americanos! —exclamó Selden en tono de franca admiración, pero el rubor que provocó esta salida le hizo desistir de cualquier otro comentario.

El hecho de que Lily Bart se resistiera a bromear sobre sus pretendientes o incluso sobre su forma de atraerlos era tan nuevo para Selden que por un momento se sorprendió e intuyó una serie de posibilidades, pero ella salió con denuedo en defensa de su confusión, diciendo mientras su objetivo se aproximaba:

—¡Por eso le he esperado, para agradecerle sus informaciones!

—¡Pero no puede hacer justicia al tema dedicándole tan poco tiempo! — exclamó Selden; en aquel momento las niñas Trenor vislumbraron a la señorita Bart y mientras ésta respondía por señas a su jubiloso saludo, añadió con rapidez—: ¿Quiere que le consagremos la tarde? Sabe que debo marcharme mañana a primera hora. Pasearemos y podrá darme las gracias con calma.

Capítulo VI

La tarde era perfecta. Un silencio profundo reinaba en el ambiente y el resplandor del otoño norteamericano era amortiguado por una neblina que difuminaba el brillo sin empañarlo.

En las hondonadas del parque ya se notaba una ligera frialdad, pero, a medida que el terreno ascendía, el aire adquiría ligereza y Lily y su acompañante, después de subir por la larga pendiente que partía de la carretera, llegaron a una zona donde aún perduraba el verano. El sendero cruzaba, sinuoso, una pradera salpicada de árboles y luego se unía a un camino bordeado de ásteres y zarzas de matiz violeta, desde el cual el campo se extendía en distancias pastorales a través del sutil temblor de las hojas de los fresnos.

Más arriba, el camino se adornaba con tupidos grupos de helechos y con la exuberante y reluciente vegetación de las pendientes sombreadas; los árboles empezaron a entrelazar sus ramas sobre él y la sombra se intensificó hasta formar el crepúsculo moteado de un soto de hayas. Los troncos estaban bien separados, rodeados por una ligera capa de maleza, y el camino serpenteaba por el lindero del bosque, asomándose de vez en cuando a una pradera soleada o a una huerta de árboles frutales.

Lily no conocía una verdadera intimidad con la naturaleza, pero sentía pasión por lo apropiado y podía ser muy sensible a un escenario que fuese un buen telón de fondo para sus propias sensaciones. El paisaje que se extendía a sus pies parecía una ampliación de su actual estado de ánimo y encontró algo de sí misma en su sosiego, su amplitud y sus espacios abiertos. En las laderas más próximas, los arces nacarinos oscilaban como piras de luz; más abajo se sucedían los huertos grises y aquí y allí destacaba el verde pertinaz de un bosquecillo de robles. Dos o tres granjas de color rojizo dormitaban bajo los manzanos y el blanco campanario de madera de una iglesia rural sobresalía tras la ladera de una colina, mientras mucho más abajo, en una niebla de polvo, la carretera discurría entre los campos.

—Sentémonos aquí —sugirió Selden cuando llegaron a un saliente de roca en torno al cual las hayas trepaban entre peñascos cubiertos de musgo.

Lily se desplomó sobre la roca, con el rostro encendido por el largo ascenso. Se quedó quieta, respirando por la boca entreabierta y dejando vagar la vista por los diferentes planos del paisaje. Selden se echó a sus pies sobre la hierba, con el sombrero inclinado para protegerse de los rayos horizontales del sol y las manos cruzadas bajo la nuca, descansando la cabeza sobre un lado de la roca. No tenía ningún deseo de hacerla hablar; el silencio y la rápida respiración de Lily parecían formar parte de la quietud y la armonía del ambiente. Experimentaba una perezosa y placentera sensación que suavizaba todas las aristas mentales del mismo modo que la neblina de septiembre difuminaba la escena que se extendía a sus pies. En cambio Lily, cuya actitud era tan tranquila como la de él, palpitaba interiormente en un torbellino de ideas. Albergaba en aquel momento a dos seres diferentes, uno que aspiraba grandes bocanadas de libertad y exaltación y otro que se ahogaba en una pequeña y sombría cárcel de temores. Pero poco a poco los jadeos del cautivo fueron debilitándose o el otro hizo menos caso de ellos: el horizonte se ensanchó, el aire adquirió más fuerza y el espíritu libre se aprestó al vuelo.

Ni ella misma podría haber explicado la sensación de vitalidad que parecía elevarla y columpiarla sobre el mundo soleado que tenía delante. ¿Sería amor, se preguntó, o una mera y fortuita combinación de pensamientos y sensaciones felices? ¿En qué proporción se debía al hechizo de aquella tarde perfecta, a la fragancia de los bosques, a la idea de haber escapado del aburrimiento? Lily carecía de experiencias anteriores por las que medir la calidad de sus sentimientos. Había estado enamorada varias veces de fortunas o carreras, pero sólo una vez de un hombre. Había sucedido hacía años, cuando fue presentada en sociedad y concibió una pasión romántica por un joven caballero llamado Herbert Melson, que tenía ojos azules y el pelo rizado. El señor Melson, que no poseía otros valores negociables, se había apresurado a emplearlos en la conquista de la mayor de las hermanas Van Osburgh; desde entonces había engordado, resollaba con facilidad y disfrutaba contando anécdotas sobre sus retoños. Lily no evocó esta precoz emoción para compararla con lo que ahora sentía; el único punto de comparación era la sensación de ligereza y emancipación que recordaba haber experimentado durante el remolino de un vals o en la reclusión de un invernadero en la breve época de su romance juvenil. No había vuelto a sentir hasta hoy aquella ligereza, aquel resplandor de libertad; pero ahora era algo más que un ciego ardor de la sangre. El encanto peculiar de sus sentimientos por Selden estribaba en que los comprendía; podía tocar con el dedo cada eslabón de la cadena que les estaba aproximando. Aunque la popularidad de él era de índole tranquila, sentida más que abiertamente expresada entre sus amigos, Lily no había confundido nunca la discreción que le rodeaba con la insignificancia. Su

indiscutible cultura se consideraba un ligero obstáculo para el diálogo fácil, pero Lily, que se envanecía de su actitud liberal hacia la literatura y siempre llevaba un volumen de Omar Jayam en su bolsa de viaje, se sentía atraída por este atributo, que a su juicio habría sido apreciado en una sociedad más madura. Selden tenía además el don de gozar de un físico en consonancia con él; su estatura le hacía sobresalir del montón y las facciones severas y depuradas, tan raras en un país de tipos amorfos, le daban el aire de pertenecer a una raza más especializada, de llevar la impronta de un pasado concentrado. Las personas extrovertidas le encontraban un poco seco y las muchachas muy jóvenes le tildaban de sarcástico, pero su actitud de aislamiento amistoso, alejado de toda reafirmación personal, era la cualidad que mayor interés despertaba en Lily. Todo en él concordaba con el elemento refinado de sus propios gustos, hasta la ligera ironía con que trataba lo que a ella le parecía más sagrado. Quizá lo que más admiraba en él era su capacidad de comunicar un sentido de superioridad no menor que el del hombre más rico que Lily había conocido.

Fue una inconsciente prolongación de este pensamiento lo que la indujo a decir, riendo:

—Por usted ya he roto dos compromisos. ¿Cuántos ha roto usted por mí?

—Ninguno —respondió Selden con calma—. Mi único compromiso en Bellomont era con usted.

Ella le miró, sonriendo vagamente.

—¿De verdad ha venido a Bellomont para verme?

—Desde luego.

La reflexión intensificó la mirada de Lily.

—¿Por qué? —murmuró con un acento desprovisto por completo de toda coquetería.

—Porque es un espectáculo maravilloso: siempre me gusta contemplar lo que hace.

—¿Cómo sabía lo que hacía si no estaba aquí?

Selden sonrió.

—No tengo la pretensión de creer que mi llegada ha desviado en un ápice el curso de su conducta.

—Esto es absurdo... ya que, si usted no estuviera aquí, ahora no pasearíamos juntos.

—No, pero pasear conmigo es sólo otra forma de usar su material. Usted es

una artista y da la casualidad de que hoy me toca a mí ser el color que usa. Parte de su inteligencia reside en la capacidad de producir efectos premeditados de manera improvisada.

Lily también sonrió; sus palabras eran demasiado agudas para no apelar a su sentido del humor. Era cierto que pensaba utilizar el accidente de su presencia como parte de un efecto muy definido: o tal era al menos el pretexto secreto que había encontrado para incumplir su promesa de pasear con el señor Gryce. A veces la habían acusado de ser demasiado ansiosa: incluso Judy Trenor le había aconsejado prudencia. Pues bien, en este caso no se dejaría llevar por la ansiedad y obligaría a su pretendiente a permanecer un poco más en vilo. Cuando el deber y la inclinación chocaban entre sí, Lily procuraba conciliarlos. Se había librado del paseo con el señor Gryce pretextando un dolor de cabeza, el mismo espantoso dolor de cabeza que por la mañana le había impedido ir a la iglesia. Su aspecto durante el almuerzo justificó la excusa. Apareció lánguida, llena de una dulzura doliente y llevando en la mano un frasco de sales. Tales manifestaciones eran nuevas para el señor Gryce, que se preguntó nerviosamente si estaría delicada y concibió temores prematuros sobre el futuro de su progenie, pero la compasión ganó la partida y la instó a no exponerse a la intemperie; siempre relacionaba el aire libre con uno u otro riesgo. Lily recibió sus atenciones con lánguida gratitud, rogándole, ya que ella sería una compañía muy aburrida, que se uniera al resto del grupo, que después del almuerzo iría en varios automóviles a Peekshill para visitar a los Van Osburgh. El señor Gryce se emocionó ante esta prueba de altruismo y, a fin de escapar del previsible tedio de toda la tarde, siguió su consejo y la dejó, lleno de tristeza, equipado con capucha y gafas oscuras, tan parecido a un escarabajo frustrado que Lily sonrió al ver desaparecer el coche por la avenida.

Selden observó sus maniobras con expresión divertida. Ella no había contestado a su sugerencia de pasar la tarde juntos, pero a medida que veía desarrollarse el plan, estaba casi seguro de ser incluido en él. La casa se encontraba vacía cuando oyó sus pasos en la escalera y salió de la sala de billar para verla. Llevaba sombrero y un vestido de calle y los perros saltaban a su alrededor.

—He pensado que, después de todo, un poco de aire me sentaría bien — explicó, y él convino en que merecía la pena probar un remedio tan sencillo.

Los excursionistas estarían fuera por lo menos cuatro horas; tenían toda la tarde a su disposición y la idea del tiempo libre y de la seguridad comunicó a Lily una ligereza insólita. Con tantas horas para hablar y sin ningún objeto que perseguir, empezó a saborear por anticipado los raros deleites de la disquisición mental.

Se sentía tan libre de motivos ulteriores que replicó a su acusación con un poco de resentimiento.

—No sé por qué me está acusando siempre de premeditación —dijo.

—Creía que usted misma la confesaba; y, si hay que hacer algo, es más meritorio hacerlo bien.

—Si se refiere a que la chica que no tiene a nadie que piense por ella está obligada a pensar por sí misma, acepto de buen grado la imputación. Pero debe considerarme una persona muy deprimente si supone que nunca cedo a ningún impulso.

—Ah, pero no lo supongo: ¿acaso no le he dicho que su genio reside en transformar los impulsos en intenciones?

—¿Mi genio? —repitió ella con una repentina nota de cansancio—. ¿Acaso existe otra prueba del genio que no sea el éxito? Y no cabe duda de que yo he fracasado.

Selden se echó el sombrero hacia atrás y la miró de reojo.

—El éxito... ¿qué es el éxito? Me interesa conocer su definición.

—¿Del éxito? —Lily titubeó—. Bueno, supongo que es obtener de la vida todo lo que se puede. Es una cualidad relativa, después de todo. ¿No coincide su idea con la mía?

—¿Mi idea? ¡En absoluto! —Se incorporó con súbita energía, apoyó los codos en las rodillas y detuvo la mirada en los plácidos campos—. Mi idea del éxito —dijo— es la libertad personal.

—¿Libertad? ¿De las preocupaciones?

—De todo... del dinero, de la pobreza, de la comodidad y la ansiedad, de todos los accidentes materiales. Mantener una especie de república del espíritu: a esto llamo yo éxito.

Ella se inclinó hacia adelante en un arrebato de comprensión.

—Ya sé... ya sé... Es extraño, pero hoy he sentido lo mismo.

Él la miró con una dulzura latente en los ojos.

—¿Tan raro es en usted este sentimiento? —inquirió.

Ella se ruborizó un poco bajo su mirada.

—Me encuentra horriblemente sórdida, ¿verdad? Pero quizá se deba a que nunca he tenido elección. Quiero decir que nunca ha habido nadie que me hablara de la república del espíritu.

—Nadie puede hacerlo... Es una región cuyo camino sólo puede hallar uno mismo.

—Pero yo no lo habría hallado si usted no me hubiera hablado de él.

—¡Ah! Existen postes indicadores... pero hay que saber leerlos.

—¡Pues yo he sabido hacerlo, he sabido! —exclamó ella, presa de la excitación—. Siempre que le veo, me sorprende reconociendo una letra del poste... y ayer... durante la cena... vi de pronto un sendero que llevaba a su república.

Selden continuó mirándola, pero con otros ojos. Hasta aquel momento había encontrado, en su presencia y su conversación, la diversión estética que un hombre reflexivo suele buscar en el insulso diálogo con una mujer hermosa. Su actitud había sido la de un espectador lleno de admiración y casi habría lamentado detectar en ella una debilidad emocional que se interpusiera en el cumplimiento de sus objetivos. Pero ahora la insinuación de esta debilidad se había convertido en la característica más interesante de Lily. Aquella misma mañana la había sorprendido en un momento de desconcierto; su rostro estaba pálido y alterado y la disminución de su belleza le había prestado un atractivo conmovedor. «¡Así es cuando está sola!», había sido su primer pensamiento; y el segundo, observar en ella el cambio producido por su aparición. El hecho de que no pudiera dudar de la espontaneidad de su simpatía hacia él representaba el punto peligroso de su relación. Cualquiera que fuese el ángulo desde el que contemplara su incipiente intimidad, no podía verla como parte de sus maquinaciones; y ser el elemento imprevisto en una carrera tan exactamente planeada resultaba estimulante incluso para un hombre que había renunciado a los experimentos sentimentales.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Deseó ver un poco más? ¿Se va a convertir en uno de nosotros?

Había sacado los cigarrillos mientras hablaba y ella alargó una mano hacia la pitillera.

—Oh, deme uno... ¡Llevo días sin fumar!

—¿Por qué esta abstinencia tan poco natural? Todo el mundo fuma en Bellomont.

—Sí... pero no se considera decoroso en una jeune fille á marier y en el momento actual soy una jeune fille á marier.

—Ah, en tal caso me temo que no podremos admitirla en la república.

—¿Por qué no? ¿Es una orden de célibes?

—Ni mucho menos, aunque yo aseguraría que no abundan las personas

casadas. Pero usted se casará con un hombre muy rico y para la gente rica es tan difícil entrar en ella como en el reino de los cielos.

—Creo que esto es injusto porque, según tengo entendido, una de las condiciones de la ciudadanía es no pensar demasiado en el dinero, y el único modo de no pensar en él es tenerlo en cantidad.

—Esto equivale a decir que el único modo de no pensar en el aire es tener el suficiente para respirar. Es muy cierto en un sentido, pero los pulmones no dejan de pensar en el aire, aunque uno no lo haga. Y lo mismo ocurre con la gente rica; tal vez no piense en el dinero, pero lo respira. ¡Trasládeles a otro elemento y les verá retorcerse y jadear!

Lily observaba con mirada ausente los anillos azules del humo de su cigarrillo.

—Tengo la impresión —dijo al fin— de que usted pasa gran parte de su tiempo en un elemento que no es el suyo.

Selden encajó este ataque con compostura.

—Sí, pero he intentado ser anfibio; todo va bien mientras los pulmones pueden funcionar en otro aire. La verdadera alquimia consiste en volver a convertir el oro en otra cosa y éste es el secreto que la mayoría de sus amigos ha olvidado.

Lily meditó unos momentos.

—¿No cree —preguntó después— que las personas que critican a la sociedad tienen demasiada tendencia a considerarla un fin y no un medio, del mismo modo que la gente que desprecia el dinero habla como si sólo sirviera para guardarlo en bolsas y contemplarlo con avaricia? ¿No es más justo considerar ambas cosas como oportunidades que pueden ser aprovechadas con inteligencia o estupidez, según la capacidad del consumidor?

—Éste es ciertamente el punto de vista sensato, pero lo extraño de la sociedad es que las personas que la consideran un fin son las que la componen y no los críticos que la ven desde fuera. Justo lo contrario de lo que ocurre con la mayoría de espectáculos: el auditorio puede estar bajo la influencia de la ilusión, pero los actores saben que la vida real se encuentra al otro lado de las candilejas. La gente que considera la sociedad como una escapatoria del trabajo la usa del modo apropiado, pero, una vez se ha convertido en eso, distorsiona todas las relaciones de la vida. —Selden se incorporó sobre el codo—. ¡Dios mío! No subestimo la parte decorativa de la vida; creo que el sentido del esplendor se ha justificado a sí mismo con lo que ha producido. Lo peor es que el proceso requiere el gasto de mucha naturaleza humana. Si todos somos la materia prima de los efectos cósmicos, preferiría ser el fuego que temple

una espada que el pescado que tiñe una capa púrpura. ¡Y una sociedad como la nuestra desperdicia tan buen material para producir su pequeño trozo de color púrpura! Por ejemplo, ese muchacho... Ned Silverton. Es realmente demasiado bueno para redimir la mezquindad social de cualquiera. Un chico que se dispone a emprender la conquista del universo... ¿no es una pena que termine encontrándolo en el salón de la señora Fisher?

—Ned es encantador y espero que conserve sus ilusiones el tiempo suficiente para escribir bonitas poesías sobre ellas, pero ¿cree que sólo la sociedad tendrá la culpa de que las pierda?

Selden contestó encogiéndose de hombros.

—¿Por qué llamamos ilusiones a todas nuestras ideas generosas y verdades a las mezquinas? ¿No es suficiente condena de la sociedad el hecho de que aceptemos semejante fraseología? A la edad de Silverton estuve a punto de adoptar esta jerga y sé muy bien que los nombres pueden alterar el color de las creencias.

Ella no le había oído nunca hablar de modo tan contundente y enérgico. Su tono habitual era el del ecléctico que no se apasiona y hace comparaciones y la emocionó aquella imprevista revelación del laboratorio donde se formaban sus criterios.

—Ah, es usted tan malo como todos los sectarios —exclamó—. ¿Por qué llama república a su república? Es una corporación cerrada y usted crea objeciones arbitrarias a fin de dejar fuera a los demás.

—No es mi república; si lo fuera, organizaría un coup d'état y la sentaría en el trono.

—¿Mientras que, en realidad, piensa que no merezco ni posar el pie en el umbral? Oh, ya comprendo su intención. Desprecia mis ambiciones... ¡las considera indignas de mí!

Selden sonrió, pero no con ironía.

—Bueno, ¿acaso no es un tributo? Las considero muy dignas de la mayoría de las personas que viven por ellas.

Ella le miró gravemente.

—Pero ¿no es posible que si yo tuviera las oportunidades de esas personas haría mejor uso de ellas? El dinero sirve para muchas cosas: su poder adquisitivo no se limita a las joyas y los automóviles.

—Desde luego; podría expiar su disfrute de ambas cosas fundando un hospital.

—Pero si piensa que constituyen un verdadero placer para mí, debe creer

que valgo tanto como mis ambiciones.

Selden saludó esta frase con una carcajada.

—¡Ah, mi querida señorita Bart! ¡No soy la Divina Providencia para garantizarle el goce de las cosas que intenta conseguir!

—Entonces, ¿pretende decir que, después de luchar para conseguirlas, es probable que no me gusten? —respiró hondo—. ¡Qué horrible futuro me pronostica!

—¿Acaso no se lo ha pronosticado ya usted misma?

El rubor afluyó con lentitud a sus mejillas, no un rubor de excitación, sino procedente del fondo de sus sentimientos; fue como si lo hubiese provocado el esfuerzo de su espíritu.

—Sí, y con gran frecuencia —respondió—, pero ¡parece mucho más negro si usted me lo señala!

Él no contestó nada a esta exclamación y guardaron silencio unos momentos, durante los cuales algo latió entre ellos en la inmensa quietud del aire. Pero Lily se volvió de repente hacia él con una especie de vehemencia.

—¿Por qué me hace esto? —gritó—. ¿Por qué me presenta como odiosas las cosas que he elegido, si no tiene nada que darme a cambio?

Estas palabras despertaron a Selden de la meditación en que se había sumido. Ni él mismo sabía por qué había llevado la conversación por aquellos derroteros; era lo último que hubiera deseado hacer en una tarde de soledad con la señorita Bart. Pero se trataba de un momento en que ninguno de los dos parecía hablar con deliberación, como si una voz interior surgiera de cada uno de ellos para clamar al otro a través de insondables profundidades del sentimiento.

—No, no tengo nada que darle a cambio —repitió, sentándose y volviéndose para estar cara a cara con ella—. Si lo tuviera, sería suyo, ya lo sabe.

Lily escuchó esta brusca declaración de un modo aún más extraño que como había sido hecha: ocultó la cara entre las manos y él vio que lloraba durante un momento.

Pero fue sólo un momento, porque cuando él se acercó y le apartó las manos con un gesto más grave que apasionado, ella tenía la cara suavizada, pero no desfigurada por la emoción y Selden se dijo a sí mismo, con cierta crueldad, que incluso su llanto era un arte.

La reflexión calmó su voz cuando le preguntó, entre compasivo e irónico:

—¿No es natural que intente menospreciar todas las cosas que no puedo ofrecerle?

El rostro de Lily se animó al oír esto, pero retiró la mano, no sin coquetería, como renunciando a algo a lo que no tenía derecho.

—Pero ¿no me menosprecia a mí al estar tan seguro de que son las únicas cosas que me importan? —replicó en tono suave.

Selden tuvo un sobresalto interno, pero era sólo el último temblor de su egoísmo. Contestó casi en seguida, con sencillez:

—Pero le importan, ¿verdad? Y, por más que lo desee, no puedo alterar este hecho.

Había dejado tan por completo de considerar hasta dónde podía llevarle aquello que sintió un claro desengaño cuando ella volvió hacia él un semblante burlón.

—¡Ah! —exclamó—. Pese a sus bonitas frases, es en realidad tan cobarde como yo, porque no habría pronunciado una de ellas si no estuviera tan seguro de mi respuesta.

El impacto de esta réplica produjo el efecto de cristalizar las intenciones vacilantes de Selden.

—No estoy tan seguro de su respuesta —dijo en voz baja— y quiero hacerle la justicia de creer que usted tampoco lo está.

Ahora le tocó a ella mirarle con sorpresa y al cabo de un momento le preguntó:

—¿Quiere casarse conmigo?

Él se echó a reír.

—No, no quiero... pero ¡tal vez estaría dispuesto si usted lo quisiera!

—Tenía razón yo... Está tan seguro de mí que puede divertirse con experimentos. —Retiró la mano que él había asido de nuevo y se quedó mirándole con tristeza.

—No hago ningún experimento —respondió él—, o, si los hago, no es con usted, sino conmigo mismo. Ignoro qué efecto van a producir en mí... pero, si casarme con usted es uno de ellos, correré el riesgo.

Lily esbozó una sonrisa.

—Sería un gran riesgo, ciertamente... jamás le he ocultado su magnitud.

—¡Ah, es usted la cobarde! —exclamó él.

Lily se levantó y Selden permaneció frente a ella, mirándola a los ojos. El suave aislamiento del crepúsculo los envolvía; parecían flotar en un aire menos denso. Todas las exquisitas influencias de la hora temblaban en sus venas, aproximándoles como las hojas caídas eran atraídas por la tierra.

—Eres tú la cobarde —repitió él, cogiéndole las manos.

Lily se apoyó en él un momento, como doblando sus alas cansadas; Selden creyó sentir que su corazón latía de prisa, más por la tensión de un largo vuelo que por la emoción de nuevas distancias. Entonces, retrocediendo con una pequeña sonrisa de advertencia, declaró:

—Estaré feísima con vestidos baratos, pero sé adornarme los sombreros.

Guardaron silencio un buen rato, sonriéndose como niños traviesos que han trepado a una altura prohibida y descubierto un mundo nuevo. El mundo verdadero que yacía a sus pies se estaba envolviendo en tinieblas y al otro lado del valle apareció una luna clara en el azul cada vez más denso.

De pronto oyeron un ruido remoto, como el zumbido de un insecto gigantesco, y un objeto negro pasó por delante de ellos como una exhalación por la carretera, que parecía más blanca en la incipiente penumbra.

Lily abandonó con un sobresalto su actitud ensimismada; dejó de sonreír y empezó a andar hacia el sendero.

—¡No tenía idea de que fuera tan tarde! Será oscuro cuando llegemos —dijo, casi con impaciencia.

Selden la miró, sorprendido; tardó un momento en identificarla con su imagen habitual y entonces observó con una sequedad que no pudo controlar.

—No era de nuestro grupo; ha tomado la dirección contraria.

—Lo sé... lo sé... —Lily se interrumpió y él la vio enrojecer a la media luz del crepúsculo—. Pero les he dicho que no me encontraba bien, que no saldría. ¡Bajemos! —murmuró.

Selden continuó mirándola; luego se sacó la pitillera del bolsillo y encendió un cigarrillo con ademanes lentos. En aquel momento le pareció necesario proclamar, por medio de un acto mecánico cualquiera, que había recobrado su dominio de la realidad; sentía un deseo casi pueril de demostrar a su compañera que, una vez terminado el vuelo, había aterrizado de pie.

Ella esperó a que se apagara la llama bajo la palma curvada de Selden y entonces éste le alargó los cigarrillos.

Lily cogió uno con mano trémula y, después de ponérselo entre los labios, se inclinó hacia delante para encenderlo con el de él. La punta encendida iluminó la parte inferior de su rostro y Selden vio temblar sus labios y

aflojarse en una sonrisa.

—¿Has hablado en serio? —preguntó Lily con una extraña entonación de alegría, como si la hubiera elegido a toda prisa entre una reserva de diferentes inflexiones, sin tiempo para dar con la nota justa.

La voz de Selden reveló un mayor control.

—¿Por qué no? —replicó—. Ya ves que no he corrido ningún riesgo al hacerlo. —Y como ella seguía sin moverse, un poco pálida después de oír su respuesta, añadió con rapidez—: Bajemos.

Capítulo VII

Dijo mucho en favor de la amistad de la señora Trenor que su voz, al reprender a la señorita Bart, adoptara el mismo tono de desesperación personal que habría empleado para lamentarse del fracaso de una fiesta.

—¡Lo único que puedo decir, Lily, es que no te comprendo!

Se recostó en el respaldo, suspirando, toda ella la imagen viva del abandono matutino, con su bata de gasa y encajes, dando la espalda con indiferencia al montón de inoportunas misivas del escritorio y contemplando, con los ojos de un médico que ha abandonado el caso, el erguido exterior de la paciente que tenía delante.

—Si no me hubieras dicho que te proponías conquistarle en serio... ¡estoy segura de que lo dejaste bien claro desde el principio! ¿Por qué, si no, me pediste que no te hiciera jugar al bridge y mantuviera a distancia a Carry y Kate Corby? No creo que tuvieras intención de divertirte; ninguno de nosotros podía imaginar que le soportaras un solo minuto si no pensabas casarte con él. ¡Y estoy segura de que todos hemos jugado limpio! Todos queríamos ayudarte. Incluso Bertha ha estado al margen (hay que decirlo en su favor) hasta que llegó Lawrence y tú se lo arrancaste de las manos. Después de esto, tenía derecho a tomar represalias... ¿Por qué diablos te has metido con ella? Hace años que conoces a Lawrence Selden... ¿por qué te has portado como si acabaras de descubrirle? Si le tenías ojeriza a Bertha, éste ha sido el peor momento para demostrarlo: ¡podrías haberte vengado igual después de haberte casado! Ya te dije que Bertha era peligrosa. Llegó aquí en un pésimo estado de ánimo y la llegada de Lawrence la puso de buen humor; si tú le hubieras dejado pensar que había venido por ella, jamás se le hubiese ocurrido jugarte esta mala pasada. ¡Oh, Lily, nunca conseguirás nada si no eres seria!

La señorita Bart aceptó esta reprimenda en un espíritu de la más pura

imparcialidad. ¿Por qué tenía que enfadarse? A través de los reproches de la señora Trenor, era su propia conciencia la que hablaba. Pero incluso ante su propia conciencia se sintió obligada a improvisar un simulacro de defensa propia.

—Me tomé el día libre... pensaba que él se quedaría toda la semana y sabía que el señor Selden se marchaba hoy mismo.

La señora Trenor rechazó esta excusa con un gesto que denunciaba su inutilidad.

—Tenía intención de quedarse... esto es lo peor. Demuestra que ha huido de ti, que Bertha ha hecho su trabajo y le ha envenenado completamente.

Lily contestó con una breve risa:

—¡Bueno, si ha huido, puedo alcanzarle!

Su amiga alargó la mano, como para detenerla.

—¡Por Dios, Lily, no hagas nada!

La señorita Bart recibió el aviso con una sonrisa lenta.

—No me refiero, literalmente, a tomar el próximo tren. Hay otras maneras... —pero no procedió a especificarlas.

La señora Trenor corrigió sin miramiento el tiempo del verbo.

—Había otras maneras... ¡muchas! Creía que no necesitabas que alguien te las indicara. Pero no te engañes: está completamente asustado. ¡Ha corrido a refugiarse en brazos de su madre y ella le protegerá!

—Oh, sí, con uñas y dientes —convino Lily, sonriendo al evocar la imagen.

—¿Cómo puedes reír...? —la amonestó su amiga y Lily procuró meditar con seriedad en lo ocurrido.

—¿Qué le dijo exactamente Bertha? —preguntó.

—No me lo preguntes... ¡cosas horribles! Al parecer, se había documentado bien. Oh, tú ya me entiendes... Claro que no hubo nada, en realidad, pero supongo que mencionó al príncipe Varigliano... y a lord Hubert... y una vieja historia según la cual pediste dinero prestado a Ned Van Alstyne... ¿es cierta?

—Es primo de mi padre —explicó la señorita Bart.

—Bueno, esto se le olvidó, como es natural. Por lo visto Ned se lo dijo a Carry Fisher y ésta se lo contó a Bertha, claro. Son todas iguales, ya sabes; tienen la boca cerrada durante años, haciéndote creer que estás a salvo, y,

cuando se presenta la oportunidad, lo recuerdan todo.

Lily había palidecido; en su voz había una nota áspera.

—Perdí dinero jugando al bridge en casa de los Van Osburgh. Pagué la deuda, por supuesto.

—Bueno, estos detalles no se recuerdan; además, fue la deuda de juego lo que asustó a Percy. ¡Oh, Bertha le conoce muy bien y sabía perfectamente lo que debía decirle!

La señora Trenor continuó en esta vena durante casi una hora, reprendiendo a su amiga, y la señorita Bart la escuchó con admirable ecuanimidad. Su buen carácter innato había sido disciplinado a lo largo de los años por una docilidad obligada, ya que para alcanzar sus fines había tenido que seguir casi siempre el camino sinuoso de otras personas y, como tenía además una tendencia natural a enfrentarse con los hechos desagradables en cuanto se presentaban, no lamentaba escuchar un informe imparcial sobre el probable precio de su locura, tanto mayor cuanto que en su interior seguía insistiendo en ver el caso desde el otro lado. A la luz de los enérgicos comentarios de la señora Trenor, el coste era ciertamente formidable y, mientras escuchaba, Lily se sorprendió a sí misma adoptando poco a poco el punto de vista de su amiga, cuyas palabras adquirieron un énfasis adicional cuando se refirieron a calamidades que ella misma apenas podía adivinar. La abundancia, si carece del estímulo de una imaginación fértil, se forma una noción muy vaga del aspecto práctico de la pobreza. Judy sabía que debía ser «horrible» para Lily tener que preocuparse de si podría comprar encaje auténtico para sus enaguas y no poseer automóvil ni yate, pero el fastidio cotidiano de las facturas impagadas y el diario mordisco de las pequeñas tentaciones eran tormentos tan ajenos a su experiencia como los problemas domésticos de la criada interina. La ignorancia de la señora Trenor acerca de la verdadera angustia de la situación produjo el efecto de hacerla más humillante para Lily. Mientras su amiga le reprochaba haber perdido la oportunidad de eclipsar a sus rivales, ella volvía a batallar en su imaginación con la montaña de deudas que había estado a punto de poder saldar. ¿Qué ventolera la había descarriado una vez más de su camino?

Por si hacía falta un último toque a su humillación, vio la necesidad de volver sin tardanza a la rutina de su antigua vida; ayer su fantasía había aleteado libremente sobre una elección de ocupaciones y ahora tenía que bajar al nivel de la familiar monotonía en que momentos de aparente brillantez y libertad alternaban con largas horas de subordinación.

Puso una mano conciliadora sobre la de su amiga.

—¡Querida Judy! Siento haber sido tan tonta y tú eres muy buena

conmigo. Pero seguro que hay cartas a las que debemos contestar... Déjame ser por lo menos útil.

Se sentó ante el escritorio y la señora Trenor aceptó esta reanudación de la tarea matutina con un suspiro cuyo significado era que, al fin y al cabo, había demostrado ser inútil para tareas más elevadas.

La mesa del almuerzo se redujo a un pequeño círculo. Todos los hombres, menos Jack Stepney y Dorset, habían regresado a la ciudad (para Lily fue el colmo de la ironía que Selden y Percy Gryce se marcharan en el mismo tren) y lady Cressida y el matrimonio Wetherall se habían ido en automóvil a almorzar a una remota finca campestre. En semejantes momentos de mermado interés, la señora Dorset solía quedarse en su habitación hasta la tarde, pero en esta ocasión bajó mediado ya el almuerzo, con los ojos hundidos y aspecto desmayado, aunque con un asomo de mala fe bajo su capa de indiferencia.

Observó la mesa enarcando las cejas.

—¡Qué pocos quedamos! Me encanta la quietud... ¿a ti no, Lily? Me gustaría que los hombres no vinieran nunca: se está mucho mejor sin ellos. Oh, tú no cuentas, George: una no está obligada a hablar con su marido. Sin embargo, creía que el señor Gryce se quedaría toda la semana —añadió en tono inquisitivo—. ¿No era ésa su intención, Judy? Un muchacho tan encantador... Quisiera saber qué fue lo que le ahuyentó. Es muy tímido y me temo que le habremos escandalizado; su educación ha sido tan estricta... ¿Sabes, Lily, que nunca había visto a una joven jugar a las cartas por dinero hasta que te vio hacerlo la otra noche? ¡Y vive de los intereses de sus rentas y siempre le sobra dinero para invertir!

La señora Fisher se inclinó hacia adelante, interesada.

—Creo que alguien debería responsabilizarse de educar a ese muchacho. Es un escándalo que aún no conozca sus deberes como ciudadano. Habría que obligar a todos los hombres ricos a estudiar las leyes de su país.

La señora Dorset la miró tranquilamente.

—Creo que ha estudiado las leyes sobre el divorcio. Me dijo que había prometido al obispo firmar una especie de petición contra el divorcio.

La señora Fisher se ruborizó bajo los polvos y Stepney observó con una risueña mirada dirigida a la señorita Bart:

—Supongo que está pensando en casarse y quiere reparar el viejo barco antes de subir a bordo.

Su prometida pareció disgustada por la metáfora y George Dorset exclamó con un gruñido de sarcasmo:

—¡Pobre diablo! No es el barco lo importante para él, sino la tripulación.

—O los polizones —añadió, ingeniosa, la señorita Corby—. Si yo planeara una travesía con él, intentaría empezar con un amigo en la bodega.

La señorita Van Osburgh, que experimentaba un vago despecho, luchaba por encontrar una expresión apropiada.

—No entiendo por qué os reís de él; yo le encuentro muy simpático —exclamó— y, en cualquier caso, la chica que se case con él siempre tendrá lo suficiente para vivir con holgura.

Se quedó perpleja ante la risa redoblada que acogió sus palabras, pero la habría consolado saber el efecto profundo que habían causado en una de sus interlocutoras.

¡Con holgura! En aquel momento, esta palabra era más elocuente para Lily Bart que cualquier otra del idioma. Ni siquiera pudo detenerse a sonreír ante la descripción hecha por la heredera de tan colosal fortuna, como si fuese un mero refugio contra la necesidad, porque en su cabeza sólo cabía la visión de lo que este refugio habría significado para ella. Las pullas de la señora Dorset no le habían hecho daño, pero en cambio su propia ironía calaba más hondo: nadie podía herirla más que ella misma, porque nadie —ni siquiera Judy Trenor— conocía toda la magnitud de su locura.

La despertó de estas inútiles consideraciones una petición de su anfitriona, que la llevó aparte cuando se levantaron de la mesa.

—Lily, querida, si no tienes nada especial que hacer, ¿puedo decirle a Carry Fisher que tienes intención de ir a la estación a recibir a Gus? Volverá a las cuatro y sé que ella se ha propuesto ir a buscarle. No me preocupa que Gus se divierta, pero me he enterado por casualidad de que ella le ha sableado a conciencia desde que está aquí, y ahora tiene tanto interés en ir a la estación que me imagino que ha recibido otro montón de facturas esta mañana. ¡Tengo la impresión —concluyó la señora Trenor en tono convencido— de que los maridos de otras mujeres pagan la mayor parte de su manutención!

La señorita Bart tuvo tiempo, mientras se dirigía a la estación, de reflexionar sobre las palabras de su amiga y sobre la peculiar aplicación que podía darles en su propio provecho. ¿Por qué tenía ella que sufrir por haber pedido una vez dinero prestado a un primo de su padre cuando una mujer como Carry Fisher podía mantenerse impunemente gracias a la bondad de sus amigos y la tolerancia de sus esposas? Todo giraba en torno a la fastidiosa distinción entre lo que podían hacer las mujeres casadas y lo que no podían hacer las solteras. Era indecoroso, por supuesto, que una mujer casada pidiera dinero prestado —y Lily era consciente de las consecuencias—, pero, aun así, se trataba de un mero *malum prohibitum*, que el mundo censura pero perdona

y que puede ser castigado con una venganza particular, pero no con una condena colectiva de la sociedad. Para la señorita Bart, en cambio, tales oportunidades no eran posibles. Podía, naturalmente, pedir dinero prestado a sus amigas —un billete de cien, como máximo, y muy de tarde en tarde—, pero éstas se hallaban más dispuestas a regalar un vestido o una pieza de bisutería y miraban de reojo cuando se les pedía un talón. Las mujeres no son prestamistas generosas, y las que tenía a su alrededor o bien estaban en su mismo caso o eran tan ajenas a él que no podían comprender sus necesidades. El resultado de sus meditaciones fue la decisión de reunirse con su tía en Richfield. No podía quedarse en Bellomont sin jugar al bridge e incurrir en otros gastos y continuar su habitual ronda de visitas otoñales no haría más que prolongar las mismas dificultades. Había llegado a un punto en que se imponía una reducción brusca y la única vida barata era la vida retraída. Saldría hacia Richfield al día siguiente por la mañana.

En la estación creyó ver a Gus Trenor sorprendido de su presencia y también algo aliviado. Le entregó las riendas de la tartana en que había hecho el camino y él, al sentarse voluminosamente a su lado, dejándole una escasa tercera parte del banco, exclamó:

—¡Hola! No me concede a menudo el honor. Debía de estar muy aburrida.

La tarde era cálida y la proximidad hizo que Lily fuera más consciente de lo habitual del físico rubicundo y macizo de Gus Trenor, y se fijara en las gotas de sudor que a causa del polvo del tren se adherían desagradablemente a las anchas mejillas y al grueso cuello vuelto hacia ella; pero también se dio cuenta, por la mirada de los ojos pequeños y mates, de que el contacto con su frescura y esbeltez era tan agradable para él como la vista de una bebida refrescante.

La constatación de este hecho la ayudó a responder con voz alegre:

—No suelo tener ocasión; hay demasiadas mujeres que me disputan el privilegio.

—¿El privilegio de llevarme a casa? Pues estoy contento de que haya ganado la carrera, aunque ya sé qué ha ocurrido en realidad: mi mujer la ha enviado. ¿Verdad que sí?

Gus Trenor tenía los imprevistos destellos de intuición del hombre obtuso y Lily no pudo por menos que reírse con él de su astucia al dar en el clavo.

—Verá, Judy piensa que soy la persona más segura con quien puede estar; y tiene toda la razón —contestó.

—¿Ah, sí? Es porque usted nunca perdería el tiempo con un viejo panzudo como yo. Los casados tenemos que conformarnos con lo que venga; todos los

premios son para los muchachos inteligentes que han conservado su libertad. ¿Me permite encender un cigarrillo? He tenido un día infernal.

Detuvo la tartana a la sombra de la calle del pueblo y le pasó a ella las riendas mientras encendía el cigarro. La pequeña llama dio un tono más oscuro a la tez rubicunda y Lily desvió la mirada con momentánea aversión. ¡Y, sin embargo, algunas mujeres le consideraban guapo!

Mientras le devolvía las riendas, preguntó con interés:

—¿Ha tenido mucho trabajo?

—En efecto... ¡bastante! —Trenor, a quien su esposa y sus amigos rara vez escuchaban, se dispuso a gozar del raro placer de una charla confidencial—. No sabe cuántas cosas hay que hacer para que funcione esta clase de negocio. —Señaló con el látigo a las tierras de Bellomont, que se extendían ante su vista en opulentas ondulaciones—. Judy no tiene idea de lo que gasta... aunque con ello no quiero decir que no haya suficiente —se interrumpió—, pero un hombre tiene que abrir los ojos y estar al tanto de todo. Mis padres vivían como gallos de pelea de sus rentas e incluso fueron capaces de ahorrar —por suerte para mí—, pero, al paso que vamos ahora, no sé dónde estaríamos si no realizara de vez en cuando alguna arriesgada operación de bolsa. Todas las mujeres piensan (es decir, Judy piensa) que no tengo otra cosa que hacer que ir una vez al mes a la ciudad a cortar cupones, pero lo cierto es que mantener la maquinaria en marcha requiere un trabajo infernal. Y eso que hoy no puedo quejarme —prosiguió al cabo de un momento— porque he hecho un buen negocio gracias al amigo de Stepney, Rosedale; a propósito, señorita Lily, me gustaría que intentara convencer a Judy de que sea más cortés con ese sujeto. Dentro de poco será más rico que todos nosotros juntos y, si le invitara a cenar de vez en cuando, yo podría sacar de él todo lo que se me antojara. El pobre está loco por conocer a las personas que no quieren serle presentadas y, cuando un tipo se halla en este estado, no hay nada que no sea capaz de hacer por la primera mujer que acude en su ayuda.

Lily vaciló un momento. La primera parte del discurso de su compañero había empezado de un modo interesante, pero la mención del nombre del señor Rosedale lo había estropeado todo. Expresó una débil protesta:

—Pero ya sabe que Jack intentó traerlo y fue un desastre.

—¡Maldita sea! ¡Porque es gordo y reluciente y tiene modales de tendero! Pues bien, lo único que puedo decir es que quienes sean lo bastante inteligentes para invitarle ahora se verán muy bien recompensados. Dentro de pocos años frecuentará nuestra sociedad, tanto si lo queremos como si no, y entonces no ofrecerá «soplos» de medio millón por una cena.

El pensamiento de Lily se había alejado de la intrusa personalidad del

señor Rosedale para volver a las ideas suscitadas por las primeras frases de Trenor. Aquel vasto y misterioso mundo de Wall Street, con sus «soplos» y «tratos»... ¿no podría encontrar en él el medio de escapar de su apurada situación? Había oído decir a menudo que algunas mujeres hacían dinero por este sistema a través de sus amigos: no comprendía, como la mayor parte de su sexo, la naturaleza exacta de la transacción, y esta vaguedad parecía disminuir su falta de delicadeza. Desde luego, no podía imaginarse a sí misma descendiendo, por muy extremo que fuera el apuro, a aceptar un «trato» con el señor Rosedale, pero a su lado tenía a un hombre que estaba en posesión de tan inapreciable oportunidad y que, como marido de su mejor amiga, tenía con ella una relación de intimidad casi fraternal.

En el fondo de su ser, Lily sabía que no sería apelando a su instinto fraternal como podría conmover a Gus Trenor, pero este modo de explicar la situación contribuía a disfrazar su crudeza y le gustaba ser siempre escrupulosa en la cuestión de guardar las apariencias. El esmero de su apariencia personal tenía un equivalente moral, y cuando inspeccionaba sus propios pensamientos pasaba de largo muchas puertas cerradas.

Al llegar a la verja de Bellomont, se volvió hacia Trenor con una sonrisa.

—Hace una tarde tan espléndida... ¿No le gustaría llevarme un poco más lejos? Hoy me he levantado algo deprimida y ¡descansa tanto apartarse del bullicio en compañía de alguien a quien no le importe aburrirse un poco conmigo!

Su expresión era tan bella y suplicante al hacer esta petición, parecía tan segura de su comprensión y simpatía, que Trenor se sorprendió deseando que su esposa viera cómo le trataban otras mujeres... no viejas intrigantes como la señora Fisher, sino una joven por una de cuyas miradas la mayoría de los hombres lo darían casi todo.

—¿Deprimida? ¿Por qué diablos tiene que estar deprimida? ¿No le ha gustado la última caja de modelos de Doucet o la dejó Judy sin blanca anoche jugando al bridge?

Lily movió la cabeza con un suspiro.

—He tenido que renunciar a Doucet y también al bridge: no puedo permitirme semejantes lujos. De hecho, no puedo permitirme nada de lo que hacen mis amigas y me temo que para Judy soy un fastidio porque ya no juego a las cartas y no voy vestida con tanta elegancia como las demás mujeres. Para usted también seré un fastidio si le importuno con mis preocupaciones, sólo las he mencionado porque desearía que me hiciera un favor... el mayor de los favores.

Buscó de nuevo la mirada de él y sonrió interiormente al captar el matiz de

aprensión que vio en sus ojos.

—Pues, claro, todo lo que esté en mi mano... —farfulló y Lily adivinó que el recuerdo de los métodos de la señora Fisher estropeaba su diversión.

—El mayor de los favores —repitió en voz baja—. Judy está enfadada conmigo y quiero que usted intervenga para reconciliarnos.

—¿Enfadada con usted? Vamos, qué tontería... —Su alivio se tradujo en una carcajada—. Sabe muy bien que le profesa un gran cariño.

—Es mi mejor amiga y por eso me entristece tener que disgustarla. Pero me imagino que usted ya sabe lo que pretendía de mí. Se ha empeñado —es un encanto— en que me case... en que me case con una gran fortuna.

—¿Con una gran fortuna? ¡Oh, por todos los diablos! ¡No se referirá a Gryce! ¿Sí? Oh, no, no, claro que no diré nada, puede confiar en mí, tendré la boca cerrada... pero Gryce... ¡Dios mío, Gryce! ¿Creía realmente Judy que tendría usted el valor de casarse con ese imbécil engreído? No lo tiene, ¿verdad? Y le ha dado calabazas y ésta es la razón de que se haya ido con la cola entre las piernas en el primer tren esta mañana. —Se apoyó en el respaldo y arrellanó en el banco, como hinchado por la alegría de haber intuido la verdad—. ¿Cómo podía pensar Judy que haría usted una cosa semejante? ¡Yo le habría dicho que jamás cargaría con ese afeminado!

Lily exhaló un suspiro más hondo.

—A veces pienso —murmuró— que los hombres comprenden los motivos femeninos mejor que las demás mujeres.

—¡Algunos sí... desde luego! Yo se lo habría dicho a Judy —repitió, orgulloso de su superioridad sobre su mujer.

—Supuse que usted lo entendería, por eso quería hablarle —prosiguió la señorita Bart—. No puedo contraer un matrimonio de esta índole; es imposible. Pero tampoco puedo seguir viviendo como las mujeres de mi círculo social. Dependo casi enteramente de mi tía, que es muy buena pero no me da ninguna asignación fija y últimamente he perdido dinero con las cartas y no me atrevo a confesárselo. He pagado mis deudas, claro, pero no me queda apenas nada para mis otros gastos y, si continúo llevando la misma vida que hasta ahora, me veré en terribles apuros. Tengo un pequeño capital propio, pero me temo que está mal invertido porque cada año me rinde menos y soy tan ignorante en cuestiones de dinero que no sé si el agente de mi tía, que es quien se encarga de nuestros asuntos financieros, es un buen asesor. —Hizo una pausa y añadió en tono más ligero—: No quería aburrirle con todo esto, pero necesito su ayuda para que Judy comprenda que de momento no puedo continuar viviendo como viven todos ustedes. Mañana me voy con mi tía a

Richfield y me quedaré allí el resto del otoño; despediré a mi doncella y aprenderé a remendar mis vestidos.

Ante esta imagen de la belleza en apuros, cuyo patetismo había sabido realzar con sutileza la mano que la había esbozado, Trenor prorrumpió en un murmullo de indignada solidaridad. Veinticuatro horas antes, si su esposa le hubiera consultado sobre el futuro de la señorita Bart, habría dicho que una chica de gustos extravagantes y sin dinero debía casarse con el primer hombre rico que se le pusiera a tiro; pero con la protagonista del caso a su lado, pidiéndole ayuda y haciéndole sentir que la comprendía mejor que sus amigas más íntimas, confirmando además esta sensación con el atractivo de su exquisita proximidad, estaba dispuesto a jurar que semejante matrimonio era una profanación y que él, como hombre de honor, tenía la obligación de hacer todo cuanto pudiera para protegerla de las consecuencias de su desinterés. Este impulso se vio reforzado por la idea de que, si la chica se hubiera casado con Gryce, todo el mundo la habría cubierto de halagos y beneplácitos, mientras que su negativa a sacrificarse por dinero la condenaba a soportar todo el peso de su valiente acción. Maldita sea, si él era capaz de hallar un modo de salvar de sus dificultades a una pedigüeña profesional como Carry Fisher, que era un simple hábito mental correspondiente a la excitación física del cigarrillo o el cóctel, bien podía hacer otro tanto por una muchacha que le inspiraba la mayor simpatía y que le confiaba sus problemas con el candor de una niña.

Trenor y la señorita Bart prolongaron su paseo hasta mucho después de la puesta de sol; y, antes de volver, él intentó, con cierto éxito, convencerla de que, si lo dejaba en sus manos, podía obtenerle una bonita suma de dinero sin poner en peligro su pequeño capital. Lily era ciertamente demasiado ignorante acerca de las manipulaciones bursátiles para comprender las explicaciones técnicas de Trenor o incluso tal vez para apercibirse de que determinados puntos no quedaban muy claros; la vaguedad que rodeaba la transacción servía de velo para su azoramiento y a través de la confusión general sus esperanzas se dilataron como linternas en la niebla. Sólo comprendió que sus modestas inversiones se multiplicarían misteriosamente y sin riesgos para ella; y la aseveración de que este milagro se produciría en muy poco tiempo, sin tediosos intervalos de inquietud y reacción, barrió sus últimos escrúpulos.

De nuevo sintió aliviarse su carga y con el alivio llegó el retorno a las actividades interrumpidas. Una vez conjuradas sus preocupaciones inmediatas, fue fácil decidir que nunca volvería a encontrarse en un apuro semejante y, a medida que la necesidad de ahorrar y sacrificarse pasaba a un segundo plano, se sintió más dispuesta a afrontar las exigencias de la vida. Incluso la más inmediata de permitir a Trenor, en el camino de vuelta, acercarse un poco más a ella, y posar una mano tranquilizadora sobre la suya, no le costó más que un fugaz estremecimiento de repugnancia. Formaba parte del juego hacerle sentir

que su petición había sido un impulso impremeditado, inducido por la simpatía que le inspiraba; y la renovada sensación de dominio en el trato con los hombres, además de consolar su maltrecha vanidad, la ayudó a pasar por alto la idea de las pretensiones implícitas en la actitud de él. Se trataba de un hombre ordinario y aburrido que, bajo una fachada autoritaria, era un simple extra en el costoso espectáculo que pagaba con su dinero; seguro que para una chica inteligente sería fácil dominarle a través de su vanidad y de este modo hacerle creer que estaba en deuda con ella.

Capítulo VIII

El primer cheque de mil dólares recibido por Lily junto con unos emborrionados garabatos de Gus Trenor le devolvió la confianza en la proporción exacta en que canceló sus deudas.

La transacción se justificó a sí misma por los resultados; ahora veía lo absurdo que habría sido permitir que primitivos escrúpulos la privaran de tan sencillo medio de apaciguar a sus acreedores. Lily se sintió realmente virtuosa al entregar anticipos a cada uno de sus proveedores y el hecho de que una nueva compra acompañara cada pago parcial no disminuyó su sensación de esplendidez. ¡Cuántas mujeres, en su lugar, habrían encargado la mercancía sin pagar el anticipo!

Encontraba de una facilidad tranquilizadora mantener a Trenor de buen humor. Escuchar sus historias, recibir sus confidencias y reír sus chistes parecía de momento todo lo que se requería de ella, y la complacencia con que su anfitriona contemplaba estas atenciones las despojaba de cualquier asomo de ambigüedad. Por lo visto, la señora Trenor daba por sentado que la creciente intimidad de Lily con su marido era sencillamente una forma indirecta de agradecerle su hospitalidad.

—Estoy tan contenta de que tú y Gus os hayáis hecho tan buenos amigos... —observó con aprobación—. Es encantador por tu parte mostrarte tan amable con él y aguantar todas sus latosas anécdotas. Las conozco porque tuve que escucharlas cuando éramos novios... Estoy segura de que sigue contando las mismas. Y ahora no tendré que pedirle siempre a Carry Fisher que le conserve de buen humor. Es un buitre, ¿sabes?, y carece de todo sentido moral. No deja de obligar a Gus a especular con su dinero y estoy segura de que nunca paga cuando pierde.

La señorita Bart podía estremecerse ante tal estado de cosas sin el rubor de darse por aludida. Su propia posición era muy diferente; no podía ocurrir que

no pagara cuando perdiera, ya que Trenor le había asegurado que nunca perdería. Al enviarle el cheque le había explicado que había ganado cinco mil gracias a un «soplo» de Rosedale y vuelto a invertir cuatro mil en los mismos valores, ya que corrían rumores de otra «gran alza»; Lily entendió, por lo tanto, que ahora especulaba con dinero de ella, de ahí que sólo le debiera la gratitud que merecía tan pequeño servicio. Suponía vagamente que el capital inicial había salido de su propio dinero invertido, pero prefería no dirigir su curiosidad hacia este punto y concentrarla por el momento en la fecha probable de la siguiente «gran alza».

Recibió la noticia de este suceso unas semanas después, con ocasión de la boda de Jack Stepney con la señorita Van Osburgh. En su calidad de prima del novio, la señorita Bart fue invitada para ser dama de honor, pero ella no aceptó, alegando que, al ser mucho más alta que las otras vírgenes del cortejo, su presencia podría alterar la simetría del grupo. Lo cierto era que había acompañado hasta el altar a demasiadas novias y que la próxima vez quería ser ella la figura principal de la ceremonia. Conocía las bromas que se hacían a costa de las muchachas que eran vistas en público demasiados años seguidos y estaba decidida a evitar cualquier exhibición de juventud que pudiera inducir a la gente a atribuirle más edad de la que tenía.

La boda de la señorita Van Osburgh se celebró en la parroquia del pueblo, lindante con la propiedad paterna en el Hudson. Fue la «sencilla boda campestre» a la que los invitados acuden en trenes especiales y de la que hordas de intrusos tienen que ser desalojadas con la intervención de la policía. Mientras se celebraban estos ritos rústicos en una iglesia atestada de elegancias y festoneada de orquídeas, los representantes de la prensa sorteaban el laberinto de regalos de boda, blandiendo sus libretas, y el agente de un sindicato cinematográfico montaba sus cámaras frente a la puerta de la iglesia. Era una de esas escenas en cuyo papel principal Lily se había imaginado muchas veces y, en esta ocasión, el hecho de ser una vez más una simple espectadora en lugar de la mística figura con velo de tul que ocupaba el centro de la atención reforzó su propósito de representar este último papel antes de finalizar el año. Haber eliminado sus preocupaciones inmediatas no significaba haberse librado para siempre de ellas; sólo servía para infundirle ánimos renovados que disiparan sus dudas, le devolvieran la fe en su belleza y en su poder y la dotaran de los alicientes necesarios para conquistar un brillante destino. Era imposible que una persona tan consciente de sus aptitudes para el éxito y el placer fuera condenada a un fracaso perpetuo; y sus errores le parecieron fácilmente reparables a la luz de su recobrada confianza en sí misma.

Estas reflexiones adquirieron una relevancia especial cuando atisbó en el banco vecino el grave perfil y la bien cuidada barba del señor Percy Gryce. En

su aspecto había también algo casi nupcial: la gran gardenia blanca tenía un aire simbólico que a ella le pareció un buen presagio. Después de todo, visto entre los de su clase no parecía ridículo: un crítico amistoso podría haber calificado su gordura de solemne, y le favorecía la actitud de indiferente pasividad que pone de relieve las extravagancias de las personas inquietas. Lily pensó que era de esos hombres cuyas asociaciones sentimentales afloraban ante el espectáculo convencional de una boda, y se imaginó en la intimidad de los invernaderos de los Van Osburgh, jugando hábilmente con una sensibilidad tan preparada para su contacto. En realidad, al mirar a las mujeres que la rodeaban y recordar su propia imagen en el espejo, concluyó que no necesitaría ninguna habilidad especial para reparar su error y conseguir que el señor Gryce cayera de nuevo a sus pies.

Ver la cabeza oscura de Selden en un banco casi enfrente de ella alteró un momento el equilibrio de sus complacencias. La sangre le afluyó a las mejillas cuando sus miradas se cruzaron, pero en seguida tuvo una reacción contraria de rebeldía y rechazo. No deseaba volver a verle, no porque temiera su influencia, sino porque su presencia siempre producía el efecto de denigrar sus aspiraciones, de desenfocar todo su mundo. Además, era un recordatorio viviente de la peor equivocación de su carrera y el hecho de que Selden hubiera sido la causa no suavizaba sus sentimientos hacia él. Aún podía concebir una existencia ideal en la que, una vez conseguido todo lo demás, la conversación con Selden constituyera el último detalle de lujo; pero, en su mundo actual, semejante privilegio sería un lujo demasiado caro.

—¡Lily, querida! ¡Nunca te había visto tan guapa! ¡Parece que acaba de sucederte algo maravilloso!

La joven que formulaba así su admiración por su atractiva amiga no sugería, en su propia persona, tan felices posibilidades. De hecho, la señorita Gertrude Farish tipificaba la mediocridad y la ineficacia. Sus cualidades compensatorias, como la mirada abierta y franca y la frescura de su sonrisa, eran cualidades que el observador bien dispuesto solía percibir antes de notar que los ojos eran de un tono gris corriente y los labios carecían de sugestivas curvas. Los sentimientos de Lily por ella oscilaban entre la piedad por sus limitaciones y la impaciencia por su modo de aceptarlas. Para la señorita Bart, al igual que para su madre, la conformidad con la pobreza era una prueba de estupidez y había momentos en que, consciente de la propia capacidad de parecer y ser exactamente lo que la ocasión requería, llegaba casi a pensar que las otras chicas eran feas e inferiores por elección. Ciertamente, nadie tenía necesidad de confesar semejante aceptación de su suerte como la que revelaba el color «sufrido» del atuendo de Gerty Farish y la forma discreta de su sombrero: es casi tan estúpido permitir que la ropa traicione el conocimiento de la propia realidad como dejar que proclame la presunción de la propia

belleza.

Naturalmente, como era pobre y fea sin remisión, Gerty había hecho bien en aficionarse a la filantropía y los conciertos sinfónicos, pero había algo irritante en su convicción de que la existencia no procuraba placeres más elevados y de que se podía obtener de la vida el mismo interés y emoción en un diminuto apartamento que en el esplendor de la mansión de los Van Osburgh. Hoy, sin embargo, su vivaz entusiasmo no irritó a Lily, porque parecía poner de relieve sus propias cualidades excepcionales y otorgar un enorme alcance a sus proyectos para el futuro.

—¡Vamos a echar un vistazo a los regalos antes de que todos salgan del comedor! —sugirió la señorita Farish, cogiendo del brazo a su amiga. Era característico en ella interesarse de un modo sentimental y carente de envidia por todos los detalles de una boda: era de las que conservan el pañuelo en la mano durante el servicio religioso y se marchan con una cajita de tarta nupcial colgada de un dedo.

—¿Verdad que está todo precioso? —continuó mientras entraban en el remoto salón destinado a exhibir el botín nupcial de la señorita Van Osburgh—. ¡Siempre digo que nadie hace las cosas mejor que la prima Grace! ¿Has probado alguna vez algo más delicioso que esa mousse de langosta con salsa de champaña? Resolví hace unas semanas no perderme esta boda y desde luego todo ha sido maravilloso. Cuando Lawrence Selden supo que venía, insistió en irme a buscar y llevarme a la estación, y, cuando volvamos esta noche, cenaré con él en Sherry's. ¡Estoy tan emocionada como si fuera la novia!

Lily sonrió; sabía que Selden había sido siempre bueno con su insulsa prima y a veces se había preguntado por qué desperdiciaba tanto tiempo de un modo tan poco remunerativo, pero ahora la idea le procuró un vago placer.

—¿Le ves con frecuencia? —inquirió.

—Sí, es tan bueno que me visita casi todos los domingos y de vez en cuando jugamos a las cartas, aunque últimamente le he visto menos. Está desmejorado y parece inquieto y nervioso. ¡Pobre muchacho! Ojalá se casara con una buena chica. Así se lo he dicho hoy, pero él ha contestado que no le gustan las buenas y que las otras no se interesan por él... aunque lo ha dicho en broma, claro. Jamás se casaría con una chica que no fuera buena. ¡Oh, querida! ¿Has visto alguna vez perlas así?

Se detuvieron delante de la mesa donde se exhibían las joyas de la novia y el corazón de Lily dio un vuelco de envidia al ver la refracción de la luz en sus superficies, el brillo nacarado de perlas exactamente iguales, el destello de rubíes sobre terciopelo oscuro, los intensos rayos azules de unos zafiros

encendidos por un borde de brillantes y los colores de todas estas piedras preciosas realzados e intensificados por el variado arte de sus monturas. El resplandor de las gemas hizo arder la sangre de Lily como si fuera vino. Con mayor plenitud que cualquier otra expresión de riqueza, simbolizaban la vida que ansiaba llevar, la vida de exquisito aislamiento y refinamiento en que cada detalle tenía el acabado de una joya y todo el conjunto formaba un armonioso decorado para su preciosa y excepcional figura.

—¡Oh, Lily, mira ese dije de brillantes! ¡Es grande como un plato! ¿Quién puede haberlo regalado? —La señorita Farish acercó sus ojos miopes a la tarjeta correspondiente—. «Señor Simon Rosedale». ¡Cómo, ese hombre horrible! Ah, sí, recuerdo que es amigo de Jack y supongo que la prima Grace ha tenido que invitarle hoy, pero estoy segura de que no le ha gustado que Gwen tenga que aceptar un regalo así de él.

Lily sonrió. Dudaba del disgusto de la señora Van Osburgh, pero se fijó en la costumbre de la señorita Farish de atribuir sus propios sentimientos delicados a las personas menos aptas para compartirlos.

—Bueno, si Gwen no desea ser vista con esta joya, siempre puede cambiarla por otra —observó.

—Ah, aquí hay algo mucho más bonito —prosiguió la señorita Farish—. Mira este exquisito zafiro blanco. Estoy segura de que quien lo haya elegido ha puesto en ello un interés especial. ¿Cómo se llama? ¿Percy Gryce? ¡Ah, no me sorprende! —Sonrió de modo significativo mientras dejaba la tarjeta en su sitio—. ¿Has oído decir, verdad, que está muy enamorado de Evie Van Osburgh? La prima Grace está encantada: ¡es toda una historia de amor! La conoció hace sólo seis semanas en casa de los Dorset, y desde luego es el mejor matrimonio posible para nuestra querida Evie. Oh, no me refiero al dinero (a ella le sobra), sino a que es una chica tan modosa y amante del hogar, y los dos parecen tener los mismos gustos y estar hechos el uno para el otro.

Lily se quedó mirando fijamente el zafiro blanco en su estuche de terciopelo. ¿Evie Van Osburgh y Percy Gryce? Los nombres cruzaron su cerebro con un matiz de sarcasmo. ¿Evie Van Osburgh? ¡La más joven, rechoncha y aburrida de las cuatro hijas rechonchas y aburridas «colocadas» por la señora Van Osburgh una tras otra, con insuperable astucia, en envidiables nichos de la existencia! ¡Ah, muchachas afortunadas que crecen al amparo del amor materno, de una madre que sabe propiciar oportunidades sin conceder favores y aprovecharse de la proximidad sin permitir que la costumbre disminuya el apetito! La joven más inteligente puede calcular mal cuando se trata de sus propios intereses, puede ceder demasiado en un momento y negar demasiado al siguiente; sólo la vigilancia y previsión

maternas son infalibles a la hora de poner a las hijas en brazos de la riqueza y la conveniencia social.

La efímera despreocupación de Lily se disolvió bajo una renovada sensación de fracaso. ¡La vida era demasiado absurda, demasiado insegura! ¿Por qué añadir los millones de Percy Gryce a otra gran fortuna? ¿Por qué esta torpe muchacha estaba dotada de poderes que ella misma jamás sabría utilizar?

La distrajo de sus especulaciones una mano conocida que se posaba en su brazo y, al volverse, vio a Gus Trenor a su lado. Sintió una oleada de irritación: ¿qué derecho tenía a tocarla? Por suerte, Gerty Farish se había acercado a la mesa de al lado y estaban solos.

Trenor, que parecía más grueso que nunca bajo la apretada levita y había enrojecido desagradablemente tras las libaciones nupciales, la miraba con franca satisfacción.

—¡Por todos los santos, Lily, está para quitar el hipo!

La llamaba desde el principio por su nombre de pila y ella no había encontrado nunca el momento de corregirle. Además, en su círculo todos los hombres y mujeres se llamaban así, sólo que en labios de Trenor tal familiaridad tenía un significado poco grato.

—Veamos —continuó, totalmente ajeno a su incomodidad—, ¿ha decidido ya cuál de estas baratijas piensa encargarse mañana en Tiffany's? ¡Tengo en el bolsillo un cheque para usted que se lo permitirá por un amplio margen!

Lily le miró, sobresaltada; su voz era más alta que nunca y la habitación empezaba a llenarse de gente. Pero, al cerciorarse de que aún no podían oírles, una sensación de placer sustituyó la inquietud.

—¿Más dividendos? —preguntó, sonriendo y acercándose a él en su deseo de no ser escuchada.

—Bueno, no exactamente; vendí valores en alza y gané cuatro mil para usted. No está mal para una principiante, ¿verdad? Supongo que empezará a pensar que es una experta especuladora. Y quizá no considerará al viejo Gus un pobre infeliz, como hacen otras personas.

—Le considero el más bondadoso de los amigos, pero no puedo expresarle debidamente mi gratitud en este momento.

Le dirigió una mirada radiante en vez del apretón de manos que él le habría impuesto de haber estado a solas con ella, ¡y qué alivio era estar rodeada de gente! La noticia la llenó de la euforia que produce la súbita interrupción de un dolor físico. El mundo no era, después de todo, tan absurdo e inseguro: de vez en cuando, incluso los más desafortunados tienen un golpe de suerte. La idea

le levantó el ánimo: era característico en ella sentir renovadas todas sus esperanzas al menor indicio de un cambio favorable. Al instante se le ocurrió pensar que Percy Gryce no estaba irremediablemente perdido para ella y la emoción de quitárselo a Evie Van Osburgh la hizo sonreír. ¿Qué posibilidades tenía semejante palurda si ella se decidía a hacer un pequeño esfuerzo? Miró a su alrededor, esperando ver a Gryce, pero sus ojos se posaron en cambio en el reluciente semblante del señor Rosedale, que se deslizaba entre los invitados con un aire mitad impertinente, mitad obsequioso; como si pensara que, una vez fuera reconocida su presencia, ésta adquiriría las dimensiones de la sala.

Reacia a facilitar tal expansión, Lily volvió a dirigir la mirada a Trenor, a quien su muestra de agradecimiento no parecía haber satisfecho del todo.

—Olvídese de la gratitud... No quiero que me lo agradezca, sólo tener ocasión de hablar dos palabras con usted de vez en cuando —farfulló—. Creía que pasaría todo el otoño con nosotros y apenas la he visto durante el último mes. ¿Por qué no vuelve a Bellomont esta noche? Estamos solos y Judy está de un humor de perros. Venga y alegre a este pobre mortal. Si dice que sí, la llevaré en el automóvil y su doncella puede seguirnos con sus trapos en el último tren.

Lily negó con la cabeza con un delicioso mohín de fastidio fingido.

—Ojalá pudiera... pero es imposible. Mi tía ha regresado a la ciudad y tengo que estar unos días a su lado.

—Vaya, la veo mucho menos desde que somos más amigos que cuando era usted amigo de Judy —observó él con inconsciente sagacidad.

—¿Cuando era amiga de Judy? ¿Es que ya no lo soy? ¡Qué disparates se le ocurren! Si estuviera siempre en Bellomont, se cansaría de mí mucho antes que Judy... Pero vaya a verme a casa de mi tía la próxima tarde que pase en la ciudad. Entonces podremos hablar tranquilamente y me dirá cuál es el modo mejor de invertir mi fortuna.

Era cierto que en las tres o cuatro últimas semanas se había ausentado de Bellomont con el pretexto de tener que visitar a otros amigos; pero ahora empezó a pensar que el ajuste de cuentas que había logrado evadir con esta medida había acumulado intereses en el intervalo.

La perspectiva de una charla tranquila no pareció satisfacer a Trenor como ella esperaba, ya que respondió con el ceño fruncido:

—¡Oh, no creo poder prometerle un nuevo negocio todos los días! Pero hay algo que podría hacer por mí: ser un poco cortés con Rosedale. Judy ha prometido invitarle a cenar cuando estemos en la ciudad, pero no puedo convencerla de que le invite a Bellomont; si usted ahora me permitiera

traérselo, la situación cambiaría mucho para él. Creo que no le han hablado ni dos mujeres en toda la tarde y puedo asegurarle que es un sujeto con quien la cortesía resulta muy provechosa.

La señorita Bart hizo un movimiento de impaciencia, pero reprimió las palabras que estuvieron a punto de acompañarlo. Al fin y al cabo, era una ocasión inesperada y la deuda fácil de saldar y, además, ¿acaso no tenía sus propios motivos para desear ser cortés con el señor Rosedale?

—Claro, tráigale —contestó, sonriendo—. Quizá pueda conseguir que me asesore directamente.

Trenor se detuvo con brusquedad y clavó en ella una mirada que la hizo ruborizar.

—Escuche, ya sabe... Le ruego que no olvide que es un maldito patán —dijo, y ella se volvió con una ligera risa hacia la ventana abierta cerca de la cual habían estado hablando.

La habitación se había llenado y Lily tuvo ganas de espacio y aire puro. Encontró ambas cosas en la terraza, donde sólo quedaban algunos hombres aún fumando y bebiendo una copa de licor, mientras varias parejas paseaban por el prado hasta el borde del jardín, en el que ya se veían los colores del otoño.

Cuando salió, un hombre se acercó a ella desde el grupo de fumadores y Lily se encontró cara a cara con Selden. Los latidos que su proximidad siempre causaba en ella se vieron incrementados por una ligera turbación. No se habían visto desde aquel paseo dominical en Bellomont, episodio que persistía de tal modo en la memoria de Lily que no podía suponer a Selden menos consciente de él. Pero el saludo de éste no expresó otra cosa que la satisfacción que todas las mujeres hermosas esperan ver reflejada en la mirada de un hombre, y este descubrimiento, aunque desagradable para su vanidad, fue tranquilizador para sus nervios. Entre el alivio de haber escapado de Trenor y la vaga aprensión de su encuentro con Rosedale, era grato experimentar por un momento la sensación de comprensión absoluta que siempre comunicaba la actitud de Lawrence Selden.

—Esto sí que es suerte —dijo éste, sonriendo—. Me preguntaba si podría hablar contigo antes de que el tren especial se nos lleve a todos. He venido con Gerty Farish después de prometerle que no perderíamos el tren, pero estoy seguro de que continúa entregada a la sentimental contemplación de los regalos de boda. Parece considerar su número y valor como pruebas del afecto desinteresado que une a las partes contratantes.

No había el menor atisbo de turbación en su voz y, mientras hablaba, apoyado en el quicio de la ventana, dejando que sus ojos descansaran con

franco deleite en la gracia de Lily, ésta sintió una débil punzada de pesar al ver que había vuelto sin esfuerzo a la actitud anterior a su última conversación. Aquella sonrisa indiferente fue un golpe para su vanidad. Ansiaba ser para él algo más que una cara bonita dotada de expresión, algo más que una diversión pasajera para su vista y su cerebro, y este intenso deseo se reflejó en su respuesta:

—Envidia a Gerty —dijo— su facultad de prestar romanticismo a todas nuestras feas y prosaicas componendas. Yo no me he repuesto desde que tú me revelaste la pobreza y escasa importancia de mis ambiciones.

Apenas hubo dicho estas palabras, se dio cuenta de su inoportunidad. Pensó que parecía ser su destino enseñar a Selden sus peores facetas.

—Yo creía, por el contrario —replicó éste—, haberte demostrado que eran más importantes para ti que cualquier otra cosa.

Fue como si la impetuosa corriente de su ser hubiera sido frenada por un obstáculo repentino que la obligara a retroceder. Lily le miró con desconcierto, como una niña ofendida o asustada: ¡su ser auténtico, que era capaz de emerger de las profundidades, estaba tan poco acostumbrado a ir solo!

Su conmovedora indefensión tocó como siempre en Selden una fibra latente de comprensión. No habría significado nada para él descubrir que su proximidad le prestaba brillantez; en cambio, este atisbo de humor sombrío que sólo él sabía inspirar pareció colocarle una vez más en un mundo aparte con ella.

—¡Por lo menos no puedes pensar de mí cosas peores de las que dices! —exclamó Lily con una risa trémula; pero antes de que él pudiera contestar, la corriente de entendimiento que fluía entre los dos fue interrumpida súbitamente por la reaparición de Gus Trenor, que se acercaba seguido del señor Rosedale.

—¡Maldita sea, Lily! ¡Pensé que me había dado esquinazo! Rosedale y yo la hemos buscado por todas partes.

En su voz había una nota de familiaridad conyugal y la señorita Bart creyó detectar en los ojos de Rosedale una descarada percepción del hecho; la idea convirtió su antipatía en repugnancia.

Correspondió a su profunda reverencia con un ligero movimiento de cabeza, especialmente desdeñoso porque intuía la sorpresa de Selden al ver que Rosedale figuraba entre sus conocidos. Trenor se había alejado y su acompañante continuó frente a la señorita Bart, atento y expectante, sonriendo por anticipado, en espera de lo que ella pudiera decirle, todo él consciente del privilegio de ser visto en su compañía.

Era el momento para tener tacto, para llenar con rapidez todas las lagunas, pero Selden seguía apoyado contra la ventana como un observador casual de la escena y, bajo el hechizo de su observación, Lily se sintió impotente para ejercer sus artes habituales. El temor de que sospechara la menor necesidad por su parte de frenar a Rosedale le impidió pronunciar las triviales frases de cortesía. Rosedale continuaba delante de ella en actitud expectante y ella seguía inmóvil y en silencio, con la mirada a la altura de su reluciente calva. Esta mirada ponía punto final a las implicaciones de su silencio.

Él se sonrojó lentamente, apoyado ya en un pie, ya en otro, manoseando la gruesa perla negra de su corbata y retorciéndose el bigote con nerviosismo; y de pronto, la miró de arriba abajo, retrocedió y exclamó, mirando de soslayo a Selden:

—Por mi honor que nunca vi un atuendo tan despampanante. ¿Es la última creación de la modista que visitó en el Benedick? Si es así, ¡no comprendo por qué no van a verla todas las mujeres!

Las palabras fueron proyectadas con fuerza contra el silencio de Lily, y ésta comprendió en seguida que su propia actitud les había dado impulso. En medio de una conversación normal habrían pasado inadvertidas, pero la pausa prolongada les confirió un significado especial. Sintió, sin mirar, que Selden lo había captado inmediatamente, relacionando la alusión con la visita que ella le hiciera en su casa. Esto aumentó su irritación contra Rosedale, pero también la convicción de que ahora o nunca era el momento de frenarlo, por odioso que fuera hacerlo en presencia de Selden.

—¿Cómo sabe que las demás mujeres no van a mi modista? —replicó—. ¡No me da miedo facilitar su dirección a mis amigos!

Su mirada y su acento incluían tan claramente a Rosedale en este círculo privilegiado que los pequeños ojos de éste se entornaron por la emoción y una sonrisa de experto le levantó el bigote.

—¡Por Dios que no hay razón para tenerlo! —exclamó—. ¡Aunque se compren la colección entera, usted las ganará con medio galope!

—¡Ah! Es usted muy amable y aún lo sería más si me llevara a un rincón tranquilo y me fuera a buscar un vaso de limonada u otro refresco inocente antes de que tengamos que salir corriendo para coger el tren.

Dio media vuelta mientras hablaba, permitiendo que él caminara pavoneándose a su lado entre los grupos de la terraza; todos sus nervios latían sólo de pensar qué le parecería a Selden semejante escena.

Pero por debajo de su cólera por la perversidad de las circunstancias y la ligera superficie de su charla con Rosedale persistía una tercera idea: no tenía

intención de partir sin tratar de descubrir la verdad sobre Percy Gryce. El azar, o tal vez el propósito del interesado, les había alejado desde que él se marchara tan precipitadamente de Bellomont; pero la señorita Bart era una experta en sacar el máximo partido de lo inesperado y los desagradables incidentes de los últimos momentos —la revelación a Selden de aquella parte de su vida que más deseaba ocultarle— incrementaron su deseo de protección, de huida de tan humillantes contingencias. Una situación definida sería más tolerable que ser zarandeada de este modo por la casualidad, lo cual la obligaba a vigilar siempre, inquieta, cualquier posibilidad que le presentara la vida.

Dentro de la casa se respiraba un ambiente de dispersión general, como cuando un auditorio se prepara para irse después de que los actores principales hayan abandonado el escenario; pero entre los grupos Lily no pudo ver ni a Gryce ni a la menor de las hermanas Van Osburgh. La ausencia de ambos se le antojó un mal presagio, y cautivó al señor Rosedale al proponerle un paseo hasta los invernaderos del otro extremo de la casa. Quedaban invitados suficientes en la larga hilera de salones para que su salida llamara la atención, y Lily se dio cuenta de que la seguían miradas irónicas e inquisitivas que se desviaban con el mismo aire inofensivo de su indiferencia al contento de su acompañante. En aquel momento le importaba muy poco que la vieran con Rosedale; todos sus pensamientos se centraban en el objeto de su búsqueda. Pero éste no se encontraba en los invernaderos y Lily, oprimida por la súbita convicción de haber fracasado, se disponía a hallar un modo de librarse de su pareja, ahora superflua, cuando vio delante de ella a la señora Van Osburgh, ruborizada y exhausta, pero radiante de satisfacción por el deber cumplido.

Miró un momento a la pareja con la expresión benigna pero ausente de la fatigada anfitriona para quien sus invitados se han convertido en meros puntos giratorios de un caleidoscopio trepidante, pero de pronto su atención se concentró y cogió del brazo a la señorita Bart con un ademán confidencial.

—Mi querida Lily, no he tenido tiempo de hablar contigo y supongo que ahora estas a punto de irte. ¿Has visto a Evie? Te ha buscado por todas partes; quería revelarte su pequeño secreto, pero me imagino que ya lo has adivinado. El compromiso no se anunciará hasta la semana próxima... pero tú eres tan buena amiga del señor Gryce que ambos deseaban participarte su felicidad antes que a nadie.

Capítulo IX

Cuando la señora Peniston era joven, la buena sociedad volvía a la ciudad

en octubre; por eso el día diez de este mes se subían las persianas de su residencia de la Quinta Avenida y los ojos del Gladiador Moribundo de bronce que ocupaba la ventana del salón reanudaban su inspección de la desierta calle.

Las dos primeras semanas después del regreso representaban para la señora Peniston el equivalente doméstico de un retiro espiritual. «Repasaba» la ropa blanca y las mantas con el mismo espíritu del penitente que explora los recovecos más íntimos de su conciencia; buscaba polillas como el alma atribulada busca flaquezas latentes. Vaciaba el último rincón de la bodega y la carbonera y, como fase final de los ritos lustrales, envolvía toda la casa en un blanco penitencial y la rociaba de expiatoria espuma de jabón.

Fue en esta fase de la operación cuando la señorita Bart volvió al atardecer de la boda de Gwen Van Osburgh. El viaje de regreso a la ciudad no había sido precisamente indicado para sosegar sus nervios. Aunque el compromiso de Evie Van Osburgh no era todavía oficial, se trataba de un secreto ya conocido por los innumerables amigos íntimos de la familia; y el tren lleno de invitados bullía de alusiones y pronósticos. Lily era plenamente consciente de su propio papel en este drama de indirectas: conocía la calidad exacta de la diversión suscitada por las circunstancias. Las vulgares formas de placer preferidas por sus amistades incluían un estridente goce de tales complicaciones: el deleite de sorprender al destino en el acto de gastar una broma pesada. Ella sabía muy bien cómo comportarse en las situaciones difíciles; conocía a la perfección la actitud que media entre la victoria y la derrota: todas las insinuaciones resbalaban suavemente por la brillante capa de su indiferencia. Sin embargo, ya empezaba a sentir la tensión de tal conducta y al final una rápida reacción la sumió en un profundo asco de sí misma.

Como siempre le ocurría, esta repulsión moral encontró un desahogo físico criticando súbitamente a su entorno. Se rebeló contra la complaciente fealdad del nogal negro de la señora Peniston, el brillo resbaladizo de las baldosas del recibidor y el olor mezclado de jabón y pulimento que la recibió en el umbral.

Las escaleras aún no estaban alfombradas y cuando subía a su habitación la detuvo en el descansillo una creciente marea de espuma de jabón. Se apartó, recogiendo las faldas con impaciencia, y al hacerlo tuvo la extraña impresión de haberse encontrado antes en situación parecida, aunque en un ambiente distinto. Le pareció que bajaba la escalera del inmueble de Selden y, al buscar la mirada a la culpable para reprenderla por la inundación jabonosa, vio los mismos ojos que se habían cruzado con los suyos en circunstancias similares. Era la fregona del Benedick, que, apoyada sobre sus codos enrojecidos, la miraba con la misma implacable curiosidad y la misma resistencia aparente a hacerle sitio. En esta ocasión, sin embargo, la señorita Bart estaba en su propio terreno.

—¿No ve que quiero pasar? Aparte el cubo, por favor —ordenó bruscamente.

Al principio la mujer pareció no oírla y luego, sin una palabra de excusa, empujó el cubo y secó el descansillo con una bayeta húmeda, sin dejar de mirarla. Era intolerable que la señora Peniston empleara a personas como aquélla, y Lily entró en su habitación decidida a exigir que la mujer fuera despedida aquella misma tarde.

De momento, sin embargo, la señora Peniston era inaccesible a cualquier reclamación, ya que desde primeras horas de la mañana estaba encerrada con su doncella, repasando sus pieles, un proceso que constituía la culminación del drama de renovación doméstica. Por la noche se encontró igualmente sola porque su tía, que rara vez cenaba fuera, había respondido a la convocatoria de una prima Van Alstyne que se hallaba de paso en la ciudad. La casa, en su estado de orden y limpieza antinaturales, era deprimente como una tumba, y cuando Lily, al terminar su frugal cena entre aparadores cubiertos por sábanas, entró en el inhóspito salón, tuvo la sensación de haber sido enterrada viva dentro de los sofocantes límites de la existencia de la señora Peniston.

En general evitaba estar en casa durante el baldeo doméstico, pero en esta ocasión una serie de razones se habían confabulado para atraerla a la ciudad, y la primera era haber recibido menos invitaciones que de costumbre para el otoño. Estaba tan acostumbrada a ir de una mansión campestre a otra hasta que el fin de las vacaciones obligaba a sus amistades a volver a la ciudad que los intervalos de tiempo libre le daban una extraña sensación de decreciente popularidad. Era cierto lo que le había dicho a Selden: la gente se estaba cansando de ella. Sería bien acogida en un nuevo papel, pero como señorita Bart se la sabían de memoria. Ella también se sabía a sí misma de memoria y estaba harta de su personaje. Había momentos en que deseaba con fuerza algo diferente, algo extraño, remoto e inexplorado, pero los juegos más audaces de su imaginación no pasaban de representarla en su vida habitual con un decorado nuevo. No podía imaginarse más que en un salón, emanando elegancia como una flor emana perfume.

Mientras tanto, a medida que avanzaba octubre, se hacía más acuciante afrontar la alternativa de volver a casa de los Trenor o reunirse con su tía en la ciudad. Incluso el desolado aburrimiento de Nueva York en octubre y las incómodas limpiezas del hogar de la señora Peniston parecían preferibles a lo que podía esperarla en Bellomont; de ahí que, con un aire de heroica devoción anunciara el propósito de residir con su tía hasta las vacaciones.

Los sacrificios de esta naturaleza son recibidos a veces con sentimientos tan encontrados como los que los inspiran, y la señora Peniston murmuró a su doncella de confianza que, si alguien de la familia debía estar con ella en

semejante crisis (aunque durante cuarenta años se la había considerado competente para colgar sus propias cortinas), prefería mil veces a la señorita Grace que a la señorita Lily. Grace Stepney era una prima insignificante, de modales adaptables e intereses de segunda mano, que acudía a acompañar a la señora Peniston cuando Lily cenaba fuera con demasiada frecuencia, que jugaba a las cartas, cogía puntos de media, leía las esquelas del Times y admiraba sinceramente las cortinas de satén púrpura del salón, el Gladiador Moribundo de la ventana y el enorme cuadro del Niágara que representaba el único exceso artístico de la modesta carrera del señor Peniston.

En circunstancias normales, la señora Peniston se aburría tanto con su excelente prima como cualquier receptora de servicios semejantes con la persona que se los presta. Prefería mucho más a la inteligente e imprevisible Lily, que no sabía distinguir entre los extremos de un ganchillo y hería con frecuencia su susceptibilidad sugiriendo que el salón debía «renovarse». Pero, a la hora de encontrar servilletas extraviadas o ayudar en la decisión de si la escalera de servicio necesitaba una alfombra nueva, el criterio de Grace era sin duda más acertado que el de Lily, por no hablar de que esta última detestaba el olor de la cera y del jabón de sosa, y se portaba como si pensara que una casa tenía que limpiarse sola, sin ninguna ayuda externa.

Sentada bajo la luz mortecina de la araña del salón —la señora Peniston no encendía nunca las lámparas a menos que hubiera invitados—, Lily parecía contemplar su propia silueta difuminándose en una panorámica de colores neutros hasta llegar a una madurez como la de Grace Stepney. Cuando dejara de divertir a Judy Trenor y sus amistades, tendría que dedicarse a divertir a la señora Peniston; desde cualquier óptica que lo mirase, sólo veía un futuro de servidumbre a los caprichos ajenos y nunca la ocasión de reafirmar su propia y ardiente individualidad.

Un campanillazo de la puerta principal, que sonó con fuerza en la casa vacía, le dio la medida de su inmenso tedio. Era como si todo el cansancio de los últimos meses culminara en la vacuidad de aquella velada interminable. ¡Ojalá aquella llamada significara una invitación del mundo exterior... una señal de que aún la querían y necesitaban! Tras cierta demora, se presentó una camarera con el anuncio de que fuera había una persona que solicitaba ver a la señorita Bart y, ante la presión de ésta para obtener una descripción más específica, añadió:

—Es la señora Haffen, señorita; se niega a decir lo que quiere.

Lily, a quien el nombre no decía nada, abrió la puerta a una mujer que lucía un ajado sombrero y que se paró muy decidida bajo la luz del recibidor. El resplandor de la llama de gas iluminó su conocida cara picada de viruela y la rojiza calva visible a través de los ralos mechones de pelo color de paja. Lily

miró a la fregona con sorpresa.

—¿Deseaba verme? —preguntó.

—Me gustaría decirle algo, señorita. —El tono no era agresivo ni conciliador; no revelaba nada sobre las intenciones de la visitante. Sin embargo, un instinto de precaución indujo a Lily a ponerse fuera del alcance de los oídos de la camarera.

Indicó con una seña a la señora Haffen que la siguiera hasta el salón y cerró la puerta cuando ambas hubieron entrado.

—Usted dirá.

La mujer tenía los brazos cruzados debajo del chal, como suelen hacer las de su clase. Entonces los sacó fuera, descubriendo un pequeño paquete envuelto en sucio papel de periódico.

—Tengo aquí algo que tal vez le gustaría ver, señorita Bart.

Pronunció el nombre con un énfasis desagradable, como si conocerlo fuese una de las razones de su visita. Para Lily, la entonación sonó como una amenaza.

—¿Ha encontrado algo que me pertenece? —preguntó, alargando la mano.

La señora Haffen retrocedió.

—Bueno, en realidad, creo que es tan mío como suyo —replicó.

Lily la miró, perpleja. Ahora estaba segura de que la actitud de su visitante expresaba una amenaza, pero, por experta que fuera en ciertos asuntos, carecía de experiencia para entender el significado exacto de aquella escena. Sentía, eso sí, que debía terminarla lo antes posible.

—No comprendo; si este paquete no es mío, ¿por qué ha venido a verme?

Esta pregunta no desconcertó a la mujer; resultaba evidente que estaba preparada para contestarla; como todas las personas de su clase, tenía que dar un largo rodeo antes de llegar al principio e hizo una pausa antes de responder:

—Mi marido fue portero del Benedick hasta primeros de mes; desde entonces está sin trabajo. —Como Lily guardó silencio, la mujer continuó—: No ha sido por culpa nuestra; el agente conocía a un hombre que quería el empleo, así que nos puso de patitas en la calle, por puro capricho. Yo padecí una larga enfermedad el invierno pasado y fui sometida a una operación que se llevó todos nuestros ahorros y, como Haffen está en el paro, la vida es muy dura para mí y los niños.

Al parecer, pues, sólo había venido a pedir a la señorita Bart que encontrara un empleo para su marido; o, más probablemente, a solicitar su

intercesión con la señora Peniston. Lily tenía pinta de conseguir siempre lo que quería y estaba acostumbrada a que le pidieran que actuase de intermediaria. Aliviada de su vaga aprensión, se refugió en la fórmula convencional:

—Lamento que hayan pasado tantos apuros —dijo.

—Oh, sí, señorita, grandes apuros, y no han hecho más que empezar. Si por lo menos tuviéramos otro empleo a la vista, pero el agente no quiere saber nada de nosotros. No es culpa nuestra, pero...

En este punto, Lily se dejó dominar por la impaciencia.

—Si tiene algo más que decirme... —interrumpió.

El desaire ofendió a la mujer y espoleó sus confusas ideas.

—Sí, señorita, a eso voy —replicó. Hizo otra pausa, con los ojos fijos en Lily, y luego continuó en un tono vagamente narrativo—: Cuando estábamos en el Benedick, yo me encargaba de los apartamentos de algunos caballeros o por lo menos les quitaba el polvo los sábados. Varios de ellos recibían un montón de cartas; nunca había visto tanto correo. Tenían las papeleras llenas a rebosar y algunas cartas se caían al suelo. Por lo visto, ya estaban hartos de tanto papel. Había unos más cuidadosos que otros y el señor Selden, el señor Lawrence Selden, era de los mejores; en invierno quemaba las cartas y en verano las rompía en pedacitos pequeños, pero a veces tenía tantas que las juntaba, como hacían los demás, y las rasgaba sólo una vez... así.

Mientras hablaba, había deshecho el nudo del cordel que ataba el paquete y ahora sacó una carta que puso sobre la mesa que había entre ella y la señorita Bart. Tal como había dicho, la carta estaba rota por la mitad; con un rápido ademán, la mujer hizo coincidir los bordes rasgados y alisó el papel.

Lily sintió una oleada de indignación. Se hallaba en presencia de algo ruin, apenas entrevisto hasta entonces, la clase de ruindad sobre la que se susurraba en sociedad y que ella jamás habría pensado que pudiera rozar su propia vida. Se echó hacia atrás con un gesto de repugnancia, pero un descubrimiento repentino la frenó: bajo la luz imprecisa de la araña de la señora Peniston, acababa de reconocer la caligrafía de la carta. Era grande y deslavazada, con algún trazo de masculinidad que apenas disimulaba su falta de firmeza, y las palabras, garabateadas con tinta espesa sobre papel de notas débilmente coloreado, sonaron en sus oídos como si ya las hubiera oído pronunciar.

Al principio no comprendió todo el alcance de la situación, sólo que delante de ella tenía una carta escrita por Bertha Dorset y dirigida, presuntamente, a Lawrence Selden. No había fecha, pero la negrura de la tinta probaba que la escritura era reciente. Sin duda el paquete que la señora Haffen

apretaba en la mano contenía otras cartas parecidas... una docena, calculó Lily a bulto. La carta desdoblada era corta, pero sus escasas palabras, que habían saltado a su cerebro antes de saber que las leía, contaban una larga historia... una historia con la que los amigos de la remitente se habían encogido de hombros y sonreído durante los cuatro últimos años, considerándola una más entre las innumerables «buenas situaciones» de la comedia mundana. Ahora el lado opuesto se presentaba ante ella, el lado volcánico de la superficie sobre el que la conjetura y la insinuación resbalan suavemente hasta que la primera fisura convierte su murmullo en un alarido. Lily sabía que nada ofende más a la sociedad que tener que ofrecer su protección a quienes no han sabido aprovecharla; y, si castiga a los infractores descubiertos, es porque han traicionado su complicidad. Y en este caso la cuestión no ofrecía ninguna duda. El código del mundo de Lily decretaba que el marido de una mujer debía ser el único juez de su conducta: técnicamente, ella estaba por encima de toda sospecha mientras gozara de su aprobación, o incluso de su indiferencia. Pero con un hombre del temperamento de George Dorset no podía pensarse en el perdón; el dueño de las cartas de su esposa podía derribar con un dedo toda la estructura de la existencia de ésta. ¡Y a qué manos había ido a parar el secreto de Bertha Dorset! Por un momento, la ironía de la coincidencia convirtió la repugnancia de Lily en una confusa sensación de triunfo, aunque la repugnancia volvió en seguida: todas sus resistencias instintivas, de gusto, de educación, de tácitos escrúpulos heredados, se rebelaron contra este vago triunfo. Su impresión predominante era la de una contaminación personal.

Se apartó, como para poner la mayor distancia posible entre sí misma y su visitante.

—No sé nada de estas cartas —dijo— y no tengo idea de por qué me las ha traído a mí.

La señora Haffen la miró sin pestañear.

—Le diré por qué, señorita. Se las he traído para vendérselas, porque no tengo otro medio de reunir dinero y, si no pagamos el alquiler mañana por la noche, nos desahuciarán. Nunca había hecho una cosa así y si usted hablara al señor Selden o al señor Rosedale para que readmitieran a Haffen en el Benedick... La vi hablar con el señor Rosedale en el umbral aquel día que fue usted a visitar al señor Selden...

La sangre afluyó a la frente de Lily. Ahora lo comprendía: la señora Haffen creía que era ella la autora de las cartas. En el primer acceso de cólera estuvo a punto de llamar y ordenar a la mujer que se fuera, pero un extraño impulso se lo impidió. El nombre de Selden había suscitado otras ideas. Las cartas de Bertha Dorset no le importaban nada, ¡podían ir a parar a donde el azar quisiera llevarlas! Pero Selden estaba inextricablemente ligado a ellas. Los

hombres no sufren mucho, si es que sufren algo, en semejantes lances, y en este caso la misma intuición que le había revelado el significado de las cartas, le había llevado a intuir que eran súplicas —reiteradas y, por consiguiente, sin respuesta— para la reanudación de unas relaciones que por lo visto el tiempo había enfriado. No obstante, el hecho de que la correspondencia hubiera caído en manos ajenas acusaría a Selden de negligencia en una cuestión que el mundo considera de lo menos perdonable; y existían además riesgos mayores si se tenía en cuenta el carácter quisquilloso de Dorset.

Sopesó todo esto de manera inconsciente; sólo adivinaba que Selden desearía recuperar aquellas cartas y que, por lo tanto, ella debía conseguirlas. Su pensamiento no fue más allá. Tuvo, eso sí, una rápida visión de la entrega del paquete a Bertha Dorset y de las oportunidades ofrecidas por dicha restitución; pero esta idea descubrió abismos de los que Lily se apartó, avergonzada.

Mientras tanto la señora Haffen, captando al vuelo su vacilación, ya había abierto el paquete y colocado las cartas sobre la mesa. Todas habían sido recompuestas con tiras de papel fino. Algunas estaban rotas en pequeños fragmentos, pero la mayoría, simplemente rasgadas por la mitad. Aunque no eran muchas, así esparcidas casi llegaban a cubrir toda la mesa. La mirada de Lily se posó en algunas palabras aisladas y entonces preguntó en tono más bajo:

—¿Cuánto quiere por ellas?

El rostro de la señora Haffen enrojeció de satisfacción. Era evidente que la joven señorita estaba muy asustada y la señora Haffen era la mujer indicada para aprovecharse al máximo de semejantes temores. Previendo una victoria más fácil de lo anticipado, nombró una suma exorbitante.

Pero la señorita Bart resultó ser una presa menos inofensiva de lo que daba a entender su imprudente pregunta. Se negó a pagar el precio exigido y, tras un momento de duda, hizo una contraoferta que ascendía a la mitad de la suma.

La señora Haffen se enderezó. Alargó la mano hacia las cartas diseminadas, las recogió con lentitud e hizo ademán de querer empaquetarlas de nuevo.

—Creo que valen más para usted que para mí, señorita, pero los pobres han de vivir, igual que los ricos —observó en tono sentencioso.

Lily temblaba de miedo, pero la insinuación reforzó su resistencia.

—Se equivoca —replicó, indiferente—. Le he ofrecido lo máximo que estoy dispuesta a dar por las cartas; además, tal vez haya otros medios de conseguirlas.

La señora Haffen le dirigió una mirada suspicaz; tenía demasiada experiencia para no saber que el tráfico en que estaba metida acarrearía peligros tan grandes como las posibles ganancias, y tuvo una visión de la complicada maquinaria vengativa que una palabra de esta altiva señorita podía poner en marcha.

Se llevó a los ojos la punta del chal y murmuró que no estaba bien abusar de los pobres, pero que jamás se había visto mezclada en un negocio semejante y podía jurar por su honor de cristiana que a ella y a su marido sólo les movía la idea de que las cartas no debían ir a parar a manos extrañas.

Lily estaba inmóvil, guardando entre ella y la fregona la máxima distancia compatible con la necesidad de hablar en voz baja. Le resultaba intolerable regatear el precio de las cartas, pero sabía que, si daba muestras de debilidad, la señora Haffen incrementaría inmediatamente la cantidad exigida.

Después no pudo recordar el tiempo que había durado el duelo ni en qué momento decisivo, tras un lapso de minutos según el reloj, pero de horas si lo medía por los precipitados latidos de su corazón, logró la posesión de las cartas; sólo sabía que la puerta se cerró por fin y ella se quedó sola con el paquete en la mano.

No tenía ninguna intención de leer las misivas; incluso desdoblar el sucio papel de periódico de la señora Haffen le parecía denigrante. Pero ¿qué haría con el contenido? El destinatario de las cartas se había propuesto destruirlas y el deber de Lily era cumplir esta intención. No tenía derecho a conservarlas: hacerlo equivaldría a disminuir el mérito de haberlas recuperado. ¿Cómo destruirlas con total efectividad, para que no volviera a existir el riesgo de que cayeran en manos indeseables? En la chimenea del gélido salón de la señora Peniston brillaba implacablemente el guardafuegos; como las lámparas, las chimeneas sólo se encendían cuando venían invitados.

La señorita Bart se disponía ya a llevarse las cartas al piso superior cuando oyó abrirse la puerta y vio entrar a su tía en el salón. La señora Peniston era una mujer baja y regordeta, de tez incolora surcada por arrugas triviales. Llevaba el cabello gris peinado con precisión y su vestido parecía nuevo en exceso y al mismo tiempo ligeramente pasado de moda. Siempre vestía de negro, iba demasiado ceñida y lucía joyas muy caras; era el tipo de mujer que lleva lentejuelas a la hora del desayuno. Lily no la había visto nunca sin la coraza negra y reluciente, sin las botas pequeñas y apretadas y sin un aire de tener listo el equipaje y estar dispuesta a partir; sólo que nunca partía.

Realizó un minucioso escrutinio del salón.

—He visto una rendija de luz en una persiana cuando me acercaba; es el colmo, no puedo enseñar a esa mujer que las baje como es debido.

Después de corregir esta irregularidad, se sentó en una de las brillantes butacas de color violeta; siempre se sentaba en el borde, nunca se recostaba. Entonces echó una ojeada a la señorita Bart.

—Querida, pareces exhausta; supongo que es la excitación de la boda. Cornelia van Alstyne no ha hablado de otra cosa; Molly también estaba y Gerty Farish ha entrado un minuto para comentarla. Encuentro raro que sirvieran melón antes del consomé; un almuerzo nupcial siempre ha de comenzar con un consomé. A Molly no le han gustado los vestidos de las damas de honor. Según le ha contado Julia Melson, son de Céleste y han costado trescientos dólares cada uno, pero dice que no lo parece. Me alegro de que decidieras no ser dama de honor; ese tono de rosa asalmonado no te favorece.

A la señora Peniston le encantaba comentar los pormenores más nimios de las fiestas a las que no había asistido. Nada la habría inducido a soportar el esfuerzo y la fatiga de ir a la boda de la pequeña Van Osburgh, pero su interés por el acontecimiento era tan grande que, después de haber oído dos versiones, se disponía ahora a sonsacar una tercera a su sobrina. Por desgracia, Lily había hecho gala de una deplorable distracción a la hora de observar los detalles de la ceremonia. No recordaba el color del vestido de la señora Van Osburgh y ni siquiera podía decir si el banquete nupcial se había servido en la antigua vajilla de Sévres de la familia; en suma, que la señora Peniston llegó a la conclusión de que más le servía como oyente que como narradora.

—Realmente, Lily, no comprendo por qué te has molestado en asistir a la boda si no recuerdas lo ocurrido ni a quién has visto. Cuando yo era joven solía guardar el menú de todas las cenas a las que iba y escribía los nombres de los invitados en el dorso; y no tiré los regalos de los cotillones hasta la muerte de tu tío, cuando me pareció una falta de respeto conservar en la casa tantos adornos multicolores. Recuerdo que llené un armario con ellos y tampoco he olvidado en qué bailes me los regalaron. Molly van Alstyne me hace pensar en cómo era yo a su edad; sus dotes de observación son una maravilla. Ha descrito a su madre el corte exacto del traje de la novia y, por el pliegue de la espalda, todas hemos adivinado que debía de ser de Paquin.

La señora Peniston se levantó de repente, se dirigió hacia el reloj de bronce dorado, coronado por una Minerva con yelmo, que presidía la repisa de la chimenea entre dos jarrones de malaquita, y pasó su pañuelo de encaje entre el yelmo y la visera.

—¡Lo sabía! ¡La camarera nunca quita el polvo de aquí! —exclamó, enseñando triunfalmente una diminuta mancha en el pañuelo; luego volvió a sentarse y prosiguió—: Molly cree que la señora Dorset era la invitada mejor vestida de la boda. No me cabe duda de que su traje costó más que el de

cualquier otra, pero no acaba de gustarme la idea... una combinación de marta cibelina y point de Milan. Al parecer la viste un nuevo modisto de París que no admite ningún encargo hasta que su clienta ha pasado un día con él en su casa de Neuilly. Dice que ha de estudiar la vida doméstica de su modelo... ¡una condición muy peculiar, diría yo! Pero la propia señora Dorset se lo contó a Molly: dijo que la casa rebosaba de cosas exquisitas y que lamentó de veras tener que irse. ¡Molly opina que nunca la ha visto tan guapa! Estaba muy alegre, proclamando que había hecho de Cupido entre Evie van Osburgh y Percy Gryce. Y es cierto que parece ejercer una gran influencia sobre los muchachos solteros. Tengo entendido que ahora se interesa por el hijo de los Silverton, ese mentecato que se ha encaprichado de Carry Fisher y anda loco por el juego. Bueno, como decía, Evie se ha prometido; la señora Dorset la invitó junto con Percy Gryce y lo arregló todo y Grace van Osburgh está en el séptimo cielo... Ya desesperaba de poder casar a Evie. —La señora Peniston hizo otra pausa, pero esta vez su escrutinio no se concentró en los muebles, sino en su sobrina—. Cornelia van Alstyne se sorprendió mucho; había oído decir que eras tú quien se casaba con Percy Gryce. Vio a los Wetherall justo después de su estancia en Bellomont contigo y Alice Wetherall estaba segura de que habría boda. Dijo que, cuando el señor Gryce se marchó inesperadamente una mañana, todos pensaban que corría a la ciudad a comprar el anillo.

Lily se levantó y fue hacia la puerta.

—Estoy realmente exhausta; me voy a la cama —dijo, y la señora Peniston, súbitamente distraída por el descubrimiento de que el caballete que sostenía el último retrato al carbón del difunto señor Peniston no estaba en línea paralela con el sofá de enfrente, ofreció al beso de su sobrina un rostro ensimismado.

Ya en su habitación, Lily subió la llama del gas y miró hacia la chimenea. Relucía tanto como la del salón, pero al menos aquí podía quemar unos papeles sin riesgo de irritar a su tía. Sin embargo, no hizo ademán de llevar a cabo su propósito, sino que se desplomó en una silla y miró a su alrededor con expresión cansada. Su habitación era grande, estaba amueblada con comodidad y suscitaba la envidia y la admiración de Grace Stepney, que vivía en una casa de huéspedes; pero, en comparación con los suaves tonos y los muebles lujosos de las habitaciones para invitados donde Lily pasaba tantas semanas de su existencia, era deprimente como una cárcel. El armario y la cama de nogal negro, ambos monumentales, habían emigrado del dormitorio del señor Peniston y en la pared, empapelada de color fucsia, con el dibujo de bandadas de aves tan en boga a principios de la década de 1860, pendían grandes grabados de acero de carácter anecdótico. Lily había intentado adornar este fondo tan poco atractivo con algunos detalles frívolos, como un

tocador vestido de encaje y un pequeño escritorio pintado y decorado con fotografías; pero mientras contemplaba la habitación se dio cuenta de la futilidad de su tentativa. ¡Qué contraste con la sutil elegancia del ambiente que se había adjudicado en su imaginación: un apartamento que superara el complicado lujo de las moradas de sus amigos en la medida en que ella les superaba en sensibilidad artística! ¡Un apartamento en el que cada tono y cada línea conspirasen para realzar su belleza y dar distinción a sus ocios! Una vez más, su depresión mental intensificó la obsesionante sensación de fealdad física, de modo que cada mueble desproporcionado pareció ofrecerle su ángulo más agresivo.

Las palabras de su tía no le habían dicho nada nuevo pero habían resucitado la imagen de Bertha Dorset, sonriente, halagada, victoriosa, poniendo a Lily en ridículo con insinuaciones inteligibles para todos los miembros de su reducido grupo. La idea del ridículo la ofendió más que cualquier otra sensación: conocía cada giro de la jerga de alusiones capaces de despellejar a sus víctimas sin derramamiento de sangre. Las mejillas le ardieron al evocarla y se levantó y recogió las cartas. Ya no deseaba destruirlas; tal propósito había sido anulado por el eficaz corrosivo de las palabras de la señora Peniston.

Se acercó al escritorio y, después de encender una vela, ató y selló el paquete; entonces abrió el armario, sacó un cofre y lo depositó en él. Al hacerlo, se le ocurrió pensar con ironía que debía agradecer a Gus Trenor el dinero que le había permitido comprarlas.

Capítulo X

El otoño avanzaba con lentitud y monotonía. La señorita Bart recibió una o dos notas de Judy Trenor, reprochándole que no volviera a Bellomont, pero Lily contestó con evasivas, alegando que se veía obligada a permanecer al lado de su tía. En realidad, ya empezaba a cansarla su solitaria existencia con la señora Peniston y sólo la excitación de gastar el dinero recién adquirido mitigaba el tedio de los días.

Durante toda su vida Lily había visto salir el dinero tan pronto como entraba, y a pesar de sus teorías sobre ahorrar prudentemente una parte de sus ganancias, carecía, por desgracia, de una visión económica de los riesgos del despilfarro. Era una satisfacción intensa saber que, al menos por unos meses, podría ser independiente de la generosidad de sus amigos y hacer acto de presencia en sociedad sin temer que unos ojos penetrantes detectaran en su vestido las trazas del esplendor remendado de Judy Trenor. El hecho de que el

dinero la liberara momentáneamente de todas las deudas menores la cegaba a la realidad de la deuda mayor que aquél representaba y, como nunca había sabido en qué consistía poseer tan considerable suma, saboreaba con deleite la diversión de gastarla.

Fue en una de estas ocasiones cuando, al salir de una tienda donde había pasado una hora en la contemplación de un neceser de la más complicada elegancia, tropezó con la señorita Farish, que entró en el mismo establecimiento con el modesto objeto de que le repararan el reloj. Lily se sentía insólitamente virtuosa. Había decidido aplazar la compra del neceser hasta después de recibir la factura de su nueva capa para la ópera, y esta resolución la hizo sentir mucho más rica que antes de entrar en la tienda. En tan satisfactorio estado de ánimo, veía a los demás con benevolencia y le conmovió observar el aire abatido de su amiga.

Al parecer, la señorita Farish acababa de abandonar una reunión del comité de una sociedad benéfica en la que estaba interesada. El objeto de la asociación era adquirir una vivienda cómoda, con sala de lectura y otras pequeñas distracciones, para las jóvenes empleadas de oficina, donde pudieran encontrar un hogar cuando estuvieran sin trabajo o necesitaran un descanso; el informe financiero del primer año había revelado una situación tan ruinosa que la señorita Farish, que estaba convencida de la urgencia de la obra, se sentía muy afligida ante el escaso interés suscitado. Los sentimientos altruistas no habían sido cultivados en Lily, a quien solía aburrir la relación de los esfuerzos filantrópicos de sus amistades, pero hoy su fantasía, aficionada a dramatizar, reparó en el contraste entre su propia situación y la representada por algunos de los «casos» de Gerty. Se trataba de muchachas jóvenes como ella, algunas tal vez guapas, otras dotadas quizá de una sensibilidad delicada. Se imaginó llevando una vida como la suya —una vida cuyos triunfos parecían tan sórdidos como los fracasos— y la visión la hizo temblar y sentirse solidaria. Aún tenía en el bolsillo el dinero para pagar el neceser; sacó el pequeño monedero de oro y deslizó en la mano de la señorita Farish una liberal fracción del fajo de billetes.

La satisfacción derivada de este acto fue la que habría deseado el más ardiente moralista. Lily sintió un nuevo interés por sí misma como persona de instintos caritativos; jamás se le había ocurrido hacer el bien con la riqueza con cuya posesión soñaba tan a menudo, pero ahora su horizonte se ensanchó ante la visión de una pródiga filantropía. Además, por un oscuro proceso lógico, le pareció que ese momentáneo arrebató de generosidad justificaba todas sus anteriores extravagancias y disculpaba todas aquellas en las que pudiera incurrir en el futuro. La sorpresa y gratitud de la señorita Farish confirmaron esta impresión y Lily se despidió con un sentimiento de dignidad que aquélla confundió naturalmente con los frutos del altruismo.

Pocos días después tuvo otro motivo de alegría al ser invitada a pasar la semana de Acción de Gracias en un campamento en las montañas de Adirondack. Un año antes, esta invitación habría obtenido una respuesta menos entusiasta porque la idea de la excursión, aunque organizada por la señora Fisher, procedía al parecer de una dama de origen confuso e intrépidas ambiciones sociales a quien Lily había evitado conocer hasta entonces. Ahora, sin embargo, estaba dispuesta a convenir con la señora Fisher en que poco importaba quién diera la fiesta siempre que las cosas estuvieran bien hechas, y hacer las cosas bien (bajo una dirección competente) era el punto fuerte de la señora de Wellington Bry. Esta señora (cuyo cónyuge era conocido como «Welly» Bry en los círculos de la Bolsa y en el Sporting Club) ya había sacrificado a un marido y diversas consideraciones menores en su determinación de avanzar en la escala social y, después de ganar cierta influencia sobre Carry Fisher, fue lo bastante astuta para percibir la conveniencia de ponerse enteramente bajo la égida de dicha señora. Todo se hacía bien, porque la prodigalidad de la señora Fisher no conocía límites cuando no gastaba su propio dinero y, como observó a su discípula, una buena cocinera era la mejor introducción en sociedad. Si los invitados no eran tan selectos como la cuisine, Welly Bry y esposa tendrían al menos la satisfacción de figurar por primera vez en las columnas de sociedad en compañía de uno o dos nombres bien conocidos, y entre éstos se encontraba, por supuesto, el de la señorita Bart. La joven recibía de sus anfitriones un trato muy deferente y Lily atravesaba una temporada en que necesitaba tales atenciones, cualquiera que fuese su procedencia. La admiración de la señora Bry era un espejo en que su amor propio volvía a recobrar el perfil. Ningún insecto cuelga su nido de hilos tan frágiles como los que sostienen el peso de la vanidad humana; y la sensación de ser importante entre los insignificantes era suficiente para devolver a la señorita Bart la aduladora conciencia del poder. Si estas personas la halagaban, era porque todavía ocupaba un puesto preferente en el mundo al que aspiraban pertenecer, y sentía incluso cierto placer en deslumbrarlas con su delicadeza y en fomentar en ellas una perpleja admiración de su superioridad.

Sin embargo, este placer se debía también, y quizá más de lo que ella imaginaba, al estímulo físico de la excursión, al reto del intenso frío y del insólito ejercicio, a la reacción entusiasta de su cuerpo a la influencia de los bosques invernales. Regresó a la ciudad rejuvenecida, con las mejillas arreboladas y una nueva elasticidad en los músculos. El futuro parecía lleno de vagas promesas y todas sus aprensiones desaparecieron, arrastradas por la tumultuosa corriente de su estado de ánimo.

A los pocos días de su regreso tuvo la desagradable sorpresa de recibir la visita del señor Rosedale. Se presentó tarde, a la hora confidencial en que la mesa del té sigue todavía delante de la chimenea en espera de alguna amistad

íntima; y sus modales revelaron el propósito de adaptarse a la intimidad de la ocasión.

Lily, que le relacionaba vagamente con sus afortunadas especulaciones, intentó dispensarle la acogida que él esperaba, pero había algo en la cordialidad de Rosedale que frenó la suya y le dio la impresión de marcar cada paso de su relación con un error nuevo.

El señor Rosedale —después de arrellanarse sin cumplidos en un sillón contiguo y sorber el té críticamente con el comentario: «Tendría usted que comprarlo en la misma tienda que yo para saber lo que es bueno»— parecía totalmente ajeno a la repugnancia que tenía a Lily erguida y glacial detrás de la tetera. Tal vez era precisamente esta actitud lo que interesaba a su pasión de coleccionista por lo raro e inalcanzable. Sea como fuere, no parecía molestarle y se mostraba dispuesto a compensar con su propia afabilidad la que ella le negaba.

El objeto de la visita era invitarla a su palco de la ópera la noche del inicio de la temporada y, al verla titubear, añadió con acento persuasivo:

—Vendrá la señora Fisher y me he asegurado de la asistencia de un gran admirador suyo, que no me perdonará nunca si usted no acepta. —Como el silencio de Lily dejó sin efecto la alusión, Rosedale añadió con una sonrisa confidencial—: Gus Trenor me ha prometido venir ex profeso a la ciudad. Creo que iría mucho más lejos por el placer de verla.

La señorita Bart disimuló su fastidio; ya era bastante desagradable oír su nombre unido al de Trenor, pero la alusión resultaba particularmente ingrata en labios de Rosedale.

—Los Trenor son mis mejores amigos... Los tres iríamos muy lejos para vernos —replicó, absorbiéndose en la preparación de más té.

La sonrisa de su visitante se volvía más íntima por momentos.

—Bueno, yo no pensaba en la señora Trenor... y dicen que Gus tampoco piensa en ella siempre. —Entonces, vagamente consciente de que había tocado una nota falsa, añadió, en un bienintencionado intento de desviar la conversación—: A propósito, ¿sigue teniendo suerte en Wall Street? He oído decir que Gus apartó una bonita suma para usted el mes pasado.

Lily posó la lata de té con un gesto brusco. Notó que le temblaban las manos y las enlazó sobre la rodilla para inmovilizarlas; pero sus labios también temblaban y por un momento temió que el temblor pudiera comunicarse a la voz. Sin embargo, cuando habló fue en un tono de completo desenfado.

—Ah, sí... Tenía un poco de dinero para invertir y el señor Trenor, que me

asesora en estas cuestiones, me aconsejó que lo invirtiera en valores en lugar de en una hipoteca, como me indicaba el agente de mi tía; y resultó un acierto, ¿o cómo lo llaman los entendidos? Porque creo que usted juega mucho a la Bolsa.

Ahora le devolvió su sonrisa, relajando la tensión de su postura y admitiéndole un paso más en su intimidad por medio de imperceptibles gradaciones de mirada y gesto. El instinto de supervivencia siempre le daba fuerzas para disimular con éxito y no era la primera vez que recurría a su belleza para distraer la atención de un tema inconveniente.

Cuando el señor Rosedale se despidió, no sólo se llevó consigo la aceptación a su invitación sino la impresión general de haberse comportado de un modo beneficioso para el progreso de su causa. Siempre había creído que sabía tratar a las mujeres, y la rapidez con que la señorita Bart había «abandonado sus posiciones», como él decía, renovaba la confianza en sus propias facultades para tratar al sexo veleidoso. Consideró al instante el esfuerzo de Lily para disfrazar la transacción con Trenor como un tributo a su propia astucia y una confirmación de sus sospechas. Su nerviosismo había sido manifiesto y, si no veía otro medio de afianzar su amistad con ella, el señor Rosedale no desdeñaría aprovecharse de él.

Lily se hallaba en un paroxismo de temor y repugnancia. Le parecía increíble que Gus Trenor le hubiese hablado de ella a Rosedale. Pese a todos sus defectos, Trenor tenía la salvaguarda de sus tradiciones, y el hecho de que fueran puramente instintivas las hacía aún más inviolables. Sin embargo, recordó con angustia que, según le habría confiado Judy, había momentos de expansión en que Gus «disparataba» y debió de ser en uno de ellos, sin duda, cuando se le había escapado la palabra fatídica. Después del primer sobresalto, las conclusiones a las que pudiera haber llegado Rosedale dejaron de preocuparle. Aunque solía ser perspicaz con sus propios intereses, cometía el error, por otra parte común entre las personas en las cuales los hábitos sociales son instintivos, de suponer que la incapacidad de adquirirlos con rapidez era indicio de torpeza general. Al ver un moscardón golpearse ciegamente contra una ventana, el naturalista de salón puede olvidar que en condiciones menos artificiales el insecto es capaz de medir las distancias y de sacar conclusiones con toda la exactitud necesaria para su supervivencia; y el hecho de que los modales de salón del señor Rosedale carecieran de perspectiva indujo a Lily a clasificarle junto a Trenor y otros hombres obtusos que conocía, y a dar por sentado que unos halagos y la ocasional aceptación de su hospitalidad bastarían para volverle inofensivo. No cabía duda, sin embargo, de que mostrarse en su palco de la ópera la noche de la inauguración de la temporada era muy conveniente; y, después de todo, si Judy Trenor había prometido invitarle aquel invierno, no sería mala idea adelantarse a ella.

Durante uno o dos días después de la visita de Rosedale, Lily no dejó de dar vueltas a la indiscreción de Trenor, deseando tener una noción más clara de la exacta naturaleza de la transacción que parecía haberla puesto en sus manos; pero siempre evitaba cualquier esfuerzo insólito y no entendía nada de cifras. Además, no había visto a Trenor desde la boda de Gwen Van Osburgh, y en su prolongada ausencia la huella de las palabras de Rosedale no tardó en ser borrada por otras impresiones.

Cuando llegó la noche de la ópera, sus aprensiones se habían desvanecido tan completamente que la vista del semblante rubicundo de Trenor en el fondo del palco del señor Rosedale le comunicó una grata sensación de tranquilidad. Lily no se había reconciliado del todo con la necesidad de aparecer como invitada de Rosedale en una ocasión tan señalada, y fue un alivio contar con el respaldo de alguien perteneciente a su propio círculo... porque los hábitos sociales de la señora Fisher eran demasiado promiscuos para que su presencia justificara la de la señorita Bart.

Para Lily, siempre animada ante la perspectiva de exhibir su belleza en público y consciente esta noche del realce que le prestaban sus mejores galas, la insistencia de la mirada de Trenor se confundió con la corriente general de miradas de admiración que convergían en ella. ¡Ah, era maravilloso ser joven, radiante y esbelta, tener fuerza y elasticidad, líneas proporcionadas y sonrosados colores, y sentirse encumbrada a una cima solitaria por aquella gracia intransferible que es la contrapartida física del genio!

Todos los medios parecían justificados para alcanzar semejante fin o, mejor dicho, mediante un acertado cambio de luces con el cual la práctica había familiarizado a la señorita Bart, la causa se reducía a un puntito en el resplandor general del efecto. Sin embargo las jóvenes brillantes, un poco deslumbradas por la propia refulgencia, suelen olvidar que el modesto satélite sumergido en su luz sigue en constante rotación y generando su propio calor. Mientras Lily disfrutaba del poético momento, ajena a la sórdida idea de que su vestido y su capa habían sido indirectamente pagados por Gus Trenor, éste no tenía en su composición la poesía suficiente para perder de vista tan prosaicos hechos. Sólo sabía que en toda su vida no había visto a Lily más elegante, que no se veía en todo el teatro a una mujer que luciera mejor los vestidos caros y que hasta ahora él, a quien ella debía esta oportunidad de exhibirse, no había obtenido otra recompensa que la de contemplarla en compañía de varios centenares de otros pares de ojos.

Para Lily fue, por consiguiente, una sorpresa desagradable encontrarse con él a solas en el fondo del palco durante un entreacto y oírle decir sin preámbulo y en un tono de dolida autoridad:

—Oiga, Lily, ¿qué ha de hacer un pobre diablo para poder verla? Vivo en

la ciudad tres o cuatro días por semana y usted sabe que dos líneas siempre me encontrarán en el club, y sin embargo parece que no recuerda mi existencia hasta que me necesita para hacer un negocio.

El manifiesto mal gusto de la observación no facilitó a Lily la tarea de responder porque tenía muy presente que no era el mejor momento para erguir su silueta esbelta y arquear las cejas con gesto sorprendido, medios que solía emplear para poner coto a cualquier incipiente signo de familiaridad.

—Me halaga mucho que desee verme —respondió, fingiendo preocupación—, pero, a menos que haya perdido mis señas, le habría sido fácil encontrarme cualquier tarde en casa de mi tía... De hecho, esperaba que me hiciera una visita.

El intento de apaciguarle con esta última concesión fue un fracaso, porque él replicó, con su acostumbrado ceño fruncido, que tanto le afeaba cuando se enfurecía:

—¡Al diablo las visitas de familia! No tengo intención de desperdiciar la tarde escuchando a otros tipos hablar con usted. Sabe que no me gustan las reuniones sociales... Prefiero escabullirme cuando se organiza esa clase de circo. ¿Por qué no podemos ir juntos a cualquier parte... una pequeña y simpática excursión como aquel paseo en Bellomont el día en que fue a recibirme?

Se acercó desagradablemente al hacer esta sugerencia y ella creyó percibir un aroma significativo que explicaba el color rojo de sus mejillas y la humedad de su frente.

La idea de que una réplica impulsiva podía producir una explosión de cólera la obligó a reprimir su asco y contestó, riendo:

—No sé cómo se puede pasear por el campo viviendo en la ciudad, pero no siempre estoy rodeada de una corte de admiradores y, si me hace saber qué tarde vendrá, dispondré las cosas para que podamos tener una tranquila charla.

—¡Al diablo las charlas! Siempre me dice lo mismo —se soliviantó Trenor, cuyos expletivos carecían de variedad—. Se libró de mí con las mismas palabras en la boda de Gwen Van Osburgh... pero en cristiano significan que, como ya ha conseguido lo que quería de mí, ahora prefiere a cualquier otro.

Su voz subió de tono en la última frase y Lily se sonrojó, fastidiada, pero siguió dominando la situación y posó en el brazo de él una mano conciliadora.

—No sea absurdo, Gus; no puedo permitir que me hable de una forma tan ridícula. Si realmente quiere verme, ¿por qué no damos un paseo por el parque una tarde cualquiera? Convengo con usted en que es divertido ser rústico en la

ciudad y, si lo desea, nos veremos allí, daremos de comer a las ardillas y navegaremos por el lago en la góndola de vapor.

Habló sonriendo y mirándole a los ojos de un modo que suavizaba el tono burlón y que logró, de repente, doblegarle a su voluntad.

—Muy bien, de acuerdo: trato hecho. ¿Qué le parece mañana a las tres, al final del Mall? Seré puntual, recuérdelo. Y no me deje plantado, ¿eh, Lily?

Para alivio de la señorita Bart, la repetición de la promesa no fue necesaria porque la puerta se abrió y George Dorset entró en el palco. Trenor cedió su puesto de muy mal humor y Lily dedicó una radiante sonrisa al recién llegado. No había hablado con Dorset desde su estancia en Bellomont, pero algo en la mirada y actitud de él le dijo que recordaba el amistoso estado de sus relaciones. No era hombre a quien resultara fácil expresar admiración: el rostro largo y amarillento y los ojos desconfiados parecían estar siempre a la defensiva contra todas las emociones. Pero la intuición de Lily tenía unas antenas finísimas para todo cuanto abarcaba su propio influjo y, mientras hacía sitio a Dorset en el pequeño sofá, se convenció de que estar cerca de ella le procuraba un placer sin nombre. Pocas mujeres se tomaban la molestia de ser amables con Dorset y Lily lo había sido en Bellomont, y ahora le sonreía con renovada y deliciosa bondad.

—Bueno, aquí estamos otra vez, dispuestos a otros seis meses de maullidos —empezó él, en tono quejumbroso—. Sin la menor diferencia de un año para otro, salvo que las mujeres lucen vestidos nuevos y los cantantes tienen voces nuevas. Mi mujer es aficionada a la música, ¿sabe? Por eso me hace seguir este curso todos los inviernos. Las noches italianas pueden pasar, porque entonces no le importa llegar tarde y hay tiempo de digerir. Pero, cuando dan algo de Wagner, tenemos que cenar a toda prisa y yo sufro las consecuencias. Y las corrientes de aire son diabólicas: asfixia por delante y pleuresía por detrás. ¡Ahí va Trenor, saliendo del palco y olvidando correr la cortina! Claro que, con su cara dura, las corrientes de aire no le afectan. ¿Ha visto alguna vez comer a Trenor? Si le viera, se extrañaría de que siga viviendo; supongo que por dentro también es de cemento armado. Pero he venido para decirle que mi mujer quiere que vaya a nuestra casa de campo el domingo próximo. No diga que no, se lo suplico. Ha invitado a un montón de pelmazos... intelectuales, quiero decir; es su nueva especialidad, ¿sabe?, y no estoy seguro de que no sea peor que la música. Algunos llevan el pelo largo y ya empiezan a discutir con la sopa, por lo que ni se enteran cuando les acercan la bandeja. La consecuencia es que la cena se enfría y yo tengo dispepsia. Ese idiota de Silverton nos los trae a casa; escribe poesías, ¿sabe?, y Bertha y él son cada vez más íntimos. Si quisiera, ella escribiría mejor que todos y no la culpo por querer rodearse de tipos inteligentes; lo único que pido es: «¡No me obligues a verles comer!».

La esencia de esta extraña comunicación suscitó en Lily un placer intenso. En circunstancias normales no habría habido nada sorprendente en una invitación de Bertha Dorset, pero desde el episodio de Bellomont una hostilidad tácita separaba a las dos mujeres. Ahora, Lily sintió con gran asombro que su sed de venganza se había extinguido. Si quieres perdonar a tu enemigo, dice un proverbio malayo, inflígele antes algún daño; y Lily estaba experimentando la veracidad de esta máxima. Si hubiera destruido las cartas de la señora Dorset, tal vez habría continuado odiándola, pero el hecho de haberlas conservado había saciado su resentimiento.

Sonrió, aceptando la invitación y viendo en la reanudación de la amistad una escapatoria de las importunidades de Trenor.

Capítulo XI

Así terminaron las vacaciones y dio comienzo la temporada. La Quinta Avenida se convirtió en un torrente nocturno de carruajes que subían a los barrios elegantes de los alrededores del Parque, donde ventanas iluminadas y marquesinas simbolizaban la rutina usual de la hospitalidad. Otras corrientes tributarias cruzaban el tráfico principal, llevando su carga a teatros, restaurantes y ópera; y la señora Peniston, desde la tranquila atalaya de su ventana superior, podía anunciar con notable precisión el momento justo en que el crónico volumen de sonido se incrementaba con la irrupción repentina de coches que se dirigían al baile de los Van Osburgh, o cuando la multiplicación de ruedas significaba simplemente que la ópera había terminado o que se celebraba una concurrida cena en Sherry's.

La señora Peniston seguía el inicio y la culminación de la temporada con tanto interés como el más activo asiduo de sus diversiones, y en su calidad de observadora gozaba de oportunidades de comparación y generalización vedadas proverbialmente a quienes participaban en ellas. Nadie habría podido hacer un informe más exacto de las fluctuaciones sociales o señalado de modo más infalible las características propias de cada temporada: su aburrimiento, su extravagancia, su falta de bailes o su exceso de divorcios. Tenía una memoria especial para las vicisitudes de la «gente nueva», que emergía con cada nueva pleamar y o bien volvía a sumergirse bajo las aguas o se afianzaba triunfalmente en tierra, fuera del alcance de envidiosos escollos; y solía hacer gala de una notable intuición para su destino final, hasta el punto de que, una vez cumplido este destino, podía decirle casi siempre a Grace Stepney — recipiente de sus profecías— que todo se había desarrollado de acuerdo con sus predicciones.

La temporada en cuestión habría sido caracterizada por la señora Peniston como un período en el cual todo el mundo «se sentía pobre», excepto Welly Bry y el señor Simon Rosedale. Había sido un mal otoño en Wall Street, donde los precios caían de acuerdo con esa ley peculiar según la cual las acciones del ferrocarril y las balas de algodón son más sensibles a la distribución del poder ejecutivo que muchos respetables ciudadanos educados para todas las ventajas del autogobierno. Incluso fortunas en apariencia independientes del mercado revelaron una secreta dependencia de él o sufrieron un contagio por afinidad: la sociedad, enfurruñada, no salía de sus mansiones campestres o iba a la ciudad de incógnito, las diversiones públicas eran desdeñadas y la informalidad y las cenas frías se pusieron de moda.

Sin embargo, después de divertirse brevemente en su papel de Cenicienta, la sociedad se cansó de sentarse junto al fuego y acogió al Hada Madrina en la forma de cualquier mago lo bastante poderoso para convertir la calabaza vacía en una carroza dorada. El mero hecho de enriquecerse cuando las inversiones ajenas pierden valor es suficiente para llamar la atención de los envidiosos y, según rumores procedentes de Wall Street, Welly y Rosedale habían encontrado el secreto de realizar este milagro.

Se decía de Rosedale en particular que había doblado su fortuna y adquirido la mansión recién terminada de una de las víctimas del derrumbe, quien, en el espacio de doce cortos meses, había construido una casa en la Quinta Avenida, llenado una galería con telas de antiguos maestros, invitado a ella a todo Nueva York y salido del país oculto entre una enfermera diplomada y un médico mientras sus acreedores montaban guardia frente a la valiosa colección y sus invitados se explicaban unos a otros que sólo habían cenado con él porque querían ver los cuadros. El señor Rosedale tenía intención de hacer una carrera menos meteórica. Conocía la conveniencia de ir despacio, y los instintos de su raza le ayudaban a la hora de sufrir desaires y soportar demoras. Pero fue rápido en advertir que el desánimo general de la temporada le brindaba una oportunidad insólita de brillar, y con paciencia y perseverancia se dispuso a edificar una plataforma para su triunfo. En esta fase la señora Fisher le prestó un inmenso servicio; había ayudado a tantos recién llegados a aparecer en el escenario social, que era como una de esas partes del decorado que revelan a los espectadores veteranos el argumento de la pieza que se va a representar. Sin embargo, el señor Rosedale necesitó, a la larga, un ambiente más individual. Era capaz de captar matices con una sensibilidad que la señorita Bart nunca le habría atribuido porque no iba acompañada de ninguna variación en sus modales y conducta; y cada vez veía con más claridad que era precisamente la señorita Bart quien poseía las cualidades complementarias indispensables para redondear su personalidad social.

Semejantes detalles quedaban al margen de la visión de la señora Peniston.

Al igual que muchas mentalidades de alcance panorámico, la suya tendía a olvidar las minucias que estaban en primer término, y era mucho más probable que supiera dónde había encontrado Carry Fisher el chef para los Welly Bry que lo que le ocurría a su propia sobrina. No carecía, sin embargo, de fuentes de información dispuestas a suplir sus deficiencias. La mente de Grace Stepney era una especie de tira engomada que atraía fatalmente los chismes y los retenía con el poder de una memoria inexorable. A Lily le habría sorprendido saber cuántos hechos triviales relacionados con ella se alojaban en la cabeza de la señorita Stepney. Era consciente de resultar interesante para la gente del montón, pero suponía que esa gente era uniforme y que su admiración por la belleza constituía la expresión natural de su inferioridad. Sabía que Gerty Farish la admiraba ciegamente y daba por sentado que inspiraba los mismos sentimientos en Grace Stepney, a quien tenía por una Gerty Farish sin los rasgos redentores del entusiasmo y la juventud.

En realidad, diferían una de otra tanto como del objeto de su común contemplación. El corazón de la señorita Farish era un manantial de tiernas ilusiones, y el de la señorita Stepney un minucioso registro de hechos en cuanto manifestaciones relacionadas consigo misma. Poseía una sensibilidad que se le habría antojado cómica a Lily en una persona de nariz pecosa y párpados enrojecidos que vivía en una pensión y admiraba el salón de la señora Peniston; pero las limitaciones de la pobre Grace conferían a esa sensibilidad una vida interior más concentrada, del mismo modo que un terreno baldío produce en ciertas plantas una florecencia más exuberante. No tenía ciertamente una propensión abstracta a la mala voluntad: Lily no le gustaba, pero no porque fuera inteligente y atractiva, sino porque creía que ella no le gustaba a Lily. Es menos humillante considerarse poco popular que insignificante, y la vanidad prefiere creer que la indiferencia es una forma latente de antipatía. Incluso las exiguas muestras de cortesía que Lily concedía al señor Rosedale le habrían granjeado la amistad eterna de la señorita Stepney, pero ¿cómo podía prever Lily que semejante amistad era digna de ser cultivada? ¿Cómo, además, puede medir una joven que nunca ha sido desairada el dolor infligido por este desdén? Y, por último, ¿cómo podía adivinar ella, acostumbrada a elegir entre un sinfín de compromisos, que había ofendido mortalmente a la señorita Stepney al ser la causa de su exclusión de una de las raras cenas de la señora Peniston?

A esta última le desagradaba dar cenas, pero tenía un hondo sentido del deber familiar y, cuando Jack Stepney y su esposa regresaron del viaje de novios, se sintió obligada a encender las lámparas del salón y sacar su mejor plata de la caja fuerte del banco. Las poco frecuentes recepciones de la señora Peniston eran precedidas por jornadas enteras de desgarradora vacilación ante cada pormenor de la fiesta, desde la colocación de los invitados en la mesa hasta el dibujo del mantel, y en el curso de una de estas discusiones

preliminares sugirió con imprudencia a su prima Grace que, puesto que la cena era una ocasión familiar, tal vez ella figuraría entre los invitados. La perspectiva iluminó durante una semana la incolora existencia de la señorita Stepney y de pronto un día se le dio a entender que sería más conveniente invitarla en otra oportunidad. La señorita Stepney sabía con exactitud qué había ocurrido. Lily, para quien las reuniones familiares eran ocasiones de un aburrimiento sin paliativos, había convencido a su tía de que la joven pareja preferiría una cena de personas «elegantes», y la señora Peniston, que se fiaba a ciegas de su sobrina en todas las cuestiones sociales, se había visto obligada a decretar el destierro de Grace. Después de todo, Grace podía ir cualquier día; ¿por qué había de importarle aplazar la fecha?

Precisamente porque la señorita Stepney podía ir cualquier día —y porque sabía que sus parientes conocían el secreto de sus veladas solitarias—, este incidente adquirió en su horizonte proporciones gigantescas. Estaba segura de que debía agradecerse a Lily, y el resentimiento sordo se convirtió en una animadversión activa.

La señora Peniston, a quien visitó uno o dos días después de la cena, dejó su labor de ganchillo y se volvió, abandonando bruscamente la contemplación de la Quinta Avenida.

—¿Gus Trenor? ¿Lily... y Gus Trenor? —inquirió, palideciendo tan de repente que su visitante casi se alarmó.

—¡Oh, prima Julia! Yo no... no he querido decir...

—No sé qué has querido decir —murmuró la señora Peniston con un temblor asustado en la voz delgada e irritable—. Cosas así no sucedían en mis tiempos. ¡Y mi propia sobrina! No estoy segura de haberte comprendido. ¿Dice la gente que está enamorado de ella?

El horror de la señora Peniston era genuino. Aunque alardeaba de una familiaridad sin par con las crónicas secretas de la sociedad, era inocente como una colegiala que considera la maldad parte de la «historia» y a la que nunca se le ocurre que los escándalos sobre los que lee en horas de clase pueden reproducirse en su calle. La señora Peniston tenía la imaginación tapada con una funda, como los muebles del salón. Sabía, por supuesto, que la sociedad había «cambiado mucho» y que muchas mujeres a quienes su madre habría tildado de «peculiares» estaban ahora en posición de ser exigentes con su lista de visitas; había discutido los peligros del divorcio con su párroco y agradecido a veces que Lily continuara soltera; pero la idea de que el nombre de una muchacha pudiera ser rozado por el escándalo y sobre todo asociado con ligereza al de un hombre casado era tan nueva para ella que se sentía horrorizada como si la hubieran acusado de dejar puestas las alfombras todo el verano o de violar cualquier otra ley del gobierno doméstico.

La señorita Stepney, una vez le hubo pasado el primer susto, empezó a sentir la superioridad que concede una mentalidad más abierta. ¡Era realmente lamentable ser tan ignorante del mundo como la señora Peniston! Sonrió al oír su pregunta.

—La gente siempre murmura cosas desagradables... y es cierto que se les ve mucho juntos. Un amigo mío les vio la otra tarde en el Parque... al atardecer, cuando ya habían encendido las farolas. Es una lástima que Lily se exhiba de esta manera.

—¿Se exhiba? —gimió la señora Peniston, que se inclinó hacia delante y bajó la voz para paliar el horror—. ¿Qué dicen? ¿Que él se divorciará para casarse con ella?

Grace Stepney se echó a reír.

—¡Dios mío, no! No haría nunca una cosa así. Es... es un flirteo... nada más.

—¿Un flirteo? ¿Entre mi sobrina y un hombre casado? ¿Pretendes decirme que Lily, con su belleza y demás atributos, no ha encontrado mejor pasatiempo que tontear con un hombre gordo y estúpido que podría ser su padre?

Este argumento sonó tan convincente, que dio a la señora Peniston la suficiente tranquilidad para recoger su labor mientras esperaba que Grace Stepney reuniera sus fuerzas dispersas.

Pero la señorita Stepney se rehízo en un instante.

—¡Esto es lo peor! ¡La gente dice que no es un pasatiempo! Todo el mundo sabe, igual que tú, que Lily es demasiado bella y... encantadora para dedicarse a un hombre como Gus Trenor a menos que...

—¿A menos que...? —repitió la señora Peniston.

Su prima respiró con nerviosismo. Era agradable escandalizar a la señora Peniston, pero no hacerlo hasta el punto de provocar su ira. La señorita Stepney no conocía lo bastante bien el drama clásico para recordar en aquel momento cómo se recibe proverbialmente a los portadores de malas noticias, pero ahora tuvo una rápida visión de cenas perdidas y un vestuario reducido como posible consecuencia de su desinterés. Hay que decir en honor de su sexo, sin embargo, que el odio a Lily prevaleció sobre consideraciones más personales. La señora Peniston había elegido un mal momento para enumerar los encantos de su sobrina.

—A menos que ser agradable con él le reporte ventajas materiales —explicó Grace, inclinándose hacia delante para prestar más énfasis a su moderado tono de voz.

Sintió que el momento era decisivo y recordó de pronto que el vestido de brocado negro de la señora Peniston, el del fleco de lentejuelas, habría sido suyo al finalizar la temporada.

La señora Peniston volvió a dejar la labor. Se le había ocurrido otro aspecto de la misma idea y pensó que era ofensivo para su dignidad permitir que jugara con sus nervios una parienta pobre que llevaba sus vestidos viejos.

—Si disfrutas fastidiándome con insinuaciones misteriosas —dijo con frialdad—, podrías al menos haber elegido un momento más oportuno que éste en que me estoy recuperando del esfuerzo de dar una gran cena.

La alusión a la cena disipó los últimos escrúpulos de la señorita Stepney.

—No sé por qué me acusas de disfrutar hablándote de Lily. Ya sabía yo que no me lo agradecerías —replicó en un arranque de genio—, pero aún me queda algo de afecto por la familia y, como tú eres la única persona que tiene alguna autoridad sobre Lily, he creído que debías saber lo que se dice de ella.

—Ahí está —replicó la señora Peniston—; me quejo precisamente de que aún no me has dicho lo que se dice.

—No pensé tener que repetirlo con las mismas palabras. La gente rumorea que Gus Trenor paga sus facturas.

—¿Que paga sus facturas? ¿Sus facturas? —La señora Peniston se echó a reír—. No puedo imaginarme de dónde has sacado semejante disparate. Lily tiene su propia renta... y yo la ayudo con esplendidez...

—Oh, todos sabemos eso —interrumpió secamente la señorita Stepney—, pero Lily lleva muchos trajes elegantes...

—Me gusta que vaya bien vestida... ¡no faltaría más!

—Claro, pero además están sus deudas de juego.

Al principio, la señorita Stepney no había pensado sacar este punto, pero la señora Peniston se lo merecía por su incredulidad. Era como los altivos herejes de las Escrituras, que han de ser aniquilados para convencerse.

—¿Deudas de juego? ¿Lily? —La voz de la señora Peniston temblaba de ira y perplejidad; temía incluso que Grace Stepney se hubiera vuelto loca—. ¿Qué es esto de deudas de juego?

—Sencillamente que en el círculo de Lily se juega al bridge por dinero y a veces se pierden grandes sumas... y supongo que Lily no gana siempre.

—¿Quién te ha dicho que mi sobrina juega a las cartas por dinero?

—¡Dios mío, prima Julia! ¡No me mires como si mi propósito fuera predisponerte contra Lily! Todo el mundo sabe que le apasiona el bridge. La

propia señora Gryce me dijo que fue esto lo que alarmó a Percy... quien por lo visto sintió un vivo interés por ella en un principio. Claro que entre los amigos de Lily es ya una costumbre que las jóvenes solteras jueguen por dinero. De hecho, la gente está dispuesta a disculparla en este sentido...

—¿Disculparla por qué?

—Por ir corta de dinero... y aceptar atenciones de hombres como Gus Trenor... y George Dorset...

La señora Peniston profirió otra exclamación.

—¿George Dorset? ¿Hay alguien más? Adelante, quiero saber lo peor.

—No lo enfoques de este modo, prima Julia, últimamente Lily ha pasado mucho tiempo con los Dorset y él parece admirarla... pero esto es muy natural y estoy segura de que no hay una palabra de verdad en lo que dicen algunos mal pensados: que este invierno ha gastado muchísimo dinero. Evie van Osburgh estaba en el taller de Céleste el otro día, encargándose el ajuar (sí, la boda se celebrará el mes próximo), y me dijo que Céleste le había enseñado una de sus prendas más exquisitas, que se disponía a enviar a Lily. Y la gente dice que Judy Trenor se ha peleado con ella a causa de Gus. Ahora lamento mucho haber hablado, aunque lo he hecho con buena intención.

La auténtica incredulidad de la señora Peniston le permitió despedir a la señorita Stepney con un desdén que no presagiaba nada bueno para las perspectivas de ésta de heredar el vestido de brocado negro; pero los espíritus sordos a la razón suelen tener alguna fisura por la que se filtran las sospechas, y las insinuaciones de Grace no se desvanecieron como esperaba la señora Peniston. Le disgustaban las escenas y su empeño en evitarlas la había llevado a mantenerse al margen de la vida de Lily y en especial de los detalles. En su juventud no se creía que las jóvenes necesitaran una vigilancia estrecha; en general se daba por sentado que se dedicaban a la legítima ocupación de prometerse y contraer matrimonio, y cualquier injerencia por parte de sus tutores naturales se consideraba tan injustificable como la intromisión repentina de un espectador en un determinado juego. Siempre había habido muchachas «frívolas», incluso en tiempos de la señora Peniston, pero su frivolidad se tenía, como máximo, por un mero exceso de ardor juvenil contra el cual no podía pronunciarse peor acusación que la de ser «impropio de una dama». La frivolidad moderna parecía sinónimo de inmoralidad, y la sola idea de inmoralidad era tan ofensiva para la señora Peniston como el olor de comida en el salón: se trataba de un concepto que su pensamiento se negaba a admitir.

No tenía ninguna intención inmediata de repetir a Lily lo que acababan de decirle, ni siquiera de intentar averiguar su veracidad por medio de un discreto

interrogatorio. Hacerlo podía dar pie a una escena, y una escena en su estado de nerviosismo, después de la cena aún reciente, y con la cabeza todavía aturdida por las nuevas impresiones, era un riesgo que tenía la obligación de evitar. Sin embargo, en su interior quedó un poso de resentimiento contra su sobrina, tanto más denso cuanto que no iba a esclarecerlo ninguna discusión o explicación. Era horrible que una joven diera pábulo a murmuraciones; por muy infundadas que fueran, ella era la única culpable de su difusión. La señora Peniston se sentía como si se hubiera declarado una enfermedad contagiosa en la casa, condenándola a vivir en trémula proximidad con su contaminado mobiliario.

Capítulo XII

La señorita Bart andaba, efectivamente, sobre arenas movedizas, y ninguno de sus críticos podía ser más consciente de esa situación que ella misma; pero tenía la sensación fatalista de ser empujada hacia una serie de caminos equivocados que no le permitían ni atisbar siquiera el verdadero hasta que era demasiado tarde.

Lily, que se consideraba incapaz de tener prejuicios y miras estrechas, no había imaginado que permitir a Gus Trenor hacer un poco de dinero para ella pudiera llegar a perturbar su conciencia. En realidad, el hecho en sí parecía inofensivo; lástima que fuese una fuente tan rica en complicaciones muy poco inofensivas. A medida que se acababa la diversión de gastar el dinero, estas complicaciones se volvían más acuciantes y Lily, cuyos razonamientos podían ser muy severos y lógicos en la exposición a terceras personas de las causas de su mala suerte, se justificaba a sí misma pensando que debía todos sus problemas a la enemistad de Bertha Dorset. Esta enemistad, sin embargo, parecía haberse desvanecido en una nueva fase de cordialidad entre las dos mujeres. La visita de Lily a los Dorset ayudó a descubrir a ambas que podían prestarse una provechosa ayuda mutua; y el instinto civilizado encuentra un placer más sutil en utilizar al antagonista que en confundirle. De hecho, la señora Dorset estaba ocupada en un nuevo experimento sentimental del que la antigua propiedad de la señora Fisher, Ned Silverton, era la sonrosada víctima; y en momentos semejantes, como había observado en su día Judy Trenor, sentía la peculiar necesidad de distraer la atención de su marido. Dorset era tan difícil de divertir como un salvaje, pero ni siquiera su preocupación por sí mismo pudo resistirse a las artes de Lily, o dicho de otra manera, éstas estaban especialmente adaptadas para aliviar un egoísmo atribulado. Su experiencia con Percy Gryce le resultó muy útil a la hora de disipar los malos humores de Dorset y, si bien el incentivo era menos urgente, las dificultades de su

situación la aconsejaban aprovechar al máximo las menores oportunidades.

La intimidad con los Dorset no allanaría tales dificultades en su aspecto material. La señora Dorset no tenía los arranques generosos de Judy Trenor, y la admiración de Dorset no se expresaría nunca en «soplos» financieros aunque Lily se decidiera a intentar nuevas experiencias en dicho campo. De momento, lo que pretendía de esta amistad era sencillamente la sanción social. Sabía que la gente empezaba a hablar de ella, pero este hecho no la alarmó como había alarmado a la señora Peniston. En su círculo, estos rumores no eran insólitos, y que una joven hermosa flirteara con un hombre casado se achacaba al deseo de ella de presionar hasta el límite sus oportunidades. Era el propio Trenor quien la asustaba. El paseo por el parque no había sido un éxito. Trenor se había casado joven y desde entonces sus relaciones con las mujeres no habían adoptado la forma de charla sentimental que vuelve sobre sus pasos como los caminos de un laberinto. Primero le dejó perplejo y luego le irritó verse conducido una y otra vez al mismo punto de salida, y Lily sentía que poco a poco estaba perdiendo el control de la situación. El estado de ánimo de Trenor era realmente ingobernable. Pese a su relación con Rosedale, había salido «tocado» del derrumbe de la Bolsa; los gastos domésticos le pesaban y en general parecía encontrar en todos los frentes una sorda oposición a sus deseos, en lugar de la risueña buena suerte que le había favorecido hasta entonces.

La señora Trenor continuaba en Bellomont, aunque tenía abierta la casa de la ciudad e iba a ella de vez en cuando para tomar contacto con el mundo; prefería, sin embargo, la excitación de las fiestas de fin de semana que las restricciones de una temporada aburrida. Desde las vacaciones no había vuelto a insistir en que Lily pasara unos días en Bellomont, y la primera vez que se encontraron en la ciudad ésta creyó advertir un matiz de frialdad en su actitud. ¿Sería simplemente una expresión de su descontento por sentirse abandonada, o habrían llegado a sus oídos inquietantes rumores? Esta última contingencia parecía improbable, y no obstante Lily no las tenía todas consigo. Si sus efímeras simpatías habían echado raíces en alguna parte, no cabía duda de que era en la amistad de Judy Trenor. Creía en la sinceridad del afecto de su amiga, aunque a veces se manifestara de modo egoísta, y era especialmente reacia a correr cualquier riesgo que significara perderlo. Pero, aparte de esto, era muy consciente de lo que semejante pérdida representaría para ella. El hecho de que Gus Trenor fuese el marido de Judy era a veces el motivo principal de la antipatía que le inspiraba y de su repugnancia a deberle favores.

Con objeto de disipar sus dudas, la señorita Bart «se invitó» a un fin de semana en Bellomont pocos días después del Año Nuevo. Sabía por experiencia que la presencia de muchos invitados la protegería de una excesiva asiduidad por parte de Trenor y el telegrama de su mujer: «Ven sin

falta», pareció asegurarle la buena acogida de siempre.

Judy la recibió amistosamente. Atender a los invitados prevalecía siempre sobre los sentimientos personales, y Lily no vio ningún cambio en la actitud de su anfitriona. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que el experimento de ir a Bellomont no estaba destinado a triunfar. El grupo de invitados se componía de personas a quienes la señora Trenor llamaba «gente aburrida» —su nombre genérico para los no jugadores— y, como tenía la costumbre de catalogar a tales obstruccionistas en una sola clase, solía invitarles a todos a la vez, haciendo caso omiso de sus otras características. El resultado era una mezcla de personas sin otra cualidad en común que su abstinencia del bridge, y proliferaban los antagonismos propios de un grupo que carece de la única afición que podría amalgamarlo, agravados en este caso por el mal tiempo y por el mal disimulado tedio de los anfitriones. En tales emergencias, Judy solía acudir a Lily para que fusionara los elementos discordantes y ella, suponiendo que se la requería para este servicio, se consagró a él con su celo acostumbrado. Sin embargo, notó desde el principio cierta sutil resistencia a sus esfuerzos. Aunque la actitud de la señora Trenor no había cambiado, se advertía una clara frialdad en la de las otras damas. Alguna que otra alusión cáustica a «sus amigos, los Wellington Bry» o «ese pequeño judío que ha comprado la casa Greiner... alguien nos ha dicho que usted le conoce, señorita Bart», le demostró que no era persona grata entre aquella parte de la sociedad que, pese a contribuir menos que nadie a su diversión, se ha arrogado el derecho de decidir las formas que ésta debe tomar. La indicación fue mínima y un año antes le habría arrancado una sonrisa, segura de que el encanto de su personalidad vencería cualquier prejuicio existente contra ella. Pero ahora era más sensible a la crítica y tenía menos confianza en su poder de desarmarla. Sabía, además, que, si las damas de Bellomont se permitían criticarla abiertamente, no se recatarían de someterla al mismo tratamiento a sus espaldas. El temor nervioso de que surgiera algo en la actitud de Trenor que pareciera justificar esta desaprobación la obligó a buscar cualquier pretexto para evitarle, y abandonó Bellomont con la certeza de haber fracasado en todos los fines que la habían inducido a invitarse allí.

En la ciudad volvió a preocuparse por cosas que, de momento, causaron el feliz efecto de postergar pensamientos inoportunos. El matrimonio Bry, tras muchos debates y con el debido asesoramiento de sus nuevas amistades, tomó la atrevida decisión de dar una gran fiesta. Abordar a la sociedad colectivamente cuando el medio de acercamiento se limita a un puñado de conocidos es como avanzar por terreno virgen con un número insuficiente de exploradores; pero tácticas aún más temerarias han conducido a veces a brillantes victorias, y los Bry estaban decididos a poner a prueba su destino. La señora Fisher, a quien habían encomendado la dirección del asunto, determinó que tableaux vivants y una orquesta cara eran los dos mejores

señuelos para atraer a la apetecida presa y, después de prolongadas negociaciones y el género de intrigas por las que era famosa, logró inducir a una docena de mujeres elegantes a exhibirse en una serie de cuadros que, por otro milagro de persuasión, consintió en escenificar el distinguido retratista Paul Morpeth.

Lily estaba en su elemento en tales ocasiones. Bajo la égida de Morpeth, su certero sentido plástico, aplicado hasta entonces a menesteres tan modestos como la confección de vestidos y tapizados, halló una más amplia expresión en la disposición de colgaduras, el estudio de actitudes y el juego de luces y sombras. La elección de temas excitó su sentido de lo espectacular y las magníficas reproducciones de trajes históricos estimularon una imaginación sólo accesible a impresiones visuales. Pero lo mejor fue la alegría de exhibir su propia belleza bajo un aspecto inédito, demostrar que no era una simple cualidad fija, sino un elemento capaz de dar a todas las emociones nuevas formas de gracia.

La señorita Fisher tomó bien sus medidas y la sociedad, sorprendida en un momento de tedio, sucumbió a la tentación de la hospitalidad de la señora Bry. La minoría discrepante fue olvidada en el tumulto de quienes abjuraron y asistieron; y el público resultó casi tan brillante como el espectáculo.

Lawrence Selden figuraba entre los que se habían rendido a las tentaciones ofrecidas. Si no actuaba con frecuencia según el aceptado axioma social de que un hombre puede ir a donde se le antoje, era porque había aprendido hacía mucho tiempo que sólo se encontraba a gusto en un pequeño grupo de personas afines. Pero le divertían los efectos espectaculares y no era insensible al papel que el dinero desempeña en su escenificación; lo único que pedía era que los ricachones conocieran la profesión de directores de escena y no gastaran su dinero de forma aburrida. Ciertamente los Bry no podían ser acusados de esto último: su casa recién construida, por muy deficiente que fuera en el aspecto doméstico, estaba casi tan bien diseñada para la exhibición de una festiva reunión social como una de aquellas exquisitas salas para bacanales improvisadas por arquitectos italianos como marco de la hospitalidad de los príncipes. De hecho, el aire de improvisación era manifiesto: la mise en scène se veía tan reciente, de tan rápida evocación, que había que tocar las columnas de mármol para saber que no eran de cartón y sentarse en uno de los sillones de damasco y oro para cerciorarse de que no estaban pintados en las paredes.

Selden, que había puesto a prueba uno de dichos asientos, observaba con franca diversión la escena desde una esquina de la sala de baile. Los asistentes, obedeciendo al instinto decorativo que prescribe atavíos elegantes en un ambiente elegante, se había vestido más en honor del entorno de la señora Bry que de ella misma. Las personas sentadas, que llenaban el inmenso salón sin

una aglomeración excesiva, componían una superficie de lujosas telas y hombros enjoados en armonía con las paredes cubiertas de festones y dorados y con el esplendor del techo veneciano. En un extremo de la sala se había erigido un escenario detrás de un arco de proscenio provisto de un telón de damasco antiguo; pero en la pausa anterior a la abertura del suntuoso cortinaje pocos pensaban en lo que verían cuando se corriera, porque todas las mujeres que habían aceptado la invitación de la señora Bry estaban ocupadas intentando averiguar cuántas de sus amigas habían hecho lo mismo.

Gerty Farish, sentada al lado de Selden, se hallaba absorta en aquel placer ingenuo e indiscriminado que tan irritante resultaba para la sensibilidad más delicada de la señorita Bart. Es posible que la proximidad de Selden tuviera algo que ver con aquel placer, pero la señorita Farish estaba tan poco acostumbrada a relacionar su delectación de tales escenas con la propia participación en ellas, que sólo era consciente de que se divertía más profundamente de lo habitual.

—¿No ha sido encantador por parte de Lily conseguirme una invitación? Desde luego, a Carry Fisher no se le habría ocurrido nunca ponerme en la lista y yo habría lamentado tanto perderme todo esto... y en especial no ver a Lily. Alguien me dijo que el techo era de Veronese... tú debes saberlo, Lawrence. Supongo que es muy bonito, pero las mujeres son horriblemente gordas. ¿Diosas? Bueno, sólo puedo decir que, si hubieran sido de carne y hueso y tenido que llevar corsé, habrían mejorado mucho. Creo que nuestras mujeres son mucho más hermosas. Y esta sala las favorece mucho... ¡todo el mundo parece guapo! ¿Has visto alguna vez tantas joyas juntas? Mira las perlas de la mujer de George Dorset: supongo que la más pequeña pagaría el alquiler anual de nuestro Club de Muchachas. No es que tenga ninguna queja del club; todos han sido muy buenos conmigo. ¿Te dije que Lily nos ha dado trescientos dólares? ¿No ha sido un gesto espléndido? Y además recaudó mucho dinero entre sus amigos: la señora Bry nos dio quinientos y el señor Rosedale, mil. Me gustaría que Lily no fuera tan amable con el señor Rosedale, pero ella dice que es inútil ser mal educado con él porque no nota la diferencia. En realidad, no soporta herir los sentimientos de la gente... ¡me indigno cuando oigo decir que es fría y orgullosa! Las chicas del club no dicen estas cosas de ella. ¿Sabes que ha estado en él dos veces conmigo? ¡Sí, Lily! ¡Y tendrías que haber visto los ojos de las chicas! Una de ellas dijo que mirarla era tan agradable como pasar un día en el campo. Se sentó con nosotras, rio y charló... no como si lo hiciera por compasión, ¿sabes?, sino como si le gustara tanto como a nosotras. Desde entonces no paran de preguntar cuándo volverá y me ha prometido... ¡Oh!

Las confidencias de la señorita Farish fueron interrumpidas por la abertura del telón y la aparición del primer tableau: un grupo de ninfas bailando sobre

un césped salpicado de flores en las posturas de la Primavera de Botticelli. El efecto de los tableaux vivants no sólo depende de una apropiada iluminación y del engañoso adorno de visillos de gasa, sino también de un reajuste correspondiente de la visión mental. Pese a toda la contribución del arte, para los espíritus vacíos no son más que una especie de museo de cera perfeccionado; pero la imaginación receptiva puede captar en ellos mágicos atisbos del mundo limítrofe entre la realidad y la fantasía. La imaginación de Selden era de este orden: podía rendirse a influencias visionarias tan completamente como un niño al hechizo de un cuento de hadas. A los tableaux de la señora Bry no les faltaba ninguna de las cualidades necesarias para conjurar semejantes ilusiones, y bajo el mando de Morpeth los cuadros se sucedían con la marcha rítmica de un espléndido friso en el cual las curvas fugitivas de las siluetas vivientes y la luz errática de los ojos jóvenes se sometían a la armonía plástica sin perder el encanto de la vida.

Las escenas estaban tomadas de cuadros antiguos, y las participantes habían sido sabiamente elegidas para sus respectivos personajes. Nadie, por ejemplo, podría haber encarnado a un Goya más típico que Carry Fisher, de rostro pequeño y moreno, fulgor exagerado en los ojos y sonrisa muy pintada y provocativa. Una tal señorita Smedden de Brooklyn exhibía a la perfección las suntuosas curvas de la hija de Tiziano, con la bandeja de oro cargada de uvas sobre el oro de idéntico tono de sus cabellos ondulados y el brocado de sus vestiduras; y una joven señora Van Alstyne, del tipo holandés más frágil y con una frente alta, surcada por venas azules y ojos y pestañas claros, representaba a un Van Dyck característico, vestido de satén negro, de pie ante los cortinajes de un arco. También había ninfas de Kauffmann adornando con guirnaldas el altar del Amor; una cena de Veronese, llena de texturas brillantes, cabezas cubiertas de perlas y arquitectura de mármol; y un grupo de Watteau de comediantes que tocaban el laúd, en actitudes lánguidas alrededor de una fuente en un soleado claro de bosque.

Cada uno de estos efímeros cuadros hizo mella en la facultad visionaria de Selden, llevándole tan lejos por las panorámicas de la fantasía que ni siquiera los rápidos comentarios de Gerty Farish —«¡Oh, qué bella está Lulu Melson!» o «Ésa debe de ser Kate Corby, la de la derecha, vestida de morado»— pudieron romper el ensalmo. Ciertamente, la personalidad de los actores estaba adaptada con tanta maestría a las escenas en que figuraban que incluso el espectador menos imaginativo debió sentir la emoción del contraste cuando la cortina se abrió de repente y apareció el retrato sin velos ni artificios de la señorita Bart.

Aquí no podía caber duda del predominio de la personalidad; el unánime «¡oh!» del auditorio fue un tributo, no al pincel de Reynolds en el cuadro de la Señora Lloyd, sino a la belleza de carne y hueso de Lily Bart. Había

demostrado su inteligencia artística al elegir un tipo tan afín al suyo que podía encarnar a la persona representada sin dejar de ser ella misma. Era como si hubiera entrado en la tela de Reynolds, no salido de ella, dispersando los fantasmas de la belleza muerta con los rayos de su gracia viviente. El impulso de exhibirse en un decorado espléndido —por un momento pensó en representar a la Cleopatra de Tiépolo— había cedido al instinto más auténtico de confiar en su belleza sin adornos y se había decidido por un retrato carente de accesorios de vestuario o decorado. Los pliegues pálidos del traje y el fondo de follaje sólo servían para realzar las largas curvas de dríada que ascendían desde el pie posado en el suelo hasta el brazo levantado. La noble vivacidad de la pose, la gracia alada que sugería, revelaban el matiz poético de su belleza que Selden siempre intuía en su presencia y cuyo sentido perdía cuando no estaba con ella. Su expresión era ahora tan viva que por primera vez le pareció ver ante él a la verdadera Lily Bart, despojada de las trivialidades de su pequeño mundo e impregnada por un momento de aquella armonía eterna de la que su belleza formaba parte.

—¡Condenada osadía la de mostrarse ataviada de este modo, pero por Dios que la armonía de líneas es completa y ella debía querer que lo supiéramos!

Estas palabras, pronunciadas por semejante experto en la materia como el señor Ned van Alstyne, cuyo blanco y perfumado bigote rozaba el hombro de Selden cada vez que la abertura de los cortinajes ofrecía una oportunidad excepcional para el estudio de la silueta femenina, afectaron a su oyente de una forma inesperada. No era la primera vez que éste oía observaciones ligeras sobre la belleza de Lily y hasta la fecha el tono de los comentarios había coloreado imperceptiblemente su opinión de ella, pero ahora sólo suscitaron en él indignación y desprecio. ¡Así era el mundo en que ella vivía! ¡Éstos los criterios por los que estaba destinada a ser medida! ¿Acaso hay que acudir a Calibán para juzgar a Miranda?.

Durante el largo momento que tardó en cerrarse el telón, tuvo tiempo de conocer toda la tragedia de la vida de Lily. Fue como si su belleza, aislada así de todo cuanto la abarataba y vulgarizaba, tendiera las manos hacia él desde el mundo en que ambos se habían encontrado unos minutos y donde Selden ansiaba con invencible nostalgia encontrarla de nuevo.

Le despertó la presión de unos dedos entusiastas.

—¿No ha estado maravillosa, Lawrence? ¿No te ha gustado más que nunca con este vestido tan sencillo? Le da el aspecto de la verdadera Lily... de la Lily que conozco.

Él buscó la mirada extasiada de Gerty Farish.

—De la Lily que conocemos —corrigió y su prima, jubilosa por la

coincidencia, exclamó con alegría:

—¡Se lo diré! Siempre dice que no congenias con ella.

Una vez terminado el espectáculo, el primer impulso de Selden fue ir al encuentro de la señorita Bart. En el interludio musical que sucedió a los tableaux, los actores se habían sentado entre el auditorio, diversificando el aspecto convencional de éste con el pintoresquismo y la variedad de su vestuario. Pero Lily no estaba entre ellos y su ausencia sirvió para prolongar el efecto que había causado en Selden: verla demasiado pronto en el ambiente del que las circunstancias la habían aislado tan felizmente habría roto el encanto. No se habían visto desde el día de la boda en casa de los Van Osburgh, y por parte de él el distanciamiento había sido intencionado. Esta noche, sin embargo, sabía que tarde o temprano se encontraría a su lado y, aunque dejaba que los invitados, al dispersarse, le llevaran en una y otra dirección y no hacía el menor esfuerzo para buscarla, su demora no se debía a ninguna resistencia sino al deseo de recrearse unos momentos en la idea de una rendición total.

Lily no dudó un instante sobre el significado del murmullo que saludó su aparición. Ningún otro cuadro había sido recibido con aquella precisa nota de satisfacción, inspirada obviamente por ella y no por el cuadro que representaba. En el último momento había temido arriesgar demasiado al prescindir de las ventajas de un decorado más suntuoso, y la rotundidad de su triunfo le dio una estimulante sensación de poder. A fin de no disminuir la impresión causada, se apartó del auditorio hasta que lo oyó dispersarse para la cena y de este modo tuvo una segunda oportunidad de ser admirada mientras los invitados vaciaban lentamente el salón.

No tardó en ser el centro de un grupo que se incrementaba y renovaba a medida que la circulación se hacía general y los comentarios individuales sobre su triunfo fueron una deliciosa prolongación del aplauso colectivo. En semejantes momentos desoía a su natural espíritu selectivo y se preocupaba menos de la calidad de la admiración recibida que de su cantidad. Las diferencias de personalidad se fundían en una cálida atmósfera de alabanzas en la que su belleza se expandía como una flor a la luz del sol; y si Selden se hubiera acercado uno o dos minutos antes la habría visto dirigir a Ned van Alstyne y George Dorset la mirada que soñaba para sí mismo.

El azar quiso, sin embargo, que la presurosa llegada de la señora Fisher, para quien Van Alstyne ejercía de ayudante de campo, disgregara el grupo antes de que Selden alcanzase el umbral del salón. Un par de hombres fueron en busca de sus parejas para la cena y los demás, al advertir que Selden se acercaba, le dejaron paso libre, obedientes al tácito compañerismo de la sala de baile. Así pues, Lily estaba sola cuando Selden apareció a su lado y, al ver

en sus ojos la mirada ansiada, éste tuvo la satisfacción de creerse que la había inspirado él. De hecho, la mirada se había intensificado aún más al detenerse en él, porque incluso en aquel momento de ensimismamiento Lily sintió la aceleración del latido vital que la proximidad de Selden siempre le producía y leyó además en sus ojos la deliciosa confirmación de que había triunfado: de ahí que por el momento tuviera la impresión de que sólo le importaba ser bella para él.

Selden le ofreció el brazo sin hablar; ella lo cogió en silencio y empezaron a andar, no hacia el comedor, sino en dirección contraria a los invitados que iban a sentarse a la mesa. Los rostros pasaron de largo por delante de Lily como las imágenes de un sueño; apenas se percató de adónde la conducía Selden hasta que cruzaron una puerta vidriera que había al final de una larga serie de habitaciones y desembocaron de pronto en el fragante silencio de un jardín. La grava crujía bajo sus pies y a su alrededor reinaba la penumbra transparente de una noche de verano. Unas linternas formaban cavernas de color esmeralda en las profundidades del follaje y teñían de blanco la espuma de un surtidor que brotaba entre lirios. El mágico lugar estaba desierto: el único sonido se debía al chapoteo del agua sobre las hojas flotantes de las flores y a una música distante que parecía un sople sobre el lago dormido.

Ambos se detuvieron, aceptando la irrealidad de la escena como parte de sus propias ensoñaciones. No les habría sorprendido una brisa veraniega en sus rostros o ver las luces ocultas entre las ramas repetidas en la bóveda de un cielo estrellado. La extraña soledad que les rodeaba no era más extraña que la dulzura de estar juntos en ella.

Al final Lily retiró la mano y se adelantó un paso, con lo cual su esbeltez vestida de blanco se perfiló contra la oscuridad del follaje. Selden la siguió y, todavía sin decir nada, fueron a sentarse en un banco al borde de la fuente.

Ella levantó de improviso la mirada con la suplicante gravedad de una niña.

—Nunca me hablas... Piensas cosas malas de mí —murmuró.

—¡Pero pienso en ti, y mucho! —respondió él.

—Entonces, ¿por qué no nos vemos nunca? ¿Por qué no podemos ser amigos? Una vez prometiste ayudarme —continuó ella en el mismo tono, como si las palabras afloraran a sus labios contra su voluntad.

—Sólo puedo ayudarte ofreciéndote mi amor —dijo él en voz baja.

Lily no contestó, pero volvió el rostro con el suave movimiento de una flor. Él acercó el suyo y sus labios se tocaron.

Lily se echó hacia atrás y se levantó del banco. Selden la imitó y los dos se

miraron. De pronto ella le cogió la mano y la apretó un momento contra su mejilla.

—¡Sí, ámame, ámame... pero no me lo digas! —suspiró, sin dejar de mirarlo; y, antes de que Selden pudiera hablar, dio media vuelta y se escabulló por un túnel de ramas, desapareciendo en la claridad de un salón.

Selden no se movió. Conocía demasiado la fugacidad de los momentos exquisitos para intentar seguirla; pero al poco rato volvió a entrar en la casa y cruzó los salones desiertos en dirección a la puerta. En el vestíbulo de mármol se hallaba un grupo de damas cubiertas por suntuosas capas y en el guardarropa encontró a Van Alstyne y Gus Trenor.

El primero, al ver a Selden, interrumpió la cuidadosa selección de un cigarro de una de las tentadoras cajas de plata dispuestas al lado de a la puerta.

—¡Hola, Selden! ¿También te vas? Eres un epicúreo como yo; no quieres ver a todas esas diosas engullendo carne de tortuga. ¡Por Júpiter! ¡Qué colección de mujeres guapas! Pero ninguna de ellas podía compararse con esa primita mía. Y hablando de joyas... ¿para qué las quiere una mujer cuando puede exhibirse a sí misma? Es una lástima que se tapen con ellas cuando tienen buena figura. Yo no había visto la de Lily hasta esta noche.

—No es culpa suya si ahora no la ha visto todo el mundo —gruñó Trenor, enrojecido por el esfuerzo de embutirse en su abrigo forrado de piel—. Ha sido de un condenado mal gusto, en mi opinión... No, no quiero ningún cigarro. Nunca sabes lo que fumas en estas casas nuevas... Lo más probable es que sea el chef quien compra los cigarros. ¿Quedarme a cenar? ¡Ni pensarlo! Cuando la gente atesta de tal modo sus salones que uno no puede ni acercarse a quien le interesa, prefiero cenar en el ferrocarril elevado a la hora de más tránsito. Mi mujer ha acertado, negándose a venir; dice que la vida es demasiado corta para pasarla conociendo a gente nueva.

Capítulo XIII

Al despertarse de un feliz sueño, Lily encontró dos notas al lado de su cama.

Una era de la señora Trenor: anunciaba que bajaba a la ciudad aquella tarde para una fugaz visita y esperaba que la señorita Bart pudiera cenar con ella. La otra era de Selden, quien escribía brevemente que un caso importante le reclamaba en Albany, de donde no regresaría hasta la tarde, y le pedía que le hiciera saber a qué hora del día siguiente podría verla.

Lily se recostó en las almohadas y contempló la nota pensativa. La escena en el invernadero de los Bry había sido como una parte de sus sueños; no había esperado despertarse y encontrar tan de repente una prueba de su realidad. Su primera reacción fue de fastidio; este acto imprevisto de Selden añadía otra complicación a su vida. ¡Era tan impropio de él ceder a un impulso irracional! ¿Tenía realmente intención de pedirle que se casara con él? Lily ya le había demostrado una vez que semejante esperanza era imposible, y la conducta posterior de Selden pareció probar que había aceptado la situación con una sensatez incluso un poco humillante para su vanidad. Por esto le resultó aún más agradable saber que sólo podía mantener aquella sensatez a costa de no verla; pero, aunque no había nada en la vida más dulce que la sensatez de su poder sobre él, Lily veía el peligro de permitir que el episodio de la víspera tuviera una continuación. Ya que no podía casarse con él, sería menos doloroso para Selden y más fácil para ella misma escribir una línea soslayando amistosamente su petición de verla; Selden no era hombre para hacer caso omiso de semejante insinuación y la próxima vez que se vieran sería en el acostumbrado plano amistoso.

Saltó de la cama y fue directamente al escritorio. Quería escribir en seguida, mientras aún pudiera confiar en la fuerza de su resolución. Se sentía un poco lánguida tras el breve descanso y la excitación de la velada, y la vista de la caligrafía de Selden le recordó el momento culminante de su triunfo, cuando leyó en los ojos de él que ninguna filosofía podía nada contra su poder. Sería agradable experimentar de nuevo aquella sensación: nadie más era capaz de comunicársela con tanta intensidad, y no se veía con ánimos de poner fin a su estado de voluptuosa evocación con un acto de repulsa definitiva. Cogió la pluma y escribió a toda prisa: «Mañana a las cuatro», murmurando para sus adentros, mientras introducía el papel en el sobre: «Mañana ya encontraré el modo de frenar sus ímpetus».

La invitación de Judy Trenor fue muy bien acogida por Lily. Era la primera vez que recibía una comunicación directa de Bellomont desde su última visita, y todavía le atormentaba el miedo de haberse granjeado la enemistad de Judy. Sin embargo, esta orden característica parecía restablecer sus antiguas relaciones y Lily sonrió al pensar que su amiga debía recurrir a ella para conocer pormenores de la recepción de los Bry. La señora Trenor no había asistido a la fiesta, quizá por el motivo enunciado con tanta franqueza por su marido o quizá porque, como lo expresara la señora Fisher, «no podía soportar a la gente nueva cuando no la había descubierto ella misma». En cualquier caso, aunque se quedó altivamente en Bellomont, a estas alturas debía sentir una curiosidad devoradora por lo ocurrido en su ausencia y por conocer con exactitud en qué medida había superado la señora de Wellington Bry a sus previos competidores por el reconocimiento social. Lily estaría encantada de satisfacer esta curiosidad, pero tenía un compromiso para la cena. De todos

modos, resolvió ver a la señora Trenor unos momentos y, después de llamar a su doncella, envió un telegrama a su amiga anunciando su visita para aquella noche a las diez.

Cenaba con la señora Fisher, que reunía en una cena informal a unos cuantos actores del espectáculo de la víspera. Después de cenar se tocaría música soul en el estudio, porque la señora Fisher, desengañada de la república, se había aficionado a la escultura y anexionado a su pequeña casa un apartamento muy espacioso que, cualesquiera que fueran sus usos en las horas de inspiración plástica, servía en otros momentos para el ejercicio de una incansable hospitalidad. Lily no tenía deseos de marcharse, porque la cena era divertida y le habría gustado saborear un cigarrillo y oír unas cuantas canciones, pero no podía incumplir su compromiso con Judy y poco después de las diez pidió a su anfitriona que llamara a un coche de alquiler y se dirigió a casa de los Trenor en la Quinta Avenida.

Esperó bastante tiempo en el portal y se extrañó que Lucy no hiciera notar su presencia en la ciudad yendo rápidamente a abrirle la puerta; su sorpresa aumentó cuando, en lugar del lacayo acostumbrado, con la levita a medio poner a tan altas horas, la abrió una especie de vigilante vestido de algodón que la hizo pasar al vestíbulo, donde los muebles aún estaban en sus fundas. Trenor, sin embargo, apareció en seguida en el umbral del salón, acogéndola con insólita locuacidad mientras la ayudaba a quitarse la capa y la conducía a la sala.

—Venga a la leonera; es el único aposento cómodo de toda la casa. ¿No tiene esta sala el aspecto de estar esperando a que bajen el cadáver? No comprendo por qué Judy se empeña en enfundarlo todo con esta espantosa ropa blanca: sólo pasar por aquí en un día frío es suficiente para coger una pulmonía doble. A propósito, usted también parece ir encogida; no es noche para salir de paseo, lo iba pensando mientras venía andando del club. Venga, le daré un poco de brandy y podrá bebérselo junto al fuego y probar mis nuevos egipcios... Ese pequeño turco de la embajada me ha recomendado una marca que quiero probar y, si a usted le gustan, puedo conseguirle una buena provisión; todavía no los hay aquí, pero pondré un cable.

La acompañó hasta la gran sala del fondo, donde solía estar la señora Trenor y donde, incluso en su ausencia, se percibía un aire a vida. Como de costumbre, había flores, periódicos, gran variedad de objetos sobre el escritorio y el aspecto general era íntimo y familiar, por lo que fue una sorpresa no ver la enérgica figura de Judy saltar de la butaca que estaba junto al fuego.

Al parecer era el propio Trenor quien había ocupado el asiento en cuestión, porque lo rodeaba una nube de humo de cigarro y al lado había una de esas

intrincadas mesitas plegables diseñadas por la inventiva británica para facilitar la circulación de tabaco y licores. La visión de semejantes muebles auxiliares en un salón no era insólita en el grupo de Lily, en cuyo seno fumar y beber no estaban restringidos por consideraciones de tiempo y lugar; el primer movimiento de la invitada fue coger uno de los cigarrillos recomendados por Trenor al tiempo que interrumpía su locuacidad preguntando, con una mirada de asombro:

—¿Dónde está Judy?

Trenor, un poco acalorado por su poco frecuente verborrea y tal vez por un prolongado uso de las botellas, se hallaba inclinado sobre estas últimas para descifrar sus etiquetas de plata.

—Vamos a ver, Lily, una gotita de coñac en un poco de agua gaseosa... Tiene cara de frío, ¿sabe? Juraría que tiene roja la punta de su nariz. Yo tomaré otra copa para hacerle compañía... ¿Judy...? Pues, verá, Judy tiene un terrible dolor de cabeza: no se tiene en pie, la pobrecilla... Me ha pedido que se lo explique a usted, que la disculpe, ¿sabe? Pero acérquese al fuego; parece muy cansada. Voy a instalarla con comodidad; déjeme hacer a mí, como una buena chica.

Le había cogido la mano, medio en broma, y pretendía llevarla hacia un taburete, frente a la chimenea, pero ella se detuvo y se zafó de su brazo en silencio.

—¿Entonces Judy no está bien para verme? ¿No quiere que suba a su habitación?

Trenor apuró la copa que se había servido y la dejó sobre la mesa antes de contestar.

—Pues, no... El caso es que no está en condiciones de ver a nadie. Le empezó de repente y me pidió que le dijera lo mucho que lo lamenta... De haber sabido dónde cenaba, le habría mandado aviso.

—Ella sabía dónde cenaba; se lo decía en el telegrama. Pero eso no importa ahora. Supongo que, si se encuentra tan mal, no regresará a Bellomont por la mañana y podré venir a verla entonces.

—Sí, eso es, perfecto. Le diré que vendrá mañana por la mañana. Y ahora siéntese un momento, sea buena chica y hablemos con calma y tranquilidad. ¿No quiere una gotita, sólo para ser sociable? Dígame lo que le parece este cigarrillo. Cómo, ¿no le gusta? ¿Por qué lo está manoseando, entonces?

—Lo estoy manoseando porque tengo que irme. Tenga la bondad de llamar a un coche de punto —replicó Lily con una sonrisa.

No le gustaba la rara excitación de Trenor ni su explicación demasiado

evidente, y la idea de estar a solas con él mientras su amiga permanecía inaccesible en el piso superior, en el otro extremo de la gran casa vacía, no le inspiraba deseos de prolongar el tête-à-tête.

Pero Trenor, con una rapidez que a ella no le pasó desapercibida, se había colocado delante de la puerta.

—¿Por qué tiene que irse? ¡Me gustaría saberlo! Si Judy hubiera estado aquí, habrían chismorreado durante horas... ¡y a mí no puede dedicarme ni cinco minutos! Siempre la misma historia. Anoche no pude ni acercarme a usted: fui a esa vulgar y maldita fiesta sólo para verla y todo el mundo la rodeaba, y a mí me preguntaban si había visto alguna vez a una mujer más despampanante y, cuando intenté acercarme para hablar un poco, usted ni me vio y siguió riendo y bromeando con una sarta de cretinos que sólo querían jactarse después y fingirse muy enterados cuando alguien haga mención de usted.

Hizo una pausa, enrojecido por el discurso, y le dirigió una mirada de cuyos elementos el rencor fue el que menos disgustó a Lily. Pero ya había recobrado la presencia de ánimo y siguió con aplomo sin moverse del centro de la habitación, con una sonrisa sutil en los labios que parecía poner cada vez más distancia entre los dos. Dijo, a través de esta distancia:

—No sea absurdo, Gus. Son más de las once y de verdad tengo que pedirle que avise a un coche.

Trenor no se movió y bajó la cabeza con el gesto que ella ya había aprendido a detestar.

—Supongamos que no lo aviso... ¿qué ocurrirá?

—Subiré a ver a Judy, si usted me obliga a molestarla.

Trenor avanzó un paso y le puso una mano en el hombro.

—Escuche, Lily, ¿no puede concederme cinco minutos?

—Esta noche no, Gus. Usted...

—Muy bien. En tal caso, me los tomaré. Y tantos como me venga en gana.
—Se plantó en el umbral, con las manos bien metidas en los bolsillos y movió la cabeza señalando la butaca que había junto a la chimenea.

—Vaya a sentarse allí, por favor. Tengo que decirle algo.

El genio vivo de Lily terminó por prevalecer sobre sus temores. Se enderezó y se dirigió a la puerta.

—Si tiene algo que decirme, tendrá que ser en otro momento. Subiré a ver a Judy, si no avisa a un coche inmediatamente.

Él estalló en una carcajada.

—Suba, suba, querida. Pero no encontrará a Judy porque no está aquí.

Lily le miró, sobresaltada.

—¿Eso quiere decir que Judy no está en la casa... ni en la ciudad? — exclamó.

—Exactamente —replicó Trenor, pasando de la bravuconada al malhumor.

—Tonterías... no le creo. Voy a subir —dijo Lily con impaciencia.

Inesperadamente, él se hizo a un lado, dejándole llegar al umbral sin ponerle trabas.

—Suba y se convencerá; mi mujer está en Bellomont.

Pero Lily tuvo una idea que la tranquilizó.

—Si no hubiera venido, me habría enviado recado...

—Lo hizo; me telefoneó esta tarde para encargarme que la avisara.

—No he recibido ningún mensaje.

—No he mandado ninguno.

Los dos se midieron un instante con la mirada, pero Lily aún veía a su adversario a través de una niebla de desprecio que difuminaba todas las demás consideraciones.

—No puedo imaginar por qué motivo me ha jugado una broma tan pesada, pero, si ahora ya ha satisfecho su peculiar sentido del humor, debo pedirle de nuevo que llame a un coche de punto.

Fue un paso en falso y Lily lo supo en cuanto lo acabó de decir. Para que la ironía duela, no es necesario comprenderla y la mueca que desfiguraba el rostro de Trenor podría haber sido grabada con un látigo.

—Escuche, Lily, no adopte este tono de altivez conmigo. —Volvió a acercarse a la puerta y ella, al rehuirle instintivamente, le dejó bloquear otra vez el umbral—. Le he jugado una mala pasada, lo confieso, pero, si cree que estoy avergonzado, se equivoca. Dios sabe que ya he sido bastante paciente... He hecho el ridículo persiguiéndola como un idiota y mientras tanto usted permitía que se le acercara cualquier tipo... que después seguro que se reía de mí... No soy muy listo y no sé ridiculizar a mis amigos como hace usted, pero me doy cuenta de todo... y sé cuándo alguien me toma el pelo...

—¡Vaya, nunca lo habría dicho! —exclamó Lily, pero la mirada de Trenor la hizo callar.

—No, nunca lo habría dicho, pero ahora ya lo sabe. Por eso se encuentra aquí esta noche. He estado esperando un momento tranquilo para hablar un poco de todo y, ahora que ha llegado, pienso obligarla a escucharme.

Al primer arranque de resentimiento incoherente había seguido un tono firme y concentrado mucho más desconcertante para Lily que la excitación anterior. Por un momento su presencia de ánimo la abandonó. Había pasado más de una vez por situaciones que habían requerido una rápida esgrima de ingenio para cubrir su retirada, pero los alarmados latidos de su corazón le dijeron que ahora semejante táctica sería inútil.

A fin de ganar tiempo, repitió:

—No entiendo lo que quiere.

Trenor había puesto una silla entre ella y la puerta. Se sentó y se apoyó el respaldo sin dejar de mirarla.

—Le diré lo que quiero: quiero conocer con exactitud la naturaleza de nuestras relaciones. Maldita sea, al hombre que paga la cena suele permitírsele sentarse a la mesa.

Ella ardió de ira y humillación, asqueada por la necesidad de ser conciliadora cuando ansiaba abofetearle.

—Sigo sin entenderle, pero usted debe comprender, Gus, que no puedo seguir aquí a esta hora...

—Puesto que visita casas de hombres a plena luz del día... tengo la impresión de que no siempre siente tan condenado respeto por, las apariencias.

La brutalidad del ataque dio a Lily la sensación de vértigo que sigue a una agresión física. De modo que Rosedale se había ido de la lengua... así era como los hombres hablaban de ella. Se sintió de repente débil e indefensa y una punzada de angustia empezó a latirle en la garganta. Sin embargo, otra parte de su ser seguía vigilante, murmurando con terror que debía calcular cada gesto y cada palabra.

—Si me ha traído aquí para insultarme... —protestó.

Trenor se echó a reír.

—No haga comedia barata. Mi intención no es insultarla, pero un hombre tiene sentimientos... y usted ha jugado con los míos demasiado tiempo. Yo no empecé este asunto, me mantenía al margen, dejando el campo libre a los demás hasta que usted me buscó y se propuso tomarme el pelo... lo cual le resultó muy fácil. Esto es lo malo, le resultó demasiado fácil, creyó que podía exprimirme y luego tirarme al arroyo como una bolsa vacía. Pero, maldita sea, esto no es jugar limpio, esto es saltarse las reglas del juego. Como es natural,

ahora ya sé lo que quería (no iba detrás de mi atractivo precisamente), pero le diré una cosa, señorita Lily: tiene que pagar por hacérmelo creer...

Se levantó, cuadró agresivamente los hombros y se acercó a ella con la frente enrojecida; Lily no se movió, aunque todos sus nervios clamaban por retirarse a medida que él avanzaba.

—¿Pagar? —balbució—. ¿Quiere decir que le debo dinero?

Él volvió a reír.

—Oh, no le estoy pidiendo que me pague en especie. Existe algo que se llama juego limpio y el interés monetario... y que me cuelguen si he obtenido de usted una sola mirada...

—¿Interés monetario? ¿Qué tengo yo que ver con su dinero? Me aconsejó cómo debía invertir el mío... Vio muy claro que yo no entendía nada de negocios... Me dijo que no había ningún inconveniente...

—Era cierto y no hay ninguno, Lily: seguiré aconsejándola con mucho gusto y con más frecuencia, si cabe. Lo único que busco es una palabra de gratitud. —Continuaba muy cerca, alargando una mano amenazadora, y el ser aterrado que había en Lily sólo pensaba en inmovilizarla.

—Ya le he dado las gracias; le he demostrado mi gratitud. ¿Qué más ha hecho usted que no pudiera hacer cualquier amigo o que fuera inaceptable para un amigo?

Trenor replicó con sarcasmo:

—No dudo de que ha aceptado lo mismo otras veces... y engañado a otros tipos como ahora le gustaría engañarme a mí. No me interesa saber cómo ajustó las cuentas con ellos; si logró tomarles el pelo, mejor para usted. No me mire de ese modo, ya sé que no estoy hablando como un hombre debe hablar a una joven, pero, maldita sea, si no le gusta, puede hacerme callar: sabe que estoy loco por usted. Al diablo el dinero, me sobra, si es eso lo que la preocupa... He sido un bruto, Lily... ¡Lily, míreme!

Una y otra vez se veía hundida entre oleadas de humillación, tan seguidas que la vergüenza moral se mezclaba con el terror físico. Tenía la impresión de que el orgullo la hubiera hecho invulnerable, de que era la conciencia de su deshonor lo que creaba en torno a ella una espantosa soledad.

Él la tocó y, al hacerlo, la sacó con un sobresalto de su estado de ensimismamiento. Retrocedió con una expresión de infinito desdén.

—Ya le he dicho que no entiendo nada... pero, si le debo dinero, le pagaré...

El rostro de Trenor enrojeció de ira; el gesto de repugnancia de Lily había

desafiado al hombre primitivo.

—¡Ah! Pedirá prestado a Selden o Rosedale, ¡e intentará engañarles como me ha engañado a mí! A menos... ¡a menos que ya les haya devuelto el favor y yo sea el único burlado!

Ella guardó silencio y se quedó como petrificada. ¡Las palabras... las palabras eran peores que el hecho de que la hubiera tocado! El corazón le latía por todo el cuerpo: en la garganta, en los miembros, en las manos inermes e inútiles. Miró con desesperación por toda la sala; su mirada se detuvo en el cordón de la campanilla y recordó que podía pedir ayuda al criado. Sí, pero de este modo organizaría el escándalo, daría pábulo a las malas lenguas. No, tenía que solucionarlo sin auxilio. Ya era suficiente que el servicio supiera que estaba sola en la casa con Trenor; no debía despertar ninguna conjetura sobre su modo de salir de ella.

Levantó la cabeza y por fin consiguió mirarle a la cara.

—Estoy aquí sola con usted —dijo—. ¿Qué más quiere decirme?

Ante su sorpresa, Trenor reaccionó a la mirada con un largo silencio. La ira se había desvanecido con el último chorro de palabras, dejándole exánime y humillado. Era como si un aire gélido hubiera dispersado el vaho de sus libaciones y la situación apareciera ante sus ojos, negra y desnuda como el rescoldo de un fuego. Antiguas costumbres y reparos, la mano del orden heredado, recompusieron el entendimiento desvariado y zarandeado por la pasión. Los ojos de Trenor tenían la mirada ausente del sonámbulo que se despierta al borde de un precipicio.

—¡Váyase a su casa! Salga de aquí... —tartamudeó y, dándole la espalda, se acercó a la chimenea.

La brusca liberación de sus temores devolvió a Lily una lucidez inmediata. El derrumbamiento de Trenor le entregó el control y se oyó a sí misma pedirle, con una voz que era la suya, pero desconocida al mismo tiempo, que llamara al criado y le ordenara avisar a un coche de punto y acompañarla hasta él cuando llegara. No sabía de dónde sacó las fuerzas, pero una voz insistente le advertía de que debía irse sin ocultarse y le dio ánimos para intercambiar unas palabras superficiales con Trenor en el vestíbulo, delante del criado, y pedirle que transmitiera a Judy los mensajes habituales, mientras por dentro temblaba de furia. Una vez en el umbral, con la calle delante, experimentó una intensa sensación de libertad, embriagadora como la primera bocanada de aire del prisionero, pero no perdió la claridad mental: reparó en el aspecto desierto de la Quinta Avenida, adivinó lo tarde que era e incluso observó una figura masculina —¿no había algo familiar en aquel perfil?— que, cuando ella entró en el coche, dio la vuelta a la esquina y desapareció en la oscuridad de la calle

transversal.

Sin embargo, el traqueteo de las ruedas la hizo reaccionar y las tinieblas se cernieron sobre ella. «No puedo pensar... no puedo pensar», gimió, apoyando la cabeza contra el tambaleante costado del coche. Era como si no se conociera o, mejor dicho, existían en ella dos personas, la de siempre y una nueva y odiosa a la que se encontraba encadenada. Una vez había visto, en una casa donde estaba de visita, una traducción de Las euménides, y en su imaginación había quedado grabada la escena de terror en que Orestes, en la cueva del oráculo, encuentra dormidas a sus implacables seguidoras y puede tomarse una hora de descanso. Sí, las Furias dormían a veces, pero siempre estaban allí, acechando en los rincones oscuros, y ahora se habían despertado y el sonido férreo de sus alas martilleaba en el cerebro de Lily... Abrió los ojos y vio pasar las calles... las familiares y desconocidas calles. Todo lo que veía era familiar, pero en cierto modo había cambiado. Existía un abismo entre el hoy y el ayer. Todo lo pasado se le antojó sencillo, natural, impregnado por la luz del día, y ahora estaba sola en un lugar de oscuridad y contaminación. ¡Sola! Era la soledad lo que la asustaba. Su mirada se posó en un reloj iluminado en una esquina y vio que las manecillas señalaban las once y media. Sólo las once y media: ¡aún quedaban horas y horas de noche! Y tendría que pasarlas sola, temblando despierta en su cama. Su naturaleza mimada se rebelaba contra semejante tormento: no conocía el menor estímulo de lucha que la animara a hacerle frente. ¡Oh, el lento y frío goteo de los minutos! Se vio a sí misma acostada en la cama de nogal negro: la oscuridad la asustaría y, si dejaba la luz encendida, los deprimentes pormenores de la habitación se grabarían para siempre en su cerebro. Siempre había detestado su dormitorio en casa de la señora Peniston: su fealdad, su impersonalidad, el hecho de que nada en él fuera realmente suyo. Para un corazón herido, carente del consuelo del contacto humano, una habitación puede abrir unos brazos casi humanos y la persona para quien no existen cuatro paredes más queridas que las otras es, en semejantes momentos, un apátrida en todo el mundo.

Lily no tenía ningún corazón amigo. Sus relaciones con su tía eran tan superficiales como las de unos huéspedes que se cruzan por las escaleras. Pero, aunque hubiera existido entre ambas una relación más íntima, era imposible concebir a la señora Peniston ofreciendo refugio y comprensión para una desgracia como la de Lily. Así como el dolor compartido es medio dolor, la piedad que hace preguntas carece de poder curativo. Lily necesitaba la penumbra de un abrazo y el silencio que no es soledad, sino compasión que retiene el aliento.

Se irguió con un sobresalto y miró hacia la calle. ¡Gerty! Se estaban acercando a la esquina donde vivía Gerty. Si pudiera llegar antes de que aquella angustia creciente brotara del pecho a los labios... ¡si pudiera

refugiarse en los brazos de Gerty antes de que la estremecieran los escalofríos de terror que sentía cada vez más próximos! Empujó y abrió la ventanilla del techo y dio las señas al cochero. No era tan tarde: quizá Gerty estaría aún despierta. Y, aunque no fuera así, la campanilla penetraría hasta el último rincón de su diminuto apartamento, obligándola a contestar a la llamada de su amiga.

Capítulo XIV

A la mañana siguiente de la recepción del matrimonio Bry, Gerty Farish se despertó después de un sueño tan reparador como el de Lily, aunque de menor colorido y tintes más apagados, como convenía a su personalidad y experiencia, y por ello mejor adaptado a su mentalidad. Los destellos de alegría entre los que se movía Lily habrían deslumbrado a la señorita Farish, que en materia de felicidad estaba acostumbrada a la exigua luz que escapaba por las rendijas de las vidas ajenas.

Ahora era el centro de una pequeña iluminación propia, un rayo delgado pero inconfundible, compuesto por las consideraciones que cada vez más tenía Lawrence Selden con ella y el descubrimiento de que éste extendía su amabilidad a Lily Bart. Si estos dos factores parecen incompatibles al estudiante de psicología femenina, cabe recordar que Gerty había sido siempre un parásito en el orden moral, que vivía de los mendrugos de otras mesas y se contentaba con mirar por la ventana el banquete preparado para sus amistades. Ahora que gozaba de un pequeño banquete particular, le habría parecido increíblemente egoísta negar un plato a una amiga, y no había nadie con quien más le gustara compartir su alegría que la señorita Bart.

En cuanto a la naturaleza de las crecientes consideraciones de Selden, Gerty no se habría atrevido a definirla, del mismo modo que no habría intentado conocer los colores de una mariposa sacudiendo el polvo de sus alas. Coger con las manos el milagro equivalía a deslucirlo y tal vez a verlo mustio y seco; era mejor la sensación de belleza palpitante, aunque inasequible, mientras contenía el aliento y esperaba a ver dónde se posaba. Sin embargo, la actitud de Selden en casa de los Bry había acercado tanto el aleteo que las alas parecían batir en su propio corazón. Nunca le había visto tan interesado, tan sensible, tan atento a lo que ella decía. Sus modales habituales se caracterizaban por una bondad distraída que Gerty aceptaba y agradecía como el sentimiento más profundo que su presencia era capaz de inspirar; pero fue rápida en percibir un cambio en él que implicaba que, por una vez, ella podía dar placer, además de recibirlo.

¡Y era tan maravilloso haber llegado a este mayor grado de simpatía a través de su común interés por Lily Bart! El afecto de Gerty por su amiga — un sentimiento que había aprendido a sobrevivir con una dieta mínima— se había convertido en indiscutible adoración desde que la inquieta curiosidad de ésta la había acercado a su empresa. Aquel atisbo de la beneficencia había despertado en Lily un interés momentáneo por la caridad. Su visita al Club de Muchachas la había puesto por primera vez en contacto con los grandes contrastes de la vida. Ella había aceptado siempre con calma filosófica que existencias como la suya transcurrieran sobre un pedestal cimentado en segmentos oscuros de la humanidad. Un deprimente limbo de pobreza yacía alrededor y por debajo de aquel pequeño círculo iluminado en que la vida alcanzaba su más hermosa florescencia, del mismo modo que el fango y la aguanieve de una noche de invierno rodean un invernadero lleno de flores tropicales. Todo esto era parte del orden natural de las cosas y la orquídea que tomaba el sol en esta atmósfera creada artificialmente podía redondear las delicadas curvas de sus pétalos ajena a la escarcha de las ventanas.

Pero una cosa es convivir cómodamente con el concepto abstracto de la pobreza y otra entrar en contacto con sus implicaciones humanas. Lily jamás había concebido a estas víctimas del destino bajo otra forma que la de la masa. El hecho de que la masa estuviera compuesta de vidas individuales, de innumerables centros aislados de sensación provistos de su misma avidez de placer, de su propio y feroz rechazo del dolor —el hecho de que estos paquetes de sentimiento revistieran formas parecidas a la suya y tuvieran ojos para contemplar la alegría y jóvenes labios formados para el amor— constituyó una revelación que le produjo uno de aquellos arrebatos de piedad que a veces desequilibran una vida. La naturaleza de Lily era incapaz de semejante renovación: sólo podía sentir las exigencias ajenas a través de las propias, y ningún dolor era real si no castigaba sus propios nervios. Sin embargo, de momento había salido de su egoísmo para interesarse por la relación directa con un mundo tan diferente del suyo. Al primer donativo añadió su contribución personal a un par de los proyectos más interesantes, y la admiración suscitada entre las fatigadas obreras del club satisfizo de una forma nueva su insaciable deseo de agradar.

Las dotes de Gerty Farish como intérprete del carácter no eran suficientes para desenredar la maraña que constituía la filantropía de Lily. Suponía que su bella amiga actuaba movida por el mismo motivo que ella: esa intensificación de la visión moral que presta tanta proximidad e insistencia a todo el sufrimiento humano que los otros aspectos de la vida quedan diluidos en la lejanía. Gerty vivía de acuerdo con fórmulas tan sencillas que no vacilaba en definir el estado de su amiga como un «cambio de corazón» al que el trato con los pobres la había acostumbrado, y disfrutaba con la idea de haber sido el humilde instrumento de este cambio. Ahora tenía una respuesta para todas las

críticas contra el comportamiento de Lily; como había dicho, conocía a «la verdadera Lily» y el descubrimiento de que Selden también la conocía elevó su plácida aceptación de la vida a una confusa intuición de sus posibilidades: una intuición que en el curso de la tarde reforzó la llegada de un telegrama de Selden en que le preguntaba si podían cenar juntos por la noche.

Mientras Gerty se entregaba a las felices tareas impuestas por este mensaje, Selden la imitaba pensando a su vez con intensidad en Lily Bart. El caso que le había llevado a Albany no era lo suficientemente complicado para absorber toda su atención, y además poseía la facultad profesional de ocupar una parte de su pensamiento cuando no eran requeridos sus servicios. Esta parte —que de momento se parecía peligrosamente a la totalidad— estaba llena a reborar de las sensaciones de la noche anterior. Selden comprendía los síntomas: reconocía que debía pagar —como nunca había dudado de tener que hacerlo algún día— por las exclusiones voluntarias de su pasado. Había querido vivir libre de vínculos duraderos, no por pobreza de sentimientos, sino porque, al igual que Lily, aunque de forma distinta, era una víctima de su ambiente. Existía un germen de verdad en sus palabras cuando le dijo a Gerty Farish que nunca había querido casarse con una chica «buena», ya que el adjetivo tenía, en el vocabulario de su prima, connotaciones utilitarias que suelen excluir el lujo del atractivo. El destino de Selden había querido que tuviese una madre encantadora: su exquisito retrato, todo sonrisas y cashmere, seguía emanando la vaga fragancia de tan indefinible cualidad. Su padre era la clase de hombre que se recrea en una mujer atractiva, que cita sus palabras, la estimula y procura que siga siendo perennemente encantadora. Ninguno de los cónyuges se preocupaba por el dinero, pero su desdén adoptaba la forma de gastarlo sin la menor prudencia. Si su casa estaba algo vieja, ofrecía en cambio un aspecto refinado; si había buenos libros en las estanterías, también había buenos platos en la mesa. El padre entendía de cuadros, la madre entendía de encajes antiguos y ambos eran tan conscientes de la cautela y la discriminación en sus compras que nunca sabían a ciencia cierta cómo se amontonaban las facturas.

Aunque muchos amigos de Selden habrían llamado pobres a sus padres, él había crecido en un ambiente donde los medios restringidos sólo pesaban como un freno a la profusión desmesurada, donde las escasas posesiones eran de tan buena calidad que su rareza les prestaba un merecido relieve, y donde la abstinencia se mezclaba con la elegancia de un modo simbolizado por el don de la señora Selden para lucir su antiguo terciopelo como si fuera nuevo. Un hombre tiene la ventaja de librarse pronto del punto de vista doméstico, y antes de que Selden terminara la universidad ya había aprendido que hay tantas maneras diferentes de prescindir del dinero como de gastarlo. Por desgracia, no encontró ninguna manera tan agradable como la practicada en su casa, y sus opiniones, en especial sobre el sexo femenino, estaban

influenciadas por el recuerdo de la única mujer que le había dado su sentido de los «valores». Había heredado de ella la indiferencia por el aspecto suntuario de la vida: la despreocupación de las cosas materiales propia del estoico se aunaba en él con el placer que encuentra en ellas el epicúreo. La vida por separado de estos dos sentimientos se le antojaba disminuida, y en nada era la combinación de ambos ingredientes tan esencial como en el carácter de una mujer hermosa.

Selden siempre había pensado que la experiencia ofrecía muchas cosas además de aventuras sentimentales y, no obstante, podía concebir con claridad un amor que se engrandeciera y profundizara hasta convertirse en eje central de la vida. Lo que no podía aceptar en su propio caso era la alternativa improvisada de una relación que fuera menos que esto, que dejara insatisfechas algunas partes de su naturaleza y ejerciera una presión indebida sobre las otras. En otras palabras, nunca iba a ceder al desarrollo de un afecto que apelara a la piedad y dejara intacta la comprensión; la simpatía debía engañarle tan poco como un guiño de los ojos y la gracia de la indefensión, como el óvalo de una mejilla.

Pero ahora... este pequeño «pero» pasaba como una esponja por encima de todos sus votos. ¡Su resistencia razonada parecía de momento mucho menos importante que la cuestión de cuándo recibiría Lily su nota! Se entregó al encanto de las preocupaciones triviales, preguntándose a qué hora enviaría ella su respuesta y con qué palabras la empezaría. En cuanto al contenido, no tenía la menor duda: estaba tan seguro de la entrega de ella como de la suya propia. Y así gozaba de calma para meditar sobre todos sus exquisitos detalles, como un esforzado trabajador, en una mañana de vacaciones, podría yacer inmóvil en la contemplación de un rayo de luz que atravesara lentamente su habitación. Pero, aunque la nueva luz le deslumbrara, no cegaba sus ojos. Aún podía discernir el perfil de la realidad, pese a que su relación con ella había variado. No era menos consciente que antes de lo que se decía de Lily Bart, pero podía separar a la mujer que conocía de la opinión vulgar que se tenía de ella. Recordó las palabras de Gerty Farish y la sabiduría del mundo se le presentó como ignorancia ciega frente a la intuición de la inocencia. Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios ¡incluso al dios oculto en el corazón de su vecino! Selden se hallaba en el estado de apasionado ensimismamiento que produce la primera rendición al amor. Deseaba la compañía de una persona cuyo punto de vista justificara el suyo, que con meditada observación confirmara la verdad sobre la que se habían abalanzado sus intuiciones. No fue capaz de esperar a la pausa del mediodía, y aprovechó un momento en la sala del tribunal para redactar un telegrama a Gerty Farish.

Al llegar a la ciudad fue directamente a su club, donde esperaba encontrar

una nota de la señorita Bart. Sin embargo, en su buzón sólo había una línea de extasiado asentimiento de Gerty y ya se alejaba, desengañado, cuando una voz le llamó desde el fumador.

—¡Hola, Lawrence! ¿Cenas aquí? Ven a tomar un bocado; acabo de pedir pato.

Vio a Trenor en traje de calle, sentado tras una revista deportiva, con un vaso alto al alcance de la mano.

Selden le dio las gracias pero alegó un compromiso.

—Maldita sea, creo que esta noche tienen una cita todos los hombres de la ciudad. Estaré solo en el club. Ya sabes cómo vivo este invierno, perdido en esa casa vacía. Mi mujer pensaba venir hoy a la ciudad, pero ha vuelto a aplazarlo, y ¿cómo va a cenar un tipo solo en un comedor con los espejos tapados y una botella de salsa Harvey en el aparador como única vianda? Vamos, Lawrence, líbrate del compromiso y apiádate de mí... Me deprime cenar solo y en el club no hay nadie más que ese cretino de Wetherall.

—Lo siento, Gus, no puedo.

Selden advirtió, al volverse, que Trenor tenía el rostro encendido y un sudor desagradable en la frente, de una blancura intensa, y se fijó también en los anillos de valiosas piedras que se hundían en la grasa de sus dedos rojizos. Ciertamente, predominaba la bestia: la bestia del fondo del vaso. ¡Y había oído pronunciar el nombre de este individuo junto al de Lily! La idea le asqueó y mientras volvía a su apartamento le obsesionó la visión de las manos gruesas y arrugadas de Trenor.

La nota estaba sobre su mesa: Lily la había enviado a su casa. Sabía lo que decía ante de romper el sello, un sello gris con la inscripción «¡Más allá!» bajo un barco volador. ¡Ah! La llevaría más allá: más allá de lo repulsivo y lo mediocre, de la atrición y la corrosión del alma...

El saloncito de Gerty resplandecía cuando Selden entró en él. Sus modestos «efectos», rebosantes de pintura lacada e ingenio, le hablaron el lenguaje más dulce para sus oídos en aquellos momentos. Es sorprendente lo poco que importan las paredes cortas y el techo bajo cuando la bóveda del alma se ha elevado de improviso. Gerty también resplandecía, o por lo menos brillaba con un moderado resplandor. Selden no se había percatado nunca de que tenía «aspectos» favorables; realmente, un buen chico podría elegir peor... Durante la breve cena (en la que, de nuevo, los efectos fueron maravillosos) le dijo a Gerty que debía casarse; en su estado de ánimo, habría querido casar a todo el mundo. ¿Habría hecho la crema con sus propias manos? Era un pecado reservarse tales dones para sí misma. Recordó con orgullo que Lily sabía adornar sus propios sombreros: así lo había asegurado

el día de su paseo en Bellomont.

No habló de Lily hasta después de la cena. Mientras comían, centró la conversación en su anfitriona, quien, halagada por aquel derroche de atención, estaba tan sonrosada como las pantallitas para las velas que había confeccionado para la ocasión. Selden manifestó un extraordinario interés por la decoración doméstica, la felicitó por su ingenio al aprovechar cada centímetro del pequeño apartamento, preguntó si su criada salía por las tardes, se enteró de que se pueden improvisar cenas deliciosas sobre un infiernillo y generalizó sobre los inconvenientes de una vivienda grande.

Cuando volvieron al saloncito, donde se acomodaron cada uno en su sitio como elementos de un rompecabezas, ella hizo café y lo sirvió en las minúsculas tazas de su abuela. Selden se recostó en el respaldo, saboreando la cálida fragancia, y su mirada fue a posarse en una reciente fotografía de la señorita Bart, por lo que la deseada transición se efectuó sin esfuerzo. La fotografía estaba bien... pero ¡captarla con el aspecto que ofrecía la víspera! Gerty asintió: nunca la había visto tan radiante. ¿Podía la fotografía captar aquella luz? Había algo nuevo en su rostro, algo distinto; sí, Selden también pensaba que había algo distinto. El café era tan exquisito que pidió otra taza; ¡vaya contraste con el aguado brebaje del club! ¡Ah, el pobre solterón, con su impersonal comida del club alternando con la cuisine igualmente impersonal de las fiestas! El hombre que vivía en apartamentos alquilados se perdía lo mejor de la vida; describió la triste soledad de la cena de Trenor y sintió una momentánea compasión por él... Pero, volviendo a Lily... y volvió a ella una y otra vez, preguntando, haciendo conjeturas, sonsacando a Gerty y extrayendo de sus más íntimos pensamientos toda la ternura almacenada que le había inspirado su amiga.

Al principio, Gerty se explayó sin titubeos, feliz por esta perfecta comunión de simpatías. El hecho de que comprendiera a Lily la ayudaba a reafirmar su fe en su amiga. Comentaron la circunstancia de que Lily no tenía suerte. Gerty habló de sus impulsos generosos y también su inquietud y descontento. La vida no la satisfacía porque estaba hecha para cosas mejores. Podía haberse casado más de una vez —el convencional matrimonio con un hombre rico que por su educación debía considerar el único fin de la existencia—, pero, cuando se presentaba la oportunidad, la desdeñaba invariablemente. Percy Gryce, por ejemplo, estaba enamorado de ella; en Bellomont todo el mundo creía que se habían prometido y se consideró inexplicable el alejamiento de Lily. Esta versión del incidente con Gryce armonizaba demasiado bien con el estado de ánimo de Selden para que no la adoptara como suya, con una chispa de desdén retrospectivo por lo que entonces le pareció la solución obvia. Si había habido alejamiento —¡y ahora le extrañó haberlo dudado alguna vez!—, él tenía la clave del secreto y las

colinas de Bellomont estaban iluminadas, no por el crepúsculo, sino por el amanecer. Era él quien había titubeado y renegado de la oportunidad... y la alegría que ahora invadía su pecho podría haber sido un sentimiento familiar si la hubiera atrapado en su primer vuelo.

Fue en este punto, tal vez, cuando una alegría que empezaba a probar sus alas en el corazón de Gerty se desplomó y quedó inmóvil. Sentada frente a Selden, repetía mecánicamente: «No, nunca la han comprendido...», mientras ella parecía encontrarse en el centro de una comprensión deslumbrante. El reducido y confidencial aposento, donde un rato antes los pensamientos de ambos se habían tocado como sus sillas, se convirtió en una inmensidad hostil que la separaba de Selden en toda la longitud de su nueva visión del futuro... y aquel futuro se extendía interminablemente y su figura solitaria avanzaba por él como un puntito en medio de la desolación.

—Sólo es ella misma con muy contadas personas y tú eres una de ellas — oyó decir a Selden. Y otra vez—: Sé buena con ella, Gerty, ¿verdad que lo serás? —Y en seguida—: Podría llegar a ser lo que la gente piensa de ella... ¿La ayudarás, pensando que es la mejor?

Las palabras golpearon el cerebro de Gerty como el sonido de una lengua que parece familiar a cierta distancia pero que al aproximarse resulta ininteligible. Había venido a hablarle de Lily... ¡nada más! Había habido una tercera persona en la cena, una persona que le había quitado el sitio. Intentó seguir el hilo de las frases de Selden, atenerse a su parte de la conversación, pero todo era tan incomprensible como el fragor de las olas en la cabeza de un naufrago, y Gerty sintió, como un naufrago, que hundirse no sería nada en comparación con el dolor de pugnar por mantenerse a flote.

Selden se levantó y ella respiró hondo, sintiendo que pronto podría abandonarse a las benditas olas.

—¿En casa de la señora Fisher? ¿Dices que ha cenado allí? Después habrá música; creo que recibí una invitación. —Echó una ojeada al absurdo reloj de color rosa que marcaba aquella hora fatídica—. ¿Las diez y cuarto? Quizás vaya ahora; las veladas de los Fisher son divertidas. ¿No te he obligado a trasnochar demasiado, Gerty? Pareces cansada... He hablado por los codos y te he aburrido. Y, en una rara efusión de sus sentimientos, plantó un beso fraternal en la mejilla de su prima.

En casa de la señora Fisher, una docena de voces saludaron a Selden a través del humo de cigarro que invadía el estudio. Sonaban los acordes de una canción, así que se sentó en un asiento próximo a su anfitriona y buscó con los ojos a la señorita Bart. Pero no la vio y el descubrimiento le causó un dolor desproporcionado, ya que la nota que llevaba en el bolsillo de la chaqueta le citaba para las cuatro del día siguiente. Pero este plazo se le antojaba a su

impaciencia de una longitud insoportable y, un poco avergonzado de su impulso, se inclinó hacia la señora Fisher, una vez terminada la música, para preguntarle si la señorita Bart había cenado con ella.

—¿Lily? Acaba de irse. Llegaba tarde a algún sitio, no recuerdo adónde. ¿No estuvo maravillosa anoche?

—¿De quién habláis? ¿De Lily? —inquirió Jack Stepney desde las profundidades de una poltrona vecina—. Realmente, sabéis que no soy puritano, pero que una chica se exhiba de ese modo como si se vendiera en una subasta... He estado a punto de ir a hablar con la prima Julia.

—¿No sabía usted que Jack se ha convertido en nuestro censor oficial? —dijo, riendo, a Selden la señora Fisher; y Stepney farfulló, entre la hilaridad general:

—Maldita sea, es prima mía y cuando un hombre está casado... Town Talk no habla más que de ella esta mañana.

—Sí, y en un artículo muy jugoso —convino el señor Ned van Alstyne, atusándose el bigote para esconder una sonrisa—. ¿Que si compro esa porquería? No, claro que no, un sujeto me la ha enseñado... pero ya había oído antes estas historias. Cuando una chica es guapa como ella, debe casarse cuanto antes; así nadie hace preguntas. En nuestra sociedad tan imperfectamente organizada no está previsto aún el caso de la joven que reclama los privilegios del matrimonio sin cargar con sus obligaciones.

—Bueno, tengo entendido que Lily está a punto de cargar con ellas en la forma del señor Rosedale —dijo la señora Fisher con una carcajada.

—¿Rosedale? ¡Cielo santo! —exclamó Van Alstyne, dejando caer el monóculo—. Stepney, es culpa tuya por imponernos a ese patán.

—Oh, maldita sea, sabéis muy bien que en nuestra familia nadie se casaría con Rosedale —protestó Stepney con languidez. Sin embargo, su esposa, ataviada con excesiva elegancia nupcial y sentada en el otro extremo de la habitación, le interrumpió con una reflexión juiciosa:

—En las circunstancias de Lily es un error tener demasiadas pretensiones.

—He oído decir que hasta Rosedale se ha asustado de las murmuraciones —observó la señora Fisher—, pero verla anoche le enloqueció. ¿Qué creéis que me dijo después de su cuadro? «Por Dios, señora Fisher, si pudiera convencer a Paul Morpeth de pintarla así, la tela valdría cien veces más dentro de diez años».

—¡Por todos los santos! ¿Y dónde estará ahora? —exclamó Van Alstyne, colocándose de nuevo el monóculo con una mirada inquieta.

—Ha salido mientras todos estábamos abajo, mezclando el ponche. Pero ¿adónde habrá ido? ¿Qué hay esta noche? Nada, que yo sepa.

—Creo que no se trata de ninguna fiesta —dijo el joven e inexperimentado Farish, que había llegado tarde—. Yo entraba cuando ella se iba; la he ayudado a subir al coche y ha dado al cochero las señas de los Trenor.

—¿De los Trenor? —exclamó la esposa de Jack Stepney—. Pero si la casa está cerrada... Judy me ha telefonado esta tarde desde Bellomont.

—¿De veras? Qué raro. Estoy seguro de haber oído bien. Bueno, al fin y al cabo, está Trenor... Yo... en fin... lo cierto es que nunca recuerdo bien los números... —se interrumpió, amonestado por un puntapié y por las sonrisas que circularon por la habitación.

Bajo su luz desagradable, Selden se levantó y estrechó la mano de su anfitriona. El ambiente del lugar le ahogaba y se extrañó de haberse quedado tanto rato.

Se detuvo en el umbral, recordando una frase de Lily: «Tengo la impresión de que pasa gran parte de su tiempo en un elemento que no es el suyo».

Sin embargo... ¿por qué había ido a casa de la señora Fisher, sino en busca de ella? Era el elemento de Lily, no el suyo. Pero la sacaría de él, ¡la llevaría más allá! Aquel «¡Más allá!» de su nota era como un grito de socorro. Sabía que la labor de Perseo no ha terminado después de desencadenar a Andrómeda, porque los miembros de ésta siguen entumecidos y no puede levantarse y andar: de ahí que se agarre a él con los brazos colgantes mientras Perseo vuelve a tierra con su carga. Pues bien, él tenía fuerza suficiente para los dos: la debilidad de ella le había dado ánimos. Por desgracia, no era el limpio oleaje contra lo que tendrían que luchar, sino un pantano resbaladizo de antiguos hábitos y asociaciones y, por el momento, sus vapores le atenazaban la garganta. Pero pronto vería con más claridad y respiraría más libremente en su presencia: ella era al mismo tiempo la carga y el mástil que los llevaría a tierra firme. Sonrió ante el remolino de metáforas con que intentaba defenderse de las influencias de la última hora. Era lamentable que él, que conocía los motivos encontrados de que dependen los criterios sociales, se dejara impresionar por ellos. ¿Cómo podía conducir a Lily a una visión más libre de la vida cuando su propio concepto de ella era coloreado por cualquier visión ajena en que la viera reflejada?

La opresión moral le produjo una necesidad física de aire y siguió caminando, abriendo los pulmones a la fría reverberación de la noche. En la esquina de la Quinta Avenida, Van Alstyne le llamó, ofreciéndole su compañía.

—¿Va usted a pie? Es bueno quitarse el humo de la cabeza; ahora que las

mujeres han empezado a fumar, vivimos en un baño de nicotina. Sería curioso estudiar el efecto de los cigarrillos en las relaciones entre los sexos. El humo es un disolvente casi tan grande como el divorcio: ambos tienden a oscurecer la cuestión moral.

Nada podría haber estado menos en consonancia con el estado de ánimo de Selden que los aforismos de sobremesa de Van Alstyne, pero mientras éste se limitara a generalizar, los nervios de su interlocutor no perderían el control. Por fortuna, Van Alstyne se enorgullecía de saber resumir los aspectos sociales y con un auditorio como Selden le interesaba demostrar lo certero de sus apreciaciones. La señora Fisher vivía al este del parque, en una calle transversal, y mientras los dos hombres andaban por la Quinta Avenida, los nuevos detalles arquitectónicos de aquella versátil calle propiciaron los comentarios de Van Alstyne.

—La casa Greiner, por ejemplo: ¡un peldaño típico de la escala social! El hombre que la construyó procedía de un medio en que todos los platos se sirven juntos en la mesa. La fachada es una comida arquitectónica completa: si hubiese omitido un estilo, sus amigos habrían pensado que se le había acabado el dinero. Pero no ha sido una mala adquisición para Rosedale: llama la atención y encandila a los turistas del Oeste. Poco a poco superará esta fase y querrá algo que no atraiga a las masas y sólo haga pararse a algún que otro transeúnte. En especial si se casa con mi inteligente prima...

Selden interrumpió al instante con la pregunta:

—¿Y Wellington Bry? Bastante listo para los de su clase, ¿no cree?

Se hallaban justo ante la gran fachada blanca, de línea severa y suntuosa a la vez, que sugería el inteligente encorsetado de una figura ampulosa.

—Ésta es la fase siguiente: el deseo de insinuar que se ha viajado a Europa y alcanzado cierto nivel. Estoy seguro de que la señora Bry cree que su casa es una copia del Trianón: en América todas las casas de mármol con muebles dorados se consideran una copia del Trianón. Pero ¡qué ingenioso ha sido el arquitecto al juzgar a su cliente! Ha puesto entera a la señora Bry en su empleo del orden compuesto de elementos clásicos. En cambio, quizá recuerde usted que para los Trenor eligió el corintio: exuberante, pero basado en el mejor precedente. La casa Trenor es una de sus mejores obras: no parece una sala de banquetes puesta del revés. Tengo entendido que la señora Trenor quiere añadir un nuevo salón de baile y es la discrepancia con Gus en este punto lo que la retiene en Bellomont. Las dimensiones de la sala de baile de los Bry deben inspirarle envidia; puede estar seguro de que las conoce tan bien como si las hubiera medido anoche con una cinta métrica. A propósito, ¿quién dijo que estaba en la ciudad? ¿El joven Farish? No es cierto, la señora Stepney tenía razón; fíjese, la casa está a oscuras. Supongo que Gus vive en la parte

posterior.

Se había detenido frente a la esquina de los Trenor y Selden no tuvo más remedio que imitarle. La casa parecía tétrica y deshabitada; sólo una curva iluminada sobre la puerta revelaba una ocupación provisional.

—Han comprado la casa de atrás, con lo que tienen una fachada de cuarenta y cinco metros en la calle lateral. Allí es donde habilitarán la sala de baile, a la que se accederá por una galería; arriba habrá la sala de billar y otras dependencias. Les sugerí que cambiaran la entrada y dieran al salón toda la amplitud de la fachada que da a la Quinta Avenida; como ve, la puerta principal coincide con las ventanas...

El bastón que empleaba Van Alstyne como puntero se bajó al tiempo que su propietario profería una exclamación de asombro al ver abrirse la puerta y salir dos figuras que se perfilaron contra la luz del vestíbulo. En el mismo momento se detuvo un coche de alquiler junto al bordillo de la acera y una de las figuras bajó flotando en un halo de prendas vaporosas mientras la otra, negra y abultada, seguía aún proyectada contra la luz.

Durante un segundo inconmensurable, los dos espectadores del incidente guardaron silencio; entonces la puerta de la casa se cerró, el coche inició la marcha y toda la escena se desvaneció como por arte de magia.

Van Alstyne dejó caer el monóculo con un silbido ahogado.

—Hmmm... Ni una palabra sobre esto, ¿eh, Selden? Como miembro de la familia, sé que puedo confiar en usted... Las apariencias engañan... y la Quinta Avenida tiene una iluminación tan deficiente...

—Buenas noches dijo Selden, alejándose por la calle lateral sin ver la mano extendida de su acompañante.

Sola con el beso de su primo, Gerty se sumió en sus pensamientos. La había besado otras veces... pero no con otra mujer en los labios. Si no hubiera venido, podría haberse ahogado tranquilamente, sumergiéndose de buen grado en las aguas oscuras. Pero ahora estas aguas estaban iluminadas y era más difícil ahogarse al amanecer que en las tinieblas. Gerty ocultó su rostro a la luz, pero ésta penetró por las rendijas de su alma. Antes estaba tan contenta, la vida le parecía tan sencilla y suficiente: ¿por qué había venido a perturbarla él con nuevas esperanzas? Y Lily... ¡Lily, su mejor amiga! Como una mujer, acusaba a la mujer. De no haber sido por Lily, tal vez su sueño podría haberse convertido en realidad. Selden siempre había simpatizado con ella y comprendido la modesta independencia de su vida. Con su fama de sopesar todas las cosas en la delicada balanza de las percepciones más exigentes, la había juzgado siempre con sencillez y sin crítica; y su inteligencia no había deslumbrado en exceso a Gerty porque siempre se sentía a gusto en su

corazón. ¡Y ahora la mano de Lily la había expulsado de él y cerrado la puerta en las narices! ¡Después de que ella misma le hubiera suplicado a Selden que la dejara entrar! La situación se le presentaba bajo un triste destello de ironía. Conocía a Selden, sabía que la fuerza de la fe que ella tenía en Lily le había ayudado a vencer sus vacilaciones. Recordó también cómo había hablado de él Lily y se vio a sí misma acercándose, procurando que se conocieran el uno al otro. No cabía duda de que la herida infligida por Selden era inconsciente; nunca había adivinado su insensato secreto, pero Lily... ¡Lily debía conocerlo! ¿Cuándo falla la intuición de una mujer en semejantes cuestiones? Y, si lo conocía, había despojado deliberadamente a su amiga y, además, por un mero capricho de poder, ya que, a pesar de los repentinos e intensos celos de Gerty, parecía imposible que Lily deseara ser la esposa de Selden. Podía ser incapaz de casarse por dinero, pero era igualmente incapaz de vivir sin él, y las ansiosas investigaciones de Selden sobre las pequeñas economías domésticas hacían pensar a Gerty que le había engañado tan trágicamente como ella.

Estuvo mucho rato en el saloncito, donde los rescoldos se deshacían en una ceniza fría y gris y la lámpara perdía intensidad tras la alegre pantalla. Justo debajo estaba la fotografía de Lily Bart, que contemplaba con aires de emperatriz las baratas chucherías y los apretados muebles de la pequeña habitación. ¿Podía imaginarla Selden en semejante interior? Gerty vio la pobreza, la insignificancia de su entorno; contempló su vida con los ojos de Lily y la crueldad de las opiniones de ésta de repente la conmovió. Comprendió que había adornado a su ídolo con atributos que sólo existían en su imaginación. ¿Cuándo se había emocionado realmente Lily, o sentido compasión o comprendido a alguien? Lo único que le interesaba era saborear experiencias nuevas: parecía un ser cruel que realizara experimentos en un laboratorio.

El reloj de esfera rosada tocó otra hora y Gerty se puso en pie con un sobresalto. Por la mañana tenía una cita a hora muy temprana con una visitante de distrito en un lugar del East Side. Apagó la lámpara, cubrió el fuego y fue a desnudarse al dormitorio. Vio reflejado su rostro en el pequeño espejo del tocador, rodeado de las sombras de la habitación, y las lágrimas emborronaron la imagen. ¿Qué derecho tenía a acariciar hermosos sueños? Una cara vulgar invitaba a un destino vulgar. Lloró en silencio mientras se desnudaba y ordenaba las prendas con su precisión habitual, a fin de tenerlo todo preparado para el día siguiente; entonces reanudaría la vida normal como si no hubiera habido ninguna interrupción en su rutina. La sirvienta no llegaba hasta las ocho, por lo que se preparó personalmente la bandeja del té y la dejó junto a la cama. Después cerró con llave la puerta del apartamento, apagó la luz y se acostó. Pero no podía conciliar el sueño, comprendiendo que odiaba a Lily Bart. Esta certeza surgió de la oscuridad como un pecado informe con el que tendría que luchar cuerpo a cuerpo. Razón, sentido común, renunciación: todas

las sensatas fuerzas diurnas fueron vencidas en la dura lucha por la propia supervivencia. Quería la felicidad, la quería con la misma fiereza que Lily, pero sin el poder de Lily para conquistarla. Y, consciente de su impotencia, trémula e inmóvil, continuó odiando a su amiga...

La campanilla de la puerta la hizo saltar de la cama. Encendió una vela y se paró a escuchar, asustada. El corazón le latió sin freno unos segundos, hasta que el sentido de la realidad la serenó y recordó que tales llamadas no eran infrecuentes en su trabajo caritativo. Se puso la bata, corrió a abrir la puerta y se encontró con la radiante visión de Lily Bart.

El primer movimiento de Gerty fue de aversión; retrocedió como si la presencia de Lily iluminara su pesadumbre con demasiada fuerza. Entonces oyó gritar su nombre, entrevió el semblante de su amiga y se dejó abrazar fuertemente por ella.

—¡Lily! ¿Qué ocurre? —exclamó.

La señorita Bart la soltó, casi sin aliento, como un prófugo que encuentra asilo después de una prolongada huida.

—Tenía tanto frío... No podía ir a casa. ¿Está encendida la chimenea?

Los instintos compasivos de Gerty reaccionaron a la urgente llamada de la costumbre y eliminaron todos sus recelos. Lily era simplemente una persona que necesitaba ayuda: no había tiempo de preguntar la razón ni de hacer conjeturas; la piedad disciplinada ahogó un interrogante en los labios de Gerty, que condujo en silencio a su amiga al saloncito y la hizo sentar junto a la chimenea apagada.

—Hay algunas astillas aquí; haré fuego en un minuto.

Se arrodilló y la llama saltó en seguida bajo sus rápidas manos, produciendo extraños destellos a través de las lágrimas que aún temblaban en sus ojos e iluminando el blanco y desencajado rostro de Lily. Las dos se miraron en silencio y Lily repitió:

—No podía ir a casa.

—No... no... ¡Has venido aquí, querida! Tienes frío y estás cansada... No te muevas mientras hago un poco de té.

Gerty había adoptado sin darse cuenta el tono consolador de su profesión: todos los sentimientos personales se fundieron en este sentido de ministerio; la experiencia le había enseñado que antes de examinar la herida hay que restañar la sangre.

Lily permaneció inmóvil, inclinada sobre el fuego; el tintineo de las tazas a su espalda la consolaba como los ruidos familiares calman al niño asustado del

silencio. Pero, cuando Gerty volvió con el té, lo rechazó y miró con ojos ausentes la conocida habitación.

—He venido porque no podía soportar la soledad —explicó.

Gerty dejó la taza sobre la mesa y se arrodilló junto a ella.

—¡Lily! Ha ocurrido algo... ¿Puedes contármelo?

—No podía quedarme en vela en mi dormitorio hasta la mañana. Detesto mi habitación en casa de tía Julia... así que vine aquí...

Se estremeció de improviso, saliendo de su apatía, y abrazó a Gerty en un nuevo arrebato de temor.

—Oh, Gerty, las Furias... Ya conoces el ruido de sus alas, lo has oído, ¿verdad?, de noche, en la penumbra... No, no lo has oído, la oscuridad no tiene por qué asustarte...

Estas palabras, después de las últimas horas de Gerty, arrancaron a ésta un débil murmullo de sarcasmo, pero Lily, inmersa en su propia desgracia, era sorda a todo.

—¿Dejarás que me quede? Cuando amanezca ya no me importará... ¿Es tarde? ¿Falta poco para que se acabe la noche? Debe ser horrible no poder dormir... Todo se detiene ante tu cama y te mira fijamente...

—¡Lily, mírame! Ha sucedido algo... ¿un accidente, tal vez? Estás asustada... ¿Qué es lo que te ha asustado? Dímelo, si te es posible, sólo unas palabras... para que pueda ayudarte.

Lily negó con la cabeza.

—No estoy asustada; ésta no es la palabra. ¿Te imaginas mirándote al espejo una mañana y viendo una desfiguración... un cambio espantoso que se ha producido mientras dormías? Pues bien, yo me veo así: no soporto verme reflejada en mis propios pensamientos... Ya sabes que odio la fealdad, siempre me he apartado de ella... Pero no puedo explicártelo... No lo comprenderías. —Levantó la cabeza y posó la mirada en el reloj—. ¡Qué larga es la noche! Y no sé si podré dormir mañana. Alguien me dijo que mi padre solía pasar la noche en vela, pensando cosas horribles. Y él no era malo, sólo poco afortunado, pero ¡ahora comprendo cuánto debía sufrir, a solas con sus pensamientos! En cambio, yo soy mala, una mujerzuela, todos mis pensamientos son malos y siempre he estado rodeada de personas malas. ¿Sirve esto de excusa? Pensé que podía dirigir mi propia vida... Era orgullosa... ¡orgullosa! Pero ahora estoy a su mismo nivel...

Los sollozos la sacudieron y se abandonó a ellos como un árbol a una tormenta de viento.

Gerty volvió a arrodillarse su lado y esperó, con la paciencia nacida de una larga práctica, a que este arranque de desesperación le soltara la lengua. Al principio se había imaginado una especie de conmoción física, algún peligro de las calles atestadas, ya que suponía que Lily se dirigía a su casa desde la de Carry Fisher, pero ahora comprendía que eran otros los centros nerviosos lastimados y tenía la cabeza confusa de tanto hacer conjeturas.

Lily dejó de sollozar y levantó la cabeza.

—En tus barrios bajos hay chicas malas. Dime... ¿se sobreponen alguna vez? ¿Olvidan algún día y vuelven a sentir como antes?

—¡Lily! No debes hablar de este modo... Estás desvariando.

—¿No van siempre de mal en peor? No se puede volver atrás... Tu antiguo yo te rechaza, te excluye. —Se puso en pie y estiró los brazos como si no pudiera más de cansancio—. ¡Ve a la cama, querida! Trabajas mucho y te levantas temprano. Me quedaré aquí, junto al fuego; tú deja la vela encendida y la puerta abierta. Sólo quiero saber que estás cerca de mí.

Puso las manos sobre los hombros de Gerty con una sonrisa que parecía un amanecer sobre un mar salpicado de restos de un naufragio.

—No puedo dejarte, Lily. Ven y acuéstate en mi cama. Tus manos están heladas... Tienes que desnudarte y entrar en calor. —Se interrumpió, alarmada de repente—. Pero... ¿y la señora Peniston? ¡Es más de medianoche! ¿Qué pensará?

—Siempre se acuesta. Tengo una llave. Da lo mismo... No puedo volver allí.

—No es necesario; te quedarás conmigo. Pero tienes que decirme dónde has estado. Escucha, Lily, ¡te hará bien hablar! —Le cogió de nuevo las manos y las apretó contra su pecho—. Trata de contármelo: te despejará la cabeza. Escucha: has cenado en casa de Carry Fisher. —Gerty hizo una pausa y añadió en un arranque de heroísmo—: Lawrence Selden salió de aquí para ir allí a buscarte.

Al oír esto, la angustia muda del rostro de Lily se transformó en el dolor candoroso de un niño. Sus labios temblaron y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Ha ido a buscarme? ¡Nos hemos cruzado! Oh, Gerty, intentaba ayudarme. ¡Me lo dijo, me lo advirtió hace mucho tiempo, presintió que llegaría a odiarme a mí misma!

Con un sobresalto en el corazón, Gerty vio que aquel nombre había tocado los resortes de la autocompasión que embargaba el alma de su amiga, quien, lágrima tras lágrima, dio rienda suelta a su dolor. Se había recostado de lado

en el gran sillón del saloncito, con la cabeza reclinada donde hacía poco Selden había apoyado la mano, en un abandono en cuya belleza los vulnerados sentidos de Gerty pudieron ver la inevitabilidad de la propia derrota. ¡Ah, Lily no necesitaba proponérselo para robarle un sueño! Mirar su belleza doliente equivalía a ver en ella una fuerza natural, a reconocer que el poder y el amor pertenecen a las personas como Lily, del mismo modo que la renunciación y el servicio son el sino de aquellas a quienes despojan. Pero, si el enamoramiento de Selden parecía una necesidad fatal, el efecto producido por su nombre asestó el golpe definitivo a la lealtad de Gerty. Los hombres pasan por tales amores sobrehumanos y sobreviven a ellos; son la prueba que somete al corazón a las alegrías humanas. ¡Con qué ardor se habría entregado Gerty al ejercicio de su caritativo ministerio! ¡Qué grato habría sido para ella devolver al afligido la tolerancia de la vida! Pero la confesión de Lily le arrebató esta última esperanza. La doncella mortal de la orilla es impotente frente a la sirena que ama a su presa: semejantes víctimas son arrojadas a la playa muertas después de su aventura.

Lily se levantó de un salto y la agarró con fuerza.

—Gerty, tú le conoces... le comprendes... Dime: si acudiera a él, si se lo contara todo... si le dijera: «Soy mala en todos los aspectos, necesito admiración, necesito emociones, necesito dinero...», sí, ¡dinero! Ésta es mi vergüenza, Gerty... y se sabe, se dice de mí... es lo que los hombres piensan de mí... Si le dijera todo esto... si le contara toda la historia... si dijera claramente: «He caído más bajo que nadie, porque he aceptado lo que aceptan las peores y no he pagado lo que ellas pagan»... ¡Oh, Gerty, tú le conoces, tú puedes hablar por él! Si se lo contara todo, ¿me despreciaría o se apiadaría de mí, me comprendería y me salvaría de odiarme a mí misma?

Gerty, fría y pasiva, sabía que había sonado la hora de la prueba y su pobre corazón palpitaba desbocado contra su destino. Como fluye un río oscuro bajo la luz de un relámpago, así vio pasar su ocasión de felicidad bajo el destello de la tentación. ¿Qué le impedía decir: «Es como los demás hombres»? ¡Después de todo, no estaba tan segura de él! Pero decirlo habría equivalido a blasfemar de su amor. No podía verle bajo otra luz que la más noble: debía atribuirle la misma altura que a su propia pasión.

—Sí: le conozco; te ayudará —dijo, y al instante la pasión de Lily se derramó en lágrimas contra su pecho.

Sólo había una cama en el pequeño apartamento y las dos se acostaron en ella cuando Gerty hubo desabrochado el vestido de Lily y conseguido que bebiera un poco de té caliente. Una vez apagada la luz, en silencio en la oscuridad, Gerty se arrimó al borde de la estrecha cama para evitar el contacto con su amiga. Sabiendo que a ésta le disgustaban las caricias, había aprendido

hacía tiempo a frenar sus efusivos impulsos. Sin embargo, esta noche todas las fibras de su cuerpo rehuían la proximidad: era una tortura escuchar su respiración y sentir cómo la sábana se movía al mismo ritmo. Cuando Lily dio media vuelta, a punto de sumirse en un sueño reparador, un mechón de cabellos rozó con su fragancia la mejilla de Gerty. Todo en ella era cálido, suave y perfumado; incluso las manchas de su aflicción la favorecían como las gotas de lluvia a una rosa inclinada bajo su embate. Pero mientras Gerty yacía con los brazos junto al cuerpo, en la inerte posición de una efigie, oyó el rumor de los sollozos de la forma cálida y viva que estaba acostada a su lado; en seguida la mano de Lily buscó a tientas la de su amiga y la apretó con fuerza.

—Abrázame, Gerty, abrázame, o pensaré en cosas —gimió y Gerty deslizó en silencio un brazo por debajo de su cuello y dejó que la cabeza se apoyara en él como una madre hace un nido para su hijo asustado. En el cálido hueco, Lily dejó de moverse y su respiración se volvió tranquila y regular. Aún retenía la mano de Gerty en la suya, como para ahuyentar cualquier pesadilla, pero los dedos se relajaron, la cabeza se hundió más en su refugio y Gerty notó que se había dormido.

Capítulo XV

Cuando Lily se despertó, estaba sola en la cama y la luz invernal llenaba la habitación.

Se incorporó, perpleja ante la extrañeza de su entorno; después recobró la memoria y miró a su alrededor con un estremecimiento. Bajo el frío rayo de luz refractada por la pared lateral del edificio contiguo, vio su vestido de noche y su capa de la ópera en un desordenado montón encima de una silla. Las galas arrugadas ofrecen un aspecto tan poco apetitoso como los restos de un banquete, y a Lily se le ocurrió pensar que en casa de su tía la vigilancia de la doncella le había ahorrado siempre la visión de cosas tan incongruentes. El cuerpo le dolía de cansancio por la incómoda posición en la cama de Gerty. En toda la duración de su inquieto sueño había sido consciente de no tener espacio suficiente para moverse, y el largo esfuerzo para permanecer inmóvil le daba la sensación de haber pasado la noche en un tren.

Este sentido de incomodidad física fue el primero en afirmarse; después, percibió una correspondiente postración mental, una languidez horrorizada más insufrible que la primera oleada de repugnancia. La idea de tener que despertarse todas las mañanas con este peso en el corazón infundió cierta actividad a su pensamiento fatigado. Debía encontrar algún modo de salir del

pantano en que había caído; más que la compunción, fue el temor a sus ideas matutinas lo que la convenció de la necesidad de actuar. Sin embargo, estaba rendida de cansancio; pensar con coherencia suponía un arduo trabajo. Volvió a echarse, mirando el diminuto dormitorio con renovada aversión física. El aire exterior, comprimido entre edificios altos, no dejaba entrar frescor por la ventana abierta; el vapor de una tetera empezaba a silbar sobre un gastado fogón de espiral y por la rendija de la puerta olía a comida.

La puerta se abrió y Gerty, vestida y con sombrero, entró con una taza de té. Su rostro se veía amarillento e hinchado a la exigua luz y su cabello de color apagado se difuminaba imperceptiblemente entre los tonos de la tez.

Miró de soslayo a Lily y le preguntó con voz turbada cómo se sentía; Lily contestó con la misma reserva y se sentó para tomar el té.

—Debía de estar muy fatigada anoche; creo que tuve un ataque de nervios en el coche —explicó, mientras la bebida despejaba sus pensamientos confusos.

—No estabas bien; me alegro mucho de que vinieras —respondió Gerty.

—Pero ¿cómo iré a casa? ¿Y tía Julia...?

—Lo sabe; he telefoneado temprano y tu doncella te ha traído algunas cosas. Pero ¿no quieres comer algo? He hecho huevos revueltos.

Lily no podía comer, pero el té le dio fuerzas para levantarse y vestirse bajo la inquisitiva mirada de su doncella. Fue un alivio que Gerty tuviera que marcharse a toda prisa; se besaron en silencio, pero sin trazas de la emoción de la víspera.

Encontró a la señora Peniston en un estado de gran agitación. Había enviado a buscar a Grace Stepney y tomaba digital. Lily arrojó el temporal de preguntas lo mejor que pudo, explicando que había sufrido un desmayo al volver de casa de Carry Fisher y, por temor de que le faltaran fuerzas para llegar a casa de su tía, había ido a la de la señorita Farish, pero que tras una noche de descanso se sentía restablecida y no necesitaba al médico.

Esto fue un consuelo para la señora Peniston, que así pudo dedicarse por entero a sus propios síntomas, después de aconsejar a su sobrina que fuera a echarse un rato, su panacea para todos los trastornos tanto físicos como morales. En la soledad de su habitación, Lily afrontó una seria contemplación de los hechos. Su opinión de ellos, a la luz del día, difería necesariamente de la confusa visión de la noche. Las Furias aladas eran ahora chismosas inoportunas que se visitaban a la hora del té. Pero sus temores parecían aún más temibles, despojados de su vaguedad y, además, era preciso actuar, no divagar. Por primera vez se obligó a sí misma a calcular la cantidad exacta de

su deuda con Trenor y el resultado de tan odioso cómputo fue el descubrimiento de que, en total, había recibido de él nueve mil dólares. El fútil pretexto aducido para darlos y recibirlos se desintegró en una llamarada de vergüenza: sabía que no era suyo ni un solo centavo de aquella cantidad, y que para recuperar el amor propio tenía que devolverla íntegra. La imposibilidad de aliviar así sus escandalizados sentimientos se tradujo en una paralizante sensación de insignificancia. Empezaba a comprender por primera vez que la dignidad de una mujer puede costar más de mantener que la altivez de su porte, y el hecho de que la conservación de un atributo moral dependiera de dólares y centavos daba al mundo un aspecto más sórdido del que jamás le hubiera atribuido.

Después de almorzar, cuando los ojos penetrantes de Grace Stepney ya no estaban para espiarla, Lily expresó el deseo de hablar con su tía. Las dos mujeres subieron al saloncito, donde la señora Peniston tomó asiento en su poltrona de satén negro adornada con botones amarillos, junto a una mesita con reborde sobre la que había una caja de bronce con una miniatura de Beatrice Cenci grabada en la tapa. Lily sentía hacia estos objetos la misma aversión que la del reo por el mobiliario de la sala del tribunal. Era aquí donde su tía recibía sus raras confidencias, y Lily asociaba los risueños ojos rosados de Beatrice, que iba tocada con un turbante, con la desaparición gradual de la sonrisa en los labios de la señora Peniston. El terror que las escenas inspiraban a esta última le otorgaba una inexorabilidad que la mayor firmeza de carácter habría sido incapaz de alcanzar, ya que era independiente de toda consideración del bien o del mal, y Lily, que lo sabía, casi nunca se arriesgaba a provocarla. Jamás se había sentido menos tentada de hacerlo que en la ocasión presente, pero había buscado otro medio de evitar una situación intolerable y había sido en vano.

La señora Peniston la miró con expresión crítica.

—Tienes mal color, Lily; este incesante ir y venir empieza a dejar huellas en tu cara —observó.

La señorita Bart vio la ocasión de ir al grano.

—No creo que sea esto, tía Julia. Tengo problemas —contestó.

—Ah —murmuró la señora Peniston, cerrando los labios como quien cierra una bolsa ante un mendigo.

—Lamento importunarte con ellos —prosiguió Lily—, pero estoy convencida de que en parte el desmayo fue causado por la ansiedad...

—Yo creía que toda la culpa era de la cocinera de Carry Fisher. Es la misma que tenía María Melson en 1891 (la primavera del año que fuimos a Aix) y recuerdo haber cenado en su casa dos días antes de embarcar y haber

tenido la seguridad de que no había fregado los cacharros.

—Creo que no comí mucho; no puedo comer ni dormir. —Lily se interrumpió y en seguida continuó bruscamente—: La verdad, tía Julia, es que he contraído algunas deudas.

El semblante de la señora Peniston se nubló de modo muy perceptible, pero no expresó el asombro que su sobrina había anticipado. Guardó silencio y ésta se vio obligada a continuar:

—He sido imprudente...

—Sin duda: imprudente en extremo —convino la señora Peniston—. No comprendo cómo una persona con una renta y ningún gasto, por no hablar de los espléndidos regalos que siempre te he hecho...

—Oh, has sido muy generosa, tía Julia; nunca olvidaré tu bondad. Pero tal vez no tienes una idea justa de los gastos que tenemos que afrontar las mujeres hoy en día...

—Sé que tus gastos se reducen a comprarte ropa y billetes de tren. Me gusta que vayas bien vestida, pero te pagué la factura de Céleste en octubre pasado.

Lily titubeó; la implacable memoria de su tía no había sido nunca tan inoportuna.

—Has sido muy buena, pero desde entonces he tenido que comprar otras cosas...

—¿Qué cosas? ¿Vestidos? ¿Cuánto has pagado? Déjame ver la factura... Juraría que esa mujer te estafa.

—Oh, no, no lo creo; los vestidos se han encarecido muchísimo y se necesitan de tantas clases cuando se va de visita al campo... Equipos para jugar al golf, para patinar, trajes de noche...

—Déjame ver la factura —repitió la señora Peniston.

De nuevo, Lily titubeó. En primer lugar, madame Céleste aún no le había mandado la cuenta y, en segundo, la cantidad era sólo una fracción de la suma indispensable.

—Aún no me ha enviado la de la ropa de invierno, pero sé que se trata de bastante dinero y, además, hay otras cosas; he sido insensata e imprudente... Me asusta pensar en lo que debo...

Levantó el rostro bello y consternado con la vana esperanza de que una visión tan conmovedora para el otro sexo no careciera de atractivo para el suyo propio, pero el efecto que consiguió fue un gesto de rechazo.

—La verdad, Lily, eres demasiado mayor para no solucionar tus propios asuntos y después de darme un susto de muerte anoche con tus aspavientos; habrías podido elegir un momento mejor para inquietarme con semejantes problemas. —La señora Peniston echó una ojeada al reloj y se tragó un comprimido de digital—. Si le debes a Céleste mil dólares más, puedes decirle que me mande la factura —añadió, como decidida a terminar la discusión a toda costa.

—Lo siento mucho, tía Julia, detesto molestarte en un mal momento, pero lo cierto es que no tengo otra opción... Debería haberte hablado antes... Mi deuda asciende a mucho más de mil dólares.

—¿Mucho más? ¿Debes dos mil? ¡Entonces te ha robado!

—Ya te he dicho que no sólo era Céleste. Yo... hay otras deudas... más urgentes... que debo saldar.

—¿Qué diablos has comprado? ¿Joyas? Estás loca —incredulo con aspereza la señora Peniston—. El caso es que, si has contraído deudas, tendrás que sufrir las consecuencias y apartar tu renta mensual hasta que lo hayas pagado todo. Si te quedas aquí quieta hasta la primavera próxima, en lugar de pasearte por todo el país, no tendrás ningún gasto y dentro de cuatro o cinco meses habrás saldado todas las cuentas. Yo te pagaré la de la modista.

Lily volvió a guardar silencio. Sabía que no podría arrancar ni mil dólares a la señora Peniston pretextando el simple pago de la factura de Céleste; su tía exigiría ver la factura para repararla y no le daría el talón a ella, sino que lo enviaría a la modista. ¡Y lo peor era que tenía que conseguir el dinero antes de que terminara el día!

—Las deudas de que te hablo son... diferentes... No son cuentas de ningún proveedor —empezó vagamente y la mirada de la señora Peniston le dio tanto miedo que casi no se atrevió a continuar. ¿Sería posible que sospechara algo? Esta idea precipitó la confesión—: El hecho es que he jugado mucho a las cartas... al bridge; tanto las mujeres casadas como solteras lo hacen... Se las invita a hacerlo. A veces he ganado... incluso mucho dinero... pero últimamente la suerte me ha vuelto la espalda... y, como es natural, estas deudas no pueden pagarse a plazos...

Enmudeció; el rostro de la señora Peniston parecía haberse petrificado mientras escuchaba.

—¿A las cartas? ¿Has jugado a las cartas por dinero? Entonces es verdad; cuando me lo dijeron no quise creerlo. No te preguntaré si también son ciertas otras barbaridades que me han dicho; ya he oído bastante para el estado de mis nervios. ¡Cuando pienso en el ejemplo que has tenido en esta casa! Supongo que es culpa de tu educación en el extranjero; nadie sabía de dónde sacaba tu

madre a sus amigos. Y sus domingos eran un escándalo: esto sí que lo sé seguro. —La señora Peniston se volvió de repente—. ¿Juegas a las cartas en domingo?

Lily se sonrojó al pensar en ciertos domingos lluviosos en Bellomont con los Dorset.

—¡Eres dura conmigo, tía Julia! Nunca me han gustado mucho las cartas, pero no quería pasar por altiva y mojigata y tuve que acabar haciendo lo mismo que los demás. He aprendido una terrible lección y, si esta vez me ayudas a salir del apuro, te prometo...

La señora Peniston levantó la mano en señal de advertencia.

—No hagas ninguna promesa; no es necesario. Cuando te ofrecí mi casa, no tenía intención de pagar tus deudas de juego.

—¡Tía Julia! ¿Quieres decir que no me ayudarás?

—Desde luego, no haré nada que pueda dar la impresión de que aplaudo tu conducta. Si es cierto que debes dinero a la modista, saldaré su cuenta, pero no tengo la menor obligación de hacerme cargo de tus otras deudas.

Lily se levantó, pálida y temblorosa, y se encaró con su tía. El orgullo clamaba en su interior, pero la humillación la obligó a exclamar:

—Tía Julia, será mi deshonra... Yo... —pero no pudo seguir. Si su tía era sorda a la historia de las deudas de juego, ¿cómo recibiría la espantosa confesión de la verdad?

—Considero que ya estás deshonrada, Lily; deshonrada por tu conducta, mucho más que por sus resultados. Dices que tus amigos te han empujado a jugar a las cartas con ellos; entonces, también ellos merecen una lección. Supongo que se pueden permitir el lujo de perder un poco de dinero... y en cualquier caso, no estoy dispuesta a gastar ni un centavo del mío para pagarles. Y ahora debo pedirte que me dejes sola; esta escena ha sido muy dolorosa y tengo que considerar mi salud. Baja las persianas, por favor, y dile a Jennings que esta tarde no recibiré a nadie, salvo a Grace Stepney.

Lily subió a su habitación y cerró la puerta con cerrojo. Estaba temblando de miedo y de ira: el rumor de las alas de las Furias retumbaba en sus oídos. Paseó arriba y abajo del dormitorio con pasos ciegos e irregulares. La última puerta se había cerrado y se sentía aislada tras ella con su deshonra...

De improviso, sus pasos sin rumbo la llevaron frente al reloj de la repisa de la chimenea. Las manecillas señalaban las tres y media y recordó que Selden vendría a visitarla a las cuatro. Había tenido la intención de librarse de él... pero ahora el corazón le dio un vuelco al pensar que pronto le vería. ¿Acaso no había en su amor una promesa de ayuda? Mientras yacía al lado de Gerty la

noche anterior, había pensado en su visita y en lo dulce que sería desahogar su dolor llorando contra su pecho. Su propósito, naturalmente, era haber eliminado las consecuencias antes de verle; nunca había dudado en serio de que la señora Peniston acudiera en su ayuda. Y había sentido, incluso en el punto culminante de su desesperación, que el amor de Selden no podía ser su refugio definitivo, aunque sería muy dulce saborear un momento el amparo de sus brazos mientras recuperaba las fuerzas para seguir adelante.

Pero ahora su amor era la última esperanza y, en su soledad y aflicción, la idea de confiarse a él le pareció tan seductora como la corriente del río al presunto suicida. La primera zambullida sería terrible, pero después, ¡qué beatitud! Recordó las palabras de Gerty: «Sí, le conozco; te ayudará», y su pensamiento se aferró a ellas como se aferra un enfermo a una reliquia que obra milagros. ¡Oh, si la comprendiera realmente, si la ayudara a rehacer su vida destrozada de tal modo que no quedara ni un vestigio del pasado! Siempre le había hecho sentir que era digna de cosas mejores y nunca como ahora había necesitado tanto semejante consuelo. Una y otra vez titubeó ante la idea de poner en peligro su amor confesándolo todo, porque amor era lo que más falta le hacía; sería precisa la soldadura del cariño para unir los fragmentos de su amor propio. Pero recurría a las palabras de Gerty y se aferraba a ellas como a un ancla. Estaba segura de que Gerty conocía los sentimientos de Selden por ella, y en su ceguera no se le ocurría pensar que la opinión que Gerty tenía de él se hallaba bajo la influencia de emociones mucho más ardientes que las suyas propias.

A las cuatro ya se encontraba en el salón; estaba segura de que Selden sería puntual. No obstante, la hora llegó y pasó de largo... avanzando febrilmente, medida por los impacientes latidos de su corazón. Tuvo tiempo de dar un nuevo repaso a su desgracia y de vacilar una vez más entre el impulso de confiarse a Selden y el temor de destruir las ilusiones de éste. Pero, a medida que pasaban los minutos, la necesidad de creer en su comprensión se fue haciendo más acuciante; no podía soportar ella sola el peso de su dolor. Tal vez habría un momento peligroso, pero ¿acaso no podía confiar en que su belleza salvaría el escollo y la conduciría sana y salva al refugio de su devoción?

Pero la hora transcurrió y Selden no había venido. Sin duda le habían retenido o no había leído bien la nota garabateada a toda prisa y había confundido las cuatro con las cinco. Oír la campanilla unos minutos después de las cinco confirmó esta suposición, por lo que Lily resolvió al instante escribir más legiblemente en el futuro. Los pasos en el vestíbulo y la voz del mayordomo, que los precedió, infundieron nueva energía a sus venas. Volvió a sentirse una persona vigilante y competente en las emergencias y el recuerdo de su poder sobre Selden le inspiró una confianza repentina. Pero, cuando se

abrió la puerta del salón, el hombre que entró fue Rosedale.

La reacción causó a Lily un dolor agudo, pero, tras un fugaz gesto de irritación por la torpeza del destino y por su propia imprevisión al no haber avisado que sólo recibiría a Selden, se dominó y saludó a Rosedale de forma amistosa. Era un fastidio que Selden se encontrase, al llegar, con esa visita en concreto, pero Lily era una experta en el arte de librarse de las compañías superfluas, y en su estado de ánimo actual Rosedale era para ella un estorbo insignificante.

El parecer de Rosedale sobre la situación se puso de manifiesto a los pocos momentos de charla. Lily habló de la fiesta de los Bry como un tema impersonal que podría entretenerles hasta que apareciera Selden, pero el señor Rosedale, plantado tenazmente junto a la mesa de té, con las manos en los bolsillos y las piernas un poco demasiado abiertas, se apresuró a dar al tema un giro personal.

—Bastante lograda... sí, supongo que lo fue; Welly Bry está decidido a introducirse y no dejará de dar fiestas hasta que haya aprendido los trucos. Hubo algunos fallos, claro (fallos que la señora Fisher no podía prever); el champaña no estaba frío y los abrigos se mezclaron en el guardarropa. Yo habría gastado más dinero en la música. Pero mi carácter es así: si quiero una cosa, estoy dispuesto a pagar por ella; no me acerco al mostrador para preguntarme después si la mercancía vale el precio exigido. A mí no me satisfaría dar fiestas como las de los Bry; aspiraría a algo más fácil y natural, menos complicado. Y para hacerlo sólo se necesitan dos cosas, señorita Bart: dinero y la mujer indicada para gastarlo. —Hizo una pausa y la examinó con atención mientras ella fingía distribuir las tazas de té—. Ya tengo el dinero —continuó, carraspeando—; ahora me falta la mujer y me propongo conseguirla.

Se inclinó un poco hacia delante, apoyando las manos sobre el puño del bastón. Había visto a hombres del tipo de Ned van Alstyne entrar en los salones con bastón y sombrero y creía que daba a su presencia un detalle de elegante familiaridad.

Lily guardó silencio y sonrió débilmente, con una mirada ausente. En realidad pensaba que una declaración requeriría bastante tiempo, y que Selden aparecería antes de que se viera obligada a contestar con una negativa. Su expresión reflexiva, como si tuviera la cabeza absorta, pero no cerrada, se le antojó sutilmente alentadora al señor Rosedale, a quien habría disgustado cualquier muestra de avidez.

—Y me propongo conseguirla —repitió, con una risa destinada a reforzar su seguridad en sí mismo—. En la vida he logrado casi siempre lo que me he propuesto, señorita Bart. Quería dinero y tengo más del que puedo invertir con facilidad; pero ahora el dinero me parece innecesario a menos que pueda

gastarlo en la mujer apropiada. Esto es lo que quiero hacer con él: que mi esposa haga sentir pequeñas a todas las otras mujeres. Jamás regatearía un dólar para este fin. Sin embargo, no todas las mujeres saben hacerlo, por mucho que uno derroche en ellas. Hubo una chica en un libro de cuentos que quería escudos de oro o algo parecido, y los hombres se los tiraron hasta que murió aplastada bajo su peso; la mataron. Pues bien, es algo muy cierto: algunas mujeres perecen enterradas bajo sus joyas. Lo que yo quiero es una mujer que lleve la cabeza tanto más alta cuanto mayor sea la cantidad de diamantes con que yo se la adorne. Y, cuando la vi a usted la otra noche en casa de los Bry, luciendo aquel sencillito vestido blanco y dando la impresión de llevar una corona, me dije: «Por Dios que si la llevara, todos jurarían que ha nacido con ella». —Lily continuó guardando silencio y él prosiguió, entusiasmado con el tema—: A decir verdad, esa clase de mujer cuesta más que todas las demás juntas. Si ha de hacer caso omiso de sus perlas, tienen que ser mejores que las de las demás... y lo mismo sucede con todo. Usted ya me entiende: sabe muy bien que sólo las cosas vistosas son baratas. Pues bien, yo querría que mi esposa fuera capaz de quitar importancia al mundo entero, si así le viniera en gana. Sé que hay algo vulgar en el dinero y es tener que preocuparse por él; mi esposa no tendría que denigrarse jamás en este aspecto. —Enmudeció y añadió en seguida, en un desafortunado retorno a sus modales anteriores—: Supongo que conoce a la dama en cuestión, señorita Bart.

Lily levantó la cabeza, animándose un poco ante el desafío. Incluso a través del oscuro tumulto de sus pensamientos, el tintineo de los millones del señor Rosedale tenía una nota levemente seductora. ¡Oh, conseguir lo suficiente para pagar una deuda miserable! Pero el hombre que había detrás de aquellos millones parecía cada vez más repugnante a la luz de la inminente llegada de Selden. El contraste era demasiado grotesco: Lily pudo apenas reprimir una sonrisa. Decidió que una actitud directa era la mejor.

—Si se refiere a mí, señor Rosedale, estoy muy agradecida... muy halagada, pero no creo haber hecho nada que le haya dado a entender...

—Oh, si quiere decir que no está locamente enamorada de mí, tengo el suficiente sentido común para verlo. Y no le hablo como si lo estuviera... me precio de saber qué clase de conversación esperaba de mí en tales circunstancias. Usted me ha sorbido el maldito seso (es la pura verdad) pero me he limitado a exponerle las consecuencias de una forma clara y comercial. No siente afecto por mí (todavía), pero le gustan el lujo, la elegancia y las diversiones y carecer de preocupaciones monetarias. Le gusta divertirse y no tener que pagar la cuenta, y lo que yo me propongo hacer es ofrecerle la diversión y encargarme de pagarla.

Hizo una pausa y ella replicó con una sonrisa glacial:

—Se equivoca en una cosa, señor Rosedale: estoy preparada para pagar lo que me divierte.

Lo dijo con intención de hacerle ver que, si sus palabras eran una alusión a sus asuntos particulares, estaba dispuesta a reconocerla y a refutarla. Pero, si él entendió el significado, no se avergonzó, sino que prosiguió en el mismo tono:

—No he querido ofenderla; permíname si he hablado con demasiada franqueza. Pero ¿por qué no es usted también franca conmigo? ¿Por qué insiste en esta especie de engaño? Sabe muy bien que ha pasado algún que otro apuro (malditos apuros) y, a medida que transcurren los años y la vida progresa, una joven puede encontrarse sin darse cuenta de que las oportunidades se le escapan y no volverán. No digo que esto vaya a pasarle a usted, pero ya ha conocido apuros que una joven como usted no debería conocer, y lo que yo le ofrezco es la ocasión de darles la espalda de una vez por todas.

Cuando terminó de hablar, las mejillas de Lily ardían; era imposible confundir la intención; permitir que pasara sin una réplica equivalía a una fatal confesión de debilidad, mientras que rechazarla abiertamente significaba arriesgarse a ofenderle en un momento peligroso. En sus labios temblaba la indignación, pero la sofocó una voz secreta con la advertencia de que no debía pelearse con él. Sabía demasiado de ella e, incluso en el momento en que era esencial mostrarle su mejor aspecto, no tenía escrúpulos para ocultarle lo mucho que sabía. ¿Qué uso haría, pues, de su poder si ella, con una expresión desdeñosa, destruía su único motivo de precaución? Todo su futuro podía depender de la respuesta: debía, pues, detenerse a considerarla, bajo la tensión de sus otras preocupaciones, como un fugitivo sin aliento se detiene ante una encrucijada para decidir fríamente el camino a tomar.

—Tiene toda la razón, señor Rosedale; he pasado apuros y le agradezco su intención de librarme de ellos. No siempre resulta fácil ser independiente y digno cuando se es pobre y se vive entre gente rica; he sido imprudente con los gastos y me han preocupado las facturas. Pero sería además egoísta y desagradecida si considerara esto un motivo para aceptar su ofrecimiento, sin otro móvil que el deseo de eliminar mis inquietudes. Debe usted darme un poco de tiempo... tiempo para pensar en su bondad... y en cómo corresponder a ella...

Alargó la mano con un ademán encantador que quitó toda brusquedad a la despedida. La alusión a una benevolencia futura obligó a Rosedale a obedecer y levantarse, un poco sonrojado por el imprevisto éxito y fiel a la tradición de su sangre de aceptar lo concedido sin una prisa indebida para exigir más. Esta rápida aquiescencia asustó a Lily, que presintió detrás de ella la fuerza acumulada de una paciencia capaz de doblegar la voluntad más firme. Pero al

menos se habían despedido amistosamente y había abandonado la casa sin encontrarse con Selden... Selden, cuya persistente ausencia suscitaba en ella una nueva alarma. Rosedale se había quedado más de una hora; era ya demasiado tarde para esperar a Selden. Escribiría para explicar su ausencia, naturalmente; llegaría una nota suya en el último correo. Pero ella tendría que aplazar su confesión y la angustia de este retraso fue una nueva carga para su espíritu atormentado.

La carga se tornó más pesada cuando la última llamada del cartero no le llevó ninguna nota y tuvo que subir a su dormitorio y resistir otra noche de soledad, una noche tan triste e insomne como su torturada fantasía la había descrito a Gerty la madrugada anterior. No estaba acostumbrada a estar sola con sus pensamientos y enfrentarse a ellos durante tantas horas de lúcida vigilia se le antojó mucho más insoportable que el confuso sufrimiento de la víspera.

El amanecer dispersó los fantasmas y le recordó que tendría noticias de Selden antes de mediodía, pero mañana y tarde pasaron sin que escribiera ni hiciera acto de presencia. Lily se quedó en casa y almorzó y cenó con su tía, que se quejaba de palpitaciones y habló en tono glacial de temas generales. La señora Peniston se acostó temprano y ella se sentó a escribir una nota a Selden. Ya se disponía a llamar a un mensajero para que la despachara cuando su mirada se posó casualmente en un párrafo del periódico vespertino que tenía al lado: «El señor Lawrence Selden figuraba entre los pasajeros que han zarpado esta tarde rumbo a La Habana y las Antillas en el transatlántico Antillas».

Dejó el periódico, inmóvil, y miró fijamente su nota. Comprendió que no la visitaría nunca... que se había marchado porque tenía miedo de acabar acudiendo a su llamada. Se levantó, cruzó el salón y se contempló largo rato en el bien iluminado espejo que pendía sobre la repisa de la chimenea. Las arrugas de su rostro parecían surcos: se vio vieja y, cuando una muchacha se ve vieja, ¿cómo la ven los demás? Dio media vuelta y paseó sin rumbo por la habitación, ajustando los pasos con precisión mecánica a los espacios que separaban las monstruosas rosas de la alfombra Axminster de la señora Peniston. De pronto advirtió que la pluma con la que había escrito a Selden seguía apoyada en el tintero aún sin tapar. Volvió a sentarse, cogió un sobre y lo dirigió rápidamente a Rosedale. Entonces sacó una hoja de papel y estuvo unos segundos con la pluma en suspenso; había sido fácil escribir la fecha y «Estimado señor Rosedale»... pero aquí se agotó la inspiración. Su propósito era decirle que fuera a verla, pero las palabras se negaban a tomar forma. Por último empezó: «He estado pensando...» y en seguida volvió a dejar la pluma, apoyó los codos sobre la mesa y ocultó el rostro entre las manos.

Un súbito campanillazo la sobresaltó. No era tarde —apenas las diez— y

aún podía llegar una nota de Selden o un mensaje... ¡O ser él mismo quien estuviera detrás de la puerta! El anuncio de su viaje podía ser un error —podía ser otro Lawrence Selden el que había embarcado rumbo a La Habana—; todas estas posibilidades tuvieron tiempo de pasarle por la cabeza como relámpagos y cimentar la convicción de que al final le vería o tendría noticias de él, antes de que la puerta del salón se abriera para dar paso a un criado con un telegrama.

Lily rasgó el borde con manos trémulas y leyó el nombre de Bertha Dorset al pie del mensaje: «Zarpamos inesperadamente mañana. ¿Quieres acompañarnos a un crucero por el Mediterráneo?».

LIBRO SEGUNDO

Capítulo I

Mientras subía la escalinata del Casino Selden pensó que Montecarlo tenía, más que cualquier otro lugar conocido, el don de acomodarse al humor de cada persona.

El suyo, en aquel momento, le atribuía una acogida festiva y espontánea que, para unos ojos desencantados, bien podría haberse erigido en falso colorido e indiferencia. Una invitación tan sincera —un reconocimiento tan franco de la vena alegre de la naturaleza humana— fue como un bálsamo para un espíritu cansado por un trabajo prolongado y arduo, en un entorno idóneo para la disciplina de los sentidos. Mientras contemplaba la blanca plaza en su marco arquitectónico de exótica coquetería, el estudiado carácter tropical de los jardines y los grupos que paseaban en primer término frente a las montañas color malva, parecidas a un magnífico escenario olvidado durante un rápido cambio de decoración, mientras captaba todo el efecto panorámico de luz y sosiego, sintió una punzada de repulsión por los últimos meses de su vida.

El invierno neoyorquino había ofrecido una interminable perspectiva de días invadidos por la nieve antes de llegar a una primavera de sol tibio y furiosos vendavales en que la fealdad de las cosas ofendía a la vista como irritaban la piel los vientos cargados de arenisca y polvo. Selden, inmerso en su trabajo, se decía a sí mismo que las condiciones externas no significaban nada para un hombre en su estado, y que el frío y la fealdad eran un buen tónico para la sensibilidad embotada. Cuando un caso urgente le reclamó desde el extranjero para consultar con un cliente en París, interrumpió de mala

gana la rutina del bufete y hasta ahora, una vez terminado el trabajo profesional, mientras disfrutaba de una semana de descanso en el sur, no empezó a sentir de nuevo los alicientes de ser un espectador, que es el consuelo de quienes se interesan por la vida de un modo objetivo.

¡Las múltiples seducciones, la perpetua sorpresa de los contrastes y las semejanzas! Todos los trucos y giros del espectáculo le cautivaron de improviso según bajaba la escalinata y se detenía en la acera. Hacía siete años que no viajaba al extranjero, ¡y cuán numerosos eran los cambios producidos por este nuevo contacto! Aunque la esencia de su ser fuera inamovible, muy pocas partículas de superficie seguían siendo las mismas y este preciso lugar era el más indicado para completar la renovación. Lo sublime, lo perpetuo podría haberle dejado intacto, pero esta tienda levantada para el goce de un día representaba un techo de olvido entre él y su firmamento fijo.

Mediaba el mes de abril y se presentía que el ambiente festivo había alcanzado su punto culminante, y que los grupos ociosos de la plaza y los jardines no tardarían en dispersarse para reunirse en otros escenarios. Mientras tanto, los últimos momentos del espectáculo parecían adquirir una brillantez inusitada ante la inminente amenaza del telón. La calidad del aire, la exuberancia de las flores, la intensidad azulada del cielo y el mar producían el efecto de un tableau final, cuando todas las luces se apagan al unísono. Reforzaba esta impresión el hecho de que un numeroso grupo de personas avanzara hacia el centro del decorado y se detuviera frente a Selden en la actitud de los actores principales reunidos por las exigencias del efecto final. Su aparición confirmó la sensación de que el espectáculo había sido escenificado sin tener en cuenta los gastos e incrementó el parecido con una de aquellas obras históricas en que los protagonistas desfilan entre las pasiones sin rozar un cortinaje. Las damas observaban actitudes aisladas previstas para realzar sus efectos y los hombres las rodeaban con la misma falta de relevancia que los héroes teatrales cuyos sastres son mencionados en el programa. Fue Selden quien de modo involuntario fusionó el grupo al llamar la atención de uno de sus miembros.

—¡Pero si es el señor Selden! —exclamó, sorprendida, la señora Fisher, que añadió, señalando con un ademán a la señora de Jack Stepney y a la esposa de Wellington Bry—: Estamos muertas de hambre porque no sabemos dónde almorzar.

Acogido por el grupo y hecho partícipe de sus problemas, Selden se enteró, divertido, de que había varios lugares donde uno debía almorzar si no quería perderse algo, o viceversa, de modo que el tema gastronómico era una consideración menor en el preciso lugar consagrado a sus ritos.

—Ya sabemos que La Terrasse es donde se come mejor, pero entonces

parece que no se tiene otro motivo para estar allí: los americanos que no conocen a nadie van siempre directos a la mejor cocina. Y últimamente la duquesa de Beltshire patrocina al Bécassin —resumió la señora Bry con acento grave.

Para desesperación de la señora Fisher, la señora Bry no había pasado de la fase de sopesar sus alternativas sociales en público. Le resultaba imposible adquirir el aire de hacer las cosas porque le gustaban, y de infundirles con su elección una calidad superlativa.

El señor Bry, un hombre bajo y pálido, con expresión de hombre de negocios en traje deportivo, saludó el dilema con hilaridad.

—Supongo que la duquesa va al sitio más barato, a menos que le paguen la comida. Si le ofrecierais una invitación a La Terrasse, se presentaría sin pérdida de tiempo.

Pero la esposa de Jack Stepney intervino.

—Los grandes duques van a ese lugar pequeño del Condamine. Lord Hubert dice que es el único restaurante europeo donde saben cocer los guisantes.

Lord Hubert Dacey, un hombre esbelto, de aspecto descuidado, sonrisa fija pero encantadora, y aire de haber pasado sus mejores años guiando a los ricos al mejor restaurante, asintió con suave énfasis:

—En efecto, así es.

—¿Guisantes? —repitió con desdén el señor Bry—. ¿Saben guisar tortugas marinas? ¡Esto es una prueba —continuó— de lo que son estos mercados europeos, donde un individuo puede hacerse famoso cociendo guisantes!

Jack Stepney interrumpió con autoridad:

—No estoy del todo de acuerdo con Dacey: hay un pequeño antro en París, junto al Quai Voltaire... En cualquier caso, no puedo recomendar el gargote del Condamine; al menos, no en compañía de damas.

Desde su boda, Stepney había engordado y se había vuelto mojigato, como solían hacer los maridos Van Osburgh; en cambio su esposa, ante su sorpresa y desagrado, había adquirido un paso rápido y trepidante que le obligaba a seguirla casi sin aliento.

—¡Entonces iremos a éste! —declaró esta última, sacudiendo con fuerza sus cabellos—. Estoy harta de La Terrasse; es tan aburrido como las cenas de mamá. Y lord Hubert ha prometido decirnos quiénes son todas las horribles personas que comen allí, ¿verdad, Carry? ¡Vamos, Jack, no pongas esa cara tan solemne!

—Bueno —observó la señora Bry—, a mí sólo me interesan los nombres de sus modistos.

—No me cabe duda de que Dacey también podrá decírselos —observó Stepney con una intención irónica que el otro recibió con un susurro: «Por lo menos, puedo averiguarlo, mi querido muchacho»; y, como la señora Bry declaró que no podía dar un paso más, el grupo llamó a dos o tres de los ligeros faetones que esperaban atentos en los límites de los jardines y el cortejo se dirigió al Condamine.

Su destino era uno de los pequeños restaurantes colgados sobre el bulevar que se precipita en picado desde Montecarlo al barrio intermedio que discurre paralelo al muelle. Al través de la ventanilla del carruaje donde se instalaron podían ver el azul intenso de la curva del puerto, enmarcado por el verdor de dos promontorios gemelos: a la derecha, la colina de Mónaco, coronada por la silueta medieval de su iglesia y su castillo, y a la izquierda los pináculos y terrazas del casino. Entre los dos, las aguas de la bahía eran surcadas por ligeras embarcaciones de recreo a través de las cuales, justo en el momento culminante del almuerzo, el avance majestuoso de un gran yate de vapor llamó la atención del grupo, desviándola de los guisantes.

—¡Juraría que son los Dorset! —exclamó Stepney y lord Hubert, dejando caer su monóculo, corroboró:

—En efecto, es el Sabrina.

—¿Tan pronto? Querían pasar un mes en Sicilia —observó la señora Fisher.

—Me parece que deben tener la impresión de haberlo pasado; sólo hay un hotel moderno en toda la isla —comentó el señor Bry en tono despreciativo.

—Fue idea de Ned Silverton... pero el pobre Dorset y Lily Bart se habrán muerto de aburrimiento —añadió la señora Fisher, dirigiéndose a Selden en voz baja—: Espero que no haya habido ninguna pelea.

—Es magnífico tener de nuevo entre nosotros a la señorita Bart —dijo lord Hubert con su voz meliflua y afectada, y la señora Bry añadió ingenuamente:

—Supongo que la duquesa cenará con nosotros, ahora que Lily ha vuelto.

—La duquesa siente una inmensa admiración por ella; estoy seguro de que lo hará encantada —asintió lord Hubert con la rapidez profesional del hombre acostumbrado a facilitar contactos sociales con fines lucrativos; el cambio operado en su actitud llamó la atención de Selden.

—Lily ha tenido un éxito sensacional aquí —continuó la señora Fisher, dirigiéndose a Selden en tono confidencial—. Parece diez años más joven; nunca la había visto tan guapa. Lady Skiddaw la paseó por Cannes y la

princesa heredera de Macedonia la invitó a pasar una semana en Cimiez. Dicen que tal fue el motivo de que Bertha se llevase el yate a Sicilia; la princesa heredera no le hacía mucho caso y le resultaba insoportable contemplar el triunfo de Lily.

Selden no contestó. Tenía una vaga idea de que la señorita Bart se encontraba de crucero por el Mediterráneo con los Dorset, pero no se le había ocurrido la posibilidad de verla en la Riviera, donde la temporada tocaba virtualmente a su fin. Se recostó y contempló en silencio la filigrana de su taza de café turco, intentando ordenar sus pensamientos y analizar hasta qué punto le afectaba la noticia de la proximidad de Lily. Incluso en momentos de elevada tensión emocional, era capaz de aislarse de sí mismo lo suficiente para obtener una idea clara de sus sentimientos y le sorprendió el trastorno que le produjo la vista del Sabrina. Pensaba que tres meses de absorbente trabajo profesional, después del duro golpe que representó la desilusión sufrida, habían bastado para disipar de su cabeza todos los vapores sentimentales. Su sentimiento predominante —el que había procurado cultivar— era de gratitud por haber escapado, como un viajero tan contento de haberse salvado de un accidente peligroso que al principio apenas se percató de sus magulladuras. Ahora sintió de improviso el dolor latente, y comprendió que no había salido indemne del lance.

Una hora después, paseando con la señora Fisher por los jardines del Casino, intentó hallar nuevas razones para olvidar el daño recibido en la contemplación del peligro que había logrado evitar. El grupo se había disuelto con la lenta indecisión característica de los movimientos sociales en Montecarlo, donde todo, incluyendo las largas horas doradas del día, parece ofrecer un sinfín de maneras para practicar el ocio. Lord Hubert Dacey acabó yendo en busca de la duquesa de Beltshire, encargado por la señora Bry de la delicada negociación de conseguir la presencia de dicha dama en la cena, los Stepney se habían marchado a Niza en su automóvil y el señor Bry se había apresurado a acudir al concurso de tiro de pichón, al que en aquellos momentos estaba dedicando sus mejores facultades.

La señora Bry, propensa al rubor y los estertores después del almuerzo, había sido convencida juiciosamente por Carry Fisher de que se retirase al hotel a descansar una hora, de ahí que Selden y su compañera quedaran solos en un paseo propicio a las confidencias. El paseo se convirtió pronto en una tranquila sesión en un banco sombreado por rosales y rododendros, desde el que vislumbraban un refulgente mar azul entre balaustradas de mármol y los tallos de encendidas flores de cactus que surgían de la roca como meteoros. La suave sombra del nicho y el centelleo del aire inspiraban un estado de ánimo descansado y ocioso que invitaba a fumar muchos cigarrillos, y Selden, cediendo a estas influencias, permitió a la señora Fisher que le relatara la

historia de sus experiencias más recientes. Se había marchado al extranjero con Welly Bry y esposa en el momento en que la alta sociedad huye de la inclemencia de la primavera neoyorquina. Los Bry, embriagados por su primer éxito, ya estaban ávidos de nuevos reinos y la señora Fisher, considerando la Costa Azul una fácil introducción a la sociedad londinense, les había guiado hasta allí. Tenía afiliaciones en todas las capitales y una gran facilidad para reanudar el contacto después de largas ausencias, y el rumor cuidadosamente difundido de la riqueza de los Bry había reunido sin tardanza a su alrededor a un cosmopolita grupo de ociosos con ganas de placeres.

—Pero las cosas no van tan bien como esperaba —admitió con franqueza la señora Fisher—. Es fácil decir que todas las personas ricas pueden introducirse en sociedad, pero sería más cierto decir casi todas. El mercado londinense está tan saturado de nuevos ricos americanos que para triunfar en él habría que ser muy inteligente o muy extravagante, y los Bry no son ni una cosa ni otra. Él se desenvolvería bastante bien si ella le dejara en paz; su acento, sus fanfarronadas y sus planchas caen bastante en gracia. Pero Louisa lo estropea todo intentando frenarle y arrebatarle el protagonismo. Si supiera ser natural (gorda, vulgar y estridente), todo iría bien; pero, en cuanto conoce a alguien elegante, trata de ser esbelta y majestuosa. Lo intentó con la duquesa de Beltshire y con lady Skiddaw, y las ahuyentó. He hecho lo imposible para viera su error, le he dicho una y otra vez: «Procura ser tú misma, Louisa, pero no renuncia a su comedia ni siquiera conmigo... Creo que no abandona el papel de reina ni en su propio dormitorio, con la puerta cerrada.

»Lo peor —prosiguió— es que se imagina que todo es culpa mía. Cuando los Dorset aparecieron aquí hace seis semanas y todo el mundo empezó a rodear a Lily Bart, me di cuenta de que Louisa pensaba que, si se hubiera dejado conducir por Lily en vez de por mí, ya tendría a sus pies a todos los miembros de la realeza. No comprende que es la belleza de Lily la causa de todo: lord Hubert me ha dicho que está aún más bella que cuando la conoció en Aix hace diez años. Al parecer, entonces armó un auténtico revuelo: hubo un príncipe italiano, rico y con un título de verdad, que quiso casarse con ella, pero justo en el momento crítico apareció un hijastro guapo y Lily fue lo bastante necia para coquetear con él mientras se redactaba el contrato matrimonial para la boda con el padrastro. No faltó quien dijo que el muchacho lo hizo a propósito. Puede imaginarse el escándalo: los dos hombres se enemistaron y la gente empezó a mirar a Lily de un modo tan raro, que la señora Peniston tuvo que hacer el equipaje y terminar su cura en otro lugar, aunque nunca comprendió por qué y sigue pensando que Aix no le sentó bien y sigue diciendo que su estancia es la prueba de la incompetencia de los médicos franceses. Esto es típico de Lily: trabaja como una esclava para preparar el terreno y sembrar la semilla, y el día en que tendría que recoger la cosecha se duerme o va a merendar al campo.

La señora Fisher hizo una pausa y miró pensativamente la profunda reverberación del mar entre las flores de cactus.

—A veces pienso —añadió— que es sólo veleidad... pero otras sospecho que en el fondo siente desprecio por el objeto de sus aspiraciones. Es la dificultad en decidirse lo que la hace tan interesante. —Dirigió una mirada inquisitiva al perfil inmóvil de Selden y continuó con un leve suspiro—: En fin, lo único que puedo decir es que no me vendrían mal algunas de sus oportunidades despreciadas. Ahora, por ejemplo, me gustaría estar en su lugar. Ella podría sacar mucho provecho de los Bry, si los manejara como es debido, y yo sabría cómo cuidar de George Dorset mientras Bertha lee a Verlaine con Neddy Silverton.

Acogió el murmullo de protesta de Selden con una mirada burlona.

—¿De qué sirve andarse con rodeos? Todos sabemos que ésa es la razón de que Bertha la haya traído hasta aquí. Cuando Bertha quiere divertirse, necesita buscar una ocupación para George. Al principio pensé que Lily iba a jugar bien sus cartas esta vez, pero corren rumores de que Bertha está celosa de su éxito aquí y en Cannes y no me sorprendería que acabaran peleándose. Por suerte para Lily, Bertha la necesita mucho: mejor dicho, muchísimo. El asunto con Silverton está en su apogeo; hay que tener distraído a George de forma casi continua y me atrevería a decir que Lily lo consigue; creo que él se casaría con ella mañana mismo si descubriera a Bertha con las manos en la masa. Pero ya le conoce usted: es tan ciego como celoso y, naturalmente, la misión actual de Lily es fomentar su ceguera. Una mujer inteligente sabría cuándo es el momento ideal para arrancar la venda, pero Lily no es inteligente en este sentido y, cuando George abra los ojos, es probable que ella se las ingenie para no estar en su punto de mira.

Selden tiró el cigarrillo.

—¡Vaya! Tengo el tiempo justo para tomar el tren —exclamó, con una ojeada a su reloj y añadió en respuesta al sorprendido comentario de la señora Fisher: «¡Cómo, creía que estaba en Monte!», unas palabras al efecto de que se hospedaba en Niza.

—Y lo peor es que ahora desaira a los Bry —fue la irrelevante coletilla que Selden oyó al alejarse.

Diez minutos después, en el dormitorio de un hotel que dominaba el Casino, echaba toda su ropa y demás pertenencias a un par de maletas grandes mientras el portero esperaba fuera para transportarlas al coche parado delante de la puerta. Sólo tuvo que bajar un corto tramo de la blanca y empinada carretera para llegar a la estación y subir sin ser visto al expreso vespertino de Niza; y hasta que se hubo instalado en un rincón de un compartimiento vacío

no exclamó para sus adentros, con una reacción llena de desprecio por sí mismo: «¿De qué diablos estoy huyendo?».

La pertinencia de la pregunta frenó su impulso fugitivo antes de que el tren se pusiera en marcha. Era ridículo huir como un cobarde emocional de un capricho que ya había sido vencido por la razón. Había dado instrucciones a sus banqueros de que le remitieran a Niza varias importantes cartas de negocios y en Niza las esperaría tranquilamente. Ya estaba arrepentido de haberse ido de Montecarlo, donde pensaba pasar la semana que le quedaba antes de zarpar, pero ahora sería difícil volver sobre sus pasos sin caer en una incongruencia que repugnaba a su orgullo. En el fondo no lamentaba haber eliminado la posibilidad de encontrarse con la señorita Bart. Por muy firme que fuera su decisión de renunciar a ella, aún no era capaz de considerarla una simple conocida y, si la contemplaba de un modo más personal, no era probable que resultase un objeto de estudio muy tranquilizador. Encuentros casuales o incluso la reiterada mención de su nombre conducirían sus pensamientos a recovecos de los que había procurado apartarlos; en cambio, si podía excluirla enteramente de su vida, el ímpetu de nuevas y variadas impresiones, sin relación alguna con ella, vendría a completar el trabajo hecho por la separación. En realidad, el monólogo de la señora Fisher había servido para este fin, pero el tratamiento era demasiado doloroso para elegirlo voluntariamente mientras existieran remedios más suaves aún no experimentados, y Selden pensó que podía confiar en recuperar poco a poco una opinión razonable de la señorita Bart si conseguía estar un tiempo sin verla.

Como había llegado muy pronto a la estación, alcanzó este punto de sus reflexiones antes de que la creciente marea del andén le revelara que no podría conservar su intimidad; un momento después una mano abrió la puerta y, al volverse, vio ante él el mismo rostro del que estaba huyendo.

La señorita Bart, arrebolada por la prisa de un precipitado abordaje del tren, encabezaba un grupo compuesto de los Dorset, el joven Silverton y lord Hubert Dacey, que apenas tuvo tiempo de saltar al compartimiento y envolver a Selden en exclamaciones de sorpresa y bienvenida antes de que sonara el silbato. Por lo visto el grupo se dirigía a Niza en respuesta a una súbita invitación a cenar de la duquesa de Beltshire con objeto de presenciar la fiesta acuática de la bahía; un plan a todas luces improvisado —a pesar de las protestas de lord Hubert: «¡Oh!, bueno, ya saben»— con el único fin de frustrar el empeño de la señora Bry por capturar a la duquesa.

Durante el jocosos relato de esta maniobra, Selden tuvo tiempo de captar una rápida impresión de la señorita Bart, que se había sentado frente a él a la dorada luz de la tarde. Habían transcurrido apenas tres meses desde que se separara de ella en el umbral del invernadero de los Bry, pero en la calidad de

su belleza se había operado un cambio sutil. Entonces tenía una transparencia a través de la cual las fluctuaciones del espíritu eran a veces trágicamente visibles; ahora su superficie impenetrable sugería un proceso de cristalización que había fundido todo su ser en una sustancia dura y brillante. El cambio le había parecido a la señora Fisher un rejuvenecimiento; Selden creyó ver en él aquel momento de pausa e inmovilidad en que la cálida fluidez de la juventud se congela en su forma definitiva.

Lo percibió en su modo de sonreírle y en la prontitud y habilidad con que, al irrumpir inesperadamente en su presencia, volvió a tomar el hilo de sus relaciones como si este hilo no se hubiera roto con una violencia de la que él aún continuaba aturdido. Aquella facilidad le repugnó, pero se dijo que era el sentimiento que precedía a la recuperación. Ahora se restablecería totalmente, expulsaría de su sangre la última gota de veneno. Ya se sentía más tranquilo en su presencia que cuando pensaba en ella de modo involuntario. Sus suposiciones y omisiones, sus circunloquios y rodeos, la habilidad con que lograba hablar con él sin evocar ningún punto inconveniente del pasado sugerían el gran número de oportunidades que había tenido para practicar tales artes desde su último encuentro. Selden presintió que Lily había conseguido por fin reconciliarse consigo misma: había hecho un pacto con sus impulsos rebeldes y logrado un sistema uniforme de autogobierno bajo el cual todas las tendencias erráticas estaban prisioneras o trabajaban por la fuerza al servicio del Estado.

Vio también otras cosas en su actitud: cómo se había ajustado a los laberintos ocultos de una situación en la que él, incluso después de las confidencias reveladoras de la señora Fisher, aún se encontraba incómodo. ¡Seguramente la señora Fisher ya no podía acusar a la señorita Bart de desaprovechar sus oportunidades! Por el contrario, ante la exasperada inspección de Selden, parecía demasiado consciente de ellas. Era «perfecta» con todo el mundo: dócil bajo el ansioso predominio de Bertha, risueña y atenta a los estados de ánimo de Dorset, ocurrente y amena con Silverton y Dacey; este último la trataba con manifiesta admiración, mientras el joven Silverton, portentosamente ensimismado, parecía considerarla de un modo vago una obstrucción en su camino. Y de repente, mientras Selden observaba los sutiles matices de Lily para armonizar con su entorno, se le ocurrió que, si requería la situación debía de ser realmente desesperada. Lily se hallaba al borde de algo: tal fue su impresión final. Tenía la sensación de verla suspendida al borde de un precipicio, con un delicado pie en el vacío que manifestaba su inconsciencia de que la tierra cedería al siguiente paso.

En la Promenade des Anglais, donde Ned Silverton se le pegó como una lapa durante la media hora anterior a la cena, Selden recibió una impresión más profunda de la inseguridad general. El estado de ánimo de Silverton era

de un pesimismo titánico. ¿Cómo podía ir a parar alguien a un agujero maldito como la Riviera —alguien con una brizna de imaginación— cuando tenía todo el Mediterráneo para escoger? Pero, claro, ¡si su valoración de un lugar dependía de cómo asaban un pollo tomatero! ¡Por Dios, qué estudio podía hacerse de la tiranía del estómago! Por lo visto, un trastorno hepático o una insuficiencia de jugos gástricos podía afectar todo el curso del universo y condicionar todo cuanto estaba al alcance; la dispepsia crónica debería figurar entre las «causas estatutarias»; la vida de una mujer podía ser destrozada por la incapacidad del marido de ingerir el pan recién hecho. ¿Grotesco? Sí, y trágico, como la mayoría de las cosas absurdas. No hay nada más espantoso que la tragedia oculta tras una máscara cómica... ¿Dónde estaba? Ah, sí... El motivo por el cual habían abandonado Sicilia y regresado con tanta precipitación. En parte, sin duda, por el deseo de la señorita Bart de volver al bridge y a las reuniones elegantes. Insensible como una piedra al arte y la poesía: ¡para ella no existía la luz, ni en la tierra ni en el mar! Y, claro, había convencido a Dorset de que la comida italiana era perjudicial para él. Podía hacerle creer cualquier cosa... ¡lo que fuera! La señora Dorset lo sabía, y a la perfección, además; no había nada que escapara a su perspicacia. Pero sabía callar —tenía que hacerlo a menudo, la señorita Bart era una amiga íntima—, y no quería decir una sola palabra en contra de ella. Pero su orgullo de mujer... Hay cosas a las que uno no puede acostumbrarse... Todo aquello era confidencial, claro... Ah, las damas ya hacían señales desde el balcón del hotel... Cruzó de un salto la Promenade, dejando a Selden muy meditativo con su cigarro.

Sus conclusiones fueron corroboradas, unas horas más tarde, por una serie de esos detalles que a veces generan luz propia en la penumbra de un espíritu indeciso. Selden había tropezado con un conocido, cenado con él y paseado después, aún en su compañía, por la bien iluminada Promenade, donde una hilera de abarrotadas tribunas dominaba la rutilante oscuridad de las aguas. La noche era suave y persuasiva. Una lluvia de cohetes surcaba el cielo estival y una luna tardía asomaba en el este tras la elevada curva de la costa, proyectando a través de la bahía un rayo de luz brillante que palidecía bajo el resplandor rojizo de los barcos iluminados. En la Promenade engalanada con linternas flotaban pasajes de música de banda sobre el rumor de la muchedumbre y el suave murmullo de ramas en los oscuros jardines, y entre éstos y la parte posterior de las tribunas fluía una corriente humana cuyo vociferante espíritu de carnaval era apaciguado por la creciente languidez de la estación.

Selden y su compañero, al no poder conseguir asientos en una de las tribunas que miraban hacia la bahía, pasaron un rato entre el gentío y al final encontraron una buena atalaya en un alto parapeto ajardinado que dominaba la Promenade. Desde allí sólo gozaban de una vista triangular del agua y del

centelleante ir y venir de los barcos sobre su superficie, pero la multitud de la calle estaba justo debajo de ellos y Selden pensó que en general era más interesante que el mismo espectáculo. Al cabo de un rato, sin embargo, se cansó de su almena y, después de saltar solo a la acera, se abrió paso hasta la primera esquina y enfiló una calle transversal iluminada y silenciosa. Largos muros de jardín sombreados por árboles bordeaban las aceras, imponiéndoles su oscuro límite; un coche vacío avanzaba por la desierta calle y al cabo de unos momentos vio a dos personas surgir de las sombras de enfrente, hacer una señal al cochero y alejarse en el vehículo hacia el centro de la ciudad. La luz de la luna los iluminó cuando subían al coche y Selden reconoció a la señora Dorset y al joven Silverton.

Miró el reloj bajo el farol más cercano y vio que eran casi las once. Tomó otra calle lateral y, evitando a la multitud de la Promenade, se dirigió al elegante club desde el que se domina la avenida. Allí, entre el resplandor de las atestadas mesas de bacará, vio a lord Hubert Dacey, con su habitual sonrisa cansina, tras un montón de oro que decrecía rápidamente. Una vez desaparecido el montón, se levantó, encogiéndose de hombros y, después de saludar a Selden, salió con él a la desierta terraza del club. Ya era más de medianoche y la muchedumbre de las tribunas se estaba dispersando, mientras las largas hileras de barcos iluminados se esparcían y difuminaban bajo un cielo recuperado por el tranquilo esplendor de la luna.

Lord Hubert miró su reloj.

—Vaya por Dios, prometí cenar con la duquesa en el London House, pero ya han dado las doce y todos habrán desaparecido. El caso es que los perdí entre el gentío poco después de la comida y me refugié aquí, para desgracia mía. Tenían asientos en una de las tribunas pero, claro, fueron incapaces de estar quietos; la duquesa no puede parar, así que se fue con la señorita Bart en busca de lo que ellas llaman aventura... ¡Por Júpiter que no será culpa suya si no encuentran alguna un poco extravagante! —Y añadió, después de interrumpirse para buscar un cigarrillo—: Creo que la señorita Bart es una vieja amiga suya, ¿verdad? Eso me dijo ella... ¡Ah, gracias! Por lo visto, no me queda ninguno. —Encendió el cigarrillo que le ofreció Selden y continuó con su voz aguda y lánguida—: No es asunto mío, desde luego, pero no la he presentado a la duquesa. Ésta es una mujer encantadora, no cabe duda, y muy buena amiga mía, pero de una educación bastante liberal. —Selden oyó esto en silencio y lord Hubert, después de aspirar humo varias veces, prosiguió—: Algo que no se puede comunicar a la joven... aunque las jóvenes de hoy en día son muy competentes para juzgar por sí mismas; sin embargo, en este caso... Yo también soy un viejo amigo, ¿sabe?, y al parecer no puedo decírselo a nadie más. Toda la situación es un poco confusa, a mi entender... pero creo que había una tía en alguna parte, una persona despistada e inocente

que era fantástica para salvar situaciones comprometidas... ¡Ah! ¿Está en Nueva York? ¡Lástima que Nueva York esté tan lejos!

Capítulo II

La señorita Bart, al salir de su camarote a la mañana siguiente, se encontró sola en la cubierta del Sabrina.

Las tumbonas acolchadas, dispuestas en hilera bajo la ancha toldilla, no daban muestras de haber sido ocupadas hacía poco, y Lily se enteró al cabo de un rato por un camarero de que la señora Dorset aún no había aparecido y los caballeros habían bajado a tierra por separado en seguida después de desayunar. Una vez en posesión de estos datos, Lily estuvo unos minutos apoyada en la borda, saboreando el espectáculo que se ofrecía a su vista. La luz del sol bañaba, sin el impedimento de una sola nube, mar y costa con el resplandor más puro. Las aguas purpúreas dibujaban una línea de espuma blanca en la base de la orilla, contra cuyas irregulares eminencias destacaban el hotel y las villas entre el verdor grisáceo de olivos y eucaliptos y el fondo de montañas bien perfiladas temblaba bajo la pálida intensidad de la luz. ¡Qué bello era...! ¡Y cuánto amaba ella la belleza! Siempre había pensado que su sensibilidad en este aspecto compensaba cierta pobreza de sentimientos de la que estaba orgullosa, y en los últimos tres meses había gozado apasionadamente de aquella sensibilidad. La invitación de los Dorset de viajar con ellos al extranjero había sido una milagrosa liberación de unas dificultades abrumadoras, y su don para renovarse en nuevos escenarios y para desechar problemas de conducta con tanta facilidad como el entorno en el que habían surgido hacía que el mero traslado de un lugar a otro pareciera no sólo un aplazamiento, sino una solución de sus sinsabores. Las complicaciones morales sólo existían para ella en el ambiente que las había creado; no es que las minimizara o despreciara, sino que perdían su realidad cuando cambiaba el telón de fondo. No habría podido quedarse en Nueva York sin devolver el dinero que de Trenor, para librarse de tan odiosa deuda podría haber afrontado incluso el matrimonio con Rosedale; pero el accidente de poner el Atlántico por medio de sus obligaciones hizo que desaparecieran de su vista como si fueran hitos que hubiera dejado atrás en el camino.

Los dos meses en el Sabrina parecían especialmente concebidos para incrementar esta ilusión de distancia. Se había sumergido en paisajes nuevos y encontrado en ellos la renovación de antiguas esperanzas y ambiciones. El crucero en sí la cautivó como una aventura romántica. Los nombres y lugares entre los que se movía la emocionaron vagamente, y, mientras el yate rodeaba

los promontorios sicilianos, escuchó a Ned Silverton leer a Teócrito a la luz de la luna con una vibración nerviosa que confirmó su fe en la propia superioridad intelectual. Pero las semanas pasadas en Cannes y Niza le habían procurado aún más placer. La gratificación de ser bien acogida por la alta sociedad y de imponer en ella su propia ascendencia, hasta el punto de figurar una vez más como la «bella señorita Bart» en la interesante revista dedicada a registrar los menores movimientos de sus cosmopolitas amistades... todas estas experiencias contribuyeron a relegar al último plano de la memoria los prosaicos y sórdidos apuros de los que había escapado.

Aunque era vagamente consciente de que le esperaban otros contratiempos en el futuro, confiaba en su capacidad para hacerles frente; era característico en ella creer que los únicos problemas que no sabía solventar eran los que conocía mejor. Mientras tanto, podía envanecerse de la habilidad con que se había adaptado a unas circunstancias algo delicadas. Tenía razones para pensar que se había hecho igualmente indispensable para su anfitrión que para su anfitriona y, si hubiese vislumbrado un medio totalmente irreprochable de sacar un beneficio económico de la situación, no habría habido ni una sola nube en su horizonte. La verdad era que sus fondos, como de costumbre, no podían ser más exiguos, y no cabía la menor posibilidad de mencionar una cuestión tan vulgar ni a Dorset ni a su esposa. De todos modos, la necesidad aún no era acuciante; podía seguir viviendo, como había hecho tan a menudo, con la esperanza de que se produjera un cambio de suerte; entretanto la vida era alegre, hermosa y fácil, y ella sabía que interpretaba un papel digno en semejante escenario.

Se había citado para almorzar aquella mañana con la duquesa de Beltshire y a las doce pidió que la llevaran a tierra en el bote, no sin enviar antes a su doncella a preguntar si podía ver a la señora Dorset, pero la respuesta fue que esta última estaba cansada e intentaba dormir. Lily pensó que comprendía la razón de este desaire. Su anfitriona no había sido incluida en la invitación de la duquesa, pese a sus leales esfuerzos para conseguirlo. Su Gracia era sorda a las insinuaciones e invitaba u olvidaba a su antojo. No era culpa de Lily si las complicadas actitudes de la señora Dorset no se adaptaban al ritmo fácil de la duquesa, quien rara vez daba explicaciones de sus actos pero que en esta ocasión había aducido brevemente: «Es bastante aburrida. El único amigo suyo que me cae en gracia es ese pequeño señor Bry: me hace reír...», y Lily se abstuvo de insistir, más bien halagada de ser distinguida a costa de su amiga. Era cierto que Bertha se había vuelto muy sosa desde que se dedicaba a la poesía y a Ned Silverton.

En general suponía un alivio abandonar de vez en cuando el Sabrina, y el pequeño ágape de la duquesa, organizado por lord Hubert con su habitual virtuosismo, era tanto más agradable para Lily cuanto que no incluía a sus

compañeros de viaje. En los últimos días Dorset se mostraba más insulso e imprevisible de lo normal y Ned Silverton se paseaba con un aire que parecía desafiar al universo. La libertad y superficialidad de las relaciones con la duquesa eran un cambio muy grato frente a estas complicaciones y, después del almuerzo, Lily cayó en la tentación de seguir a sus acompañantes hasta el animado ambiente del Casino. No tenía intención de jugar; sus exiguos medios no le permitían tal aventura, pero le divertía sentarse en un diván, bajo la dudosa protección de la duquesa, quien vigilaba sus apuestas sentada a una mesa vecina.

Los salones estaban atestados de mirones que se pasaban la tarde yendo de mesa en mesa, como la multitud dominguera acude a las jaulas del zoológico. En el lento desfilar de la masa apenas se distinguían las personas, pero Lily no tardó en ver a la señora Bry cruzar el umbral con paso decidido, seguida de la esbelta figura de la señora Fisher, que recordaba un bote de remos en la popa de un remolcador. La señora Bry siguió avanzando, animada al parecer por la determinación de llegar a cierto punto de los salones, pero la señora Fisher, al ver a Lily, se desvió y fue flotando hacia ella.

—¿Que la perderé? —coreó la pregunta de esta última, con una mirada indiferente a la espalda de la señora Bry—. Te aseguro que no me importa. Ya la he perdido. —Y al oír la exclamación de Lily, agregó—: Hemos tenido una pelea épica esta mañana. Como sabes, anoche la duquesa le dio plantón en la cena y ahora dice que es culpa mía, de mi falta de organización. Lo peor es que el mensaje (una sola palabra por teléfono) llegó tan tarde, que hubo que pagar la cena y Bécassin presentó una cuenta desorbitada... ¡Le habían asegurado tanto la asistencia de la duquesa! —La señora Fisher rio al recordarlo—. Pagar por lo que no consigue enfurece a Louisa: no puedo hacerle entender que es uno de los pasos preliminares para conseguir lo que no has pagado... ¡y, como yo era lo que tenía más cerca, la pobre se ensañó conmigo!

Lily murmuró unas palabras de conmiseración. Los impulsos de solidaridad la asaltaban de modo natural y se ofreció instintivamente a ayudar a la señora Fisher.

—Si puedo hacer algo... ¡Si sólo se trata de presentarle a la duquesa! Me ha dicho que encontraba divertido al señor Bry...

Pero la señora Fisher hizo un gesto decisivo.

—Querida, tengo mi orgullo, el orgullo de mi profesión. No he sabido convencer a la duquesa y no puedo atribuirme el mérito de tus artes ante Louisa Bry. He dado el paso definitivo: me voy a París esta noche con Sam Gormer y su mujer. Aún se hallan en la fase elemental; un príncipe italiano es mucho más que un príncipe para ellos y siempre están a punto de confundirle

con un botones. Salvarles de esto es mi misión actual. —Volvió a reír al imaginarse el cuadro—. Pero antes de irme quiero hacer mi último testamento: quiero dejarte a los Bry.

—¿A mí? —rio a su vez la señorita Bart—. Eres un encanto por acordarte de mí, querida, pero la verdad es que...

—¿Tan bien provista estás? —La señora Fisher le dirigió una mirada, penetrante—. ¿En serio, Lily... hasta el punto de rechazar mi oferta?

La señorita Bart se ruborizó ligeramente.

—Quería decir que a los Bry no les gustará nada que dispongamos así de ellos.

La señora Fisher continuó azorándola con una mirada implacable.

—Lo que realmente querías decir es que has desairado sin miramientos a los Bry y sabes que ellos lo han notado.

—¡Carry!

—Oh, para ciertas cosas, Louisa es muy sensible. ¡Si por lo menos les hubieras conseguido una sola invitación al Sabrina en especial cuando fueron miembros de la realeza! Pero no es demasiado tarde —concluyó con talante serio—. No es demasiado tarde para nadie.

Lily sonrió.

—Quédate y conseguiré que la duquesa cene con ellos.

—No puedo quedarme... Los Gormer ya me han pagado el salón-lit —confesó sin ambages la señora Fisher—. Pero haz que la duquesa cene con ellos, de todos modos.

La sonrisa de Lily volvió a trocarse en una leve carcajada; la insistencia de su amiga empezaba a parecerle inoportuna.

—Siento haber descuidado a los Bry... —comenzó.

—Oh, olvida a los Bry... Eres tú la que me preocupa —replicó la señora Fisher, la cual, después de una pausa, se inclinó hacia delante y añadió en voz baja—: Ya sabes que anoche fuimos todos a Niza cuando la duquesa nos plantó. Fue idea de Louisa... yo me opuse a ella.

La señorita Bart asintió.

—Sí... Os vi en la estación cuando regresábamos.

—Pues bien el hombre que iba en el coche contigo y George Dorset... ese horrible Dabham que escribe «Notas de Sociedad desde la Riviera», cenó con nosotros en Niza y ahora dice a todo el mundo que Dorset y tú volvisteis solos

después de medianoche.

—¿Solos... si él iba con nosotros? —se echó a reír Lily, pero en seguida adoptó una expresión grave al ver la prolongada intención en la mirada de la señora Fisher—. Sí, volvimos solos... ¿acaso es algo tan horrible? ¿Y quién tuvo la culpa? La duquesa pernoctaba en Cimiez con la princesa heredera; Bertha se aburrió del espectáculo y se marchó temprano, prometiendo reunirse con nosotros en la estación. Nosotros llegamos a tiempo, pero ella no... ¡ella no se presentó!

La señorita Bart anunció este hecho en el tono de quien ofrece con total seguridad una explicación convincente, pero la señora Fisher la oyó sin inmutarse. Parecía haber olvidado el papel de su amiga en el incidente: sus pensamientos habían tomado otro rumbo.

—¿Bertha no se presentó? Entonces, ¿cómo volvió a Montecarlo?

—Oh, supongo que con el último tren; había dos especiales para el festival. En cualquier caso, sé que está sana y salva en el yate, aunque todavía no la he visto; pero ahora ya sabes que no fue culpa mía —resumió Lily.

—¿No fue culpa tuya que Bertha no apareciera? Mi pobre niña, ¡espero que no te lo hagan pagar! —La señora Fisher se levantó; había visto a la señora Bry venir corriendo hacia ellos—. Ahí viene Louisa, debo irme... Oh, exteriormente estamos en las mejores relaciones, almorzaremos juntas, pero en realidad le gustaría hacerme pedazos —explicó y, tras un último apretón de manos y una última mirada, añadió—: Recuérdalo, te la dejo; está vacilando, dispuesta a reconciliarse contigo.

Lily salió del Casino pensando en la despedida de la señora Fisher. Antes de irse había dado el primer paso hacia la recuperación del favor de la señora Bry. Una palabra amable —un vago murmullo sobre la necesidad de verse con más frecuencia— y una alusión a un futuro próximo, que parecía incluir a la duquesa, así como al Sabrina, ¡qué fácil era hacerlo cuando se poseía el don de hacerlo bien! Se admiró, como solía admirarse a menudo, de poseer este don y no ejercitarlo con mayor firmeza. Pero a veces era olvidadiza... y otras, ¿podría ser que fuera orgullosa? En cualquier caso, hoy había intuido vagamente una razón para doblegar su orgullo, y de hecho lo había doblegado hasta el punto de sugerir a lord Hubert Dacey, con quien se cruzó en la escalinata del Casino, que tal vez podría convencer a la duquesa de que cenara con los Bry si ella se encargaba de que les invitaran al Sabrina. Lord Hubert prometió ayudarla con la solicitud que Lily siempre sabía inspirar en él; era su único modo de recordarle que en un tiempo había estado dispuesto a hacer mucho más por ella. Su camino, en suma, parecía allanarse a medida que avanzaba por él y, no obstante, en su interior persistía un leve hálito de inquietud. Se preguntó si lo habría causado el fortuito encuentro con Selden.

Pero no... El tiempo y el cambio parecían haberle relegado completamente a la debida distancia. Su repentina y exquisita reacción ante sus preocupaciones había tenido el efecto de alejar hasta tal punto el pasado reciente que incluso Selden, como parte de él, conservaba cierto aire de irrealidad. Y el propio Selden había dejado bien claro que no debían volver a verse, que sólo estaba en Niza para uno o dos días y se disponía a embarcar en el próximo transatlántico. No: aquella parte del pasado se había limitado a emerger un momento a la efímera superficie de los acontecimientos; sin embargo, ahora que había vuelto a sumergirse, la incertidumbre y la aprensión persistían.

Persistían y se agudizaron cuando Lily vio a George Dorset bajar la escalinata del Hotel de París y cruzar la plaza para ir a su encuentro. Su intención era alquilar un coche para ir al muelle y de allí regresar al yate, pero ahora tuvo la inmediata sensación de que algo se interpondría en sus planes.

—¿Hacia dónde se dirige? ¿Paseamos un poco? —empezó él, formulando la segunda pregunta sin esperar la respuesta a la primera, como si ninguna de las dos le interesara. Y conduciendo en silencio a Lily hacia la relativa quietud de los jardines inferiores.

Ella detectó al momento en él los signos de una extraña tensión nerviosa. Tenía las ojeras hinchadas y el tono de la tez había palidecido tanto que las cejas irregulares y el largo bigote rojizo destacaban y le daban un aspecto melancólico en el que predominaba una extraña mezcla de ferocidad y desconcierto.

Caminaron en silencio, él con pasos rápidos y precipitados, hasta llegar a las pendientes emparradas del lado este del Casino; allí tiró a Lily bruscamente del brazo y le dijo:

—¿Ha visto a Bertha?

—No... Cuando salí del yate aún no se había levantado.

Al oír esto, Dorset profirió una risotada como el sonido chirriante de un reloj descompuesto.

—No se había levantado, ¿eh? ¿Acaso se había ido a la cama? ¿Sabe a qué hora regresó a bordo? ¡Esta mañana a las siete! —exclamó.

—¿A las siete? —repitió Lily—. ¿Qué ocurrió? ¿Un accidente en el tren?

Él volvió a reírse.

—Perdieron el tren (todos los trenes) y tuvieron que regresar en un coche.

—¿Y qué...? —Lily titubeó, cayendo en la cuenta de que incluso esta circunstancia no explicaba el fatal intervalo de tantas horas.

—No encontraron en seguida un vehículo, como es natural a aquella hora

de la noche —el tono casi hacía pensar que disculpaba a su mujer— y, cuando por fin pasó uno, ¡era una tartana tirada por un solo caballo que, además, cojeaba!

—¡Qué mala suerte! Comprendo —aseguró ella, en un tono tanto más convencido cuanto que, en su fuero interno, no lo comprendía en absoluto y, tras una pausa, añadió—: Lo siento. ¿Quizá deberíamos haberla esperado?

—¿A que llegara en el caballo cojo? No creo que hubiese podido cargar con nosotros cuatro.

Lily recibió la frase del único modo posible: con una risa destinada a darle el mismo tono humorístico con que él la había pronunciado.

—Sí, habría sido difícil; tendríamos que habernos turnado. Pero ver el amanecer habría merecido la pena.

—Sí, el amanecer ha sido precioso —convino él.

—¿Ah, sí? ¿Lo ha visto?

—Sí, claro; desde cubierta. Les esperaba.

—Es natural... Supongo que estaba preocupado. ¿Por qué no me llamó para que le acompañara en su vigilia?

Él, callado, se atusó el bigote con una mano delgada y débil.

—Me parece que no le habría gustado el dénouement —dijo al fin con súbita severidad.

A ella volvió a desconcertarle el repentino cambio de tono y, como a la luz de un relámpago, vio el peligro del momento y la necesidad de quitar importancia al asunto.

—Dénouement... ¿no es una palabra demasiado solemne para un incidente tan pequeño? Lo peor es el cansancio de Bertha, del que probablemente ya se ha repuesto después de dormir unas horas.

Se atuvo a la nota frívola con valentía, aunque empezaba a ver su futilidad en el brillo de los ojos afligidos de Dorset.

—¡Basta... basta! —explotó éste, con el grito dolido de un niño, y mientras Lily intentaba conciliar su condolencia con la decisión de no reconocerle una causa concreta y fundir ambas en un ambiguo murmullo de consuelo, Dorset se desplomó en un banco próximo y dio rienda suelta a toda la amargura de su alma.

Fue una hora espantosa, una hora que dejó a Lily asustada y cohibida, como si una luz desnuda le hubiera chamuscado los párpados. Ya había tenido algunos avisos premonitorios de semejante estallido, pues a lo largo de

aquellos tres meses la superficie de la vida se había resquebrajado de vez en cuando en siniestras grietas de las que emanaban siniestros vapores, poniéndola en guardia y al acecho de una inminente explosión. Había habido momentos en que la situación se había presentado bajo un aspecto menos vago y más impresionante, evocando la imagen de un carruaje destartado, conducido por caballos salvajes por un camino lleno de baches, en cuyo interior ella iba acurrucada, consciente de que el arnés necesitaba ser reparado Y sin saber qué parte del vehículo se rompería antes. Pues bien: ahora todo se había roto y el milagro era que aquel absurdo ensamblaje hubiese estado entero tanto tiempo. La sensación de estar implicada en el desastre, en lugar de haberlo presenciado tranquilamente desde la cuneta, se intensificó cuando Dorset, en medio de sus furiosas denuncias y violentas reacciones de desdén por sí mismo, insinuó que la necesitaba, que necesitaba el lugar que había llegado a ocupar en su vida. Si no hubiera sido ella, ¿quién habría escuchado sus lamentos? ¿Y qué mano, sino la suya, podía hacerle recuperar el juicio y el respeto por sí mismo? Siempre en la tensión de su lucha, Lily había sido consciente de un leve instinto maternal en sus esfuerzos para guiarle y animarle. Sin embargo, si en esta ocasión se aferraba a ella, no era para que le levantara el ánimo, sino para sentir que alguien se derrumbaba con él; quería que ella sufriera como él, no que le ayudara a sufrir menos.

Felizmente para ambos, Dorset tenía poca fortaleza física para prolongar su cólera, que le dejó agotado y sin aliento, hundido en una apatía tan larga y profunda que Lily casi temió que los transeúntes la confundieran con un ataque de apoplejía y ofrecieran auxilio. Pero Montecarlo es quizá el lugar del mundo donde los vínculos humanos son más débiles y las escenas extrañas las que menos llaman la atención. Si alguna mirada se detuvo en la pareja, nadie les importunó con ninguna intrusión y fue la propia Lily quien rompió el silencio levantándose del banco. Al ampliar su campo de visión, vio que el peligro tenía más alcance y que ya no procedía solamente de Dorset.

—Si usted no quiere volver, yo debo hacerlo... ¡No me obligue a dejarle aquí! —instó. Pero él continuó ofreciendo una resistencia muda y Lily añadió —: ¿Qué piensa hacer? No puede quedarse aquí toda la noche.

—Puedo ir a un hotel y telegrafiar a mis abogados. —Se enderezó, animado por una nueva idea—. Por Júpiter, Selden está en Niza... ¡Enviaré a buscarle!

Al oír esto, Lily volvió a sentarse, con un grito de alarma.

—¡No, no, no! —protestó.

Dorset la miró con suspicacia.

—¿Por qué no Selden? Es abogado, ¿no? Tan bueno es uno como otro en

un caso como éste.

—O tan malo. Creía que necesitaba mi ayuda.

—Y usted me la presta... siendo tan dulce y paciente conmigo. De no haber sido por su ayuda, hace ya tiempo que habría puesto fin a esta situación. Pero ahora todo ha terminado. —Se levantó de improviso, irguiéndose con un esfuerzo—. No creo que le guste verme en ridículo.

Ella le miró con expresión bondadosa.

—De eso se trata, precisamente. —Y entonces, tras un momento de reflexión, y sorprendiéndose a sí misma, añadió, como inspirada por una idea—: Está bien, vaya a ver al señor Selden. Tiene tiempo hasta la cena.

—Oh, la cena... —repitió él con sorna, pero Lily le replicó antes de dejarle:

—La cena a bordo, no lo olvide; la retrasaremos hasta las nueve, si es preciso.

Ya eran más de las cuatro y, cuando se hubo apeado del coche en el muelle y embarcado en el bote, Lily empezó a preguntarse qué habría sucedido en el Sabrina. Nadie había dicho nada del paradero de Silverton. ¿Habría regresado al yate? ¿O tal vez Bertha —la terrible alternativa se le ocurrió de repente—, al quedarse sola, había decidido volver a tierra con él? El corazón le dio un vuelco. Hasta entonces, toda su preocupación había sido para el joven Silverton, no sólo porque en semejantes cuestiones el instinto femenino se pone de parte del hombre, sino porque su caso le inspiraba una simpatía especial. Su sinceridad era desesperada, pobre muchacho, y de una calidad muy diferente de la de Bertha, aunque la de ésta era bastante desesperada. La diferencia residía en que los sentimientos de la señora Dorset giraban en torno a sí misma, mientras los de él se volcaban en ella. Sin embargo, ahora, en la crisis actual, esta diferencia parecía perjudicar a Bertha, ya que él podía al menos sufrir por ella, mientras que ella sólo se tenía a sí misma. En cualquier caso, vista menos idealmente, todos los inconvenientes de la presente crisis recaían en la mujer, y las simpatías de Lily se inclinaban ahora por ella. No sentía afecto por Bertha Dorset, pero le debía cierta gratitud, tanto más vinculante cuanto menor era la preferencia personal en que se apoyaba. Bertha había sido buena con ella habían convivido cómodamente los últimos meses como dos amigas y la sensación de fricción que últimamente había venido notando parecía apremiarla a trabajar sin reservas en interés de su amiga.

Sin duda en interés de Bertha mandó a Dorset a consultar con Lawrence Selden. Una vez aceptado lo grotesco de la situación, comprendió en seguida que Dorset no podía ponerse en mejores manos. ¿Quién sino Selden podía combinar milagrosamente la habilidad para salvar a Bertha con la obligación

de hacerlo? La certeza de que se requeriría mucha habilidad hizo que Lily pensara con agradecimiento en la magnitud de la obligación. Confiaba en él para sacar a Bertha del apuro y depositó toda su confianza en el telegrama que le dirigió de camino hacia el muelle.

Hasta ahora, pues, Lily creía haber obrado bien, y esta convicción le daba ánimos para terminar la tarea. Bertha y ella no se habían hecho nunca confidencias, pero en una crisis como aquélla las barreras tendrían que caer; las vagas alusiones de Dorset a la escena de la mañana sugerían a Lily que ya habían caído, y que cualquier intento de reconstruirlas requeriría un esfuerzo excesivo para Bertha. Imaginó a la pobre mujer temblando tras los escombros de sus barricadas y esperando con incertidumbre el momento de refugiarse en el primer asilo que se le ofreciera. ¡Ojalá no hubiera encontrado aún aquel asilo en otra parte! Mientras el bote recorría la corta distancia entre el muelle y el Sabrina, Lily se alarmaba progresivamente de las posibles consecuencias de su largo abandono. ¿Y si la infortunada Bertha, no sabiendo a quién acudir durante las horas de soledad...? Pero ya el pie impaciente de Lily se posaba en la escala del yate y su primer paso en cubierta le demostró que la peor de sus aprensiones era infundada, porque allí, en la placentera sombra de la cubierta de popa, la infortunada Bertha, ataviada con su habitual elegancia discreta, servía sendas tazas de té a la duquesa de Beltshire y a lord Hubert.

La escena la sorprendió tanto, que tuvo la seguridad de que su amiga, por lo menos, captaría en su mirada el porqué, y le desconcertó la inexpresividad de la mirada que recibió por respuesta. Pero un instante después comprendió que la señora Dorset tenía que fingir indiferencia ante los demás, y que ella, a fin de mitigar el efecto del propio asombro, debía aducir alguna razón que lo explicara. El largo hábito de las transiciones rápidas le facilitó la ocurrencia de decirle a la duquesa:

—¡Cómo! ¡Creía que había vuelto al lado de la princesa! —Esta exclamación fue suficiente para la dama a quien iba dirigida, aunque no para lord Hubert.

Por lo menos sirvió de introducción al animado relato de que la duquesa ya volvía, en efecto, al lado de su regia amiga, cuando decidió ir primero al yate para discutir con la señora Dorset la cena del día siguiente, la cena con los Bry, a la cual lord Hubert había insistido finalmente en llevarlas.

—¡Para salvar el pescuezo, ya sabe! —explicó éste, con una mirada que pedía a Lily algún reconocimiento de pronta obediencia; y la duquesa añadió, con su noble candor:

—El señor Bry le ha prometido un soplo y él dice que, si vamos, nos lo pasará a nosotros.

Esto condujo a una serie de bromas en las que, según le pareció a Lily, la señora Dorset participó con asombrosa presencia de ánimo; al final de ellas lord Hubert, ya desde la mitad de la escala, gritó, como calculando el número de asistentes:

—Y contamos también con Dorset, ¿verdad?

—Oh, sí, cuenten con él —afirmó su esposa con voz alegre. Estaba aguantando el tipo hasta el final... pero, cuando ya daba la espalda a la borda, después de agitar la mano por última vez, Lily se dijo para sus adentros que ahora caería la máscara y el miedo haría su aparición.

La señora Dorset se volvió con lentitud; quizá necesitara tiempo para dominar los músculos; el caso fue que los controlaba a la perfección cuando, sentándose de nuevo a la mesa de té, observó a la señorita Bart con un leve matiz de sarcasmo:

—Supongo que debería decir buenos días.

Si era una pista, Lily estaba dispuesta a seguirla, aunque no tenía la menor idea de la respuesta que se esperaba de ella. Era irritante contemplar el aplomo de la señora Dorset y Lily tuvo que esforzarse para responder en tono superficial:

—He intentado verte esta mañana, pero aún no te habías levantado.

—No... me acosté tarde. Después de buscaros en vano en la estación, pensé que debíamos esperaros hasta el último tren. —Hablaba en voz baja, con un levísimo acento de reproche.

—¿Después de buscarnos? ¿Nos esperasteis en la estación? —Ahora Lily estaba demasiado desorientada para medir las palabras de Bertha o vigilar las propias—. ¡Pues yo creía que no llegaste a la estación hasta después de que saliera el último tren!

La señora Dorset la examinó con los párpados entornados y contestó rápidamente con una pregunta:

—¿Quién te ha dicho eso?

—George... Acabo de verle en los jardines.

—¡Ah! ¿Conque ésta es la versión de George? El pobrecillo no se hallaba en condiciones de recordar lo que le dije. Esta mañana ha sufrido uno de sus peores ataques y le he enviado a ver al médico. ¿Sabes si le ha localizado?

Lily, perdida todavía en conjeturas, no respondió nada y la señora Dorset se arrellanó en su asiento con indolencia.

—Esperaré hasta que le reciba; estaba muy asustado. Las preocupaciones

son muy malas para él; siempre que ocurre algo desagradable, le da un ataque.

Esta vez Lily tuvo la seguridad de que le estaba insinuando algo, pero de un modo tan imprevisto y con un aire de tan increíble naturalidad que sólo pudo balbucir, abrumada por las dudas:

—¿Algo desagradable?

—Sí... como que te tuviera tan a mano a tan altas horas de la noche. ¿Sabes, querida, que constituyes una gran responsabilidad en un lugar tan escandaloso, y de madrugada, además?

Al oír esto —completamente inesperado y de una audacia inconcebible—, Lily no pudo reprimir el tributo de una risa sorprendida.

—¡Vaya... encima de que fuiste tú quien le cargó con esta responsabilidad!

La señora Dorset aceptó esta réplica con un aplomo exquisito.

—¿Por no tener la inteligencia sobrehumana de encontraros entre la multitud de viajeros que subían al tren? ¿O por no haber imaginado que os iríais sin nosotros (tú y él solos), en vez de quedaros tranquilamente en la estación hasta que consiguiéramos dar con vosotros?

Lily se sonrojó; empezaba a darse cuenta de que Bertha perseguía un fin, seguía una pauta previamente marcada pero, ante el inminente escándalo, ¿por qué perdía el tiempo tratando de evitarlo con esfuerzos tan pueriles? Esta puerilidad desarmó la indignación de Lily; ¿acaso no probaba el terror de la pobre criatura?

—No, por no pensar que nos veríamos todos en Niza —respondió.

—¿Vernos? ¡Fuiste tú quien aprovechó la primera oportunidad para irte con la duquesa y sus amigos! ¡Mi querida Lily, no eres una niña a la que hay que llevar de la mano!

—No, ni tampoco a la que hay que reprender, Bertha, si es lo que estás haciendo ahora.

La señora Dorset le sonrió con reproche.

—Reprenderte... ¿yo? ¡Dios me libre! Sólo intentaba darte un consejo amistoso, pero en general es al revés, ¿no? Soy yo quien tiene que recibir los consejos, no darlos; desde luego, no he dejado de recibirlos en estos últimos meses.

—¿Consejos... míos? —repitió Lily.

—Oh, sólo negativos: lo que no se debe ser, ni ver, ni hacer. Y creo que los he aceptado de manera admirable. Pero, si me permites decirlo, querida, no comprendí que uno de mis deberes negativos fuera no avisarte cuando llevabas

tu imprudencia demasiado lejos.

Un escalofrío de temor estremeció a Lily, el recuerdo de una traición que era como el destello de un cuchillo en la oscuridad. Sin embargo, la compasión venció al cabo de un momento su repugnancia instintiva. ¿Qué era aquel arrebatado de insensata amargura sino el intento de una criatura acosada de nublar el camino a través del cual pretendía huir? A sus labios casi afloraron las palabras: «Pobrecita mía, no te debates; ven directamente a mí y encontrarás una salida». Pero la insolencia impenetrable de la sonrisa de Bertha las ahogó, y Lily guardó silencio, reaccionando con calma al ataque y absorbiendo hasta la última gota de su falsedad acumulada; después se levantó sin decir nada y bajó a su camarote.

Capítulo III

El telegrama de la señorita Bart sorprendió a Lawrence Selden en la puerta de su hotel; lo leyó y volvió sobre sus pasos para esperar a Dorset. El mensaje dejaba necesariamente grandes lagunas para la hipótesis, aunque todo cuanto había oído y visto el abogado en los últimos días le facilitaba mucho la tarea de llenarlas. En general, estaba sorprendido, pues, aunque comprendía que la situación contenía muchos elementos explosivos, sabía por experiencia que semejantes combinaciones acaban de forma inofensiva. No obstante, el genio espasmódico de Dorset y el olímpico desprecio de su mujer por las apariencias prestaban a la situación una inseguridad peculiar e, impulsado menos por su remota relación con el caso que por un celo puramente profesional, Selden resolvió guiar a la pareja a buen puerto. No era asunto suyo si la reparación de un vínculo tan deteriorado podía o no llamarse un buen puerto; por principio, debía procurar que se evitara el escándalo y su deseo de evitarlo era tanto mayor cuanto que temía ver envuelta en él a la señorita Bart. No había nada concreto en esta aprensión; sólo deseaba ahorrarle la vergüenza de verse relacionada, aunque fuese de lejos, con el lavado en público de la ropa sucia de los Dorset.

Lo exhaustivo y desagradable de semejante proceso se le apareció con más claridad después de dos horas de conversación con el pobre Dorset. Sacar algo a la luz supondría ventilar tan ingente acumulación de trapos morales que, cuando su visitante se hubo marchado, Selden se quedó con la impresión de que debía abrir las ventanas de par en par y mandar barrer la habitación. Nada debía trascender y, por fortuna para su cliente, los trapos, una vez recompuestos, no se convertirían fácilmente en un agravio homogéneo. Los bordes deshilachados no siempre coincidían, faltaban trozos, había diferencias

de tamaño y color, y por supuesto el trabajo de Selden consistía precisamente en presentarlos a su cliente del modo más atractivo posible. Sin embargo, la mejor de las demostraciones sería incapaz podía convencer a un hombre que se hallara en el estado de ánimo de Dorset, y el abogado vio que por el momento lo único que podía hacer era suavizar y contemporizar, ofrecer comprensión y aconsejar prudencia. Se despidió de él con la firme recomendación de que hasta su próximo encuentro observara una actitud estrictamente evasiva y recordara que su papel en el juego consistía por lo pronto en observar y callar. Selden sabía, sin embargo, que no podría mantener mucho tiempo en equilibrio semejantes violencias y prometió verle a la mañana siguiente en un hotel de Montecarlo. Entretanto, contaba con la reacción de debilidad y desconfianza en sí mismo que, en tales naturalezas, suele seguir a cada derroche inusitado de fuerza moral, y su respuesta telegráfica a la señorita Bart consistió simplemente en la orden: «Haz como si no hubiera cambiado nada».

Y, de hecho, todos obedecieron esta directiva durante la primera parte del día siguiente. Dorset, sumiso a las perentorias instrucciones de Lily, volvió al yate para una cena a horas muy avanzadas, que fue el momento más difícil de la jornada. Se sumió en uno de los abismales silencios que sucedían habitualmente a lo que su esposa llamaba sus «ataques»: de ahí que fuera fácil atribuirlo a dicha causa delante de los criados; pero Bertha se permitió la perversidad de mostrarse poco dispuesta a aprovechar este obvio medio de protección. Se limitó a dejar el peso de la situación en manos de su marido, como si estuviera demasiado absorta en un agravio propio para sospechar que ella pudiera ser el objeto de otro. Para Lily, esta actitud fue el elemento más amenazador de la situación, por su falta de lógica. Mientras intentaba animar la languideciente conversación, levantar, una y otra vez, la tambaleante estructura de las «apariencias», su propia atención se desviaba sin cesar hacia la pregunta: «¿Qué diablos debe estar tramando?». Había algo realmente exasperante en la actitud de desafío de Bertha. Si hubiera hecho alguna indicación a su amiga, podrían haber salvado juntas la crisis, pero ¿cómo podía Lily ser útil si se le negaba la menor participación del modo más obstinado? Ser útil era lo que deseaba de verdad y no por su propio bien, sino por el de los Dorset. No había pensado en ningún momento en sí misma porque estaba demasiado concentrada en el intento de poner un poco de orden entre la pareja. Sin embargo, la triste velada terminó dejándola con la impresión de haber malgastado sus esfuerzos. No había intentado ver a Dorset a solas sino, por el contrario, evitado renovar sus confianzas. Buscaba las de Bertha, que debería solicitar las suyas con la misma ansiedad, pero ella, como resuelta a causar su propia destrucción, rechazaba la mano que le ofrecía ayuda.

Lily se fue a acostar temprano, dejando solo al matrimonio, y como parte

del misterio general que la rodeaba, transcurrió más de una hora antes de que oyese a Bertha enfilarse el silencioso pasillo y entrar en su camarote. A la mañana siguiente encontró al levantarse una aparente prolongación de las mismas circunstancias, sin que nada le revelara lo ocurrido entre la pareja. Sólo un hecho proclamaba abiertamente el cambio que todos conspiraban por ocultar: que Ned Silverton no aparecería. Nadie se refirió a él y esta tacita negativa lo mantuvo en el primer plano de la conciencia general. Sin embargo, había otro cambio, perceptible sólo para Lily, y era que Dorset la esquivaba ahora de modo casi tan flagrante como su esposa. Quizás estaba arrepentido de su atolondrada confesión de la víspera o quizá sólo intentaba, con su habitual torpeza, ceñirse a la recomendación de Selden de portarse «como de costumbre». Semejantes instrucciones cohíben tanto como la petición del fotógrafo de adoptar una postura «natural», y en una persona tan ajena como el pobre Dorset al aspecto que habitualmente ofrecía, la lucha por observar una pose tenía que traducirse forzosamente en extrañas contorsiones.

El resultado fue, en cualquier caso, que Lily se vio abandonada a su propia suerte. Cuando salió del camarote se enteró de que la señora Dorset era todavía invisible y de que Dorset había desembarcado muy temprano y, como ella se sentía demasiado inquieta para estar sola, también se hizo acompañar a tierra.

Mientras paseaba en dirección al Casino, se unió a un grupo de conocidos que se hospedaban en Niza, con quienes almorzó y en cuya compañía se dirigía a las salas de juego cuando se encontró con Selden, que cruzaba la plaza. En aquel momento no podía separarse de sus acompañantes, que, muy hospitalarios, suponían que se quedaría con ellos hasta que se marcharan, pero halló un minuto de pausa para formularle una pregunta, a la que él respondió con prontitud:

—He vuelto a verle... Acabo de despedirme de él.

Ella esperó con ansiedad.

—¿Y qué? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué va a suceder?

—Nada, por el momento... y creo que tampoco en el futuro.

—¿Se acabó, entonces? ¿Se han reconciliado? ¿Estás seguro?

Él sonrió.

—Dame tiempo. No estoy seguro... pero sí mucho más que ayer.

Y Lily tuvo que contentarse con esto y volver con el grupo que la esperaba en la escalinata.

De hecho, Selden le había dado la máxima medida de su seguridad; incluso la había exagerado un poco para calmar la ansiedad de Lily. Y ahora, al dar

media vuelta dispuesto a dar un paseo hasta la estación, esa ansiedad permaneció con él como justificación visible de la suya propia. En realidad, no temía nada en concreto: había dicho la pura verdad al afirmar que no creía que sucediera nada. Le inquietaba, sin embargo, que el perceptible cambio operado en la actitud de Dorset careciera de causa aparente. Desde luego, no se debía a los argumentos del abogado ni a la acción de una mayor objetividad del cliente. Cinco minutos de conversación habían bastado para revelar el trabajo de una influencia ajena que tal vez no había calmado su resentimiento pero sí debilitado su voluntad, de modo que se movía en un estado de letargo, como un loco peligroso que ha sido drogado. No cabía duda de que, fuera cual fuese su procedencia, suponía un bien para la situación en general; la cuestión era cuánto duraría y qué clase de reacción podía suscitar. Selden no podía averiguar nada sobre estos puntos, porque un efecto de la transformación había sido interrumpir su libre comunicación con Dorset. Era evidente que éste continuaba impulsado por el irresistible deseo de comentar su desgracia pero, aunque daba vueltas a ella con la misma desesperada tenacidad, Selden había advertido que algo frenaba su necesidad de expresión. Tal estado había producido en su interlocutor primero cansancio y después impaciencia, por lo que al terminar la conversación Selden empezó a pensar que ya había hecho todo lo posible y decidió lavarse las manos.

Seguía siendo de esta opinión cuando se dirigía a tomar el tren y se cruzó con la señorita Bart y, aunque, después de un breve diálogo con ella, continuó mecánicamente su camino, se percató de un cambio sutil en sus propósitos, un cambio inducido por la mirada de Lily y, con objeto de definir la naturaleza de esa mirada, se sentó en un banco de los jardines y meditó la cuestión. En el fondo era natural que estuviera preocupada; una joven introducida en el ambiente íntimo de un yate, en compañía de un matrimonio a punto de naufragar, aparte de preocupada por sus amigos, no podía ser insensible a la incomodidad de su propia posición. Lo peor era que el estado de ánimo de la señorita Bart podía interpretarse de muchas maneras y una de ellas tomó en el aturcido entendimiento de Selden la desagradable forma sugerida por la señora Fisher. Si la joven estaba asustada, ¿temía por sí misma o por sus amigos? ¿Y hasta qué punto su temor a una catástrofe aumentaba por el hecho de sentirse fatalmente implicada en ella? Como el peso de la ofensa radicaba de modo ostensible en la señora Dorset, esta conjetura parecía a simple vista gratuitamente severa, pero Selden sabía que en la desavenencia conyugal más unilateral suelen presentarse reconvenciones tanto más audaces cuanto más evidente es el agravio original. La señora Fisher no había vacilado en sugerir la probabilidad de que Dorset se casara con la señorita Bart, si «ocurría algo», y, aunque las conclusiones de la señora Fisher eran de una imprudencia notoria, no se le podía negar cierta astucia en la lectura de signos. Al parecer, Dorset había demostrado un notable interés por la joven, y este interés podía

ser cruelmente aprovechado en la lucha de su esposa por la rehabilitación. Selden sabía que Bertha se defendería hasta quemar el último cartucho; su conducta temeraria se aliaba ilógicamente con la fría determinación de escapar de sus consecuencias. Podía ser tan poco escrupulosa en su propia defensa como atolondrada en tentar el peligro, y todo lo que estuviera a su alcance en tales momentos le serviría de arma defensiva. Selden no veía aún con claridad qué línea de acción adoptaría, y la incertidumbre incrementó su aprensión y también su idea de que antes de marcharse debía hablar de nuevo con la señorita Bart. Cualquiera que fuese su responsabilidad en la situación —y él siempre había intentado con todas sus fuerzas no juzgarla por su entorno—, por ajena que fuera a cualquier conexión personal con ella, estaría mejor si se alejaba de un posible estallido y, como se había dirigido a él pidiendo ayuda, su deber era prevenirla.

Esta decisión le llevó por fin a levantarse del banco y a encaminarse hacia el Casino, tras cuyas puertas la había visto desaparecer, pero una prolongada exploración del gentío no logró ponerle sobre su pista. En cambio, para su sorpresa, vio a Ned Silverton dando vueltas a las mesas con bastante ostentación, y, advirtiéndole que este actor del drama no sólo se encontraba entre bastidores, sino que se exponía a la luz de las candilejas, sus temores, a pesar de que eso parecía implicar la eliminación de todo peligro, se intensificaron. Con esta impresión volvió a la plaza, esperando ver en ella a la señorita Bart, ya que todos los visitantes de Montecarlo parecen tener que cruzarla inevitablemente por lo menos una docena de veces al día, pero también allí la buscó en vano y se vio obligado a llegar a la conclusión de que había regresado a bordo del Sabrina. Sería difícil seguirla hasta allí y todavía más difícil, si la seguía, encontrar la ocasión de hablarle a solas, y casi se había decidido por la pobre opción de escribirle una nota, cuando en el incesante ir y venir de la plaza distinguió de repente las figuras de lord Hubert y la señora Bry.

Inmediatamente les preguntó y se enteró por lord Hubert que la señorita Bart acababa de volver al Sabrina en compañía de Dorset, un anuncio tan desconcertante para él que la señora Bry, después de una mirada de su pareja que pareció actuar como un resorte, le propuso que les acompañara, a ellos y sus amigos, a Bécassin: «una pequeña cena en honor de la duquesa», añadió, antes de que lord Hubert tuviera tiempo de soltar el resorte.

La opinión que merecía a Selden el privilegio de ser incluido entre semejante compañía le condujo a la puerta del restaurante con cierta anticipación. Allí se detuvo a buscar entre las filas de comensales que se acercaban a la bien iluminada terraza, y, mientras los Bry dudaban en el interior sobre las últimas alternativas del menú, esperó la llegada de los invitados del Sabrina, que por fin aparecieron en el horizonte en compañía de

la duquesa, lord y lady Skiddaw y los Stepney. Fue fácil apartar de este grupo a la señorita Bart con el pretexto de admirar un momento una de las lujosas tiendas de la terraza. Entonces, mientras contemplaban juntos el blanco fulgor del escaparate de una joyería, le dijo:

—He esperado para verte... para pedirte que no vuelvas al yate.

En la mirada que ella le dirigió brilló un rápido destello de su miedo anterior.

—¿Que no vuelva...? ¿Qué quieres decir? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, pero si sucede algo, ¿por qué estar en medio?

El resplandor del escaparate, al intensificar la palidez del rostro de Lily, daba a sus líneas delicadas la nitidez de una máscara trágica.

—Nada ocurrirá, estoy segura, pero, mientras exista una sombra de duda, ¿cómo puedes insinuar que abandone a Bertha?

Las palabras tenían una nota de desprecio; ¿era posible que el destinatario fuera él? Daba igual, estaba dispuesto a arriesgarse a sufrirlo de nuevo hasta el punto de insistir, con un innegable latido de emoción:

—Debes pensar en ti misma, ¿sabes?

A lo cual ella respondió, mirándole a los ojos y con una extraña tristeza en la voz:

—¡Si supieras lo poco que me importa!

—Bueno, no ocurrirá nada —dijo Selden, más para su propia tranquilidad que para la de ella.

—¡Claro que no, nada, nada! —afirmó Lily con decisión, mientras se volvían para alcanzar a sus amigos.

En el atestado restaurante, sentados ya a la bien iluminada mesa de la señora Bry, su confianza pareció crecer, ayudada por la familiaridad del ambiente. Estaban presentes Dorset y su mujer, ofreciendo al mundo sus semblantes habituales, ella concentrada en adaptarse a un llamativo vestido nuevo y él rechazando con temor de dispéptico las múltiples tentaciones del menú. El mero hecho de mostrarse juntos, tan abiertamente como permitía el entorno, parecía proclamar sin ninguna duda que habían arreglado sus diferencias. Cómo lo habían conseguido era todavía un enigma, pero estaba muy claro que de momento la señorita Bart confiaba en el resultado y Selden intentó imitarla diciéndose que Lily había tenido más oportunidades de observación que él.

Entretanto, a medida que la cena progresaba a través de un laberinto de

platos en el que claramente la señora Bry había logrado eludir la mano restrictiva de lord Hubert, el estado de alarma de Selden empezó a disolverse en un estudio particular de la señorita Bart. Era uno de los días en que estaba tan bella que su belleza era suficiente y todo lo demás —su gracia, su ingenio, sus aptitudes sociales— daba la impresión de ser el exceso de una naturaleza pródiga. Pero lo que más le llamó la atención fue cómo se distinguía, mediante cien indefinibles matices, de las personas que más gala hacían de poseer su propio estilo. Era precisamente en tal compañía, la flor y nata y la expresión completa del estado al que aspiraba, donde las diferencias destacaban con especial intensidad, y su gracia volvía vulgar la elegancia de las otras mujeres del mismo modo que sus silencios, finamente discriminados, hacían aburrido su parloteo. La tensión de las últimas horas había devuelto a su rostro aquella elocuencia más profunda que Selden había echado de menos en él y la valentía de las últimas palabras que le había dirigido vibraba en sus ojos y en su voz. Sí, era excepcional: este adjetivo le iba como anillo al dedo, y Selden podía dar rienda suelta a su admiración porque había en ella muy poca emoción personal. Su verdadero alejamiento no se había producido en el consabido momento del desencanto, sino ahora, al sobrio resplandor de la discriminación, donde la veía claramente separada de él por la crudeza de una elección que parecía desmentir las mismas diferencias que presentía en ella. Esta elección con la que Lily se conformaba volvía a ser plena a los ojos de Selden: el derroche de manjares exquisitos, el tedio aparatoso de la charla, la libertad de expresión que nunca alcanzaba al ingenio, y la libertad de acción que nunca rozaba la aventura romántica. El llamativo decorado del restaurante, en el centro del cual su mesa parecía rodeada de una aura especial de publicidad, y la presencia en ella del pequeño Dabham de las «Notas de la Riviera» prestaban relieve a los ideales de un mundo en que el exhibicionismo pasaba por distinción y la columna de sociedad era la nómina de la fama.

El inmortalizador de tales ocasiones, aquel pequeño Dabham apretujado entre dos elegantes vecinas, se transformó de repente en el foco de la atención de Selden. ¿Cuánto sabía de los acontecimientos y cuánto necesitaba averiguar para sus fines? Sus ojitos eran como tentáculos desarrollados para captar las insinuaciones flotantes que Selden casi veía pulular a ratos en el aire y desaparecer otros, devolviendo al ambiente su vacuidad normal, en la que no había nada más para el periodista que la elegancia de las galas femeninas. El vestido de la señora Dorset, en particular, desafiaba toda la riqueza de vocabulario del señor Dabham; tenía sorpresas y sutilezas dignas de lo que él habría llamado «el estilo literario». Selden advirtió que al principio había preocupado en exceso a la dama que lo lucía, pero ahora ya lo dominaba y era incluso capaz de producir efectos con inusitada libertad. ¿No era, de hecho, demasiado libre, demasiado fluida, para una naturalidad perfecta? ¿Y no se movía Dorset, hacia quien Selden desvió la mirada por una transición natural,

con ademanes demasiado espasmódicos, entre los mismos extremos? Era cierto que los movimientos de Dorset siempre parecían espasmódicos, pero daba la impresión de que esta noche cada vibración le apartaba más de su centro.

La cena, mientras tanto, se acercaba a su triunfante final para manifiesta satisfacción de la señora Bry, quien, sentada en su trono con apoplética majestad entre lord Skiddaw y lord Hubert, parecía invocar al espíritu de la señora Fisher para que presenciara su éxito. A excepción de ésta, el aforo podía decirse que estaba completo, porque el restaurante rebosaba de personas reunidas con el fin casi exclusivo de ser espectadoras y colocadas estratégicamente según los nombres y las caras de las celebridades que habían venido a ver. La señora Bry, consciente de que todas sus invitadas femeninas pertenecían a aquella categoría y de que cada una de ellas merecía su parte de admiración, prodigaba a Lily toda la gratitud reprimida a la que la señora Fisher no se había hecho acreedora. Selden, al sorprender su mirada, se preguntó qué papel habría cumplido la señorita Bart en la organización de la cena; no cabía duda de que por lo menos contribuía en gran medida a su adorno y, mientras contemplaba el seductor aplomo de sus modales, sonrió al pensar que la había imaginado necesitada de ayuda. Nunca habla estado más serena y dueña de la situación que cuando, a la hora de partir, se apartó un poco del grupo y se volvió con una sonrisa y una graciosa inclinación de hombros para recibir su capa de manos de Dorset.

La cena se había prolongado con los excepcionales cigarros del señor Bry y una abrumadora variedad de licores; muchas mesas ya estaban vacías, pero aún se demoraba el número suficiente de comensales para realzar la despedida de los distinguidos invitados de la señora Bry. La ceremonia se alargó y complicó, pues la duquesa y lady Skiddaw se despedían por un tiempo indefinido; hubo promesas de una pronta reunión en París, donde se detendrían para renovar su vestuario antes de dirigirse a Inglaterra. La calidad de la hospitalidad de los Bry y los soplos financieros del marido prestaron a la actitud de las damas inglesas una efusividad general que proyectó la luz más rosada sobre el futuro de su anfitriona. La señora Dorset y los Stepney fueron incluidos en su resplandor, y la escena entera tuvo pinceladas de intimidad que valían su peso en oro para la vigilante pluma del señor Dabham.

Una ojeada al reloj hizo exclamar a la duquesa, mirando a su hermana, que tenían el tiempo justo para coger el tren; una vez pasado el revuelo de la despedida, los Stepney, que habían dejado su automóvil en la puerta, se ofrecieron a llevar al muelle a los Dorset y a la señorita Bart. El ofrecimiento fue aceptado y la señora Dorset se adelantó, junto con su marido. La señorita Bart se retrasó para intercambiar dos últimas palabras con lord Hubert, y Stepney, a quien el señor Bry alargaba un cigarro aún más caro que los

anteriores, dijo:

—Vamos, Lily, si es que quieres volver al yate.

Lily dio media vuelta para obedecer, pero en aquel momento la señora Dorset, que se había detenido, dio unos pasos hacia la mesa.

—La señorita Bart no regresa al yate —dijo con una voz de singular claridad.

El sobresalto se reflejó en todas las miradas; la señora Bry enrojeció hasta congestionarse, la señora Stepney se ocultó con nerviosismo detrás de su marido y Selden, entre el torbellino general de sus sensaciones, fue sobre todo consciente del deseo de agarrar por el cuello a Dabham y sacarlo a la calle.

Dorset, mientras tanto, se había colocado junto a su mujer. Con el rostro lívido y los ojos huidizos, miró a su alrededor y exclamó:

—¡Bertha!... Señorita Bart... Se trata de un malentendido... un error...

—La señorita Bart se queda aquí —replicó su esposa en tono incisivo— y creo, George, que no deberíamos hacer esperar más a la señora Stepney.

Durante este breve intercambio de palabras, la señorita Bart no abandonó admirablemente su postura erguida, un poco aislada del abochornado grupo que la rodeaba. Había palidecido bajo el golpe del insulto, pero la turbación de los demás semblantes no se reflejaba en el suyo. El leve desdén de su sonrisa parecía situarla fuera del alcance de su antagonista y hasta que hizo comprender a la señora Dorset toda la distancia que las separaba no se volvió para tender la mano a su anfitriona.

—Mañana me voy con la duquesa —explicó— y he pensado que era más fácil para mí pasar la noche en tierra.

Sostuvo con firmeza la mirada inquisitiva de la señora Bry mientras daba esta explicación, pero, en cuanto se hizo el silencio, Selden la vio echar una ojeada a cada una de las mujeres y leer la incredulidad en sus ojos y un mudo malestar en los de los hombres; durante una fracción de segundo le pareció ver que se tambaleaba al borde del abismo. Pero en seguida se volvió hacia él con un armonioso ademán y una sonrisa pálida y valiente:

—Querido señor Selden —dijo—, me prometió usted acompañarme hasta el coche.

Fuera, el cielo estaba gris y desapacible, y mientras Lily y Selden se dirigían a los jardines desiertos que había debajo del restaurante, ráfagas de lluvia cálida golpearon su rostro. Habían desechado tácitamente la idea del coche y caminaban en silencio, ella con la mano apoyada en el brazo de él; cuando llegaron al lugar más umbrío del jardín, se detuvieron junto a un banco

y Selden dijo:

—Siéntate un momento.

Ella se dejó caer en el banco sin decir palabra, pero el farol eléctrico del recodo de la senda iluminó su semblante afligido. Selden se sentó a su lado y esperó a que hablara, temeroso de hurgar en su herida con una u otra palabra y atormentado por la angustiosa duda que había vuelto a surgir en su interior. ¿Qué la había puesto en tan apurada situación? ¿Qué debilidad la había entregado de forma tan abominable a merced de su enemiga? ¿Y por qué Bertha Dorset se había convertido en su enemiga en el preciso momento en que necesitaba a todas luces el apoyo de otra mujer? A pesar de que todos sus nervios se rebelaban contra la sujeción de los maridos a sus esposas y contra la crueldad femenina con su propio sexo, su razón se inclinaba tercamente hacia la proverbial relación entre el humo y el fuego. El recuerdo de las insinuaciones de la señora Fisher y la corroboración de sus propias impresiones aumentaban sus reparos al mismo tiempo que su piedad porque, dondequiera que buscara una salida para la compasión, la encontraba bloqueada por el temor de cometer un gran error.

De pronto se le ocurrió que el silencio podía resultar tan acusador como el de los hombres a quienes acababa de despreciar por no defenderla, pero, antes de que pudiera hallar la palabra oportuna, ella le salió al paso con una pregunta:

—¿Conoces un hotel tranquilo? Puedo llamar a mi doncella por la mañana.

—¿Un hotel... aquí... al que puedas ir sola? Imposible.

Ella le oyó con un pálido reflejo de su antiguo humor.

—¿Qué hacer, entonces? Está demasiado nublado para dormir en los jardines.

—Pero debe de haber alguien...

—¿Alguien que me pueda cobijar? Claro... muchos... pero ¿a estas horas? Ya has visto que mi cambio de planes ha sido bastante repentino...

—¡Dios mío... si me hubieras escuchado! —exclamó él, desahogando su impotencia en un arrebato de ira.

Ella todavía supo replicarle con la suave ironía de su sonrisa:

—¿Acaso no lo he hecho? Me aconsejaste no volver al yate, y no he vuelto.

Selden vio entonces, con una punzada de remordimiento, que Lily no pensaba explicar nada ni defenderse, que él, con su estúpido silencio, había perdido toda posibilidad de ayudarla y que el momento decisivo había pasado.

Ella se levantó, en una actitud de difusa majestad, como una princesa que se dirige tranquilamente al destierro.

—¡Lily! —exclamó Selden, con una nota de desesperado llamamiento, pero ella le reprendió con suavidad:

—¡Oh, no! Ahora no —y añadió, con toda la dulzura de su recuperado equilibrio—: Puesto que he de encontrar cobijo en alguna parte y tú tienes la bondad de estar aquí para prestarme ayuda...

Selden se enderezó ante el desafío.

—¿Harás lo que te diga? Sólo hay una solución: debes acudir directamente a tus primos, los Stepney.

—Oh... —exclamó Lily con un movimiento de resistencia instintiva, pero él insistió:

Vamos... Es demasiado tarde Y tienes que dar la impresión de que has ido a verlos directamente.

La había cogido del brazo, pero ella le detuvo con un último gesto de protesta:

—No puedo... no puedo... ¡Eso no... No conoces a Gwen! ¡No puedes pedirme esto!

—Tengo que pedirte... Y tú debes obedecerme —insistió él, aunque en el fondo ya se había contagiado del temor de Lily.

Ésta preguntó en un murmullo:

—¿Y si Gwen se niega?

—¡Oh, confía en mí... confía en mí! —sólo supo decir él y Lily, cediendo, se dejó conducir en silencio hasta la plaza.

En el coche guardaron silencio durante el breve trayecto al iluminado hotel de los Stepney. Selden la dejó fuera, protegida tras la oscuridad de la capucha levantada, mientras él se hacía anunciar a Stepney y esperaba a que éste bajara recorriendo lentamente el vestíbulo. Diez minutos después los dos hombres pasaron juntos por delante de los porteros con librea y Stepney se detuvo en un último arranque de indecisión.

—¿Queda bien entendido? —estipuló, nervioso, con la mano en el brazo de Selden—. Partirá mañana con el primer tren... y mi mujer está dormida y no se la puede molestar.

Capítulo IV

Las persianas del salón de la señora Peniston estaban bajadas contra el sofocante sol de junio, y en el caluroso atardecer los rostros de sus familiares reunidos surgían de una penumbra en consonancia con su duelo.

No faltaba ninguno: los Van Alstyne, los Stepney y los Melson... e incluso algún que otro Peniston cuya mayor laxitud de vestuario y modales era indicio de un parentesco remoto y esperanzas más asentadas. En realidad, la rama Peniston tenía la tranquilidad de saber que el grueso de las propiedades del señor Peniston «volvían» a la familia, mientras que los familiares directos dependían de las disposiciones de la viuda sobre su fortuna particular y desconocían su magnitud. Jack Stepney, en su nueva calidad de sobrino más rico, tomó tácitamente las riendas, poniendo de relieve la propia importancia con el mayor brillo de su luto y la discreta autoridad de su actitud, mientras el aburrimiento y el vestido frívolo de su esposa proclamaban el desprecio de la heredera por la insignificancia de los bienes en cuestión. El viejo Ned van Alstyne, sentado a su lado y embutido en una levita que otorgaba elegancia a su aflicción, atusaba su bigote blanco para ocultar el ávido temblor de labios y Grace Stepney, con la nariz enrojecida y oliendo a crespón de luto, murmuró llena de emoción a la señora Herbert Melson:

—¡No soporto ver las cataratas del Niágara en ningún otro sitio!

Un crujido de faldas de luto y un rápido giro de cabezas saludó la aparición de Lily Bart, alta y noble con su vestido negro, acompañada de Gerty Farish. Los rostros de las mujeres, cuando la vieron detenerse inquisitivamente en el umbral, fueron un estudio de la vacilación. Uno o dos parecieron reconocerla, con gestos cuya vaguedad podía deberse a la solemnidad de la escena o a las dudas sobre la reacción de los demás; la mujer de Jack Stepney inclinó un poco la cabeza y Grace Stepney indicó con gesto sepulcral el asiento que estaba a su lado. Pero Lily hizo caso omiso de la invitación, así como de la tentativa oficial de Jack Stepney para orientarla, y cruzó la habitación a paso lento y armonioso para sentarse en una silla que parecía haber sido colocada ex profeso aparte de las demás.

Era la primera vez que se enfrentaba con su familia desde el regreso de Europa dos semanas antes, pero, si se percató de alguna reticencia en su acogida, sólo sirvió para añadir un matiz de ironía a la habitual compostura de su porte. El pesar que la había embargado en el puerto cuando se enteró por Gerty Farish de la muerte de la señora Peniston se trocó casi en seguida en alivio ante la idea irrefragable de que ahora, por fin, podría saldar sus deudas. Había temido con inquietud considerable el primer encuentro con su tía, que se había opuesto con firmeza al viaje de su sobrina con los Dorset y hecho patente su disgusto no escribiéndole durante su ausencia. La certeza de que había oído hablar de su ruptura con los Dorset incrementaba la inquietud de

Lily ante el encuentro; ¿no era, pues, comprensible que sintiera una inmediata sensación de alivio al saber que en lugar de la desagradable entrevista sólo tendría que recibir graciosamente una herencia segura desde hacía tiempo? Para decirlo con una expresión corriente, siempre «se había dado por descontado» que la señora Peniston dejaría «bien arreglada» a su sobrina, y la suposición había cristalizado en una realidad en el pensamiento de esta última.

—Lo heredaré todo, claro... No comprendo por qué estamos aquí —observó la esposa de Jack Stepney en voz alta a Ned van Alstyne, que murmuró en tono despreciativo:

—Julia fue siempre una mujer justa —lo cual podía interpretarse al mismo tiempo como aquiescencia o como duda.

—Bueno, sólo son unos cuatrocientos mil —replicó la señora Stepney con un bostezo, y Grace Stepney, en el silencio provocado por la tos preliminar del notario, sollozó a media voz:

—No encontrarán a faltar ni una toalla... Las contamos ella y yo justo el mismo día...

Lily, oprimida por el ambiente cerrado y el olor sofocante de la ropa de luto nueva, notó que su atención divagaba mientras el abogado de la señora Peniston, solemnemente erguido tras una mesa Boulle en un extremo de la habitación, empezaba a leer el preámbulo del testamento.

«Es como estar en la iglesia», pensó, preguntándose vagamente de dónde habría sacado Grace Stepney un sombrero tan horrible. Entonces se fijó en cuánto había engordado Jack; pronto sería tan pletórico como Herbert Melson, que estaba sentado unos metros más allá, resoplando y con las manos enguantadas de negro apoyadas en el bastón.

«No sé por qué la gente rica acaba siempre engordando... Supongo que será porque carecen de preocupaciones. Si heredo, tendré que vigilar mi silueta», se decía, mientras el abogado proseguía la lectura del laberinto de legados. Primero nombró a los servidores, luego a varias instituciones benéficas, después a los Melson y Stepney más lejanos, que se agitaron al oír sus nombres y volvieron a sumirse en la imperturbabilidad propia de la solemne ocasión. Ned Van Alstyne, Jack Stepney y uno o dos primos fueron nombrados en relación con unos cuantos miles; Lily se extrañó de que Grace Stepney no estuviera entre ellos. Entonces oyó su propio nombre: «A mi sobrina Lily Bart, diez mil dólares» y, después de que el letrado hubiese dado lectura a una serie de frases ininteligibles, pronunció la última con asombrosa claridad: «... y el resto de mis bienes a mi querida prima y tocaya, Grace Julia Stepney».

Se oyó una ahogada exclamación de sorpresa y todas las cabezas enlutadas

se volvieron hacia el rincón donde la señorita Stepney gemía, proclamando su indignidad, a través de un pañuelo orlado de negro.

Lily, al margen del movimiento general, se sintió por primera vez completamente sola. Nadie la miró, nadie parecía verla; tenía la impresión de haber descendido al fondo de la insignificancia. Y a este efecto de la indiferencia colectiva fue a sumarse la decepción, más profunda, de las esperanzas traicionadas. Desheredada... Había sido desheredada... ¡y en favor de Grace Stepney! Cruzó la mirada con la de Gerty, afligida y pendiente de ella en un desesperado esfuerzo para consolarla, y entonces reaccionó. Tenía que hacer algo antes de abandonar la casa, y hacerlo con toda la nobleza que ella sabía imprimir a semejantes gestos. Se acercó al grupo que rodeaba a la señorita Stepney y, alargando la mano, dijo con sencillez:

—Querida Grace, me alegro mucho.

Las otras damas le habían abierto paso, creando un espacio a su alrededor que se ensanchó cuando dio media vuelta para irse, sin que nadie se acercara a llenarlo. Se detuvo un momento y miró a uno y otro lado, midiendo con calma la situación. Oyó a alguien interesarse por la fecha del testamento y entendió una frase de la respuesta del abogado, algo sobre una llamada urgente y un «instrumento anterior». Entonces los presentes empezaron a dispersarse; la esposa de Jack Stepney y la de Herbert Melson se quedaron en el portal esperando su automóvil; un grupo de parientes comprensivos acompañó a Grace Stepney hasta el coche al que se empeñaron en hacerla subir, pese a que vivía a una o dos manzanas de distancia; y la señorita Bart y Gerty se encontraron casi solas en el salón morado, más parecido que nunca, en la sofocante penumbra, a un panteón familiar en el que acabara de depositarse decentemente el último cadáver.

En el saloncito de Gerty Farish, después de un trayecto en coche de alquiler, Lily se desplomó en una silla con una risa apenas audible; se le antojó una cómica coincidencia que el legado de su tía representara casi con exactitud la cantidad que le debía a Trenor. La necesidad de saldar aquella deuda había adquirido más urgencia desde su regreso a Estados Unidos y expresó su primera preocupación diciéndole a Gerty, que la miraba con ansiedad:

—Me gustaría saber cuándo harán efectivos los legados.

Pero la señorita Farish no estaba de humor para legados y en seguida dio rienda suelta a su indignación:

—¡Oh, Lily, es injusto y cruel! ¡Grace Stepney debe sentir que no tiene derecho a todo ese dinero!

—Cualquier persona capaz de complacer a tía Julia tiene derecho a su dinero —replicó filosóficamente la señorita Bart.

—Pero sentía afecto por ti... Hizo creer a todo el mundo que... —Gerty se interrumpió con evidente turbación y la señorita Bart la miró con franqueza.

—Gerty, sé sincera; este testamento fue redactado hace sólo seis semanas. ¿Conocía mi ruptura con los Dorset?

—Todo el mundo oyó decir, por supuesto, que se había producido una desavenencia... un malentendido...

—¿Sabía que Bertha me echó del yate?

—¡Lily!

—Esto es lo que ocurrió exactamente. Dijo que yo intentaba casarme con George Dorset y lo dijo para que su marido creyera que estaba celosa. ¿No es eso lo que le contó a Gwen Stepney?

—No lo sé. Nunca presto atención a semejantes desatinos.

—Yo tengo que prestársela: necesito saber qué terreno piso. —Calló un momento y de nuevo soltó una leve risita—. ¿Te has fijado en las mujeres? Tenían miedo de desairarme cuando pensaban que iba a heredar... y después me han evitado como si tuviera la peste. —Gerty guardó silencio y Lily continuó—: Me he quedado para ver qué ocurría. Han seguido el ejemplo de Gwen Stepney y Lulu Melson; las he visto pendientes de lo que hacía Gwen. Gerty, tengo que saber lo que se murmura de mí.

—Ya te he dicho que no presto atención a...

—Estas cosas se oyen sin prestarla. —Se levantó y puso unas manos firmes sobre los hombros de la señorita Farish—. Gerty, ¿piensan hacerme todos el vacío?

—Tus amigos Lily... ¿Cómo puedes pensarlo?

—¿Quién es amigo en momentos así? ¿Quién sino tú, mi pobre y confiada Gerty? ¡Y Dios sabe qué sospechas de mí, incluso tú! —Besó a Gerty con un extraño murmullo—. Pero nunca permitirás que eso te influencie... ¡Los delincuentes te inspiran cariño! Sin embargo, ¿qué me dices de los que reinciden una y otra vez? Porque no sé si sabes que soy una impenitente empedernida.

Se irguió hasta alcanzar toda la altura de su esbelta y majestuosa silueta, como un ángel de las tinieblas que desafiara a la atribulada Gerty, la cual apenas fue capaz de balbucir:

—Lily, Lily... ¿cómo puedes bromear sobre estas cosas?

—Tal vez para no llorar. Pero no... nunca he sido llorona. Descubrí muy pronto que las lágrimas me enrojecen la nariz y saberlo me ha ayudado a

superar varios episodios dolorosos.

Cruzó la habitación, inquieta, y luego volvió a sentarse y miró el agitado semblante de Gerty con ojos burlones.

—No me importaría, ¿sabes?, si hubiese heredado el dinero —y al oír el «¡Oh!» de protesta de la señorita Farish, insistió con acento tranquilo—: Ni un comino, querida, porque, en primer lugar, no se atreverían a desairarme del todo y, si lo hicieran, no me importaría porque sería independiente de ellos. ¡En cambio, ahora...! —La ironía desapareció de sus ojos y miró a su amiga con tristeza.

—¿Cómo puedes hablar así, Lily? Claro que el dinero tendría que haber sido tuyo, pero esto no cambia nada. Lo importante... —Gerty hizo una pausa y en seguida prosiguió en tono firme—: Lo importante es que todo se aclare... Tienes que contar toda la verdad a tus amigos.

—¿Toda la verdad? —rio la señorita Bart—. ¿Qué es la verdad? Cuando se trata de una mujer, la gente siempre cree lo peor. En este caso es mucho más fácil creer la versión de Bertha Dorset que la mía, porque ella es dueña de una mansión y de un palco en la ópera y conviene estar en buenas relaciones con ella.

La señorita Farish seguía mirándola con inquietud.

—Pero ¿cuál es tu versión, Lily? Me parece que nadie la conoce.

—¿Mi versión? Creo que no la conozco ni yo misma. Como comprenderás, nunca se me ocurrió preparar una versión por anticipado, como hizo Bertha... y si se me hubiera ocurrido, no me tomaría la molestia de explicarla ahora.

Pero Gerty insistió, con su tranquila sensatez:

—No te pido una versión preparada... Te pido que me cuentes todo lo que ocurrió desde el principio.

—¿Desde el principio? —repitió la señorita Bart—. Querida Gerty, ¡qué poca imaginación tenéis las personas buenas! Pues supongo que el principio parte de mi cuna, de mi educación y de las cosas que me enseñaron a apreciar. O no... no quiero culpar a nadie de mis defectos: es mejor decir que lo llevaba en la sangre, que lo heredé de una antepasada pecadora, amante de los placeres, que reaccionó contra las virtudes domésticas de Nueva Amsterdam y deseaba volver a la corte de los Carlos... —Y, como la señorita Farish continuaba presionándola con sus ojos tristes, añadió, impaciente—: Me has pedido la verdad... Pues bien, la verdad sobre cualquier mujer soltera es que, cuando se empieza a hablar de ella, está perdida, y cuanto más explica su caso, más grave parece... Querida Gerty, ¿no tendrías por casualidad un cigarrillo?

En la calurosa habitación del hotel donde se hospedaba desde que había

desembarcado, Lily Bart revisó su situación aquella noche. Era la última semana de junio y ninguno de sus amigos estaba en la ciudad. Los pocos parientes que se habían quedado o habían vuelto para la lectura del testamento de la señora Peniston se habían marchado aquella tarde a Newport o Long Island, sin ofrecer su hospitalidad a Lily. Por primera vez en su vida se encontró totalmente sola, si no fuera por Gerty Farish. Ni siquiera en el mismo momento de su ruptura con los Dorset había tenido tan honda impresión de sus consecuencias, porque la duquesa de Beltshire, al enterarse de la catástrofe por lord Hubert, le había ofrecido instantáneamente su protección y de su mano Lily tuvo un éxito casi triunfal en Londres. Estuvo tentada de quedarse más tiempo en el seno de una sociedad cuyo único deseo era dejarse divertir y cautivar por ella sin preguntar con excesiva curiosidad cómo había adquirido el don de hacerlo, pero, antes de despedirse de Selden, éste le había hecho ver la urgente necesidad de regresar al lado de su tía, y lord Hubert, cuando reapareció en Londres, abundó en la misma opinión. Lily no necesitaba que le dijeran que el patrocinio de la duquesa no era el mejor camino hacia la rehabilitación social, y como además era consciente de que su noble defensora podía abandonarla en cualquier momento en favor de una nueva protegida, decidió de mala gana regresar a Norteamérica; y aún no llevaba diez minutos en su país natal cuando comprendió que había tardado demasiado en volver. Los Dorset, los Stepney y los Bry —todos los actores y testigos del nefasto drama— la habían precedido con su versión del caso, e incluso aunque hubiera entrevisto la menor posibilidad de ser escuchada, un desdén y una indiferencia profundos la habrían obligado a desaprovecharla. Sabía que no era con explicaciones y acusaciones como lograría recuperar su antigua reputación, pero, aunque hubiera tenido una confianza mínima en la eficacia de tales medidas, la habría frenado la misma sensación que le había impedido defenderse ante Gerty Farish; un sentimiento que era mitad orgullo y mitad humillación, porque a pesar de saber que había sido despiadadamente sacrificada en aras de la determinación de Bertha Dorset de recobrar a su marido, y aunque sus propias relaciones con éste habían sido de un simple compañerismo, sabía muy bien desde el principio que su parte en el asunto, como lo expresó brutalmente Carry Fisher, consistía en desviar la atención de Dorset de su esposa. «Por eso» estaba allí: era el precio que había resuelto pagar por tres meses de lujo y ausencia de preocupaciones. Su costumbre de afrontar con decisión los hechos, en sus raros momentos de introspección, no le permitía falsear la realidad. Había pagado por su fidelidad en la interpretación del papel que le asignaba el tácito contrato, y ahora que había fracasado veía el papel en toda su perversión.

Vio también bajo la misma luz implacable la serie de consecuencias derivadas de aquel fracaso, más evidentes cada día que pasaba en la ciudad. Sin embargo, seguía en ella en parte por el consuelo de la proximidad de Gerty

Farish y en parte porque no sabía adónde ir. Comprendía muy bien la naturaleza de la tarea que le esperaba. Tenía que disponerse a recuperar, poco a poco, la posición que había perdido, y el primer paso era descubrir lo antes posible de cuántos amigos podía disponer. Sus esperanzas se centraban principalmente en la señora Trenor, que abrigaba un tesoro de fácil tolerancia para quienes le resultaban divertidos o útiles, y en el ruidoso torrente de cuya existencia la todavía pequeña voz de los detractores tardaría en hacerse oír. Pero Judy, pese a que debía haber sido informada del regreso de la señorita Bart, no lo había dado a entender ni siquiera con la nota formal de condolencia requerida por el luto de su amiga. Cualquier iniciativa por parte de Lily podía ser peligrosa; la única solución era esperar la feliz casualidad de un encuentro fortuito; además, Lily sabía que, aun estando tan avanzada la temporada, siempre había la posibilidad de encontrarse con alguna amiga en una de sus frecuentes visitas a la ciudad.

Con este fin se dejó ver asiduamente en los restaurantes a los que solían acudir, en los cuales, acompañada por la afligida Gerty, comía exquisitos bocados «a cuenta de sus expectativas», como ella decía.

—Mi querida Gerty, no querrás que el maître adivine que mi único medio de subsistencia es el legado de tía Julia, ¿verdad? ¡Piensa en la satisfacción de Grace Stepney si entrara y nos encontrara tomando ternera fría y una taza de té! ¿Qué comeremos hoy de postre, querida? ¿Coupe Jacques o pêches á la Melba?

De repente soltó la carta, con un súbito rubor, y Gerty, al seguir su mirada, vio salir de un salón interior a un grupo encabezado por la señora Trenor y Carry Fisher. Era imposible que dichas damas y sus acompañantes —entre los cuales Lily distinguió en seguida a Trenor y Rosedale— pudieran sortear en su camino a la salida la mesa de las dos amigas, y esta circunstancia produjo en Gerty un instantáneo nerviosismo. La señorita Bart, por el contrario, sostenida por su armoniosa gracia y sin rehuir a sus amigos ni dar la impresión de acecharles, prestó al encuentro el matiz de naturalidad con que sabía adornar las situaciones más tensas. Quien mostró una mayor turbación fue la señora Trenor, que la manifestó mezclando una efusión exagerada con un imperceptible reparo. El placer, proclamado en voz alta, de ver a la señorita Bart adoptó la forma de una vaga generalización sin interés por su futuro ni expresión de un deseo definido de volver a verla. Lily, muy versada en el lenguaje de tales omisiones, sabía que eran igualmente inteligibles para los otros miembros del grupo; incluso Rosedale, emocionado como estaba por la importancia de ser visto en semejante compañía, tomó en seguida la temperatura de la cordialidad de la señora Trenor, y la imitó en su propio saludo casual a la señorita Bart. Trenor, sonrojado e incómodo, interrumpió sus saluciones con el pretexto de decir unas palabras al maître y el resto del

grupo no tardó en desaparecer detrás de la señora Trenor.

Todo acabó en un momento —el camarero, con la carta en la mano, aún esperaba el resultado de la elección entre la Coupe Jacques y los pêches á la Melba—, pero ella ya había entrevisto en el intervalo el destino que la esperaba. Todo el mundo seguiría el ejemplo de Judy Trenor, y Lily tuvo la sensación de ser un desterrado que ha hecho vanas señales al único velero del horizonte.

Recordó de pronto las quejas de la señora Trenor sobre la rapacidad de Carry Fisher, y vio que denotaban un conocimiento imprevisto de los asuntos privados de su marido. En el amplio y tumultuoso desorden de la vida de Bellomont, donde nadie parecía tener tiempo de observar a los demás y los fines e intereses particulares pasaban desapercibidos en el torbellino de actividades colectivas, Lily se había creído protegida de inoportunos escrutinios, pero, si Judy sabía cuándo la señora Fisher recibía dinero prestado de su marido, ¿cómo iba a ignorar las transacciones de éste con ella? Aunque no le importara mucho su afecto, estaba claramente celosa de su bolsillo y Lily encontró en esta circunstancia la explicación de su desaire. El resultado inmediato de tales conclusiones fue la enérgica resolución de saldar su deuda con Trenor. Una vez libre de esta obligación, sólo le quedarían mil dólares del legado de la señora Peniston y ninguna otra fuente de ingresos que su propia y exigua renta, considerablemente menor que el mísero peculio de Gerty Farish, pero esta consideración cedió el paso a la imperativa exigencia de su dignidad herida. Ante todo debía pagar a Trenor; después ya pensaría en el futuro.

En su ignorancia de los trámites legales había imaginado que pagarían el legado a los pocos días de la lectura del testamento de su tía y, al cabo de un tiempo de impaciente espera, escribió para averiguar la causa del retraso. Pasó otro intervalo antes de que el abogado de la señora Peniston, que era también uno de los albaceas, contestara al efecto de que, habiendo surgido algunas cuestiones relativas a la interpretación del testamento, él y sus asociados no estarían en situación de hacer efectivos los legados hasta el fin del plazo de doce meses estipulado legalmente para su pago. Perpleja e indignada, Lily decidió intentar una gestión personal, pero volvió de su visita con una sensación de la impotencia del encanto y la belleza frente a los insensibles mecanismos de la ley. Le parecía intolerable vivir otro año bajo el peso de su deuda, y en su desesperación resolvió acudir a la señorita Stepney, que todavía se encontraba en la ciudad, inmersa en el placentero deber de «reparar» los efectos de su benefactora. Fue un paso muy amargo para Lily pedir un favor a Grace Stepney, pero la alternativa era aún más amarga y una mañana se presentó en casa de la señora Peniston, donde Grace residía de forma provisional a fin de cumplir con su piadosa tarea.

La extrañeza de entrar en calidad de suplicante en la casa donde había

mandado durante tanto tiempo incrementó su deseo de acortar el mal trago, y cuando la señorita Stepney entró en el oscuro salón, haciendo crujir su paño de luto de la mejor calidad, fue directamente al grano: ¿estaría dispuesta a adelantarle la cantidad del legado que le pertenecía?

Grace, llorando, se extrañó de la petición, lamentó la inexorabilidad de la ley y se asombró de que Lily no hubiese visto la total similitud de sus situaciones. ¿Acaso creía que sólo se había demorado el pago de los legados? La propia señorita Stepney no había recibido ni un penique de su herencia y estaba pagando un alquiler —¡sí, era cierto!— por el privilegio de vivir en una casa que ya era suya. Tenía la certeza de que eso no era lo que la pobre tía Julia hubiera deseado, y así se lo había dicho ella a la cara a los albaceas, pero éstos eran sordos a la lógica y no había más remedio que esperar. Lily tendría que resignarse como ella y recordar la invariable paciencia que había distinguido siempre a tía Julia.

Lily hizo un gesto que demostró su imperfecta asimilación de este ejemplo.

—Pero tú lo heredarás todo, Grace... Sería fácil para ti pedir prestada una cantidad diez veces mayor de la que te pido.

—¿Pedir prestado? ¿Fácil para mí solicitar un préstamo? —Grace Stepney se levantó como la negra personificación de la ira—. ¿Te imaginas por un momento que pediría dinero, ofreciendo como garantía la herencia de tía Julia, cuando sé que cualquier transacción de esta clase le horrorizaba? ¡Vamos, Lily! Si quieres conocer la verdad, fue la idea de que tenías deudas lo que causó su dolencia; recuerda que sufrió un ligero ataque antes de que zarparas. Oh, no conozco los pormenores, claro (no quiero conocerlos), pero hubo rumores sobre ti que la hicieron muy desgraciada; nadie dejó de advertirlo. No tengo la culpa de que te sientas ofendida por lo que acabo de decirte, y, si puedo hacer algo para que comprendas la insensatez de tus actos y lo mucho que ella los desaprobaba, creeré que es la mejor manera de compensarte de su muerte.

Capítulo V

Mientras la puerta de la señora Peniston se cerraba a sus espaldas, Lily tuvo la impresión de que acababa de despedirse de su antigua vida. El futuro se extendía ante ella monótono y desnudo como la desierta longitud de la Quinta Avenida, tan parco en posibilidades como los pocos coches que se movían lentamente en espera de pasajeros que no llegaban. La analogía dejó de ser exacta cuando un coche de alquiler se acercó con rapidez y se detuvo

junto al bordillo delante de ella.

Desde debajo del techo cubierto de maletas, una mano se agitó en el aire y un momento después la señora Fisher se apeó de un salto y la envolvió en un expresivo abrazo.

—Querida, ¿es posible que aún estés en la ciudad? Cuando te vi el otro día en Sherry's no tuve tiempo de preguntar... —se interrumpió y añadió en un arranque de franqueza—: Lo cierto es que me porté muy mal, Lily, y he deseado decírtelo desde entonces.

—Oh... —protestó la señorita Bart, deshaciéndose del penitente abrazo, pero la señora Fisher continuó con su habitual sinceridad—: Escucha, Lily, no nos andemos por las ramas: la mitad de los problemas de la vida surgen cuando fingimos que no existen. Yo soy franca y sólo puedo decirte que estoy avergonzada de mí misma por haber imitado la conducta de otras mujeres. Pero ya hablaremos de eso más tarde... Dime ahora dónde te hospedas y cuáles son tus planes. Supongo que no vives con Grace Stepney, ¿verdad que no?, y que estás un poco desorientada.

Lily no pudo resistirse en su actual estado de ánimo a la sincera cordialidad de su amiga y contestó, sonriendo:

—Lo estoy, de momento, pero Gerty Farish sigue en la ciudad y es lo bastante buena para dejarme pasar con ella todos sus ratos libres.

La señora Fisher hizo una pequeña mueca.

—Hum... una diversión muy relativa. Sí, ya sé, Gerty es maravillosa y vale más que todas nosotras juntas, pero á la longue tú prefieres algo más picante, ¿no, querida? Y, además, supongo que tampoco ella tardará en irse... ¿El primero de agosto has dicho? Pues bien, escucha, no puedes pasar el verano en la ciudad; también hablaremos de esto después, pero entre tanto, ¿por qué no pones unas cuantas cosas en una maleta y vienes conmigo esta noche a casa de Sam Gormer? —Y mientras Lily la miraba, aturdida por tan súbita sugerencia, Carry Fisher continuó con una alegre risa—: No te conocen y tú no les conoces, pero esto es lo de menos. Viven en casa de los Van Alstyne en Roslyn y tengo *carte blanche* para llevar a los amigos que se me antojen, cuantos más, mejor. Organizan fiestas por todo lo alto y esta semana darán una que será sonada... —Se interrumpió al ver un cambio indefinible en la expresión de la señorita Bart—. Oh, no me refiero a tu grupo, sino a otro, compuesto de gente muy divertida. El hecho es que los Gormer siguen un camino muy personal; lo que quieren es divertirse y hacerlo a su modo. Probaron las fiestas convencionales unos meses, bajo mis distinguidos auspicios, y les iba a la perfección (con resultados mucho más rápidos que los conseguidos por los Bry, sólo porque no parecían tan ansiosos), pero de

repente decidieron que el asunto les aburría y que necesitaban un grupo más acorde con sus gustos. Muy original por su parte, ¿no crees? Mattie Gormer aún tiene aspiraciones (las mujeres siempre las tienen), pero es muy indolente, y Sam no quiere preocupaciones, y como a ambos les gusta ser los personajes más importantes de la reunión, han iniciado una especie de espectáculo continuo, como un Coney Island social donde se recibe bien a todas las personas bulliciosas y sin pretensiones. Yo me divierto muchísimo... viene gente del mundo artístico, actrices de moda, ya sabes. Esta semana, por ejemplo, tendremos a Audrey Anstell, que obtuvo un éxito tan delirante la primavera pasada con La conquista de Winny, y Paul Morpeth (está pintando a Mattie Gormer), y Dick Bellinger y esposa y Kate Corby; en fin, todas las personas imaginables que sean amantes de la juerga y famosas por ello. Vamos, querida, no te quedes ahí husmeando el aire; será mucho mejor que un domingo tórrido en la ciudad y veras a gente inteligente, además de ruidosa; Morpeth, que admiraba a Mattie, siempre, siempre lleva a un par de amigos de su grupo.

La señora Fisher condujo a Lily hacia el coche con amable autoridad.

—Sube, querida, eso es. Iremos a tu hotel a hacer el equipaje, tomaremos el té y las dos doncellas nos esperarán en el tren.

Era mucho mejor que un domingo tórrido en la ciudad y Lily no tenía la menor duda sobre este particular mientras, descansando a la sombra de una terraza llena de plantas, miraba hacia el mar a través de una extensión verde salpicada de grupos de damas vestidas de encaje y hombres equipados para jugar al tenis. La enorme mansión Van Alstyne y sus dilatadas dependencias estaban atestadas de invitados de los Gormer, llegados para pasar el fin de semana y que ahora, bajo el sol radiante de la mañana dominguera, se dispersaban en busca de las variadas distracciones ofrecidas por el lugar, que oscilaban entre pistas de tenis y galerías de tiro, mesas de bridge y whisky en el interior de la casa y coches y lanchas en el exterior. Lily tenía la extraña sensación de haber sido absorbida por la multitud con la misma indiferencia con que un tren expreso recoge a un pasajero. La rubia y jovial señora Gormer podría haber sido el revisor que indicaba con calma al tropel de viajeros sus asientos respectivos, mientras Carry Fisher podía representar al mozo que colocaba el equipaje, repartía los números para el coche restaurante y avisaba de la llegada a las estaciones. El tren, mientras tanto, apenas aminoraba la marcha y la vida se deslizaba con un traqueteo y estruendo ensordecedores en medio de los cuales el viajero encontraba por lo menos un ansiado refugio contra el ruido de sus propios pensamientos.

El ambiente de los Gormer representaba un suburbio social que Lily había evitado siempre con escrúpulo, pero ahora que se hallaba inmersa en él, se le antojó una simple copia de su propio mundo, una caricatura tan fiel al modelo

como lo es la «comedia de enredo» a los modales de salón. La gente que la rodeaba hacía lo mismo que los Trenor, los Van Osburgh y los Dorset; la diferencia estribaba en cien matices de apariencia y conducta, desde el estampado de los chalecos masculinos a la inflexión de las voces femeninas. Todo estaba graduado en una clave más alta y había más de cada cosa: más ruido, más color, más champaña, más familiaridad, pero también más buen humor, menos rivalidad y una mayor capacidad de diversión.

La llegada de la señorita Bart había sido acogida con una cordialidad sin reservas que al principio irritó su orgullo y después le hizo comprender su propia situación y el lugar en la vida que de momento tenía que aceptar y aprovechar al máximo. Aquella gente conocía su historia (de ello no le cabía la menor duda después de la primera conversación con Carry Fisher); estaba públicamente marcada como la heroína de un episodio «extraño», pero en vez de evitarla como habían hecho sus propias amistades, éstos la recibían sin preguntas en la fácil promiscuidad de sus vidas. Prescindían de su pasado del mismo modo que pasaban por alto el de la señorita Anstell; lo único que pedían era que, a su modo (porque le reconocían una gran variedad de cualidades), contribuyera a la diversión general tanto como aquella distinguida actriz cuyos talentos, fuera del escenario, eran de la más variada índole. Lily presintió en seguida que cualquier tendencia a ser «estirada», a marcar diferencias y hacer distinciones sería fatal para su permanencia en el grupo de los Gormer. Ser aceptada en tales condiciones —¡y en semejante mundo!— ya era bastante difícil para el orgullo que aún le quedaba, pero comprendía, con una punzada de desprecio por sí misma, que ser excluida de él sería aún más difícil, porque casi inmediatamente había sentido la insidiosa atracción de volver furtivamente a una vida donde todas las dificultades materiales estaban resueltas. El repentino traslado de un hotel sofocante en una ciudad polvorienta y desierta al espacio y al lujo de una gran mansión campestre acariciada por la brisa marina produjo en ella un estado de languidez moral muy grato después de la tensión nerviosa y la incomodidad física de las últimas semanas. De momento tenía que ceder al bienestar que reclamaban todos sus sentidos; después reconsideraría su situación y consultaría con su dignidad. De hecho, el placer que le procuraba su entorno estaba un poco empañado por la desagradable idea de que aceptaba la hospitalidad y buscaba la aceptación de personas a las que habría desdeñado en otras circunstancias. Sin embargo, empezaba a ser menos sensible en algunos puntos: un duro barniz de indiferencia se formaba rápidamente sobre sus delicadezas y susceptibilidades, y cada concesión a su conveniencia endurecía un poco más la superficie.

El lunes, cuando los invitados se dispersaron con tumultuosas despedidas, el regreso a la ciudad prestó más relieve a los atractivos de la vida que estaba abandonando. Los demás se separaban para continuar la misma existencia en

ambientes distintos, algunos en Newport, otros en Bar Harbour, otros en el rústico decorado de un campamento en las montañas Adirondack. Incluso Gerty Farish, que acogió la vuelta de Lily con tierna solicitud, se prepararía pronto para reunirse con la tía con quien pasaba los veranos en Lake George; Lily era la única que carecía de planes y se hallaba como en un remanso estancado junto a la gran corriente del placer. Sin embargo, Carry Fisher, que había insistido en llevarla consigo a su propia casa, donde debía pasar uno o dos días antes de marcharse con los Bry, acudió en su ayuda con una nueva sugerencia.

—Escucha, Lily... he tenido una idea: quiero que me sustituyas al lado de Mattie Gormer este verano. El mes próximo se llevan a un grupo a Alaska en su automóvil y Mattie, que es la mujer más perezosa del mundo, quiere que vaya con ellos y me ocupe de organizado todo; pero los Bry también me necesitan. ¡Oh, sí, hemos hecho las paces! ¿No te lo dije? Y, si he de serte franca, aunque los Gormer me gustan más, me resulta más provechoso ir con los Bry. El caso es que quieren probar Newport este verano y si logro que obtengan un éxito... bueno, me compensarán por ello. —La señora Fisher palmoteó con entusiasmo—. ¿Sabes, Lily? Cuanto más pienso en mi idea, más me gusta... tanto para ti como para mí. El matrimonio Gormer está encantado contigo y el viaje a Alaska es, bueno, lo más indicado para ti en estos momentos.

La señorita Bart la miró con penetración.

—¿Quieres decir que me aparta de mis amigos? —preguntó en voz baja y la señora Fisher contestó con un beso conciliador:

—Te aleja de su vista hasta que comprendan cuánto te echan de menos.

La señorita Bart fue con los Gormer a Alaska y la expedición, si bien no produjo el efecto vaticinado por su amiga, tuvo por lo menos el negativo provecho de apartarla del violento centro de la crítica y la discusión. Gerty Farish se había opuesto al plan con toda la energía de su naturaleza algo torpe. Incluso llegó a decir que desistiría de su visita a Lake George para quedarse con ella en la ciudad si consentía en renunciar a su viaje, pero Lily supo disimular su escasa inclinación por este plan con una razón válida:

—Mi querida inocente, ¿no ves que Carry tiene toda la razón —arguyó— y que debo reanudar mi vida normal y salir en grupo con la mayor frecuencia posible? Si mis antiguas amistades quieren creer las mentiras que se dicen de mí, tendré que hacer amistades nuevas y sabes muy bien que los mendigos no pueden elegir. Y no es que no me guste Mattie Gormer... La encuentro simpática: es buena, sincera y natural, y ¿no crees que debo agradecerle su buena acogida en unos momentos en que, como has visto tú misma, mi propia familia se ha unido para dejarme de lado?

Gerty movió la cabeza con muda discrepancia. No sólo le parecía que Lily se rebajaba al aprovechar una familiaridad que nunca habría cultivado por elección, sino que, al volver a su antiguo estilo de vida, perdía la última oportunidad de escapar de ella. Gerty tenía una idea muy confusa de cuál había sido la verdadera experiencia de Lily, pero sus consecuencias le habían inspirado una profunda compasión desde la noche memorable en que había renunciado a su propia esperanza secreta a la vista de la desgracia de su amiga. Para caracteres como el de Gerty, semejante sacrificio crea un deber moral para con la persona en aras de la cual se ha hecho. Después de ayudar una vez a Lily, tenía que continuar ayudándola y, al hacerlo, tenía que creer en ella, porque la fe es el móvil principal de tales personas. Sin embargo, aunque la señorita Bart, después de saborear de nuevo las amenidades de la vida, hubiese podido volver a la desolación de un agosto neoyorquino, sólo mitigado por la presencia de la pobre Gerty, su sabiduría mundana le habría desaconsejado tal acto de abnegación. Sabía que Carry Fisher tenía razón, que una ausencia oportuna podía ser el primer paso hacia la rehabilitación y que, en cualquier caso, quedarse en la ciudad fuera de la temporada era una fatal admisión de derrota.

Volvió del tumultuoso viaje de los Gormer por su continente natal con una perspectiva cambiada de su situación. El reanudado hábito del lujo —el diario despertar a una ausencia segura de preocupaciones y a la presencia del desahogo material— embotó poco a poco su apreciación de estos valores y aumentó su conciencia del vacío que no podían llenar. El invariable buen carácter de Mattie Gormer y la fácil sociabilidad de sus amigos, que trataban a Lily exactamente como se trataban entre ellos, constituían características notas de diferencia que empezaron a minar su tolerancia y cuantas más cosas criticables veía en sus compañeros, menos justificación hallaba para utilizarlos. La nostalgia de volver a su antiguo ambiente se convirtió en una idea fija, pero con ella llegó la inevitable idea de que, para llevarla a cabo, tenía que exigir nuevas concesiones a su orgullo, y éstas, por el momento, tomaron la desagradable forma de seguir acompañando a sus anfitriones después del regreso de Alaska. Pese a desconocer la «onda» de su ambiente, su inmensa experiencia social, su larga costumbre de adaptarse a los demás sin permitir la difuminación de su propio contorno, la hábil manipulación de todos los pulidos instrumentos de su oficio, le ganaron un lugar importante en el grupo de los Gormer. Aunque nunca pudiera imitar su resonante hilaridad, contribuyó con un toque de distinguida elegancia más valiosa para Mattie Gormer que los pasajes más estridentes de la banda. Sam Gormer y sus compinches especiales de hecho le tenían un poco de respeto, pero el séquito de Mattie, encabezado por Paul Morpeth, le hacía sentir que la apreciaban por las cualidades de las que ellos carecían más flagrantemente. Aunque Morpeth, cuya indolencia social era tan grande como su actividad artística, se había

abandonado a la fácil corriente de la existencia de los Gormer, donde las míseras exigencias de la cortesía eran desconocidas o desdeñadas y un hombre podía incumplir sus compromisos o cumplirlos con un blusón de pintor y zapatillas, todavía conservaba su sentido de las diferencias y su aprecio por las gracias que no tenía tiempo de cultivar. Durante los preparativos para los tableaux de los Bry le habían impresionado muchísimo las posibilidades plásticas de Lily —«no el rostro, demasiado controlado para ser expresivo, sino lo demás... ¡por Júpiter que sería una gran modelo!»— y, aunque su aversión por el mundo en que la había visto era demasiado grande para que pensara en buscarla allí, agradecía el privilegio de poder escucharla y admirarla en el desordenado salón de Mattie Gormer.

Así pues, Lily había formado, en el tumulto de su entorno, un pequeño núcleo de relaciones amistosas que mitigaban la crudeza de su permanencia con los Gormer después de su regreso. Tampoco le faltaban atisbos fugaces de su propio mundo, en especial cuando el término de la temporada de Newport encauzó la corriente social una vez más hacia Long Island. Kate Corby, cuyos gustos la condenaban a la misma promiscuidad que a Carry Fisher sus necesidades, visitaba de vez en cuando a los Gormer y, tras la primera mirada de sorpresa, aceptó la presencia de Lily en su casa como algo casi demasiado natural. Asimismo la señora Fisher aparecía con frecuencia para impartirle sus experiencias y lo que ella llamaba el último parte meteorológico y Lily, que nunca la había invitado directamente a las confidencias, podía hablar con ella con mayor libertad que con Gerty Farish, en cuya presencia era imposible admitir siquiera la existencia de muchas cosas que la señora Fisher consideraba naturales.

Además, Carry Fisher no daba muestras de curiosidad malsana. No deseaba ahondar en la situación de Lily, sino sólo verla desde el exterior y sacar sus conclusiones, que le resumió después de una charla confidencial con esta sucinta observación:

—Tienes que casarte en cuanto puedas.

Lily contestó con una risa hueca; por una vez, la señora Fisher carecía de originalidad.

—¿Quieres decir que, como Gerty Farish, me recomiendas la infalible panacea del «cariño de un hombre bueno»?

—No... no creo que ninguno de mis dos candidatos responda a esta descripción —dijo la señora Fisher después de una pausa.

—¿Es que has pensado en dos?

—Bueno, quizá tendría que decir en uno y medio... por el momento.

La señorita Bart la escuchó divertida.

—Aunque todo me da igual, creo que preferiría medio marido. ¿Quién es?

—No te enfurezcas conmigo hasta que oigas mis razones... George Dorset.

—Oh... —murmuró Lily en tono de reproche, pero la señora Fisher continuó, impertérrita:

—Bueno, ¿por qué no? Tuvieron unas semanas de luna de miel cuando regresaron de Europa pero ahora sus relaciones han vuelto a empeorar. Bertha se ha portado otra vez como una loca y la credulidad de George está casi agotada. En estos momentos viven en su casa de Nueva York y estuve con ellos el domingo pasado. Fue una reunión espantosa: sólo estaba el pobre Neddy Silverton, que parece un esclavo de las galeras (¡y decían que yo le hacía desgraciado!). Después de almorzar George me llevó a dar un largo paseo y me dijo que aquello no podía continuar.

La señorita Bart hizo un gesto de duda.

—Por el contrario, puede continuar indefinidamente... Bertha sabrá siempre cómo recuperarlo cuando se le antoje.

La señora Fisher siguió observándola mientras proseguía:

—¡No si él tiene a alguien a quien acudir! Sí... La cuestión se reduce a esto: el pobre hombre no sabe estar solo. Yo le recuerdo como un hombre muy agradable, lleno de vida y entusiasmo. —Se interrumpió y luego continuó, sin mirar a Lily—: No seguiría al lado de ella ni diez minutos si supiera...

—¿Qué...? —inquirió la señorita Bart.

—Lo que tú debes saber, por ejemplo... ¡con las oportunidades que has tenido! Quiero decir, si le dieras una prueba decisiva...

Lily la interrumpió, ruborizada Y violenta:

—Te lo ruego, cambiemos de tema, Carry; me resulta demasiado odioso. —Y para distraer la atención de su amiga, añadió, en tono ligero—: ¿Y tu segundo candidato? No debemos olvidarlo.

La señora Fisher rio a su vez.

—Me pregunto si también pondrás el grito en el cielo... Sim Rosedale.

La señorita Bart no puso el grito en el cielo; guardó silencio, mirando a su amiga con expresión pensativa. En realidad, la sugerencia apuntaba a una posibilidad que en las últimas semanas se le había ocurrido varias veces a ella, pero al cabo de un momento replicó con acento despreciativo:

—El señor Rosedale necesita una esposa que pueda ponerle en las faldas

de los Van Osburgh y los Trenor.

La señora Fisher replicó al instante:

—Y tú podrías... ¡con su dinero! ¿No ves lo conveniente que sería para los dos?

—No veo la manera de hacérselo ver a él —respondió Lily, con una risa destinada a olvidar el asunto.

Sin embargo, siguió pensando en él hasta mucho después de que la señora Fisher se hubiera despedido. Había visto muy poco a Rosedale desde su anexión a los Gormer porque aquél seguía interesado en entrar en el Paraíso exclusivo del que ella había sido exiliada, pero en un par de ocasiones, cuando no tenía nada mejor que hacer, Rosedale había aparecido en domingo y dejado entrever a Lily su propio criterio de la situación. Era más evidente que nunca, hasta el punto de resultar ofensivo, que continuaba admirándola, porque en el círculo de los Gormer, donde Rosedale se encontraba como pez en el agua, no existían convenciones que inhibieran la expresión libre de su entusiasmo y fue en la calidad de ésta donde ella captó su perspicaz opinión del caso. Rosedale disfrutaba demostrando a los Gormer que había conocido a la «señorita Lily» —ahora era «señorita Lily» para él— antes de que ellos iniciaran su existencia social y gozaba sobre todo impresionando a Paul Morpeth con los lejanos tiempos a los que se remontaba su intimidad. Sin embargo, daba a entender que esta intimidad era un mero escarceo en la superficie de una tumultuosa corriente social, la clase de relajamiento que un hombre de múltiples preocupaciones e importantes intereses se permite en sus horas de ocio.

La necesidad de aceptar esta visión de su pasada relación y de escucharla con el ánimo jocoso que prevalecía entre sus nuevas amistades era humillante para Lily. No obstante, pelearse con Rosedale le daba más miedo que nunca. Sospechaba que su negativa figuraba entre los desaires más inolvidables que él había recibido en su vida y el hecho de que supiera algo de su transacción con Trenor y le diera con seguridad la peor de las interpretaciones parecía ponerla irremisiblemente en sus manos. Sin embargo, la sugerencia de Carry Fisher había creado en ella nuevas esperanzas. Por mucho que Rosedale la disgustara, ya no le despreciaba tanto como antes porque le veía obtener poco a poco lo que ambicionaba en la vida y esto, para Lily, era siempre menos despreciable que el fracaso. Con la lenta e inalterable persistencia que siempre había intuido en él, avanzaba entre la densa masa de antagonismos sociales. Su fortuna y el uso magistral que hacía de ella le estaban encumbrando a un lugar envidiable en el mundo de los negocios y poniendo Wall Street bajo unas obligaciones que sólo la Quinta Avenida podía satisfacer. En compensación, su nombre empezó a figurar en las comisiones municipales y las juntas benéficas; aparecía en banquetes ofrecidos en honor de extranjeros distinguidos y su

candidatura para uno de los clubs de moda era discutida con una oposición cada vez menor. Había asistido una o dos veces a las cenas de los Trenor y aprendido a hablar con la nota justa de desdén en las grandes reuniones de los Van Osburgh, y lo único que ahora necesitaba era una esposa cuyas filiaciones acortaran los largos y tediosos pasos de su ascenso. Con este objeto había fijado un año antes su atención en la señorita Bart, pero en el intervalo se había acercado más a su objetivo y ella había perdido el poder de abreviar los últimos pasos de su ruta. Lily veía todo esto con la claridad que la asistía en sus momentos de abatimiento. Era el éxito lo que la deslumbraba: en el crepúsculo del fracaso sabía distinguir muy bien los hechos reales. Y este crepúsculo, que ahora intentaba perforar, se fue iluminando poco a poco por una débil chispa de esperanza. Bajo el motivo utilitario de la corte de Rosedale había notado claramente el calor de la inclinación personal. No le habría detestado con tanta fuerza de no haber sabido que él se atrevía a admirarla. ¿Y si la pasión perduraba, aunque ya no existiera el otro motivo para sostenerla? Nunca había intentado siquiera ser amable con él: le había atraído a pesar de su manifiesto desdén. ¿Y si ahora se proponía ejercer el poder que, incluso en su estado pasivo, él había sentido con tanta efectividad? ¿Y si le obligaba a casarse por amor, ahora que no tenía otra razón para casarse con ella?

Capítulo VI

Como convenía a personas de creciente importancia, los Gormer se estaban construyendo una casa de campo en Long Island, y parte de los deberes de la señorita Bart consistía en acompañar a su anfitriona en sus frecuentes visitas de inspección a la nueva propiedad. Allí, mientras la señora Gormer discutía problemas de iluminación e higiene, Lily tenía tiempo de pasear, bajo el rutilante aire del otoño, por la bahía bordeada de árboles. Aunque era poco aficionada a la soledad, menudeaban los momentos en que la aliviaba escapar de los huecos ruidosos de su vida. Estaba cansada de dejarse arrastrar pasivamente por una corriente de placer y negocio en la que no representaba ningún papel; cansada de ver a otras personas entregadas a la diversión y al derroche, mientras ella era considerada como un juguete costoso en manos de un niño mimado.

Se hallaba en este estado de ánimo cuando una mañana, volviendo de la playa por un camino desconocido y sinuoso, distinguió de repente la figura de George Dorset. La finca de los Dorset lindaba con la recién adquirida propiedad de los Gormer y en sus paseos en automóvil con la señora Gormer, Lily había visto de refilón un par de veces a la pareja, la cual se movía en una órbita tan diferente que no había considerado la posibilidad de un encuentro

directo.

Dorset caminaba con la cabeza baja, muy abstraído, y no vio a la señorita Bart hasta que se hubo acercado mucho, pero, en lugar de detenerse al verla, como ella esperaba que hiciese, se precipitó con un ímpetu que se desahogó en sus primeras palabras:

—¡Señorita Bart! Querrá estrecharme la mano, ¿verdad? Esperaba encontrarla... y le habría escrito si me hubiera atrevido.

Su rostro, coronado por cabellos rojizos y poblado por un bigote hirsuto, expresaba tensión e inquietud, como si la vida se hubiera convertido en una carrera incesante entre él y sus pensamientos.

Su mirada inspiró a Lily un saludo compasivo y él, animado por aquel tono, prosiguió:

—Quería pedirle perdón... por el cobarde papel que representé...

Ella le detuvo con rápido ademán.

—No hablemos de eso. Lo sentí mucho por usted —interrumpió con un matiz de desprecio que, según comprendió al instante, a él no le pasó inadvertido, pues se ruborizó hasta las orejas, con tanta violencia que ella se arrepintió del sarcasmo.

—No me extraña, y aún no sabe... Debe permitirme que se lo explique. Fui engañado, engañado de la forma más abominable...

—En tal caso, lo lamento todavía más —Lily interrumpió sin ironía—, pero debe comprender que no soy la persona indicada para discutir este asunto.

Dorset la miró con auténtico asombro.

—¿Por qué no? ¿No es usted la única a quien debo una explicación...?

—No es necesaria ninguna explicación; la situación estaba perfectamente clara para mí.

—Ah... —murmuró él, volviendo a bajar la cabeza y agitando con una mano nerviosa la maleza del borde del camino. Pero, cuando Lily hizo un movimiento para reanudar el paso, exclamó con una energía renovada—: Señorita Bart, por el amor de Dios, ¡no me abandone! Éramos buenos amigos, siempre fue buena conmigo y no sabe cuánto necesito ahora su amistad.

La lastimera debilidad de estas palabras despertó un sentimiento de piedad en el pecho de Lily. También ella necesitaba amigos; ya había conocido la angustia de la soledad y la idea de la crueldad de Bertha Dorset ablandó su corazón por aquel pobre desgraciado que, después de todo, era la víctima

principal de su mujer.

—Quiero seguir siendo buena y no siento ninguna animosidad hacia usted —dijo—, pero debe comprender que, después de lo sucedido, no podemos reanudar nuestra amistad... ni continuar viéndonos.

—¡Ah, sí, es buena... y compasiva! ¡Siempre lo ha sido! —Fijó en ella su doliente mirada—. Pero ¿por qué no podemos ser amigos? ¿Por qué no, si me he arrepentido amargamente? ¿No es injusto condenarme a sufrir por, la falsedad y la traición ajenas? Ya fui bastante castigado entonces... ¿Es que no va a haber ninguna tregua para mí?

—Yo diría que disfrutó de una tregua completa con la reconciliación pactada a mis expensas —empezó Lily, de nuevo con impaciencia, pero él la interrumpió en tono implorante:

—¡No lo exprese así, cuando ésta ha sido la parte peor de mi castigo! ¡Dios mío! ¿Qué podía hacer? ¿Acaso no era impotente? Decidieron sacrificarla y cualquier palabra mía la habría perjudicado...

—Ya le he dicho que no le culpo; sólo le pido que comprenda que, después de ser utilizada por Bertha como chivo expiatorio (después de todas las consecuencias de sus actos desde entonces), es imposible que usted y yo nos veamos.

Dorset continuó sin moverse, obstinado en su debilidad.

—¿Lo es...? ¿No hay solución? ¿No podrían darse circunstancias...? —Se interrumpió, golpeando la maleza en un radio más amplio. Entonces insistió —: Escuche, señorita Bart, concédame un minuto. Si no podemos vernos más, escúcheme al menos ahora. Dice que no podemos ser amigos después... después de lo ocurrido, pero... ¿no puedo al menos apelar a su piedad? ¿No puedo conmovérsela suplicándole que piense en mí como en un prisionero... un prisionero a quien sólo usted puede poner en libertad?

El sobresalto interior de Lily se exteriorizó en un súbito rubor: ¿sería posible que ése fuera el sentido de las insinuaciones de Carry Fisher?

—No veo la manera de ayudarle —murmuró, retrocediendo un poco ante la excitación creciente de aquella mirada.

Su tono pareció serenar a Dorset, como había hecho a menudo en sus momentos más difíciles. La terca expresión de su rostro se relajó y, con un brusco retorno a la docilidad, añadió en voz más baja:

—La vería si fuera compasiva como antes, ¡y Dios sabe que nunca la he necesitado más!

Lily calló un momento, conmovida a su pesar por este recordatorio de su

influencia sobre él. El sufrimiento habla ablandado sus fibras y la visión repentina de aquella vida rota y burlada desarmó el desprecio que le inspiraba la debilidad de Dorset.

—Lo lamento mucho por usted... y le ayudaría de buen grado, pero seguramente tiene otros amigos y otros consejeros.

—Nunca tuve una amiga como usted —respondió él con sencillez—. Y, además, ¿no lo comprende?, es la única persona... —su voz se convirtió en un murmullo— la única persona enterada.

Ella volvió a ruborizarse y de nuevo los latidos de su corazón se aceleraron en espera de lo que veía venir.

Él la miró con una mirada de súplica.

—Lo comprende, ¿verdad? Estoy desesperado... al límite de mis fuerzas. Quiero ser libre y usted puede ayudarme, sé que puede hacerlo. No querrá dejarme encadenado en el infierno, ¿verdad? No creo que desee vengarse de este modo. Siempre fue bondadosa: sus ojos lo dicen ahora. Dice que lo siente por mí. Pues bien, de usted depende demostrarlo y sabe Dios que nada se lo impide. Lo ha comprendido, ¿verdad? No habría ninguna publicidad; ni un sonido, ni una sílaba la relacionarían con el asunto. No llegaríamos a este punto, ¿sabe? Sólo necesito poder decir de modo concluyente: «Sé esto... y esto... y esto» y la lucha se acabaría, el camino quedaría despejado y toda esta abominable cuestión sería zanjada en un segundo.

Hablaba sin aliento, como un corredor exhausto, haciendo pausas entre las palabras, y a través de las pausas Lily entrevió, como a través de los celajes de una neblina, grandes y doradas panorámicas de paz y seguridad, porque era imposible confundir la intención oculta tras ese vaga apelación; podría haber llenado las lagunas sin ayuda de las insinuaciones de la señora Fisher. Tenía delante a un hombre que imploraba auxilio desde el fondo de su soledad y humillación; si se lo ofrecía en aquel momento, sería suyo con toda la fuerza de su buena fe traicionada. Y ahora tenía aquel poder en su mano, más completo de lo que él podía siquiera imaginar. Conseguiría la venganza y la rehabilitación en una sola jugada: había algo deslumbrante en la perfección de la oportunidad.

Guardó silencio, dejando vagar la mirada por el paisaje otoñal del camino desierto. Y de improviso el miedo se apoderó de ella, el miedo a sí misma y a la terrible fuerza de la tentación. Todas sus debilidades pasadas eran como cómplices ansiosas que la atraían a la senda allanada ya por sus pies. Se volvió rápidamente y alargó la mano a Dorset.

—Adiós... lo siento, no hay nada en el mundo que pueda hacer.

—¿Nada? ¡Ah, no diga eso! —gritó él—. Diga más bien que me abandona como los demás. ¡Usted, la persona que podría haberme salvado!

—Adiós... adiós —repitió ella a toda prisa y, al darle la espalda para irse, le oyó exclamar en una última súplica:

—Por lo menos, ¿me permitirá verla otra vez?

Al llegar al terreno de la finca de los Gormer, Lily cruzó con rapidez el prado en dirección a la casa a medio construir, donde se imaginaba que su anfitriona debía estar especulando, sin la menor resignación, sobre la causa de su retraso, porque, como a muchas personas poco puntuales, a la señora Gormer no le gustaba que la hicieran esperar.

Sin embargo, al alcanzar la avenida, vio un elegante faetón, tirado por dos briosos caballos, desaparecer tras los árboles que ocultaban la verja, y en el umbral encontró a la señora Gormer ruborizada por el placer que acababa de experimentar. El rubor se intensificó cuando vio a Lily, a quien dijo con una risa superficial:

—¿Ha visto qué visita? Oh, creía que había vuelto por la avenida. Era la señora Dorset, que me ha hecho una visita de buena vecindad.

Lily escuchó la noticia con su habitual compostura, aunque su experiencia de la idiosincrasia de Bertha no la habría inducido nunca a atribuirle el instinto de buena vecindad, y la señora Gormer, aliviada al ver que no daba muestras de sorpresa, continuó con una risa indulgente:

—Como es natural, ha venido por curiosidad: me ha hecho enseñarle toda la casa. Pero nadie podría haber sido más amable (no se ha dado aires de gran dama y rebosaba buen humor); comprendo que la gente la encuentre seductora.

Este suceso sorprendente, que había coincidido con su encuentro casual con Dorset hasta parecer relacionado con él, produjo inmediatamente en Lily una sensación de inquietud. Bertha no tenía la costumbre de cultivar a sus vecinos y mucho menos de visitar a personas ajenas al círculo inmediato de sus amistades. Siempre había hecho caso omiso del mundo de los aspirantes exteriores, o reconocido únicamente a sus miembros individuales cuando la movían razones egoístas; y el mismo carácter caprichoso de su condescendencia les otorgaba, como sabía muy bien Lily, un valor especial a los ojos de las personas así distinguidas. Esto era visible ahora en la irrefrenable satisfacción de la señora Gormer y los dos días siguientes se puso de manifiesto en sus felices e irrelevantes comentarios sobre las opiniones de Bertha y sobre el posible origen de su vestido. Todas las ambiciones secretas reprimidas habitualmente por la indolencia innata de la señora Gormer, y por la actitud de sus acompañantes, habían germinado de nuevo al calor de las

atenciones de Bertha y, fuera cual fuese la causa de éstas, Lily vio que su persistencia produciría un efecto perturbador en su propio futuro.

Se las ingenió para interrumpir su estancia en casa de sus nuevos amigos con una o dos visitas a otros conocidos igualmente recientes, y a su regreso de esta excursión más bien desalentadora se dio cuenta en seguida de que seguía respirándose la influencia de la señora Dorset. Había habido otro intercambio de visitas, un té en un club de campo, un encuentro en un baile de cacería; corría incluso el rumor de una próxima cena que Mattie Gormer, con una discreción antinatural, trataba de eliminar de la conversación siempre que la señorita Bart participaba en ella.

Lily ya había planeado regresar a la ciudad después de un domingo de despedida con sus amigos y, ayudada por Gerty Farish, encontró un pequeño hotel particular donde instalarse para el invierno. Estaba situado en la periferia de una zona elegante, y el precio de los escasos metros cuadrados que ocuparía era excesivo para su peculio, pero encontró una justificación para su aversión a los barrios más pobres en el argumento de que en aquel momento era de la mayor importancia para ella guardar una apariencia de prosperidad. En realidad le resultaba imposible, mientras tuviera dinero para pagar una semana por anticipado, adoptar una forma de existencia como la de Gerty Farish. Jamás había estado tan cerca de la insolvencia, pero al menos podía pagar la factura semanal del hotel y, una vez saldadas las deudas más apremiantes con el dinero que había recibido de Trenor, le quedaba un pequeño margen de crédito con el que subsistir. La situación, sin embargo, no era lo suficientemente desahogada para olvidar por completo su inseguridad. Sus habitaciones, que daban a deprimentes paredes de ladrillo y escaleras de incendios, sus comidas solitarias en el oscuro restaurante de techo recargado y persistente olor a café...: todas estas incomodidades materiales, que además debía considerar como otros tantos privilegios de los que pronto se vería privada, le recordaban constantemente las desventajas de su estado y sus pensamientos volvían con insistencia a los consejos de la señora Fisher. Por más vueltas que diera a la cuestión, sabía que el resultado era que debía intentar casarse con Rosedale, y esta convicción adquirió más firmeza cuando recibió la visita inesperada de George Dorset.

El domingo siguiente a su regreso a la ciudad le encontró paseando de un lado para otro de su estrecha salita de estar, para inminente peligro de las pocas chucherías con que Lily había intentado ocultar la felpa del profuso tapizado; pero verla pareció tranquilizarle y dijo en seguida con humildad que no quería ser un estorbo, sino que había venido sencillamente a sentarse media hora y hablar de lo que ella quisiera. En realidad, y Lily lo sabía, sólo le interesaba un tema: él mismo y su desgracia, y había ido acuciado por la necesidad de oír una palabra de comprensión. Pero disimuló, interesándose por

ella y, mientras contestaba a sus preguntas, Lily vio que, por primera vez, una ligera idea de su apurada situación penetraba la densa superficie del ensimismamiento de Dorset. ¿Era posible que el viejo esperpento de su tía la hubiera desheredado? ¿Que viviera sola en aquel lugar porque no tenía a nadie a quien acudir y realmente tuviera sólo lo justo para subsistir hasta que le pagaran el exiguo e insultante legado? Las fibras de la compasión estaban casi agotadas en él, pero su sufrimiento era tan profundo que intuyó ligeramente lo que podían significar otros sufrimientos; y al mismo tiempo percibió de qué podían servirle las desventuras particulares de la señorita Bart.

Cuando le despidió por fin, pretextando que debía vestirse para la cena, tras unos momentos con aire suplicante en el umbral, dijo:

—Ha sido un gran consuelo... Diga que me permitirá verla otra vez...

Sin embargo, era imposible dar una respuesta afirmativa a esta petición directa y Lily respondió con acento cordial pero categórico:

—Lo siento... pero ya sabe por qué no puedo.

Dorset se sonrojó hasta las raíces del cabello, cerró la puerta tras él y se encaró con ella, entre azorado e insistente:

—Sé que podría, si quisiera, si las cosas fueran diferentes, y de usted depende que lo sean. ¡Sólo ha de decir una palabra y me salvará de este sufrimiento!

Sus miradas se cruzaron y por un momento Lily volvió a temblar ante la proximidad de la tentación.

—Se equivoca; no sé nada, no vi nada —exclamó, esforzándose por levantar una barrera entre ella y el peligro con la mera fuerza de la reiteración y, volviéndose, gimió—: Nos está sacrificando a los dos —y continuó repitiendo, como si fuera un conjuro—: No sé nada... absolutamente nada.

Capítulo VII

Lily había visto poco a Rosedale desde su esclarecedora charla con la señora Fisher, pero en las dos o tres ocasiones en que se encontraron, fue consciente de haber progresado claramente en su favor. No cabía la menor duda de que la admiraba igual que siempre, y estaba convencida de que de ella dependía incrementar esa admiración hasta el punto que prevaleciera sobre las conveniencias. La tarea no era fácil, pero tampoco lo era afrontar durante las largas noches de insomnio la idea de lo que le ofrecía George Dorset. Ruindad por ruindad, odiaba menos la otra; había incluso momentos en que el

matrimonio con Rosedale le parecía la única solución de sus dificultades. Desde luego, no permitía a su imaginación divagar más allá del día de los esponsales: después de eso todo se desvanecía en una niebla de bienestar material en que la personalidad de su benefactor se veía misericordiosamente borrosa. En sus largas vigiliias había aprendido que es mejor no pensar en ciertas cosas, que ciertas imágenes nocturnas deben ser exorcizadas a cualquier precio... y una de ellas era la imagen de sí misma como esposa de Rosedale.

Carry Fisher, animada por el éxito en Newport del matrimonio Bry (como confesó francamente ella misma), había alquilado una casa en Tuxedo para los meses otoñales y allí se dirigió Lily el domingo que siguió a la visita de Dorset. Aunque ya era casi hora de cenar cuando llegó, su anfitriona aún no había vuelto a casa y la quietud del pequeño y acogedor salón, con la chimenea encendida, actuó como un bálsamo sobre su espíritu, llenándolo de paz y familiaridad. Quizá era la primera vez que el entorno de Carry Fisher suscitaba semejante emoción; sin embargo, en contraste con el mundo en que Lily habla vivido últimamente, había un aire de reposo y estabilidad incluso en la colocación del mobiliario y en la tranquila competencia de la camarera que la acompañó a su habitación. La falta de convencionalismos de la señora Fisher era, al fin y al cabo, una divergencia meramente superficial de un credo social heredado, mientras que los modales del círculo de los Gormer representaban un primer intento de formular ese credo ante sí mismos.

Por primera vez desde su regreso de Europa, Lily se encontró en un ambiente agradable y la evocación de asociaciones familiares casi la había preparado, cuando bajó las escaleras antes de cenar, para una reunión con un grupo de antiguos conocidos; olvidó, sin embargo, esta esperanza al caer en la cuenta de que los amigos que le seguían siendo leales eran precisamente los que menos querrían exponerla a semejantes encuentros y casi no se sorprendió al hallar, en cambio, al señor Rosedale arrodillado en actitud doméstica junto a la chimenea del salón delante de la hija pequeña de su anfitriona.

Rosedale en un papel paternal no era la figura indicada para conmover a Lily; no obstante, advirtió una bondad espontánea en su trato con la niña. Por lo menos, sus epítetos cariñosos no eran premeditados como los que dirige un invitado a la hija de su anfitriona cuando ésta se halla presente, ya que la niña y él estaban solos en la habitación, y había algo en su actitud que le convertía en una persona sencilla y bondadosa frente a la criatura impertinente que toleraba mal sus atenciones. Sí, debía ser bondadoso, pensó Lily desde el umbral, bondadoso a su modo burdo, rapaz y sin escrúpulos, como lo es un animal depredador con su pareja. Dispuso sólo de un momento para considerar si esta visión del hombre doméstico disminuía su repugnancia o le infundía, por el contrario, una forma más concreta e íntima, porque al verla, se levantó

inmediatamente y volvió a ser el bien vestido y dominante Rosedale del salón de Mattie Gormer.

No le sorprendió saber que era el único invitado, además de ella. Aunque no había hablado con su anfitriona desde que ésta intentara resolver su futuro, Lily sabía que la astucia que permitía a la señora Fisher abrirse un camino seguro y cómodo en un mundo de fuerzas antagonistas, era utilizada con cierta frecuencia en beneficio de sus amigos. De hecho, Carry, sin dejar de cosechar para sí misma en los campos de la abundancia, no olvidaba su simpatía por los del otro lado: los desheredados de la fortuna, la popularidad y el éxito y todos sus ávidos compañeros de trabajo en el segado rastrojo de la prosperidad.

La experiencia de la señora Fisher le aconsejó evitar el error de exponer a Lily, la primera noche, a la impresión sin paliativos de la personalidad de Rosedale. Kate Corby y dos o tres hombres asistieron a la cena y Lily, atenta a cada detalle del método de su amiga, vio que todas las oportunidades que le había preparado iban a aplazarle hasta que tuviera el ánimo dispuesto, por así decirlo, para aprovecharlas al máximo. Sintió que se sometía a este plan con la pasividad de un enfermo resignado a la mano del cirujano, y la sensación de impotencia casi letárgica no había cesado cuando, una vez se hubieron ido los invitados, la señora Fisher la siguió por las escaleras.

—¿Puedo entrar y fumarme un cigarrillo al calor de tu chimenea? Si hablamos en mi habitación, despertaremos a la niña. —La señora Fisher miró a un lado y otro con la solicitud de una buena anfitriona—. Espero que te encuentres cómoda. ¿No crees que es una casita muy alegre? Es toda una suerte pasar unas semanas de tranquilidad con la pequeña.

Carry se volvía tan maternal en sus raros momentos de prosperidad, que la señorita Bart se preguntaba si, suponiendo que algún día tuviera el tiempo y el dinero suficientes, no acabaría consagrando ambos a su hija.

—Es un descanso bien merecido, te lo aseguro —continuó, recostándose con un suspiro de satisfacción en un canapé lleno de almohadones, cerca del fuego—. Louisa Bry es una supervisora muy exigente; muchas veces he deseado volver con los Gormer. Si el amor convierte a la gente en celosa y suspicaz... ¡la ambición social es mucho peor! Louisa solía velar toda la noche preguntándose si las mujeres que nos visitaban venían a verme a mí porque estaba con ella o a ella porque estaba conmigo, y no cesaba de tenderme trampas para averiguar mis pensamientos. Tuve que renegar de mis más viejos amigos para que no sospechara que me debía la oportunidad de conocer a una sola persona ¡cuando precisamente por eso me tenía a su lado y me firmó un generoso talón al terminar la temporada!

La señora Fisher no era mujer que hablara de sí misma sin un propósito, y la práctica del lenguaje directo, lejos de excluir en ella el empleo ocasional de

métodos sinuosos, le servía más bien en momentos cruciales como la charla al prestidigitador mientras cambia el contenido de sus mangas. A través del humo de su cigarrillo, seguía mirando pensativa a la señorita Bart, quien, después de despedir a su doncella, se sentó ante el tocador agitando la ondulada cabellera suelta sobre sus hombros.

—Tienes un cabello precioso, Lily. ¿Más fino...? ¿Qué más da, si sigue siendo esponjoso y brillante? Las preocupaciones de muchas mujeres parecen afectar directamente a su cabello... pero el tuyo da la impresión de no haber cubierto nunca ningún pensamiento inquietante. Jamás te había visto más guapa que esta noche. Mattie Gormer me dijo que Morpeth quería pintarte... ¿por qué no le dejas?

La respuesta inmediata de la señorita Bart fue dirigir una mirada crítica al reflejo de su propia cara y dijo en seguida, con acento irritado:

—No me gusta aceptar un retrato de Paul Morpeth.

La señora Fisher reflexionó.

—N... no. Y menos ahora... Bueno, puede pintarte cuando estés casada. —Esperó un momento y añadió—: A propósito, Mattie vino a verme el otro día, el domingo pasado para ser exacta, ¡y en compañía de Bertha Dorset, nada menos! —Hizo otra pausa para medir el efecto de este anuncio en su interlocutora, pero el cepillo que sostenía la mano de la señorita Bart continuó su ritmo inalterable de la frente a la nuca—. Me quedé atónita —prosiguió la señora Fisher—; no conozco a dos mujeres menos predestinadas a la intimidad... desde el punto de vista de Bertha, claro, ya que Mattie considera natural que la elija a ella; sin duda el conejo siempre cree que es él quien hipnotiza a la anaconda. Bueno, siempre te he dicho que Mattie desea en secreto codearse con la más alta sociedad y, ahora que ha llegado la ocasión, veo que es capaz de sacrificar por ella a todos sus viejos amigos.

Lily dejó el cepillo y miró a su amiga con penetración.

—¿Incluso a mí? —sugirió.

—Ah, querida —murmuró la señora Fisher, levantándose para mover un leño de la chimenea.

—Es lo que Bertha pretende, ¿verdad? —insistió la señorita Bart. Porque estoy segura de que tiene algún propósito, y antes de marcharse de Long Island vi que ya empezaba su trabajo con Mattie.

La señora Fisher exhaló un suspiro indescifrable.

—Sea como sea, ya la tiene en sus manos. ¡Pensar que la tan cacareada independencia de Mattie era sólo una forma más sutil de esnobismo! Ahora Bertha puede hacerle creer lo que se le antoje y me temo, querida, que ya ha

empezado a insinuar cosas horribles de ti.

Lily se sonrojó hasta la raíz de los cabellos.

—El mundo es demasiado ruin —susurró, evitando el ansioso escrutinio de la señora Fisher.

—No es un lugar idílico y el único modo de seguir en él es luchar con sus propias armas... ¡y, sobre todo, querida, nunca sola! —La señora Fisher resumió todas sus vagas alusiones en un resuelto discurso—: Me has contado tan pocas cosas que sólo puedo adivinar lo ocurrido, pero, con las prisas en que todos vivimos, no hay tiempo de odiar a nadie sin una causa, y si Bertha sigue empeñada en hacerte daño, debe ser porque aún te tiene miedo. Desde su punto de vista, sólo existe una razón para temerte y estoy convencida de que, si quieres castigarla, el medio de hacerlo está en tu mano. Creo que podrías casarte con George Dorset mañana mismo, pero si esta forma de venganza no es de tu agrado, lo único que puede salvarte de Bertha es casarte con otro.

La luz que sobre la situación proyectaba la señora Fisher tenía la triste claridad de un amanecer invernal, que perfilaba los hechos con una fría precisión, sin darles matices ni colores, refractados, por así decirlo, por las desnudas piedras del muro circundante; había abierto una ventana desde la cual el cielo no era nunca visible. Pero el idealista sometido a necesidades vulgares necesita espíritus vulgares para las deducciones indignas de él, y era más fácil para Lily dejar que la señora Fisher formulara su caso que exponerlo ella misma ante sus propios ojos. Una vez formulado, sin embargo, lo examinó hasta sus últimas consecuencias y éstas nunca se le habían aparecido con tal claridad como cuando, la tarde del día siguiente, salió a dar un paseo con Rosedale.

Era uno de aquellos serenos días de noviembre en que el aire está impregnado de luz de verano y había algo en los perfiles del paisaje y en la neblina dorada de la atmósfera que recordó a la señorita Bart la tarde de septiembre en que había subido con Selden a la colina de Bellomont. El inoportuno recuerdo persistió en su memoria por su irónico contraste con la situación presente, ya que su paseo con Selden había supuesto la huida irresistible de un momento crucial que la presente excursión tenía el fin de propiciar. Pero también la importunaron otros recuerdos de situaciones similares, creadas con idéntica premeditación, y que por maldad de la fortuna o por su propia inconstancia no habían dado el fruto apetecido. Pues bien, su actual propósito no podía ser más firme. Veía que el largo y monótono proceso de rehabilitación debía empezar de nuevo, esta vez con mayores dificultades, si Bertha Dorset lograba destruir su amistad con los Gormer, y a su ansia de refugio y seguridad se sumó el deseo apasionado de triunfar sobre Bertha, triunfo que sólo podía conseguir con riqueza y una posición predominante.

Como esposa de Rosedale —el Rosedale que se creía capaz de crear—, podría al menos presentar un frente invulnerable ante su enemiga.

Tuvo que aferrarse a esta idea como a un poderoso estimulante para interpretar su papel en la escena que Rosedale parecía dispuesto a provocar. Mientras caminaba a su lado, rechazaba con cada nervio de su cuerpo las libertades que se permitían la mirada y el tono de su acompañante pero a la vez se decía que este momentáneo sometimiento era el precio que debía pagar para obtener el poder definitivo sobre él, e intentaba calcular el punto exacto en que la concesión debía trocarse en resistencia para que Rosedale comprendiera a su vez el precio que él debía pagar. Sin embargo, su seguridad parecía impenetrable a semejantes insinuaciones y Lily adivinaba algo duro y autosuficiente en la aparente cordialidad de su trato.

Hacía un rato que se habían sentado en una solitaria hondonada sobre el lago cuando ella aceleró de repente el final de un período tenso volviendo hacia él la grave transparencia de su mirada.

—Creo en sus palabras, señor Rosedale —dijo en voz baja—, y estoy dispuesta a casarme con usted cuando lo desee.

Rosedale, enrojeciendo hasta la raíz de sus lustrosos cabellos, recibió esta declaración con un movimiento de retroceso que le obligó a levantarse y a adoptar una postura de cómico desconcierto.

—Porque supongo que es lo que desea —continuó ella en el mismo tono— y, aunque no pude aceptar cuando me habló con anterioridad en este sentido, estoy dispuesta, ahora que le conozco mucho mejor, a poner mi felicidad en sus manos.

Habló con la noble franqueza que sabía utilizar en tales ocasiones y que fue como un gran rayo de luz radiante proyectado sobre la tortuosa oscuridad de la situación. Bajo su incómodo resplandor, Rosedale pareció vacilar un momento, consciente de que todas las vías de escape estaban desagradablemente iluminadas.

Entonces rio con brevedad y sacó una pitillera de oro de la que extrajo un cigarrillo de boquilla dorada con sus dedos gruesos y enjoyados. Lo contempló un momento antes de responder:

—Mi querida señorita Lily, lo lamento si ha habido entre nosotros un pequeño malentendido... pero me hizo sentir que mis pretensiones eran tan imposibles que no tenía intención de importunarla más con ellas.

La sangre de Lily ardió ante la grosería del desaire, pero reprimió su ira y dijo en un tono de suave dignidad:

—Nadie más que yo tiene la culpa si le di la impresión de que mi decisión

era irrevocable.

Su agudeza verbal era siempre demasiado rápida para él y esta respuesta le dejó perplejo y silencioso; Lily, mientras tanto, le alargó la mano y añadió, con una leve inflexión de tristeza en la voz:

—Antes de despedirnos, quiero al menos agradecerle que haya pensado alguna vez en mí como lo ha hecho.

El tacto de su mano y la conmovedora suavidad de su mirada tocaron una fibra sensible en Rosedale. Lo que hacía más difícil renunciar a ella era su exquisita inaccesibilidad, la sensación de distancia que era capaz de comunicar sin el menor matiz de desprecio.

—¿Por qué habla de despedida? ¿No podemos ser buenos amigos, a pesar de todo? —dijo, sin soltarle la mano.

Ella la retiró con delicadeza.

—¿Cuál es su idea de ser buenos amigos? —replicó con una ligera sonrisa—. ¿Hacerme la corte sin pedirme que me case con usted?

Rosedale soltó una carcajada, recobrando el aplomo.

—Bueno, supongo que viene a ser eso. No puedo evitar hacerle la corte; creo que ningún hombre puede evitarlo, pero no es mi intención pedirle que se case conmigo mientras tenga fuerzas para contenerme.

Ella no dejó de sonreír.

—Me gusta su franqueza, pero me temo que nuestra amistad no puede continuar en estas condiciones.

Dio media vuelta, como para indicar que aquel momento marcaba realmente el fin, y él la siguió unos pasos con la sensación de que era ella, después de todo, quien se iba con todos los triunfos en la mano.

—Señorita Lily... —empezó impulsivamente, pero ella siguió andando como si no le hubiera oído.

La alcanzó con varias zancadas y posó en su brazo una mano conciliadora.

—Señorita Lily... no se vaya tan de prisa y no sea tan dura conmigo; aunque, si a usted no le importa decir la verdad, no veo por qué no ha de permitirme que yo haga lo mismo.

Lily se detuvo un momento, enarcando los cejas y rehuyéndolo instintivamente, aunque sin hacer el menor esfuerzo para impedir sus palabras.

—Tenía la impresión —replicó— de que ya lo había hecho sin esperar mi permiso.

—Bueno... ¿por qué no escucha mis razones, entonces? Ninguno de los dos es tan inocente para que pueda hacerle daño un poco de sinceridad. Estoy loco por usted: no hay nada nuevo en esto. Estoy más enamorado que hace un año por esta época, pero debo admitir que la situación ha cambiado.

Ella no abandonó el aire de ironía indiferente.

—¿Quiere decir que ya no soy un partido tan deseable como había creído?

—Sí, esto es lo que quiero decir —respondió él con firmeza—. No analizaré lo ocurrido, no creo los rumores que circulan sobre usted... no quiero creerlos. Pero existen y el hecho de que no los crea no altera la situación.

Lily se ruborizó hasta las sienes, pero la extrema necesidad ahogó la réplica que afloraba a sus labios y siguió mirándole sin inmutarse.

—¿Tampoco la altera el hecho de que no sean ciertos? —inquirió.

Él la observó con sus ojos pequeños y calculadores y Lily se sintió como una especie de mercancía humana de lujo.

—Creo que sí, pero sólo en las novelas, no en la vida real. Usted lo sabe tan bien como yo; si tenemos que decir la verdad, no la digamos a medias. El año pasado estaba loco por casarme con usted y usted no se dignaba mirarme; y este año... bueno, parece que está dispuesta. ¿Qué ha cambiado en este tiempo? Su situación, nada más. Entonces usted pensaba que podía encontrar algo mejor; ahora...

—¿Quién lo piensa es usted? —preguntó ella con ironía.

—Pues, sí, en efecto; es decir, en cierto modo. —La miraba, con las manos en los bolsillos y el pecho abombado bajo el chaleco multicolor—. Verá, ocurre lo siguiente: he trabajado casi sin parar todos estos años a fin de conquistar una posición social. ¿Le parece gracioso que diga esto? ¿Por qué habría de importarme decir que quiero introducirme en la buena sociedad? A un hombre no le avergüenza confesar que quiere una cuadra de caballos de carreras o una galería de retratos. El gusto de codearse con la alta sociedad es una afición como cualquier otra. Quizá deseo vengarme de algunas personas que me hicieron el vacío el año pasado: intérpretele así, si le suena mejor. Sea como fuere, quiero poder entrar en las mejores casas y poco a poco lo voy consiguiendo. Pero sé que el modo más rápido de enemistarse con la gente importante es ser visto con las personas inadecuadas y por esta razón quiero evitar equivocaciones.

La señorita Bart guardaba un silencio que tanto podía expresar burla como un respeto involuntario por su franqueza; al cabo de un momento, Rosedale prosiguió:

—Así que ésta es la verdad. Estoy más enamorado de usted que nunca, pero si me casara con usted ahora, me enemistaría con todos para siempre y los esfuerzos de todos estos años habrían sido vanos.

Ella le oyó decir esto con una mirada de la que había desaparecido todo rastro de sentimiento. Después del entresijo de falsedades sociales en que se había movido durante tanto tiempo, era refrescante salir a la diáfana luz de un egoísmo declarado.

—Le comprendo —dijo—. Hace un año le habría sido útil y ahora sería un estorbo, y me gusta que me lo haya expuesto con tanta franqueza. —Y le alargó la mano, sonriendo.

De nuevo este gesto produjo un efecto perturbador en el señor Rosedale.

—¡Por Júpiter que es usted fantástica! —exclamó y, al ver que ella se volvía para irse, prorrumpió de repente—: Señorita Lily... deténgase. Sabe que no me creo esos rumores: estoy seguro de que se los inventó una mujer que no vaciló en sacrificarla para su propia conveniencia...

Lily retrocedió con un súbito gesto de desprecio; era más fácil soportar su insolencia que su conmiseración.

—Es usted muy bueno, pero no creo que debamos discutir esta cuestión.

Sin embargo, la sordera natural de Rosedale a las insinuaciones le empujó a hacer caso omiso de la resistencia de Lily.

—No quiero discutir nada, sólo exponerle un caso muy claro —insistió.

Ella se detuvo involuntariamente, retenida por la nota de urgencia en la voz y la mirada de Rosedale; éste prosiguió, mirándola a los ojos:

—Lo que me extraña es que haya esperado tanto para vengarse de esa mujer cuando tenía el poder en sus manos. —Lily continuó callada, sobrecogida por la sorpresa que le produjeron estas palabras y él dio un paso hacia delante y preguntó en voz baja—: ¿Por qué no utiliza esas cartas suyas que compró el año pasado?

La pregunta la dejó estupefacta. Las palabras anteriores le habían hecho suponer, como máximo, una alusión a su presunta influencia sobre George Dorset; la asombrosa grosería de la referencia no disminuía la probabilidad de que Rosedale recurriera a ella. Pero ahora veía cuán lejos había estado de adivinar su intención; sorprendida de enterarse de que había descubierto el secreto de las cartas, fue un momento inconsciente del uso especial que estaba a punto de dar a su conocimiento.

El breve desconcierto de Lily dio tiempo a Rosedale de insistir y añadió muy de prisa, como para asegurarse un mayor control de la situación:

—Ya ve que conozco su secreto y sé hasta qué punto se encuentra ella en su poder. Parece una frase de comedia barata, ¿verdad? No obstante, en muchas de estas frases se oculta gran parte de la verdad, y supongo que no compró esas cartas sólo porque colecciona autógrafos. —Ella le miraba con perplejidad creciente; su única impresión clara era de temor al poder que él parecía ostentar—. ¿Se está preguntando cómo he averiguado su existencia? —continuó Rosedale, replicando a su mirada con una nota de consciente orgullo—. Quizá haya olvidado que soy el propietario del Benedick... pero dejemos eso ahora. Ir directamente al grano resulta muy útil en los negocios y yo he extendido tal sistema a mis asuntos privados, porque éste es en parte asunto mío... o, mejor dicho, de usted depende que lo sea. Examinemos la situación con imparcialidad. La señora Dorset, por motivos que no es necesario analizar, le jugó a usted una mala pasada en primavera. Todo el mundo sabe cómo es la señora Dorset, y sus mejores amigas no confiarían en ella ni bajo juramento, pero mientras no se entrometan en sus líos, es mucho más fácil seguirla que enfrentarse a ella, y usted ha sido sacrificada en aras de su indolencia y su egoísmo. ¿Acaso no es ésta una justa exposición del caso? Pues bien, algunos dicen que la respuesta más acertada está en sus manos, que George Dorset se casaría con usted mañana mismo si le dijera todo lo que sabe, dándole así oportunidad de echar de su casa a la dama en cuestión. Yo estoy convencido de ello, pero a usted parece no gustarle esta forma de venganza y, considerando el asunto desde un punto de vista puramente comercial, creo que tiene razón. De un trato semejante nadie sale con las manos del todo limpias, y la única solución de que usted dispone para empezar de nuevo es conseguir que Bertha Dorset la respalde, en vez de luchar contra ella.

Calló el tiempo suficiente para recobrar el aliento, aunque no para que Lily pudiera expresar su creciente oposición; a medida que continuaba exponiendo y explicando su idea con la elocuencia de un hombre que no abriga la menor duda respecto a su causa, Lily advirtió que la indignación se le atragantaba y que la mera fuerza de la presentación del argumento centraba toda su atención. No había tiempo ahora para preguntarse cómo se había enterado de la compra de las cartas; todo estaba oscuro menos el monstruoso resplandor del plan de Rosedale para hacer uso de ellas. Y, pasados los primeros momentos, no fue el horror de la idea lo que la cautivó, sometida a la voluntad de él, sino la sutil afinidad con sus más íntimos deseos. Rosedale se casaría con ella mañana mismo si Lily conseguía reconquistar la amistad de Bertha Dorset y, para facilitar la abierta renovación de esa amistad y la retractación implícita de todo cuanto había causado la ruptura, sólo tenía que insinuar a la dama la amenaza que encerraba el paquete que tan milagrosamente había ido a parar a sus manos. Lily vio con la rapidez del relámpago los beneficios de esta solución, comparada con la propuesta por el pobre Dorset. El éxito del plan de éste

dependía de la aplicación de un castigo manifiesto, mientras el nuevo reducía la transacción a un convenio privado del que ninguna tercera persona tenía por qué enterarse ni remotamente. Planteado por Rosedale como un trato comercial, el convenio adoptaba el aire inofensivo de una conveniencia mutua, como una transferencia de bienes o una revisión de límites fronterizos. No cabía duda de que simplificaba la vida considerarlo un acuerdo perpetuo, un pacto de política de partido en el que cada concesión tiene su equivalente reconocido; el fatigado espíritu de Lily se sentía atraído por esta vía que escapaba de fluctuantes estimaciones éticas para dirigirse a una región de pesos y medidas concretas.

Rosedale, mientras ella escuchaba, parecía detectar en su silencio no sólo una gradual aquiescencia a su plan, sino una percepción peligrosamente amplia de las posibilidades que ofrecía, porque, al ver que seguía callada, exclamó, volviendo con rapidez a su auténtico modo de ser:

—Ve lo sencillo que es, ¿verdad? Pero no se deje entusiasmar por la idea de que es demasiado sencillo. Usted no empieza exactamente con un historial irreprochable. Ya que hablamos, llamemos a las cosas por su nombre y aclaremos todo el asunto. Sabe muy bien que Bertha Dorset no podría haberla acusado de no haber existido... bueno, dudas anteriores, pequeños puntos de interrogación, ¿verdad? Algo inevitable, supongo, en el caso de una joven hermosa con parientes tacaños; el hecho es que Bertha encontró el terreno abonado. ¿Ve ahora adónde quiero ir a parar? A usted no le conviene que surjan de nuevo esas pequeñas dudas. No es suficiente pararle los pies a Bertha Dorset: hay que parárselos de forma definitiva. Le costará muy poco asustarla, pero... ¿cómo conseguirá que no se le pase el susto? Demostrándole que es tan poderosa como ella. Todas las cartas del mundo serían incapaces de ayudarla en su presente situación, pero, si dispone de un buen respaldo, la tendrá acorralada justo donde usted quiera. Ésta es mi parte del negocio: esto es lo que le ofrezco. Sin mí, no puede llevar adelante el asunto; no vaya a creer lo contrario. Al cabo de seis meses volvería a tropezar con las mismas dificultades, o peores. Pero aquí me tiene, dispuesto a sacarle de ellas mañana mismo, si así lo desea. ¿Qué dice, señorita Lily? —añadió, acercándose de repente.

Las palabras y el movimiento que las acompañó se unieron para despertar a Lily del dócil estado de trance en que había caído sin darse cuenta. La luz llega por caminos sinuosos a la conciencia dormida y ahora llegaba a la suya a través de la repugnante idea de que su presunto cómplice daba por sentado que ella desconfiaría de él e intentaría quizá despojarle de su parte del botín. Este atisbo de los cálculos de Rosedale parecía presentar toda la transacción bajo un nuevo aspecto y Lily vio que la ruindad esencial del acto estribaba en que no corría el menor riesgo.

Retrocedió con un rápido ademán de rechazo, diciendo con una voz que sorprendió incluso a sus propios oídos:

—Está equivocado, muy equivocado, tanto en los hechos como en las conclusiones que ha sacado de ellos.

Rosedale la miró un momento, perplejo por esta súbita salida en una dirección tan diferente de aquella por la que parecía dejarse guiar.

—¿Y esto qué diablos significa? ¡Pensaba que nos entendíamos! — exclamó, y al oírla murmurar: «¡Ah, pero ahora nos entendemos!», replicó con un repentino arrebató de violencia—: ¿Es quizá porque las cartas van dirigidas a él? ¡Vaya, que me cuelguen si ha recibido de él alguna muestra de gratitud!

Capítulo VIII

Los días otoñales cedieron el paso al invierno. Una vez más el mundo del ocio volvió a la transición entre el campo y la ciudad y la Quinta Avenida, todavía desierta los fines de semana, era recorrida de lunes a viernes por un creciente desfile de coches entre las fachadas que, poco a poco, iban cobrando vida.

El Concurso Hípico de hacía dos semanas había causado una animación fugaz, llenando teatros y restaurantes con una oleada humana tan elegante y fogosa como los purasangres que competían a diario en el hipódromo. En el mundo de la señorita Bart, el Concurso Hípico y el público que atraía figuraban ostensiblemente entre los espectáculos desdeñados por los elegidos pero, del mismo modo que un señor feudal podía salir a participar en la danza de la plaza del pueblo, así la sociedad aún condescendía, extraoficial e incidentalmente, en contemplar la escena. La señora Gormer, como los demás, se dignaba aprovechar tales ocasiones para exhibirse con sus caballos, y Lily tuvo un par de oportunidades de aparecer al lado de su amiga en la tribuna más visible de todas. Sin embargo, esta apariencia de intimidad le permitió notar todavía más un cambio en sus relaciones, una discriminación incipiente, una norma social formada poco a poco en la caótica visión de la vida que caracterizaba a la señora Gormer. Era inevitable que fuese Lily el primer sacrificio ofrecido a este nuevo ideal y ella sabía que, cuando los Gormer se hubieran instalado en la ciudad, toda la corriente mundana facilitaría a Mattie el alejamiento. En suma, había fracasado en el intento de hacerse indispensable o, mejor dicho, el intento había sido frustrado por una influencia más fuerte que la que ella podía ejercer. En definitiva, dicha influencia era simplemente el poder del dinero: el crédito social de Bertha Dorset se basaba

en una inexpugnable cuenta bancaria.

Lily sabía que Rosedale no había exagerado ni la dificultad de su posición ni la perfección de la venganza que él le proponía: en cuanto igualara a Bertha en recursos materiales, sus dones superiores le permitirían dominar con facilidad a su adversaria. En las primeras semanas de invierno comprendió con más claridad el alcance de semejante poder y los perjuicios derivados de su negativa a utilizarlo. Hasta entonces había mantenido un simulacro de actividad al margen de la corriente social, pero, con el regreso a la ciudad y la concentración de los actos sociales, el mero hecho de no reanudar sus antiguas costumbres puso de manifiesto su exclusión. Cuando no se participaba en la rutina fija de la temporada, se flotaba en un vacío de inexistencia social. A pesar de sus sueños insatisfechos, Lily no había imaginado nunca la posibilidad de girar en torno a un centro diferente; era fácil despreciar al mundo, pero enormemente difícil encontrar cualquier otra región habitable. Su sentido de la ironía no la había abandonado del todo y aún era capaz de advertir, burlándose de sí misma, el valor anormal que adquirirían de pronto los detalles más ingratos e insignificantes de su vida anterior. Incluso las servidumbres tenían su encanto, ahora que se veía libre de ellas: dejar tarjetas, escribir notas, tener cortesías forzadas con los pelmazos y los viejos y una sonrisa estereotipada para las cenas aburridas... ¡Qué agradablemente habrían llenado ahora tales obligaciones la vaciedad de sus días! En realidad, dejaba muchas tarjetas; con una persistencia sonriente e impávida, guardaba las apariencias ante los ojos del mundo y no sufría ninguno de esos desaires groseros que a veces producen en la víctima una sana reacción de desprecio. La sociedad no le daba la espalda, pasaba simplemente de largo por delante de ella, ocupada en otras cosas y distraída, recordándole con toda la fuerza de su orgullo herido el favor excepcional de que había gozado antes de caer en desgracia.

Había rechazado la sugerencia de Rosedale en un arranque de desdén que casi la sorprendió; no había perdido su capacidad de indignación súbita y altiva. Pero no podía respirar mucho tiempo en las alturas; su educación no la había preparado para una fuerza moral constante; su gran aspiración, a la que realmente creía tener derecho, era una situación en la cual la actitud más noble fuera también la más fácil. Hasta ahora sus intermitentes impulsos de resistencia le habían bastado para conservar la propia estima. Si resbalaba, recobraba el equilibrio y no se daba cuenta hasta después de que cada vez lo recuperaba a un nivel ligeramente más bajo. Había rechazado la oferta de Rosedale sin ningún esfuerzo consciente; todo su ser se había rebelado contra ella y aún no sabía que por el mero hecho de escucharle había aprendido a vivir con ideas que en otro tiempo le habrían parecido intolerables.

Para Gerty Farish, que la vigilaba con una mirada más tierna, aunque

menos perspicaz que la de la señora Fisher, los resultados de la lucha eran ya claramente visibles. Ignoraba, desde luego, qué rehenes había sacrificado ya Lily a las convenciones, pero la veía apasionada e irremisiblemente entregada a la ruinoso política de «cubrir las apariencias». Gerty sonreía ahora al recordar su sueño de ver transformada a su amiga a través de la adversidad; comprendía que Lily no era de las personas a quienes la privación enseña la escasa importancia de lo que han perdido. Sin embargo, este mismo hecho era para Gerty una razón de más para apiadarse de ella y para prodigarle la ternura que la propia Lily no creía necesitar.

Desde su regreso a la ciudad, Lily apenas había visitado a la señorita Farish. Había algo irritante para ella en los mudos interrogantes de la solidaridad de Gerty; sentía que las verdaderas dificultades de su situación no podían comunicarse a nadie que tuviera un código de valores tan diferente del suyo, y las restricciones de la vida de Gerty, que antes tenían el encanto del contraste, ahora le recordaban de un modo demasiado doloroso los límites a los que empezaba a reducirse su propia existencia. Cuando por fin una tarde cumplió su diferido propósito de visitarla, este sentido de las oportunidades decrecientes la poseía con una intensidad inusitada. El paseo por la Quinta Avenida, que al diáfano sol del invierno le ofreció una perspectiva de lujosos carruajes —berlinas tras cuyas ventanillas cuadradas vislumbró perfiles conocidos inclinados sobre listas de visita, manos apresuradas entregando notas y tarjetas a obedientes lacayos—, este atisbo de las ruedas siempre en movimiento de la gran maquinaria social, le hizo comprender con más claridad que nunca la incomodidad y estrechez de las escaleras de Gerty y el callejón sin salida al que conducían. Escaleras míseras para personas míseras: ¡cuántos miles de figuras insignificantes subían y bajaban en aquel momento por todo el mundo unas escaleras similares, figuras tan pobres y poco interesantes como aquella señora de mediana edad, vestida de luto, que bajaba el tramo de Gerty cuando ella lo subía!

—Era la pobre señorita Jane Silverton: ha venido a hablar conmigo de su situación. Ella y su hermana quieren hacer algo para mantenerse —explicó Gerty, mientras Lily la seguía hasta el saloncito.

—¿Mantenerse? ¿Tan mal están? —preguntó la señorita Bart con cierta irritación; no había ido a escuchar desgracias ajenas.

—Me temo que no les queda nada; las deudas de Ned han acabado con todo su patrimonio. Estaban muy esperanzadas cuando rompió con Carry Fisher, pensando que Bertha Dorset sería una buena influencia porque no le gustan las cartas y... bueno, por lo visto habló con gran elocuencia a la pobre señorita Jane de sus sentimientos fraternales por Ned, a quien quería llevarse en el yate para hacerle olvidar el juego y las carreras y ayudarle a reanudar su trabajo literario. —La señorita Farish enmudeció con un suspiro que reflejaba

la perplejidad de su última visitante—. Pero esto no acaba aquí, ni siquiera lo peor. Al parecer, Ned se ha peleado con los Dorset, o al menos Bertha se niega a verle, y él es tan desgraciado que ha vuelto a jugar y trata con toda clase de gente extraña. Y la prima Grace van Osburgh le acusa de haber sido una pésima influencia para Bertie, que dejó Harvard la primavera pasada y ha tratado mucho a Ned desde entonces. Fue a ver a la señorita Jane e hizo una escena espantosa y Jack Stepney y Herbert Melson, que también estaban allí, le dijeron a la señorita Jane que Bertie amenazaba con casarse con una mujer horrible a la que Ned le había presentado y que no podían hacer nada con él porque ha cumplido la mayoría de edad y tiene su propio dinero. Ya puedes imaginarte cómo se siente la señorita Jane; ha venido a verme en seguida, pensando que, si yo le consigo algún trabajo, podría ganar lo suficiente para pagar las deudas de Ned y enviarle lejos de aquí. Me temo que no tiene idea del tiempo que tardaría en pagar una sola de sus noches de bridge. Además, estaba endeudado hasta el cuello cuando volvió del crucero... No comprendo cómo pudo gastar mucho más dinero bajo la influencia de Bertha que bajo la de Carry. ¿Lo entiendes tú?

Lily oyó la pregunta con un gesto de impaciencia.

—Mi querida Gerty: ¡yo siempre entiendo que la gente pueda gastar mucho dinero y nunca que pueda gastar poco!

Se quitó las pieles y se acomodó en la poltrona de su amiga, mientras ésta se atareaba con las tazas de té.

—Pero ¿qué pueden hacer las señoritas Silverton? ¿Cómo piensan ganarse la vida? —inquirió, consciente de que el tono de irritación aún persistía en su voz. Era lo último que le apetecía discutir (no le interesaba en absoluto), pero de pronto la dominó una curiosidad malsana por saber cómo pensaban afrontar las dos insípidas y atribuladas víctimas de los experimentos sentimentales del joven Silverton la acuciante necesidad que tan de cerca la acechaba a ella misma.

—No lo sé... Intentaré buscarles algo. La señorita Jane lee en voz alta con mucho sentimiento, aunque es difícil encontrar a alguien que necesite una lectora. Y la señorita Annie pinta un poco...

—¡Sí, ya sé! Manzanos en flor sobre papel secante... ¡Justo lo que haré yo dentro de poco tiempo! —exclamó Lily, levantándose con un impulso tan violento que casi derribó la frágil mesa de té de la señorita Farish. Se agachó para estabilizar las tazas y volvió a desplomarse en su asiento—. Había olvidado que no hay sitio para movimientos bruscos... ¡Con qué delicadeza hay que portarse en un piso pequeño! Oh, Gerty, no he nacido para ser buena —suspiró, incoherente.

Gerty se fijó con aprensión en la palidez de su rostro, en el que los ojos brillaban con el lustre peculiar causado por el insomnio.

—Pareces terriblemente cansada, Lily; toma el té y apóyate en este almohadón.

La señorita Bart aceptó la taza de té, pero rechazó el almohadón con una mano impaciente.

—¡No me des eso! No quiero recostarme... Si lo hago, me quedaré dormida.

—Pues duerme, querida. No te molestaré —urgió en tono cariñoso.

—No, no... Habla... ¡Tenme despierta! No duermo por la noche y por la tarde me domina una terrible somnolencia.

—¿No duermes por la noche? ¿Desde cuándo?

—No lo sé... no lo recuerdo. —Se levantó y dejó la taza vacía sobre la bandeja—. Dame otra taza y que sea más fuerte, por favor; si me duermo ahora tendré pesadillas por la noche, ¡horribles pesadillas!

—Pero será peor si tomas demasiado té.

—No, no... Dame más, y no me sermonees, te lo ruego —protestó Lily en tono autoritario. Su voz tenía un acento peligroso y Gerty se fijó en que le temblaba la mano al coger la segunda taza.

—Pero pareces tan cansada... Estoy segura de que estás enferma...

La señorita Bart dejó la taza con un sobresalto.

—¿Parezco enferma? ¿Se me nota en la cara? —Se levantó y se acercó rápidamente al pequeño espejo colgado sobre el escritorio—. ¡Qué espejo tan horrible... empañado y lleno de manchas! ¡Cualquiera se vería espantosa en él! —Se volvió y miró con tristeza Gerty—. ¡Qué tonta eres, querida! ¿Por qué me dices cosas tan odiosas? ¡Decirle a alguien que parece enfermo es suficiente para que lo esté de verdad! Además, tener aspecto enfermizo equivale a estar fea. —Cogió a su amiga por las muñecas y la llevó a la ventana—. Aun así, prefiero saber la verdad. Mírame a la cara y dime, Gerty: ¿tan horrible estoy?

—Ahora estás muy guapa, Lily; los ojos te brillan y de repente tienes las mejillas sonrosadas...

—De modo que estaban pálidas cuando he entrado... ¿pálidas como las de un fantasma? ¿Por qué no me dices con franqueza que estoy hecha una ruina? Los ojos me brillan de nervios, pero por las mañanas están opacos. Y cada día tengo más arrugas... ¡Las huellas de la preocupación, la decepción y el

fracaso! Con cada noche de insomnio me sale una nueva... ¿y cómo voy a dormir con tantas cosas horribles en que pensar?

—¿Cosas horribles? ¿Qué cosas? —preguntó Gerty, quitando con suavidad sus muñecas de los dedos febriles de su amiga.

—¿Qué cosas? Pues la pobreza, para empezar, y no conozco nada peor. — Lily dio media vuelta y se sentó con gesto cansado en un sillón cercano a la mesa de té—. Acabas de preguntarme si entiendo por qué Ned Silverton ha gastado tanto dinero. Claro que lo entiendo: se lo gasta viviendo con los ricos. Tú crees que vivimos a costa de ellos, más que con ellos, y así es, en cierto sentido... ¡pero se trata de un privilegio que hay que pagar! Comemos en sus cenas, bebemos su vino, fumamos sus cigarrillos y vamos en sus carruajes, a sus palcos de la ópera y con sus automóviles particulares... Sí, pero por cada uno de estos lujos hay que pagar un impuesto. El hombre lo paga dando grandes propinas a los criados, apostando en las cartas más dinero del que tiene, regalando flores y otras cosas caras; la mujer soltera lo paga con propinas y también jugando a las cartas (sí, he tenido que volver a jugar al bridge), yendo a las mejores modistas, luciendo el vestido apropiado en cada ocasión y estando siempre lozana, exquisita y divertida.

Se apoyó un momento en el respaldo, cerrando los ojos, con los labios incoloros entreabiertos y los párpados caídos sobre la mirada brillante y exhausta. Gerty se percató con sobresalto del cambio operado en su rostro; era como si una luz cenicienta hubiese apagado su resplandor artificial. Lily abrió los ojos y la visión se desvaneció.

—No suena muy divertido, ¿verdad? Y no lo es... ¡Estoy harta de todo! Y, no obstante, la idea de tener que renunciar a todo ello es lo que me está matando lo que me impide dormir por la noche y me da ganas de un té bien cargado. No puedo continuar así mucho más tiempo, ¿sabes? Casi he llegado al límite de mis fuerzas. Y entonces ¿qué haré? ¿Cómo podré mantenerme? ¡Me veo reducida a la suerte de esa pobre mujer, Jane Silverton, yendo de agencia en agencia en busca de empleo e intentando vender cuadernos pintados a instituciones femeninas! ¡Y hay miles y miles de mujeres que tratan de hacer lo mismo y ninguna tiene menos idea que yo de cómo ganar un dólar! —Volvió a levantarse, con una rápida ojeada al reloj—. Es tarde, debo irme... Tengo una cita con Carry Fisher. No pongas esa cara de preocupada, querida... No des excesiva importancia a las tonterías que he dicho. —Se paró otra vez ante el espejo, arregló su cabello con mano hábil, se bajó el velo y dio un diestro toque a sus pieles—. Aún no he llegado a eso de las agencias de empleo y los cuadernos pintados, pero ando muy escasa de dinero y, si pudiera encontrar algo que hacer (escribir notas, hacer listas de invitados o cosas por el estilo), sería una ayuda hasta que cobre el legado. Carry me ha prometido buscar a alguien que necesite una especie de secretaria social: ya sabes que su

especialidad es ayudar a los ricos inútiles.

La señorita Bart no había revelado a Gerty toda la dimensión de su angustia. En realidad, necesitaba dinero de forma inmediata y urgente, dinero con que hacer frente a los vulgares gastos semanales que no podían aplazarse ni evadirse. Renunciar a sus habitaciones y retirarse a la oscuridad de una pensión o a la hospitalidad provisional de una cama en el saloncito de Gerty Farish era un expediente que sólo pospondría sus apuros, y le parecía más acertado y también más agradable quedarse donde estaba y encontrar algún medio de ganarse la vida. No había considerado nunca en serio la posibilidad de hacerlo y fue un grave golpe para su confianza en sí misma descubrir que, como asalariada, sería probablemente tan torpe e inútil como la pobre señorita Silverton.

Como estaba acostumbrada a creerse, de acuerdo con la opinión general, una persona enérgica y con recursos, capaz de dominar cualquier situación en la que se encontrara, imaginaba vagamente que tales dones serían valiosos para quienes buscaban asesoramiento social, pero no había, por desgracia, ningún nombre concreto en el mercado para el arte de hacer y decir lo correcto, e incluso el ingenio de la señora Fisher fracasó ante la dificultad de descubrir una vena rentable entre el caudal de dones de Lily. La señora Fisher rebotaba de recursos indirectos para posibilitar que sus amigos se ganaran la vida, y podía asegurar sin faltar a la verdad que había facilitado a Lily varias oportunidades de esta índole; sin embargo, métodos más legítimos de ganarse el pan se hallaban tan fuera de su alcance como de la capacidad de los necesitados que solían recurrir a ella. El fallo de Lily al no saber aprovechar las ocasiones ya brindadas podía haber justificado el abandono de todo nuevo esfuerzo por parte de la señora Fisher, pero la bondad inagotable de su naturaleza llegaba a crear demandas artificiales en respuesta a una oferta real. Con este fin, preparó un viaje de exploración en favor de la señorita Bart y como resultado de sus investigaciones llamó a esta última con el anuncio de que había «encontrado algo».

Al quedarse sola, Gerty reflexionó con inquietud sobre el dilema de su amiga y su propia incapacidad para solucionarlo. Era evidente que Lily no deseaba por el momento el tipo de ayuda que ella podía prestarle. La señorita Farish no veía más esperanza que la completa reorganización de su vida al margen de sus antiguos vínculos, mientras que las energías de Lily se centraban en el decidido esfuerzo de conservar esos vínculos y continuar visiblemente identificada con ellos mientras pudiera mantener la ilusión. Por lastimosa que se le antojara a Gerty semejante actitud, no podía juzgarla con la misma severidad con que la habría enjuiciado Selden, por ejemplo. No había olvidado la emoción de la noche en que durmieron abrazadas; había tenido la sensación de que su misma sangre pasaba a las venas de su amiga. El

sacrificio parecía haber sido inútil; nada había quedado en Lily de las influencias consoladoras de aquella noche, pero la ternura de Gerty, disciplinada por largos años de contacto con el sufrimiento callado y anónimo, sabía esperar a su objeto con una paciencia silenciosa que no tenía en cuenta el paso del tiempo. No pudo, sin embargo, renunciar al consuelo de consultar con Lawrence Selden, con quien había reanudado su antigua relación de confianza familiar desde su regreso de Europa.

El propio Selden no había sido nunca consciente de un cambio en sus relaciones. Encontró a Gerty como la había dejado, sencilla, modesta y afectuosa, pero con una agudeza emocional intensificada que reconoció sin tratar de explicársela. En cuanto a Gerty, hubo una temporada en que le habría parecido imposible volver a hablar libremente con él de Lily Bart, pero lo ocurrido en la intimidad de su corazón obró, una vez despejada la niebla de la lucha una disolución de los límites de su propio ser y una desviación de sus sentimientos personales hacia la corriente general de la comprensión humana.

No tuvo ocasión de comunicar sus temores a Selden hasta unas dos semanas después de la visita de Lily. Su primo se presentó un domingo por la tarde y, en la discreta animación de la hora del té en el saloncito de Gerty, fue consciente de algo que en su voz y su mirada solicitaba unas palabras aparte. En cuanto se hubo marchado la última visita, Gerty le preguntó directamente cuánto tiempo hacía que no había visto a la señorita Bart.

El silencio ostensible de su primo suscitó en Gerty una ligera sorpresa.

—No la he visto... No me la he encontrado en ninguna parte desde que ha vuelto. —Esta admisión inesperada hizo enmudecer también a Gerty y todavía dudaba en volver al tema cuando él se lo facilitó, añadiendo—: Quería verla... pero al parecer los Gormer la han acaparado desde que volvió de Europa.

—Esto es razón de más; ha sido muy desgraciada.

—¿Desgraciada por estar con los Gormer?

—Oh, no defiendo su intimidad con ellos, pero creo que también esto ha tocado a su fin. Ya sabes que la gente ha sido muy cruel desde que Bertha Dorset se peleó con ella.

—¡Ah...! —exclamó Selden, levantándose con brusquedad y yendo hacia la ventana, donde se puso a observar la calle oscurecida mientras su prima continuaba explicando:

—Judy Trenor y su propia familia también la han abandonado... y todo porque Bertha Dorset ha dicho cosas horribles. Y es muy pobre; ya sabes que la señora Peniston la ha desheredado, dejándole sólo un pequeño legado después de darle a entender que todo sería para ella.

—Sí... ya lo sé —asintió con brevedad Selden, volviendo a la habitación, pero sólo para recorrer el exiguo espacio entre la puerta y la ventana—. Sí, la han tratado de manera abominable, pero esto es, por desgracia, lo único que puede decirle un hombre que quiera demostrarle su simpatía.

Estas palabras desilusionaron a Gerty.

—Debe haber otros modos de demostrarle tu simpatía —insinuó.

Selden se sentó a su lado en el pequeño sofá perpendicular a la chimenea y se rio discretamente.

—¿En qué estás pensando, misionera incorregible? —preguntó.

Gerty se sonrojó y el rubor fue de momento su única respuesta. Luego quiso ser más explícita y aclaró:

—Pienso en que tú y ella erais grandes amigos, en que ella daba muchísima importancia a tu opinión y en que, si juzga tu distanciamiento actual como un signo de lo que opinas ahora, supongo que estás contribuyendo mucho a aumentar su tristeza.

—Mi querida niña, no la aumentes en tu imaginación atribuyéndole tu sensibilidad. —Selden no podía, por más que lo intentara, eliminar de su voz una nota de sequedad, pero, al ver la expresión perpleja de Gerty, añadió en tono más suave—: Sin embargo, aunque exageras enormemente la importancia de lo que yo podría hacer por la señorita Bart, no puedes exagerar mi buena disposición a hacer lo que sea por ella... si tú me lo pides.

Puso la mano un momento sobre la de su prima y, con la corriente del raro contacto, se estableció entre ambos unos de esos intercambios de significado que colman las reservas ocultas del afecto. Gerty tuvo la sensación de que él medía el valor de su ruego tan claramente como ella veía la importancia de su respuesta, y saber que todo se había aclarado de pronto entre los dos le facilitó decir:

—Te lo pido, entonces; te lo pido porque una vez me dijo que la habías ayudado y porque ahora necesita ayuda como nunca la ha necesitado. Ya sabes cuánto ha dependido siempre del lujo y las comodidades... y cuánto odia la fealdad, la incomodidad y la pobreza. No puede evitarlo: le inculcaron estas ideas y nunca ha sido capaz de desecharlas. Pero ahora le han arrebatado todo lo que creía importante y las personas que le enseñaron a considerarlo así la han abandonado a su vez, y me parece que, si alguien le tendiera una mano para enseñarle el otro lado, para enseñarle que aún quedan muchas cosas en la vida y en ella misma... —Se interrumpió, avergonzada por su propia elocuencia y entorpecida por la dificultad de dar una expresión exacta a su vago deseo de salvar a la amiga—. Yo no puedo ayudarla; se ha puesto fuera

de mi alcance —continuó—. Creo que teme ser una carga para mí. La última vez que vino a verme, hace dos semanas, me dijo que Carry Fisher le buscaba una ocupación. Unos días después me escribió que había aceptado un empleo como secretaria particular y que no me preocupara porque todo iría bien y vendría a verme, pero yo no quiero ir a visitarla porque tengo miedo de ser inoportuna. Una vez, cuando éramos niñas, después de una larga separación, me abalancé sobre ella y la abracé. Y ella me dijo: «Por favor, Gerty, no me beses así, si no te lo pido»... y me lo pidió, un minuto después; desde entonces siempre he esperado a que me lo pidiera.

Selden la escuchó en silencio, con la mirada concentrada que se observaba en su rostro delgado y moreno cuando deseaba protegerse de cualquier cambio de expresión involuntario. Cuando su prima hubo terminado, observó con una ligera sonrisa:

—Si ya has aprendido la sabiduría de esperar, no entiendo por qué pretendes que yo me precipite... —pero la turbada súplica de los ojos de Gerty le impulsó a añadir, cuando se levantó para despedirse—: De todos modos, haré lo que desees y no te consideraré responsable de mi fracaso.

Selden se había apartado de la señorita Bart con toda la intención, al contrario de lo que había dado a entender a su prima. Al principio, mientras el recuerdo de su última hora en Montecarlo aún le indignaba, había esperado ansiosamente su regreso; pero ella le desengañó demorándose en Inglaterra y, cuando por fin reapareció, a él le reclamó un caso en el Oeste y, al volver, se enteró de que se iba de viaje a Alaska con los Gormer. La revelación de esta reciente intimidad enfrió su deseo de verla. Si en un momento en que toda su vida parecía estar destrozada, era capaz de encomendar su reconstrucción a los Gormer, no había razón para que tales incidentes se le antojaran irreparables algún día. En realidad, cada paso que daba parecía conducirla más lejos de esa región donde, una o dos veces, ambos se habían reunido en un momento sublime; y el reconocimiento de este hecho, una vez superado el primer dolor, produjo una sensación de alivio negativo. Era mucho más sencillo para él juzgar a la señorita Bart por su conducta habitual que por las raras desviaciones que la habían puesto en su camino con resultados tan perturbadores; y cada acto de Lily que volvía a hacer más improbable la repetición de tales desviaciones confirmaba la sensación de alivio con que Selden volvía a su opinión convencional de ella.

Sin embargo, las palabras de Gerty Farish habían bastado para hacerle comprender la fragilidad de su punto de vista y lo imposible que era para él ser indiferente cuando pensaba en Lily Bart. Saber que necesitaba ayuda —incluso la vaga ayuda que él era capaz de ofrecer— equivalía a verse dominado inmediatamente por la otra opinión que tenía de ella, y cuando salió a la calle ya se había convencido a sí mismo hasta tal punto de la urgencia del

ruego de su prima que dirigió al instante sus pasos hacia el hotel de Lily.

Allí su celo tropezó con la inesperada noticia de que la señorita Bart se había trasladado; sin embargo, ante sus insistentes preguntas, el empleado recordó que había dejado unas señas, que se dispuso a buscar en sus libros.

Era ciertamente extraño que hubiera dado este paso sin participar su decisión a Gerty Farish, y Selden esperó con una vaga inquietud mientras el empleado buscaba la nueva dirección, proceso que duró lo suficiente para que la inquietud degenerara en aprensión; pero cuando por fin le alargaron un pedazo de papel y leyó en él: «En casa de la señora Norma Hatch, Hotel Emporium», su aprensión se trocó en una mirada incrédula y, con un gesto de repugnancia, rasgó el papel en dos y se encaminó hacia su casa dando grandes zancadas.

Capítulo IX

Cuando Lily se despertó a la mañana siguiente de su traslado al Hotel Emporium, su primera impresión fue la de un bienestar puramente físico. La fuerza del contraste prestaba una mayor intensidad al lujo de descansar otra vez en una cama blanda, desde la que se veía una espaciosa y soleada habitación con una chimenea y, al lado, una tentadora mesa con el desayuno preparado. El análisis y la introspección vendrían después; de momento ni siquiera la turbaban los excesos del tapizado ni las recargadas molduras de los muebles. La sensación de estar una vez más rodeada y protegida por la comodidad, como en un medio templado y denso, impenetrable a todo género de molestias, eliminaba hasta el menor asomo de crítica.

Cuando se había presentado la tarde del día anterior a la dama a cuya casa la había dirigido Carry Fisher, había sido consciente de entrar en un mundo nuevo. La vaga descripción que Carry le hiciera de la señora Norma Hatch (cuya adopción del nombre de pila se debía a su último divorcio) la dejó bajo la impresión de que procedía «del Oeste» y había llegado con la nada insólita carga de un montón de dinero. Era, en suma, rica, inútil y desplazada: la persona más idónea para la mano de Lily. La señora Fisher no había especificado las ocupaciones que debía desempeñar su amiga; confesó no conocer a la señora Hatch, de quien había «oído hablar» a Melville Stancy, abogado en sus ratos libres y el Falstaff de cierta sección de la vida festiva de un club. Podía decirse que, socialmente, el señor Stancy formaba un nexo de unión entre el mundo de los Gormer y la región peor iluminada en la que la señora Bart acababa de entrar. Sin embargo, el mundo de la señorita Hatch sólo podía considerarse oscuro en sentido figurado, ya que Lily la encontró

sentada bajo un gran resplandor de luz eléctrica imparcialmente proyectada por las diversas excrescencias ornamentales de una enorme concavidad de damasco rosa y molduras doradas, de la cual se levantó como Venus de su concha. Justificaba la analogía el aspecto de la dama, cuya belleza de ojos grandes tenía la inalterabilidad de algo empalado y exhibido bajo cristal. Esto no impedía reconocer inmediatamente que era varios años más joven que su visitante y que, bajo su ostentación, su aplomo y la agresión de su vestido y de su voz persistía esa inocencia inextirpable que en las damas de su nacionalidad coexiste de forma tan curiosa con sorprendentes extremos de experiencia.

El ambiente que rodeaba a Lily era tan extraño para ella como sus habitantes. Desconocía el mundo del hotel neoyorquino de moda, un mundo calentado y tapizado en exceso y rebosante de dispositivos mecánicos para la satisfacción de fantásticas exigencias, mientras las comodidades de una vida civilizada eran tan inasequibles como en un desierto. En este ambiente de tórrido esplendor se movían seres tan ricamente tapizados como los muebles, seres sin metas definidas ni relaciones permanentes que vagaban en una lánguida marea de curiosidad de restaurante a sala de concierto, de invernadero a sala de música y de «exposición de arte» a desfile de modelos de alta costura. Briosos caballos o automóviles de atrevido diseño esperaban para llevar a estas damas a vagas distancias metropolitanas de las que volvían aún más pálidas bajo el peso de sus martas cibelinas para ser absorbidas de nuevo por la sofocante inercia de la rutina del hotel. En el último plano de sus vidas debía haber sin duda un pasado auténtico ocupado por actividades humanas reales; en cuanto a ellas mismas, eran probablemente el producto de grandes ambiciones, energías persistentes y contactos diversificados con la sana rudeza de la vida; y, sin embargo, no tenían una existencia más real que las sombras del limbo del poeta.

Lily no pasó mucho tiempo en este mundo difuso sin reparar en que la señora Hatch era su figura más sustancial. A pesar de flotar en el vacío, mostraba débiles síntomas de estar desarrollando un perfil; en esta empresa la secundaba activamente el señor Melville Stancy, un hombre de amplia y resonante presencia, evocadora de ocasiones festivas, y de una caballerosidad prodigada en palcos las noches de «estreno» y en bombonnières de mil dólares, que la había trasplantado del escenario de su primer desarrollo a las tablas superiores de la vida de hotel en la metrópoli. Él era quien había seleccionado los caballos que ganaron para ella la cinta azul del Concurso, quien la había presentado al fotógrafo cuyos retratos eran el frecuente adorno de los «suplementos dominicales», y quien había formado el grupo que constituía su mundo social. Aún era un grupo reducido, con figuras heterogéneas suspendidas en grandes espacios despoblados, pero Lily no tardó en averiguar que sus reglas ya no dependían del señor Stancy. Como suele ocurrir, la alumna había aventajado al maestro, y la señora Hatch era ya

consciente de cumbres de elegancia y abismos de lujo que se hallaban fuera de los límites del mundo del Emporium. Este hallazgo despertó inmediatamente en ella el deseo de una guía más experta, de una hábil mano femenina que diera el giro adecuado a su correspondencia, la elegancia adecuada a sus sombreros y la sucesión adecuada a los platos de sus menús. En suma, la señorita Bart tenía la misión de organizar una vida social en ciernes; sus deberes ostensibles como secretaria se veían restringidos por el hecho de que la señora Hatch conocía de momento a muy poca gente a quien escribir.

Los detalles cotidianos de la existencia de esta señora eran tan extraños para Lily como su tónica general. Sus costumbres se caracterizaban por una indolencia y un desorden orientales muy exasperantes para su secretaria. La señora Hatch y sus amigos parecían vagar juntos fuera de los límites del tiempo y el espacio. No se llevaba ningún horario determinado; no existían obligaciones fijas; la noche y el día se sucedían en una niebla de compromisos retrasados y confusos, de tal modo que uno tenía la impresión de almorzar a la hora del té, mientras la comida solía simultanearse con la ruidosa cena a la salida del teatro, que prolongaba hasta el amanecer la jornada de la señora Hatch.

A través de este torbellino de actividades fútiles iba y venía una extraña multitud de empleados: manicuras, maquilladoras, profesores de bridge, de francés y de «cultura física», figuras muchas veces indistinguibles, por su aspecto o por la relación que les unía con la señora Hatch, de los visitantes que constituían la sociedad reconocida. Pero lo más extraño para Lily fue tropezar, en el grupo de esta última, con varios de sus conocidos. Había supuesto, no sin alivio, que por el momento se hallaba totalmente fuera de su propio círculo, pero pronto se dio cuenta de que el señor Stancy, un lado de cuya desperdigada existencia cubría el borde del mundo de la señora Fisher, había atraído a varios de sus más brillantes ornamentos al círculo del Emporium. Encontrar a Ned Silverton entre los asiduos del salón de la señora Hatch fue una de las primeras sorpresas para Lily, pero no tardó en descubrir que no era él el recluta más importante del señor Stancy. El grupo centraba su atención en el pequeño Bertie van Osburgh, esbelto heredero de los millones Van Osburgh. Apenas salido de la universidad, Bertie había aparecido en el horizonte después del eclipse de Lily, y ésta contemplaba con asombro qué fulgor proyectaba en la penumbra exterior de la existencia de la señora Hatch. De modo que eso era lo que les interesaba a los jóvenes cuando se libraban de los deberes oficiales de la rutina social; en eso consistían los «compromisos previos» que con tanta frecuencia defraudaban las esperanzas de ávidas anfitrionas. Lily tenía la peculiar sensación de estar detrás del tapiz social, en el lado donde se veían los nudos y colgaban los cabos sueltos. El espectáculo la divirtió unos días, así como su participación en él; la situación se caracterizaba por un desenfado y una falta de convencionalismos muy

refrescantes después de su experiencia con la ironía de las convenciones. Pero estos momentos de diversión no eran más que breves desviaciones del largo malestar de sus días. Comparada con el inmenso vacío de la existencia de la señora Hatch, la vida de los antiguos amigos de Lily parecía llena de actividades ordenadas. Incluso la mujer guapa más irresponsable de sus amistades tenía sus obligaciones heredadas, sus benevolencias convencionales, su parte en el funcionamiento de la gran maquinaria cívica, y todo se unía en la solidaridad de estas funciones tradicionales. El cumplimiento de deberes concretos habría simplificado la posición de la señorita Bart, porque su vaga tarea para la señora Hatch no carecía de puntos enigmáticos.

Sin embargo, no era ella la que creaba estos puntos, ya que desde el principio demostró un deseo casi conmovedor de merecer el visto bueno de Lily. Lejos de hacerle sentir la superioridad de la riqueza, sus hermosos ojos parecían aducir en todo momento la excusa de la inexperiencia; quería hacer «lo que había que hacer» y aprender a ser «atractiva». La dificultad estribaba en encontrar un punto de contacto entre sus ideales y los de Lily.

La señora Hatch flotaba en una neblina de entusiasmos indeterminados, de aspiraciones entresacadas del teatro, los periódicos, las revistas de moda y un abigarrado mundo deportivo que se hallaba todavía más alejado de la comprensión de Lily, cuyo deber consistía obviamente en elegir entre esos confusos conceptos los más idóneos para la educación de la dama. Sin embargo, su cumplimiento tropezaba con dudas cada vez mayores. De hecho, Lily era cada día más consciente de la ambigüedad de su situación. No es que dudara, en el sentido convencional, de la irreprochabilidad de la señora Hatch. Las faltas de su anfitriona eran siempre contra el buen gusto, no contra la conducta; su historial de divorcios parecía obedecer más a condiciones geográficas más que éticas, y sus peores defectos provenían seguramente de una naturaleza voluble y extravagante. Pero, si bien a Lily no le importaba que invitara a almorzar a su manicura u ofreciera un lugar a su maquilladora en el palco de Bertie van Osburgh, no se sentía tan cómoda con otros pormenores sospechosos, aunque fueran menos aparentes. Por ejemplo, la relación entre Ned Silverton y Stancy parecía más íntima y menos clara de lo que podían justificar algunas afinidades naturales, y ambos daban la impresión de estar unidos en el esfuerzo de cultivar la creciente «atracción» de Bertie van Osburgh por la señora Hatch. Aún no había nada definible en la situación, que tal vez acabaría en una gran broma para Silverton y para Stancy; pero Lily tenía la vaga sensación de que el sujeto de su experimento era demasiado joven, demasiado rico y demasiado crédulo. El hecho de que Bertie pareciera considerar que ella cooperaba con él en el desarrollo social de la señora Hatch no hacía más que aumentar sus aprensiones, pues sugería un interés duradero en el porvenir de la dama por parte del joven. Había momentos en que Lily encontraba una diversión irónica en este aspecto del caso. La idea de lanzar un

coquete como la señora Hatch al p rfido seno de la sociedad no carecía de alicientes: la señorita Bart había llegado a distraer sus ocios con visiones en las que la bella Norma asistía por primera vez a un banquete en casa de los Van Osburgh. No obstante, la idea de comprometerse personalmente en la transacción era menos agradable, y a sus efímeros momentos de diversión seguían períodos de vacilación cada vez más frecuentes.

La duda prevalecía cuando un atardecer la sorprendió la visita de Lawrence Selden, que la encontró en una selva de damasco rosa, porque en el mundo de la señora Hatch la hora del t  no se dedicaba a ritos sociales y la dama estaba en manos de su masajista.

La entrada causó en Lily una turbación profunda, pero la discreción de Selden produjo el efecto de devolverle el aplomo, y adoptó en seguida un tono de placer y sorpresa mientras le preguntaba cómo la había localizado en un lugar tan improbable y por qué se había molestado en buscarla.

Selden la escuchó con una seriedad inusitada; ella no le había visto nunca tan poco dueño de la situación, tan claramente a merced de cualquier obstrucción que quisiera poner en su camino.

—Quería verte —contestó, y Lily no resistió la tentación de observar como respuesta que había sabido reprimir muy bien sus deseos. En realidad, su larga ausencia había sido para ella causa de gran amargura los últimos meses; el abandono había herido su sensibilidad hasta los más profundos recovecos de su orgullo.

Selden respondió con franqueza al desafío.

— Por qué venir, a menos que pudiera serte útil? Es la única excusa que tengo para imaginarme que deseas verme.

La respuesta se le antojó a Lily una torpe evasiva, y replicó con brusquedad:

—Entonces,  has venido ahora porque crees que puedes serme útil?

 l volvió a titubear.

—S , modestamente en calidad de persona con quien hablar.

Para un hombre inteligente, era sin duda un mal comienzo y la idea de que su torpeza se debía al temor de que ella atribuyera un significado personal a su visita enfrió el placer de Lily al verle. Este placer se hacía sentir incluso en las circunstancias más adversas; podría odiarle, pero jams  sería capaz de desear que se marchara. Se hallaba muy cerca de odiarle en este momento y, sin embargo, su voz, el modo en que la luz ca a sobre sus cabellos finos y oscuros, su forma de sentarse, moverse y llevar la ropa...: hasta estas cosas triviales le daban la impresión de estar entretejidas en lo más profundo de su existencia.

Cuando se hallaba presente, una súbita paz descendía sobre ella y cesaba la inquietud de su espíritu; ahora, sin embargo, un impulso defensivo contra esta insidiosa influencia la incitó a replicar:

—Eres muy bueno al presentarte en calidad de tal, pero ¿qué te hace pensar que tengo algo de qué hablar contigo?

Aunque el tono seguía siendo el de una charla trivial, formuló la pregunta con la intención de insinuar la inoportunidad de sus buenos oficios y Selden se sintió cohibido. La situación sólo podría haberse aclarado por medio de una explosión de sentimientos, y tanto su educación como sus hábitos mentales desaconsejaban algo así. Su calma se convirtió en resistencia y la de la señorita Bart en una superficie de brillante ironía mientras se miraban desde extremos opuestos de uno de los elefantiásicos sofás de la señora Hatch. El sofá en cuestión y el apartamento habitado por sus monstruosos inquilinos sirvieron al fin para sugerir a Selden el tono de su respuesta:

—Gerty me dijo que hacías de secretaria de la señora Hatch y comprendí que deseaba saber cómo estabas.

La señorita Bart recibió la explicación sin ablandarse de modo perceptible.

—¿Por qué no ha venido ella, entonces? —inquirió.

—Porque, como no le enviaste tu dirección, temía ser inoportuna. — Selden continuó con una sonrisa—: Como ves, a mí no me ha detenido este escrúpulo, pero es que yo no arriesgo tanto al incurrir en tu enojo.

Lily sonrió a su vez.

—Aún no has incurrido en él, pero sospecho que estás a punto de hacerlo.

—Esto depende de ti, ¿no crees? Al fin y al cabo, mi iniciativa no va más allá de ponerme a tu disposición.

—Pero ¿en calidad de qué? ¿Qué quieres que haga contigo? —preguntó ella en el mismo tono ligero.

Selden volvió a echar una ojeada al salón de la señora Hatch y entonces dijo, con una decisión que la inspección parecía haberle infundido:

—Debes permitirme que te saque de aquí.

Lily se ruborizó ante la brusquedad del ataque, pero en seguida se irguió y preguntó con frialdad:

—¿Y puede saberse adónde piensas llevarme?

—Por de pronto a casa de Gerty, si no te opones; lo esencial es que te marches de aquí.

La insólita dureza del tono probablemente sugirió a Lily cuánto le costaba pronunciar aquellas palabras, pero sus propios sentimientos eran demasiado rebeldes para pararse a medir los de él. Abandonarla, quizá incluso evitarla, en unos momentos en que más necesidad tenía de sus amigos, y ahora irrumpir de improviso y sin explicaciones en su vida con este extraño alarde de autoridad era suficiente para despertar todos sus instintos de orgullo y defensa.

—Te agradezco mucho —dijo— que te intereses tanto por mis planes, pero estoy muy a gusto aquí y no tengo intención de marcharme.

Selden se había levantado, en una actitud expectante.

—¡Eso sólo puede significar que no sabes dónde estás! —exclamó. Lily también se puso de pie, en un arranque de genio.

—Si has venido para decir cosas desagradables de la señora Hatch...

—A mí sólo me interesa tu relación con la señora Hatch.

—Mi relación con ella no me avergüenza en absoluto. Me ha ayudado a ganarme la vida cuando mis antiguos amigos se resignaban a verme morir de hambre.

—¡Tonterías! Morirte de hambre no es la única alternativa. Sabes que siempre tendrás un hogar en casa de Gerty hasta que vuelvas a ser independiente.

—Tu conocimiento tan íntimo de mis asuntos me lleva a suponer que te refieres al pago del legado de mi tía, ¿no es así?

—En efecto. Gerty me habló de él —reconoció Selden sin ambages.

Hablaba demasiado en serio para dejar que un sentimiento falso le impidiera decir lo que pensaba.

—Pero da la casualidad de que Gerty ignora que debo hasta el último penique de ese legado —replicó la señorita Bart.

—¡Dios mío! —exclamó Selden, perdiendo la serenidad ante tan súbita confesión.

—Hasta el último penique e incluso más —repitió Lily—, y ahora tal vez comprendas por qué prefiero quedarme con la señora Hatch que aprovecharme de la bondad de Gerty. No tengo más dinero que mi pequeña renta y tengo que ganar algo más para sobrevivir.

Selden vaciló un momento y luego dijo en tono más calmado:

—Pero con tu renta y la de Gerty (ya que me permites entrar en los detalles de la situación), las dos podríais vivir juntas y compartir los gastos sin necesidad de tener que ganarte la vida. Sé que Gerty estaría encantada con este

arreglo y sería muy feliz...

—Pero yo no —interrumpió la señorita Bart—. Hay muchas razones por las que no sería conveniente para Gerty ni bueno para mí. —Hizo una pausa y, mientras él parecía esperar más explicaciones, añadió, levantando bruscamente la cabeza—: Quizá quieras eximirme de darte estas razones.

—No tengo derecho a saberlas —contestó Selden, pasando por alto el tono de ella— ni a hacer ningún comentario o sugerencia que se aparte de lo que ya he dicho. Y el derecho que me asistía al decirlo era sencillamente el derecho universal del hombre a poner en antecedentes a una mujer cuando la ve en una situación falsa.

Lily sonrió.

—Supongo que por situación falsa te refieres a la que está al margen de lo que llamamos sociedad, pero debes recordar que yo fui excluida de tan sagrado recinto mucho antes de conocer a la señora Hatch. Que yo sepa, hay muy poca diferencia real entre estar fuera o dentro, y recuerdo que en una ocasión me dijiste que eran sólo los de dentro quienes se tomaban en serio la diferencia.

Aludió con toda la intención a su memorable diálogo en Bellomont y esperó con un extraño nerviosismo su reacción, pero el resultado del experimento fue decepcionante. Selden no permitió que la alusión le desviara del tema y se limitó a decir, con mayor énfasis que antes:

—La cuestión de estar dentro o fuera es, como tú dices, muy poco importante, y da la casualidad de que no tiene nada que ver con el caso, excepto si el deseo de la señora Hatch de estar dentro te coloca en la posición que yo llamo falsa.

Pese a la moderación de su tono, cada una de sus palabras tuvo el efecto de confirmar la resistencia de Lily. Las mismas aprensiones que removía la predisponían contra él; había estado atenta a cualquier rango de compenetración personal, a cualquier signo de que había recobrado su poder sobre él, pero la actitud de sobria imparcialidad de Selden, la falta de reacción a su apelación convirtió el amor propio herido de Lily en un ciego resentimiento contra su injerencia. La convicción de que había sido enviado por Gerty y de que, por muy difícil que considerara su situación, no habría acudido voluntariamente en su ayuda, la reafirmó en su propósito de no concederle ni un milímetro más de su confianza. Por muy dudosa que pudiera ser su posición, prefería seguir en la ignorancia que deberle la información a Selden.

—No sé por qué me imaginas en la situación que describes —dijo cuando él acabó de hablar—, pero, como siempre me has dicho que el único objeto de

una educación como la mía es enseñar a la mujer a conseguir lo que quiere, ¿por qué no suponer que es esto precisamente lo que hago?

La sonrisa con que resumió su caso era una clara barrera levantada para interceptar nuevas confianzas; su luminosidad alejó tanto a Selden que le pareció estar casi fuera del alcance de sus oídos cuando le replicó:

—No recuerdo haber dicho nunca que eras un ejemplo modélico de esa clase de educación.

Ella se ruborizó un poco ante las implicaciones, pero tuvo fuerzas para soltar una risa desesperada.

—¡Ah! ¡Espera un poco más, dame algo más de tiempo antes de decidir!
—Y mientras él se demoraba, todavía al acecho de una fisura en la impenetrable fachada de Lily, añadió—: No desesperes de mí, ¡quizá aún haga honor a mi educación!

Capítulo X

—Mire estas lentejuelas, señorita Bart: las ha cosido todas torcidas.

La alta encargada, una figura flaca y perpendicular, soltó la desechada estructura de alambre y malla sobre la mesa de Lily y pasó a la siguiente costurera de la fila.

Trabajaban veinte en el taller: sus cansados perfiles, coronados por exageradas cabelleras, se inclinaban sobre los utensilios de su arte bajo la fuerte luz del norte; aquella creación de variadísimos marcos para el rostro de las mujeres afortunadas era seguramente algo más que una industria. Los suyos estaban pálidos por la acción del aire viciado y el trabajo sedentario más que por cualquier efecto de la necesidad; eran empleadas de una sombrerería de moda e iban bastante bien vestidas y cobraban un buen sueldo, pero las más jóvenes estaban tan encorvadas y pálidas como las de edad mediana. En todo el taller había sólo una tez bajo la cual circulaba la sangre de una forma visible y ahora ardía por la cólera mientras la señorita Bart, bajo la afrenta del comentario de la encargada, procedía a arrancar las lentejuelas del armazón del sombrero.

El espíritu optimista de Gerty Farish había entrevisto una solución cuando recordó la gracia con que Lily sabía adornarse los sombreros. Ejemplos de jóvenes sombrereras que se establecían con una buena clientela y daban a sus «creaciones» aquel toque indefinible que se escapa a la mano profesional, pintaron de color de rosa las visiones de Gerty, que convenció incluso a Lily

de que la separación de la señora Norma Hatch no tenía por qué reducirla a la dependencia de sus amistades.

Dicha separación se produjo unas semanas después de la visita de Selden y se habría producido mucho antes de no haber sido por la resistencia que inspiró en Lily su malhadado consejo. La impresión de estar participando en una transacción que no se atrevía a examinar de cerca tomó cuerpo poco después a la luz de una insinuación del señor Stancy, el cual le había dicho que, si «les ayudaba», no tendría ocasión de lamentarlo. El sobreentendido de que semejante lealtad obtendría una recompensa directa había precipitado su huida y su vuelta avergonzada y penitente al regazo comprensivo de Gerty. No era su intención, sin embargo, quedarse allí en la ociosidad, y la inspiración de Gerty sobre los sombreros reanimó en seguida sus esperanzas de una actividad provechosa. Existía, después de todo, algo que sus manos delicadas y lánguidas podían hacer; no dudaba de su capacidad para anudar una cinta o colocar con arte una flor. Como era natural, de ella sólo se exigirían los toques finales; otros dedos subordinados, romos, grises y pinchados por alfileres prepararían las hormas y coserían los forros, mientras ella presidiría la encantadora tienda —llena de paneles blancos, espejos y cortinas de color verde musgo— donde sus creaciones terminadas, sombreros, guirnaldas, aigrettes y adornos similares serían exhibidas en sendos soportes como aves a punto de levantar el vuelo.

Sin embargo, en el mismo inicio de la campaña de Gerty, la visión de la tienda blanca y verde se disipó como por ensalmo. Otras jóvenes de la buena sociedad se habían «establecido» de aquel modo y vendido sus sombreros por la simple atracción de un nombre y la merecida fama de saber hacer lazos, pero estas jóvenes privilegiadas eran capaces de inspirar una fe en sus facultades que se traducían materialmente en el pago del alquiler de su tienda y el anticipo de una sustanciosa suma para los gastos inmediatos. ¿Dónde encontraría Lily semejante respaldo? Y, aunque pudiera encontrarlo, ¿cómo inducir a las damas de cuya aprobación dependía a concederle su protección? Gerty se enteró de que el interés que el caso de su amiga podría haber despertado unos meses antes se había visto comprometido, cuando no eliminado, por su asociación con la señora Hatch. Una vez más, Lily había salido de una situación equívoca a tiempo de salvar el amor propio, pero demasiado tarde para la reivindicación pública. Bertie van Osburgh no se casaría con la señora Hatch; había sido rescatado en el último momento —algunos decían que por los esfuerzos de Gus Trenor y Rosedale— y despachado a Europa con Ned van Alstyne; pero el riesgo que había corrido sería siempre atribuido a la complicidad de la señorita Bart, y serviría en cierto modo de resumen y corroboración de la vaga desconfianza general que inspiraba. Fue un alivio para quienes se habían apartado de ella ver justificado su proceder, y en lo sucesivo insistieron un poco en su relación con el caso de

la señora Hatch para demostrar que habían tenido razón.

Por una razón u otra, los esfuerzos de Gerty toparon con un sólido muro de resistencia y ni siquiera cuando Carry Fisher, momentáneamente arrepentida de su participación en el asunto Hatch, la secundó en sus gestiones, obtuvieron mejores resultados. Gerty intentó disimular su fracaso con tiernas ambigüedades, pero Carry, siempre la franqueza personificada, expuso con claridad el caso a su amiga.

—Fui directamente a Judy Trenor; tiene menos prejuicios que las otras y además siempre ha odiado a Bertha Dorset. Pero ¿qué le has hecho, Lily? Al oír la primera palabra sobre ayudarte a empezar, estalló y empezó a hablar de una suma de dinero que obtuviste de Gus; nunca la había visto tan furiosa. Ya sabes que se lo deja hacer todo menos gastar dinero con sus amistades; la única razón de que ahora sea decente conmigo es que sabe que no tengo apuros financieros. ¿Dices que especuló por encargo tuyo? Si es así, ¿dónde está el mal? No tenía por qué perder. ¿Que no perdió nada? Entonces, ¿qué diablos...? ¡Nunca he podido comprenderte, Lily!

Al final, después de ansiosas pesquisas y muchas deliberaciones, la señorita Fisher y Gerty, por una vez extrañamente unidas en su esfuerzo por salvar a su amiga, decidieron colocarla en el taller de madame Regina, que poseía una renombrada tienda de sombreros. Ni siquiera esta solución pudo realizarse sin considerables negociaciones, porque madame Regina tenía fuertes prevenciones contra el personal no cualificado, y sólo la convenció el hecho de que debía la protección de la señora Bry y la señora Gormer a la influencia de Carry Fisher. Había estado dispuesta desde el principio a emplear a Lily en la tienda, pues una belleza elegante podía ser muy útil para presentar los sombreros. Pero la señorita Bart rechazó esta sugerencia y Gerty la apoyó con energía, mientras la señora Fisher, nada convencida en su fuero interno, pero resignada a esta última prueba de la insensatez de Lily, convino en que a fin de cuentas quizá fuera más útil que aprendiera un oficio. Así pues, Lily fue enviada por sus amigas al taller de Regina, donde la señora Fisher la dejó con un suspiro de alivio, y Gerty continuó vigilándola a distancia.

Lily había empezado a trabajar a principios de enero; ahora, dos meses después, seguían reprochándole su incapacidad para coser lentejuelas en un ala de sombrero. Cuando volvió a su trabajo, oyó un murmullo entre las mesas. Sabía que era objeto de crítica y burla por parte de las otras obreras. Éstas, naturalmente, conocían su historia —la situación exacta de todas las chicas del taller era conocida y discutida libremente por todas las demás—, pero eso no se traducía en ningún sentido turbador de la diferencia de clases; era una simple explicación de por qué sus dedos inexpertos aún no habían aprendido los rudimentos del oficio. Lily no deseaba en absoluto que reconocieran en ella ninguna diferencia social, pero había esperado ser acogida como una más,

y tal vez al cabo de un tiempo demostrar su superioridad por una destreza especial; y era humillante ver que, después de dos meses de trabajar con ahínco, seguía dando muestra de su falta de preparación. Estaba muy lejos el día en que podría aspirar a ejercitar los talentos que confiaba en poseer; sólo a las costureras experimentadas se les encomendaba el delicado arte de dar forma y adornar los sombreros, y la encargada la condenaba todavía, inexorablemente, a la rutina del trabajo preparatorio.

Empezó a arrancar las lentejuelas, escuchando distraída el zumbido de la charla, que se intensificaba o apagaba de acuerdo con las idas y venidas de la activa figura de la señorita Haines. El aire estaba más viciado que nunca porque ésta se había resfriado y había prohibido por ello abrir una ventana durante la pausa del mediodía; a Lily le estallaba la cabeza tras una noche de insomnio y la palabrería de sus compañeras tenía la incoherencia de un sueño.

—Le dije que él no volvería a mirarla más y así fue. Yo habría hecho lo mismo... En mi opinión, le trató muy mal. La llevó al Baile del Arion en coche de alquiler... Se ha tomado diez frascos y sus dolores de cabeza no parecen mejorar... pero ha escrito un certificado en que asegura que el primero la curó y le han dado cinco dólares y su foto ha salido en el periódico... ¿El sombrero de la señora Trenor? ¿El de la pluma de Paraíso de color verde? Aquí está, señorita Haines... lo tendré listo en seguida... La que vino ayer fue una de las hijas de los Trenor, acompañada por la señora de George Dorset. ¿Que cómo lo sé? Pues porque madame me mandó llamar para cambiar la flor de aquel sombrero Viro, el de tul azulado; es alta y esbelta, de cabellos muy huecos... muy parecida a Mamie Leach, sólo que más delgada...

La charla no cesaba, era como una corriente acústica ininteligible de la que de vez en cuando surgía, flotando en la superficie, un nombre conocido. Ésa era la parte más extraña de la extraña experiencia de Lily, oír aquellos nombres, ver la imagen fragmentaria y distorsionada del mundo en que había vivido, reflejada en el espejo de la mente de las obreras. Jamás había sospechado la mezcla de curiosidad insaciable y libertad desdeñosa con que se hablaba de ella y de su clase en aquel mundo de trabajadoras que vivían de su vanidad y derroche. Todas las chicas del taller de madame Regina sabían a quién iba destinado cada sombrero, y tenían su opinión de su futura dueña y un conocimiento certero del lugar que ocupaba en la escala social. El hecho de que Lily fuera una estrella caída de aquel firmamento no aumentó su interés por ella, una vez saciada la primera curiosidad. Había caído, había fracasado y, fieles al ideal de su raza, sólo les impresionaba el éxito: la tosca y tangible imagen de la conquista material. La conciencia de su distinto punto de vista las mantenía simplemente a cierta distancia de ella, como si Lily fuese una extranjera con la que resultara difícil hablar.

—Señorita Bart, si no sabe coser esas lentejuelas con más regularidad, será

mejor que le dé el sombrero a la señorita Kilroy.

Lily contempló su obra con desaliento. La encargada tenía razón: el cosido de las lentejuelas era francamente malo. ¿Por qué aquella torpeza mayor de lo habitual? ¿Se debería a un creciente desinterés por su trabajo o a una verdadera incapacidad física? Se sentía cansada y confusa; pensar requería un esfuerzo. Se levantó y entregó el sombrero a la señorita Kilroy, que lo recibió reprimiendo una sonrisa.

—Lo siento; creo que no me encuentro bien —le dijo a la encargada.

La señorita Haines no hizo ningún comentario. Se había opuesto desde el principio a que madame Regina consintiera en incluir a una aprendiz de la buena sociedad entre sus obreras. En aquel templo del arte no había sitio para las principiantes, y la señorita Haines no habría sido humana si no hubiera experimentado cierto placer al ver confirmados sus temores.

—Será mejor que vuelva a ribetear bordes —dijo secamente.

Lily salió a la cola del batallón de trabajadoras liberadas. No le preocupaba mezclarse entre el bullicioso tropel, pero una vez en la calle volvía siempre con inercia irresistible a su antiguo modo de ser, a un apartamiento instintivo de todo lo ordinario y promiscuo. En los días —¡qué remotos parecían ahora! — en que visitaba el Club de Muchachas con Gerty Farish había sentido un genuino interés por las clases trabajadoras, pero seguramente porque las observaba desde arriba, desde la feliz altura de su gracia y benevolencia. Ahora que estaba a su mismo nivel, el punto de vista era menos interesante.

Notó que le tocaban el brazo y vio la mirada compungida de la señorita Kilroy.

—Señorita Bart, supongo que, cuando se encuentra bien, sabe coser lentejuelas tan bien como yo. La señorita Haines no ha sido justa con usted.

Esta inesperada muestra de buena voluntad la hizo enrojecer; hacía mucho tiempo que nadie le dirigía una mirada realmente bondadosa, a excepción de Gerty.

—Oh, gracias. No me siento demasiado bien, pero la señorita Haines tiene razón: soy torpe.

—Bueno, es un trabajo pesado cuando se tiene dolor de cabeza. —La señorita Kilroy se interrumpió, indecisa—. Tendría que irse directamente a su casa y acostarse. ¿Ha probado alguna vez la orangina?

—Gracias. —Lily alargó la mano—. Ha sido muy amable... Desde luego, me voy en seguida a casa.

Miró, agradecida, a la señorita Kilroy, pero ninguna de las dos tenía nada

más que decir. Lily advirtió que estaba a punto de ofrecerse a acompañarla hasta su casa, pero deseaba estar sola y andar en silencio; incluso la bondad, la clase de bondad que la señorita Kilroy podía dispensar, la habría irritado en aquellos momentos.

—Gracias —repitió, dando media vuelta.

Anduvo en dirección oeste en el triste crepúsculo de marzo, hacia el edificio donde se hallaba su pensión. Había rechazado de plano la oferta de hospitalidad de Gerty. Empezaba a surgir en ella algo de la violenta aversión de su madre a la compasión y la solicitud, y la promiscuidad y estrechez de una vivienda reducida le parecían en general menos soportables que la soledad de un dormitorio en una casa donde podía entrar y salir sin llamar la atención entre los demás asalariados. Durante un tiempo la sostuvo este deseo de intimidad e independencia, pero ahora, quizá a causa de un creciente cansancio físico, de la languidez producida por horas enteras de forzada reclusión, empezaba a notar la fealdad e incomodidad de su entorno. Cuando la tarea cotidiana tocaba a su fin, temía el regreso a su pequeño cuarto con el empapelado lleno de manchas y la pintura desconchada, y odiaba cada paso del recorrido que la conducía a través de la degradación de una calle neoyorquina en las últimas fases de su conversión en una vía comercial.

Pero lo que más temía era tener que pasar por delante de la farmacia que había en la esquina de la Sexta Avenida. Su intención había sido tomar otra calle, como solía hacer últimamente, pero hoy sus pasos se dirigieron irresistiblemente al escaparate abigarrado de la esquina; intentó ir por la acera opuesta, pero un carro cargado la obligó a retroceder y cruzar la calle en diagonal, por lo que fue a parar justo a la puerta de la farmacia.

Delante del mostrador vio la mirada del empleado que ya la había atendido otras veces y le entregó la receta. Sobre ésta no podía haber ninguna discusión: era una copia de una receta de la señora Hatch, extendida amablemente por el farmacéutico de dicha dama. Lily sabía que el empleado la sellaría sin vacilación y, no obstante, el temor nervioso de una negativa o incluso de una expresión de duda hizo temblar sus manos mientras fingía examinar los frascos de perfume expuestos en una caja de cristal.

El empleado leyó la receta sin comentarios, pero en el acto de entregar el frasco, se detuvo un momento.

—Tenga cuidado de no aumentar la dosis —recomendó.

El corazón de Lily se contrajo. ¿Qué significaba aquella extraña mirada?

—Naturalmente —murmuró, tendiendo la mano.

—No lo olvide. Es un fármaco que actúa de forma desconocida. Una o dos

gotas de más y sobreviene el fin... Los médicos ignoran por qué.

El temor de que le hiciera preguntas o se quedara con el frasco atascó en su garganta el murmullo de aquiescencia y, cuando por fin salió a salvo del establecimiento, la intensidad del alivio casi la mareó. El simple roce con el paquete estimulaba sus nervios cansados con la deliciosa promesa de una noche de sueño, y en la reacción de momentáneo miedo sintió ya como si la primera oleada de somnolencia empezara a causarle su efecto bienhechor.

En su confusión tropezó con un hombre que bajaba a toda prisa los últimos peldaños de la estación elevada. Retrocedió y Lily oyó su nombre pronunciado con sorpresa. Era Rosedale, con abrigo de piel, lustroso y próspero, pero ¿por qué tenía la impresión de verle tan lejano, como a través de una capa de cristales rotos? Antes de encontrar una explicación del fenómeno, se encontró estrechándole la mano. Se habían despedido la última vez con desprecio por su parte y con cólera por parte de Rosedale, pero cualquier traza de estas emociones pareció desvanecerse con el apretón de manos y Lily sólo fue consciente del confuso deseo de seguir sujetándose a él.

—¡Cómo! ¿Qué ocurre, señorita Lily? ¡No se encuentra bien! —exclamó Rosedale y ella esbozó una tenue sonrisa tranquilizadora.

—Sólo un poco cansada, no tiene importancia. Quédese un momento conmigo, por favor —añadió con voz trémula. ¡Que estuviera pidiendo este servicio a Rosedale!

Él echó una ojeada a la sucia y bulliciosa esquina, donde se mezclaba el alarido del «elevado» con el desagradable tumulto de carros y tranvías.

—No podemos quedarnos aquí, pero permítame llevarla a algún lugar para tomar una taza de té. El Longworth está a pocos metros y a esta hora no habrá nadie.

Una taza de té en un sitio alejado del ruido y la fealdad parecía por el momento el único alivio soportable para Lily. Unos pocos pasos les condujeron a la puerta para señoras del mencionado hotel, y unos instantes después estaba sentada frente a Rosedale y el camarero había depositado entre los dos la bandeja de té.

—¿No desea antes una gota de brandy o whisky? Tiene aspecto de estar agotada, señorita Lily. Bueno, pues tome el té muy cargado. Camarero, traiga un cojín para el respaldo de la señora.

Lily sonrió levemente al oír la recomendación de que tomara el té muy cargado; era la tentación que siempre luchaba por resistir. Su necesidad del fuerte estimulante estaba siempre en conflicto con su otra necesidad del sueño: una necesidad que a medianoche sólo podía satisfacer el pequeño frasco que

llevaba en la mano. Hoy, sin embargo, no le importaba que el té fuera demasiado fuerte; lo necesitaba para que llevara a sus venas vacías calor y decisión.

Rosedale, al contemplarla recostada en el respaldo, con los párpados entornados por el cansancio, aunque el primer sorbo caliente ya teñía su rostro con una nueva vida, tuvo una vez más una conmovedora impresión de su belleza. Las ojeras oscuras, la mórbida palidez de las sienes, cruzadas por venitas azules, prestaban relieve al brillo del cabello y los labios, como si su escasa vitalidad radicara en ellos. Contra el apagado fondo color chocolate del restaurante, el puro contorno de su cabeza resaltaba más que en el salón de baile mejor iluminado. La miró con un sentimiento incómodo e inquieto, como si su belleza fuera un enemigo olvidado que había estado al acecho y ahora le atacaba por sorpresa.

Para despejar la atmósfera, intentó hablar en un tono ligero.

—Vaya, señorita Lily, hacía siglos que no la veía. Ignoraba qué había sido de usted.

Aun antes de terminar la frase le turbó la idea de las complicaciones que el encuentro podía acarrear. Aunque no la había visto, había oído hablar de ella y conocía su conexión con la señora Hatch y los chismes que circulaban al respecto. En un tiempo había frecuentado asiduamente el milieu de la señora Hatch, que ahora evitaba por sistema.

Lily, a quien el té había devuelto su acostumbrada claridad mental, leyó sus pensamientos y dijo con una leve sonrisa:

—No era probable que supiera de mí. He pasado a formar parte de la clase trabajadora.

Él se sobresaltó.

—¿No querrá decir...? ¿Por qué? ¿En qué trabaja?

—Aprendo el oficio de sombrerera... Por lo menos, intento aprenderlo —añadió con premura.

Rosedale reprimió un largo silbido de sorpresa.

—Vamos... no habla usted en serio, ¿verdad?

—Totalmente en serio. Me veo obligada a trabajar para ganarme la vida.

—Pero yo tenía entendido... pensé que estaba con Norma Hatch.

—¿Le dijeron que era su secretaria?

—Algo por el estilo, sí. —Se inclinó para llenar de nuevo la taza de Lily. Ésta adivinó la turbación que el tema podía suscitar en él y, mirándole a los

ojos, explicó de repente:

—La dejé hace dos meses.

Rosedale continuó manoseando torpemente la tetera y Lily tuvo la seguridad de que había oído lo que se decía de ella. En realidad, ¿había algo que Rosedale no oyera decir?

—¿No era una litera cómoda? —inquirió él, intentando bromear.

—Demasiado blanda... habría podido hundirme en ella. —Lily descansó el brazo en el borde de la mesa y miró a Rosedale más fijamente que nunca. Un impulso irresistible la inducía a exponer su caso delante de este hombre, de cuya curiosidad siempre se había defendido con tanto ahínco—. Supongo que conoce a la señora Hatch... Pues bien, quizá entonces comprenderá que podría haber hecho las cosas demasiado fáciles para mí.

Rosedale expresó perplejidad y ella recordó que no entendía las alusiones.

—De todos modos, no era lugar para usted —convino, tan impregnado e inmerso en la luz de la directa mirada de Lily que se sentía atraído a extrañas profundidades de intimidad. Él, que había tenido que subsistir de simples miradas fugitivas, miradas concedidas al vuelo y perdidas un instante después, vio ahora aquellos ojos pendientes de él con una intensidad deslumbradora.

—La dejé —continuó Lily— para que la gente no dijera que ayudaba a la señora Hatch a casarse con Bertie van Osburgh (que no es ni mucho menos demasiado bueno para ella), pero, en vista de que siguen diciéndolo, veo que podría haberme quedado donde estaba.

—Oh, Bertie... —Rosedale hizo un gesto de desdén por la insignificancia del asunto que hizo intuir a Lily la inmensa perspectiva que había adquirido—. Bertie es lo de menos... pero yo sabía que usted no estaba mezclada en eso. No es su estilo.

Lily se ruborizó un poco, incapaz de negarse que estas palabras la complacían. Le habría gustado seguir sentada allí, bebiendo más té y hablando con Rosedale, pero la vieja costumbre de observar las convenciones le recordó que ya era hora de poner fin al coloquio, e hizo un movimiento para apartar su silla.

Rosedale la detuvo con un gesto de protesta.

—Espere un momento, no se vaya todavía; no se levante y descanse un poco más. Parece exhausta. Y aún no me ha dicho... —Se interrumpió, consciente de estar yendo más lejos de lo que se proponía. Ella vio la lucha y la comprendió, del mismo modo que comprendió la naturaleza del hechizo al que se rendía cuando, mirándola a los ojos, continuó de repente—: ¿Qué ha querido decir antes con eso de aprender a ser sombrerera?

—Justamente lo que he dicho. Soy aprendiz en Regina.

—¡Dios mío! ¿Usted? Pero ¿por qué? Sabía que su tía la desheredó, me lo dijo la señora Fisher, pero tenía entendido que le había dejado un legado...

—Sí, diez mil dólares, pero no me los pagarán hasta el verano.

—Bueno, pero... escuche: podría pedir el dinero prestado siempre que quisiera.

Ella negó con la cabeza con gravedad.

—No, porque ya lo debo.

—¿Lo debe? ¿Los diez mil?

—Hasta el último penique. —Calló y en seguida continuó con acento brusco y los ojos fijos en el rostro de él—: Creo que Gus Trenor le habló en una ocasión de que había hecho algún dinero para mí con la compra y venta de acciones.

Esperó y Rosedale, congestionado por la turbación, murmuró que recordaba algo parecido.

—Ganó unos nueve mil dólares —prosiguió Lily, en el mismo tono ávido y comunicativo—. Entonces pensé que estaba especulando con mi propio dinero; fue una estupidez por mi parte, pero no entendía nada de negocios. Después descubrí que no había invertido mi dinero... que las cantidades que, según él, había ganado para mí eran en realidad un regalo. Lo hizo por bondad, naturalmente, pero yo no podía permitir esa clase de deuda. Por desgracia, cuando descubrí mi error ya había gastado el dinero, así que el legado tendrá que servir para devolverlo. Ésta es la razón de que ahora intente aprender un oficio.

Expuso la situación con claridad e intención deliberadas, haciendo pausas entre las frases para que cada una tuviera tiempo de grabarse en la memoria de su interlocutor. Deseaba con locura que alguien conociera la verdad sobre esta transacción y también de que el rumor de su propósito de devolver el dinero llegara a oídos de Judy Trenor. Y de improviso se le ocurrió que Rosedale, la persona que había sorprendido la confianza de Trenor, era el hombre idóneo para recibir y transmitir su versión de los hechos. Sintió incluso un alivio momentáneo ante la idea de librarse así de su odiado secreto, pero la sensación se iba diluyendo mientras hablaba y, al terminar, un profundo rubor cubría sus pálidas mejillas.

Rosedale seguía mirándola, asombrado, pero el asombro tomó el giro que ella menos esperaba.

—Pero, escuche... Si el caso es éste... ¡usted queda exonerada del todo!

Se lo dijo como si ella no hubiera comprendido las consecuencias de sus actos, como si su incorregible ignorancia en materia de negocios estuviera a punto de precipitarla a un nuevo acto de locura.

—Del todo... claro —convino tranquilamente.

Él guardó silencio; tenía las gruesas manos cruzadas sobre la mesa y sus pequeños ojos perplejos exploraban los rincones del restaurante desierto.

—Oiga... esto es magnífico —exclamó de repente.

Lily se levantó con una risa de desprecio.

—Oh, no... más bien un fastidio —observó, recogiendo los extremos de su cuello de plumas.

Rosedale seguía sentado, demasiado absorto en sus pensamientos para advertir que ella ya estaba en pie.

—Señorita Lily, si necesita ayuda... Me gusta el valor... —murmuró con incoherencia.

—Gracias. —Le tendió la mano—. Su té me ha prestado una enorme ayuda. Ya me siento con ánimos para todo.

El ademán parecía indicar una resuelta intención de despedirse; pero su acompañante le había lanzado un billete al camarero y estaba metiendo los brazos en su elegante sobretodo.

—Espere un momento... Debe permitirme que la acompañe hasta su casa —dijo.

Lily no protestó y, después de que él contara el cambio, salieron del hotel y cruzaron de nuevo la Sexta Avenida. Mientras ella le guiaba hacia el oeste, por una larga serie de barrios que revelaban con creciente franqueza, a través de la distorsión de sus barandillas despintadas, los disjecta membra de cenas de otra época, notó que Rosedale tomaba con desdén nota del vecindario, y, ante los escalones frente a los que por fin se detuvieron, le vio echar una ojeada de incredulidad y disgusto.

—¿De veras es aquí? Alguien me dijo que vivía con la señorita Farish.

—No, me hospedo aquí. Ya he vivido demasiado tiempo a costa de mis amigos.

Rosedale siguió observando la desconchada fachada de piedra parda, las ventanas tapadas con encaje descolorido y la decoración pompeyana del sucio vestíbulo; entonces miró a Lily y preguntó con visible esfuerzo:

—¿Me permitirá visitarla algún día?

Ella sonrió, reconociendo el heroísmo del ofrecimiento hasta el punto de sentirse auténticamente emocionada.

—Gracias, me alegrará mucho —respondió, con las primeras palabras sinceras que jamás le había dirigido.

Aquella noche, en su habitación, la señorita Bart —que había huido pronto del denso tufo del comedor del sótano— meditó sobre el impulso que la había llevado a desahogarse con Rosedale. Lo atribuyó a una creciente sensación de soledad, al temor de volver al silencio de su habitación cuando podía estar en cualquier otra parte y en cualquier compañía que no fuera la suya propia. Últimamente las circunstancias se habían confabulado para aislarla cada vez más de las pocas amigas que le quedaban. Por parte de Carry Fisher, el abandono no era tal vez del todo involuntario. Después de realizar un último esfuerzo en su favor, encomendándola al taller de madame Regina, la señora Fisher parecía dispuesta a descansar de sus gestiones y Lily, comprendiendo la razón, no podía condenarla. De hecho, Carry había estado peligrosamente a punto de verse involucrada en el episodio de la señora Norma Hatch, y necesitado bastantes recursos verbales para escabullirse. Confesó con franqueza haber puesto en contacto a Lily y la señora Hatch, pero sin conocer a esta última —hecho que no había dejado de mencionar a Lily— y, además, ella no era el ángel guardián de Lily y ésta tenía la edad suficiente para cuidar de sí misma. Carry no dijo tan brutales palabras, pero permitió que las dijera por ella su última amiga íntima, la esposa de Jack Stepney, quien, aunque temblando por el riesgo que había corrido su único hermano, estaba ansiosa de salvar a la señora Fisher, en cuya casa podía asistir a las «alegres fiestas» que se habían convertido en una necesidad para ella desde que su matrimonio la emancipara de los criterios de los Van Osburgh.

Lily comprendía la situación hasta el punto de sentirse indulgente. Carry había sido una buena amiga en los momentos difíciles y era posible que sólo una amistad como la de Gerty pudiera sobrevivir a una tensión tan considerable. Gerty, desde luego, seguía siendo de una lealtad a toda prueba y, sin embargo, Lily también empezaba a evitarla, porque no podía ir a verla sin arriesgarse a encontrarse con Selden, y eso sería ahora un dolor demasiado intenso. Ya era bastante doloroso incluso pensar en él, tanto en la lucidez de las horas diurnas como sintiendo la obsesión de su presencia en el desasosiego de sus noches atormentadas. Ésta era una de las razones por las que había recurrido de nuevo a la receta de la señora Hatch. En la inquietud de sus sueños naturales le veía volver con su antiguo talante de ternura y compañerismo, y se despertaba de la dulce ilusión burlada y sin ánimos. En cambio, en el sueño que procuraba el contenido del frasco, se sumía en una profundidad mucho mayor que la de las fantasías de su duermevela; caía en abismos de aniquilación sin sueños de los que despertaba todas las mañanas

con un pasado desvanecido.

Por supuesto, la tensión de sus persistentes pensamientos no dejaba de aparecer paulatinamente, pero al menos no importunaba su despertar. El fármaco le daba la ilusión momentánea de una renovación total que le daba fuerzas para emprender su trabajo cotidiano, fuerzas que eran cada vez más necesarias a medida que aumentaba la incertidumbre sobre su futuro. Sabía que tanto Gerty como la señora Fisher creían que sólo se hallaba pasando por un período de prueba, ya que estaban convencidas de que su aprendizaje en el taller de madame Regina le permitiría, una vez le hubieran pagado el legado de la señora Peniston, hacer realidad la visión de la tienda blanca y verde, ayudada por la competencia adquirida en su trabajo preparatorio. Pero, para la propia Lily, consciente de que el legado no sería empleado para tal fin, aquel aprendizaje era un esfuerzo inútil. Comprendía con claridad que, incluso aunque lograra aprender algún día a competir con manos formadas desde la infancia para aquel trabajo especializado, la pequeña paga que recibía no sería un añadido suficiente a su renta para compensarla del esfuerzo. La conciencia de esta realidad la llevaba una y otra vez a la tentación de destinar el legado a establecer su propio negocio. Una vez instalada y al mando de sus propias obreras, recurriría a su innegable tacto y habilidad para atraer a una clientela selecta y, si el negocio prosperaba, podría ir apartando poco a poco el dinero suficiente para saldar su deuda con Trenor. Pero podían pasar años antes de alcanzar este fin, aunque continuara trabajando hasta el límite de sus fuerzas, y mientras tanto su orgullo seguiría humillado bajo el peso de una obligación intolerable.

Éstas eran sus consideraciones superficiales; debajo de ellas acechaba el temor secreto de que la obligación podía no ser siempre intolerable. Sabía que no podía confiar en su perseverancia, y lo que la asustaba realmente era la idea de que pudiera acabar resignándose a estar indefinidamente en deuda con Trenor, como se había resignado al papel que se le destinara en el Sabrina y como casi había accedido al plan de Stancy para promover el ascenso de la señora Hatch. El peligro, y ella lo sabía muy bien, estaba en su antiguo e incurable miedo a la incomodidad y la pobreza, a aquella marea creciente de mediocridad contra la que su madre la había prevenido con tanta pasión. Y ahora se abría ante ella un nuevo panorama de peligro. Comprendió que Rosedale estaba dispuesto a prestarle dinero, y el deseo de aceptar su oferta empezaba a rondarla insidiosamente. Era imposible, desde luego, aceptar un préstamo suyo, pero posibilidades similares iniciaban un baile tentador en torno a su alrededor. Estaba completamente segura de que iría a visitarla y casi segura de que, si lo hacía, podría inducirle a proponer un matrimonio en las condiciones previamente estipuladas por él que antes había rechazado. ¿Las rechazaría de nuevo si se las ofrecía? Una vez más, como con cada nueva desgracia que se le echaba encima, las Furias implacables parecían adoptar la

forma de Bertha Dorset y, muy cerca de ella, a salvo entre los documentos que guardaba bajo llave, estaba el medio de poner fin a su persecución. La tentación, que un día su desprecio por Rosedale le había permitido vencer, volvía ahora a acecharla, insistente, ¿y cuántas fuerzas le quedaban para seguir vencéndola?

En cualquier caso, las pocas que tenía debía aprovecharlas al máximo; no podía arriesgarse de nuevo a los peligros de una noche de insomnio. Durante las largas horas de silencio, el espíritu maligno de la fatiga y la soledad se acurrucaba en su pecho, dejándola tan desprovista de fuerza física que sus pensamientos matutinos flotaban en una niebla de debilidad. La única esperanza de renovación residía en el pequeño frasco de la mesilla de noche, y no se atrevía a hacer conjeturas sobre cuánto tiempo duraría esta esperanza.

Capítulo XI

Lily se detuvo un momento en la esquina y contempló el espectáculo vespertino de la Quinta Avenida.

Era un día de finales de abril y se respiraba la dulzura de la primavera que mitigaba la fealdad de la larga y atestada avenida, difuminaba la sombría silueta de los tejados, tendía un velo violeta sobre la desalentadora perspectiva de las calles laterales y daba un toque de poesía al delicado tapiz verde que señalaba la entrada del parque.

Reconoció algunas caras familiares en el interior de los coches que pasaban. La temporada había terminado, y las fuerzas que la regían se habían dispersado; pero aún quedaban unos pocos que demoraban su viaje a Europa o estaban de paso en la ciudad a su regreso del sur. Entre ellos se encontraba la señora Van Osburgh, que se balanceaba majestuosamente en su birlocho de ballestas en forma de C al lado de la señora de Percy Gryce, mientras el nuevo heredero de los millones Gryce viajaba sentado delante de ellas como en un trono en la falda de su nodriza. Les seguía la victoria eléctrica de la señora Hatch, donde ésta iba recostada en el solitario esplendor de un atavío primaveral obviamente destinado para la compañía, y al cabo de unos momentos llegó Judy Trenor, acompañada por lady Skiddaw, que había venido para su pesca anual del tarpón y un paseo por «la calle».

Este fugaz atisbo del pasado no hizo sino resaltar la falta de rumbo de Lily, que al final dio media vuelta para dirigirse a su casa. No tenía nada que hacer en lo que quedaba de día ni en los días siguientes, porque la temporada había tocado a su fin tanto para la sociedad como para las tiendas de sombreros, y

una semana antes madame Regina le había notificado que ya no necesitaba sus servicios. Madame Regina reducía siempre su personal el día primero de mayo y la asistencia de la señorita Bart había sido últimamente tan irregular — enfermaba con frecuencia y trabajaba tan poco cuando se presentaba— que retrasar su despido hasta aquella fecha había sido un favor.

Lily no cuestionó la justicia de la decisión. Sabía que había sido olvidadiza, torpe y lenta en aprender; era amargo reconocer su inferioridad incluso ante sí misma, pero se había dado cuenta de que como asalariada jamás podría competir con la habilidad profesional. Puesto que había sido educada para ser un adorno, no era suya toda la culpa si no estaba capacitada para una labor práctica, pero este descubrimiento había acabado con el consolador sentido de su eficiencia universal.

Emprendió el regreso a su habitación rehuendo la idea de que no tendría ninguna razón para levantarse a la mañana siguiente. El lujo de quedarse acostada hasta tarde era un placer que pertenecía a la vida ociosa; no formaba parte de la existencia utilitaria de una pensión. Le gustaba salir temprano de su dormitorio y volver lo más tarde posible, y ahora andaba despacio a fin de retrasar la detestada proximidad de su umbral.

Pero éste adquirió, mientras se acercaba, un repentino interés por el hecho de estar ocupado —o, mejor dicho, acaparado— por la inconfundible figura del señor Rosedale, cuya presencia parecía cobrar una amplitud adicional en la mediocridad de aquel entorno.

Verle le procuró una irresistible sensación de triunfo. Rosedale había llamado uno o dos días después de su encuentro fortuito para preguntar si se había restablecido de su indisposición, pero desde entonces no había vuelto a saber nada de él, y su ausencia parecía significar una lucha para guardar las distancias, para borrarla una vez más de su vida. Si esto era así, su vuelta demostraba que la lucha había sido vana, porque Lily sabía que no era hombre que perdiera el tiempo en un inútil escarceo sentimental. Estaba demasiado ocupado, era demasiado práctico y, sobre todo, le preocupaba demasiado su propio progreso para dedicarse a tan improductivos apartes.

En el salón azul claro, con matas de cortadera argentina en el dibujo del empapelado y descoloridos grabados en acero de episodios sentimentales, Rosedale observaba con mal disimulado disgusto mientras dejaba el sombrero con desconfianza en la polvorienta consola adornada con una estatuilla Rogers.

Lily se sentó en uno de los sofás de palisandro tapizados de felpa y él eligió una mecedora protegida por un antimacasar almidonado que le rascaba desagradablemente la piel rosada de la nuca.

—¡Dios mío! ¡No puede seguir viviendo aquí! —exclamó.

Lily sonrió al oír su tono.

—No estoy segura de poder hacerlo, pero he repasado bien mis gastos y creo que no tendré otro remedio.

—¿Otro remedio? No me refería a esto... ¡No es lugar para usted!

—Pues tendrá que serlo, ya que estoy sin trabajo desde hace una semana.

—¡Sin trabajo... sin trabajo! ¡Vaya modo de hablar! La sola idea de que necesite trabajar es ridícula. —Pronunciaba las frases a sacudidas violentas, como si las lanzara un profundo cráter de indignación—. Es una farsa... una estúpida farsa —repitió mirando la larga vista de la habitación reflejada en el manchado espejo que pendía entre las ventanas.

Lily continuaba oyendo sus protestas con una sonrisa.

—No veo por qué tengo que considerarme una excepción... —empezó.

—Porque lo es, he aquí el porqué y el hecho de que viva en un lugar como éste es una maldita afrenta. No puedo pensar en ello con calma. Desde luego Lily no le había visto nunca tan agitado ni tan falto de su elocuencia habitual, y encontraba casi conmovedora aquella torpe lucha con sus emociones.

Rosedale se levantó tan de improviso que la mecedora se balanceó violentamente y se plantó delante de Lily.

—Escuche, señorita Lily, me voy a Europa la semana próxima a pasar un par de meses en París y Londres... y no puedo dejarla así. Sé que no es asunto mío: usted misma me lo ha dado a entender bastantes veces, pero ahora su situación ha empeorado y debe comprender que ha de aceptar alguna ayuda. El otro día me habló de una suma que adeuda a Trenor. Comprendo lo que siente... y la respeto por ello. —Un rubor de sorpresa animó el semblante pálido de Lily, pero antes de que pudiera interrumpirle, él prosiguió en tono apremiante—: Pues bien, le prestaré el dinero para que pague a Trenor y no... espere, no diga nada hasta que haya terminado de hablar. Lo que quiero decir es que será un simple acuerdo comercial, como un trato entre caballeros. Y ahora dígame: ¿qué le parece?

La humillación y la gratitud intensificaron el rubor de Lily, la cual reveló ambos sentimientos en la inesperada dulzura de su respuesta:

—Sólo esto: que es exactamente lo que me propuso Gus Trenor y que nunca más estaré segura de comprender el más simple acuerdo comercial. —Entonces, dándose cuenta de que esta respuesta contenía un germen de injusticia, agregó, en tono todavía más dulce—: Pero aprecio su bondad en lo que vale... y la agradezco. Sin embargo, un acuerdo comercial entre nosotros

sería siempre imposible porque no puedo ofrecerle ninguna garantía cuando haya pagado mi deuda a Gus Trenor.

Rosedale recibió en silencio esta negativa; había advertido el acento categórico de la voz, pero se negaba a aceptar que encerrara una decisión final.

En el silencio Lily percibía con claridad los pensamientos de su interlocutor. Por muy perplejo que se sintiera ante la inexorabilidad de su determinación —por muy poco que comprendiera el motivo—, era evidente que tendía a reforzar su poder sobre él, como si sus resistencias y escrúpulos secretos tuvieran la misma atracción que la delicadeza de sus rasgos y la exquisitez de sus modales y, como éstas le infundieron un aspecto excepcional, un aire imposible de emular. Mientras Rosedale adquiría experiencia social, esta calidad única de Lily tenía más valor para él, como si fuera un coleccionista que había aprendido a distinguir sutiles diferencias de calidad y diseño en un objeto largo tiempo anhelado.

Consciente de todo ello, Lily comprendió que se casaría con ella inmediatamente con la única condición de que se reconciliara con la señora Dorset, y la tentación fue tanto más difícil de vencer cuanto que su aversión a Rosedale había sido poco a poco limada por las circunstancias. Aún existía, pero de vez en cuando la percepción de algunas cualidades redentoras contribuía a debilitarla: cierta tosca bondad, una innata fidelidad sentimental que parecía pugnar por abrir una fisura en la dura superficie de sus ambiciones materiales.

Al ver la despedida en los ojos de Lily, Rosedale le tendió la mano con un ademán que revelaba algo de este conflicto silencioso.

—Si me lo permitiera, la colocaría por encima de todas ellas... ¡La pondría donde pudiera pisarlas como si fueran un felpudo! —declaró y Lily se conmovió extrañamente al ver que su nueva pasión no había cambiado su antiguo código de valores.

Lily no tomó gotas para dormir aquella noche. Estuvo en vela considerando su situación a la cruda luz proyectada por la visita de Rosedale. Al rechazar la proporción que estaba tan dispuesto a renovar, ¿no se había sacrificado en aras de aquellas abstractas nociones de honor que podrían denominarse los convencionalismos de la vida moral? ¿Qué debía a un orden social que la había condenado y desterrado sin juicio previo? No la habían dejado hablar en defensa propia; era inocente del cargo por el que había sido declarada culpable, y la irregularidad de su condena parecía justificar el uso de métodos igualmente irregulares para recobrar sus derechos perdidos. Para salvarse, Bertha Dorset no había vacilado en causar su ruina con una flagrante falsedad; ¿por qué tenía que vacilar ella en hacer uso particular de los hechos que la casualidad había puesto en su camino? Después de todo, la mitad del

oprobio de semejante acto estriba en el nombre que se le adjudica. Si se llama chantaje, se convierte en un crimen intolerable, pero si se explica que no hace daño a nadie y que los derechos recuperados por este medio fueron arrebatados injustamente, sólo un formalista se negaría a defenderlo.

Los argumentos que Lily veía en su favor eran los viejos e irrefutables de la situación personal: el sentido del daño y del fracaso, el intenso deseo de una oportunidad justa contra el egoísta despotismo de la sociedad. La experiencia le había enseñado que no tenía la aptitud ni la constancia moral para rehacer su vida por nuevos derroteros: ser una obrera entre las demás y dejar que el mundo del lujo y el placer pasara desapercibido por su lado. No podía culparse mucho a sí misma por esta deficiencia; quizá aún menos de lo que suponía. Tendencias heredadas se habían unido a una precoz educación para convertirla en el producto altamente especializado que era en realidad: un organismo tan indefenso fuera de su reducido territorio como la anémona de mar arrancada de la roca. La habían formado para adornar y deleitar; ¿para qué otro fin redondea la naturaleza los pétalos de la rosa y pinta el pecho del colibrí? ¿Y era culpa suya que la misión puramente decorativa se cumpla con menos facilidad y armonía entre los seres sociales que en el mundo de la naturaleza y que tropiece a menudo con el obstáculo de necesidades materiales y escrúpulos morales?

Estas dos últimas complicaciones eran las fuerzas antagonistas que libraban una batalla en su pecho durante las largas vigiliadas nocturnas, y cuando se levantó a la mañana siguiente apenas sabía de cuál había sido la victoria. Estaba exhausta por las secuelas de una noche sin sueño, después de tantas noches de descanso artificial, y a la luz distorsionante de la fatiga el futuro se extendía gris, interminable y desolado.

No se levantó hasta tarde, rechazando el café y los huevos fritos que la amable criada irlandesa le dejó ante la puerta y odiando los íntimos ruidos domésticos de la casa y los gritos y murmullos de la calle. La semana de ocio resaltaba con fuerza exagerada estas pequeñas incomodidades del mundo de la pensión, y Lily añoraba aquel otro mundo lujoso cuya maquinaria está tan cuidadosamente oculta que una escena sucede a otra sin ninguna transición perceptible.

Por fin se levantó y vistió. Desde que la despidió madame Regina pasaba el día entero en la calle, en parte para huir de las odiosas promiscuidades de la pensión y en parte con la esperanza de que el cansancio físico la ayudara a conciliar el sueño. Pero, una vez fuera de la casa, no sabía a dónde ir, porque había evitado a Gerty desde el despido y no estaba segura de ser bien acogida en ningún otro sitio.

Aquella mañana ofrecía un gran contraste con el día anterior. Un cielo frío

y gris amenazaba lluvia y un fuerte viento levantaba remolinos de polvo en las calles. Lily subió por la Quinta Avenida en dirección al parque, esperando encontrar un rincón guarecido donde sentarse, pero el viento la enfrió hasta los huesos, y después de una hora de andar sin rumbo bajo las inquietas ramas, cedió a la creciente fatiga y buscó refugio en un pequeño restaurante de la calle Cincuenta y Nueve. No tenía hambre y había pensado no almorzar, pero estaba demasiado cansada para volver a la pensión, y la larga perspectiva de mesas blancas la tentaba a través de los ventanales.

El comedor rebosaba de mujeres y chicas jóvenes, todas demasiado absortas en dar rápida cuenta del té y el trozo de pastel para percatarse de su entrada. Un murmullo de voces agudas reverberaba contra el techo bajo, dejándola encerrada en un pequeño círculo de silencio. Experimentó una sensación de profunda soledad. Había perdido el sentido del tiempo y tenía la impresión de llevar días sin hablar con nadie. Recorrió con la mirada las caras que la rodeaban, buscando unos ojos comprensivos, algún signo de intuición de su dilema. Pero las pálidas y preocupadas mujeres, cargadas con sus carpetas, libros y rollos para pianola, estaban demasiado ocupadas en sus propios asuntos e incluso las que estaban solas se atareaban repasando galeradas o devorando revistas entre apresurados sorbos de té. Sólo Lily se distinguía por la ausencia de cualquier ocupación.

Tomó varias tazas de té que le sirvieron con su ración de ostras estofadas y, al salir de nuevo a la calle, tenía el cerebro más claro y animado y se dio cuenta de que mientras estaba en el restaurante había llegado de una manera inconsciente a una decisión final. La revelación le comunicó una inmediata ilusión de actividad; era estimulante pensar que tenía una razón para ir de prisa a su casa. Resolvió ir andando para prolongar aquella agradable sensación, pero la distancia era tan grande que no dejaba de mirar con nerviosismo los relojes que encontraba en su camino. Una de las sorpresas de su inactividad forzosa había sido que el tiempo, cuando se prescinde de él y no se lo somete a ninguna exigencia, deja de moverse a un ritmo normal. En general va más despacio, pero, justo cuando uno empieza a fiarse de su lentitud, puede iniciar de repente un galope salvaje e irracional.

Sin embargo, al llegar a su casa comprobó que aún tenía tiempo de sentarse y descansar unos minutos antes de poner en ejecución su plan. El aplazamiento no debilitó perceptiblemente su propósito. La reserva de fuerzas decisorias que sentía en su interior la asustaba y estimulaba a la vez, y vio que sería más fácil, mucho más fácil de lo que había imaginado.

A las cinco se levantó, abrió la maleta y sacó un paquete sellado que se introdujo en el escote. Ni siquiera el contacto con el paquete alborotó sus nervios como había temido en un principio. Parecía estar embutida en una rígida armadura de indiferencia, como si el vigoroso esfuerzo de su voluntad

hubiera embotado por fin sus más delicadas sensibilidades.

Se cambió de vestido, cerró la puerta con llave y salió. El día aún era claro, pero unos nubarrones de lluvia empezaban a oscurecer el cielo y frías ráfagas de aire hacían oscilar los letreros de las tiendas de los sótanos. Llegó a la Quinta Avenida y dirigió sus pasos hacia el norte. Conocía lo suficiente las costumbres de la señora Dorset para saber que siempre se encontraba en su casa después de las cinco. Podía no ser accesible a las visitas, en especial a una tan intempestiva contra cuya admisión era probable que hubiese dado órdenes expresas, pero Lily había escrito una nota que pensaba entregar cuando diera su nombre y que seguramente le franquearía la entrada.

Había preferido ir a pie hasta la casa de la señora Dorset, pensando que el ejercicio al aire fresco del atardecer le calmaría los nervios, pero en realidad no necesitaba tranquilizarse. Su examen de la situación seguía siendo sereno e invariable.

Al llegar a la calle Cincuenta, los nubarrones descargaron de forma inopinada y una lluvia fría le mojó el rostro. No llevaba paraguas y la humedad traspasó rápidamente su fino vestido de primavera. Se hallaba todavía a medio kilómetro de su destino y decidió cruzar hasta la avenida Madison y tomar el tranvía eléctrico. Al entrar en una calle transversal, la sorprendió un vago recuerdo. La hilera de árboles en flor, las fachadas nuevas de ladrillo y piedra caliza, la casa georgiana, baja, con jardineras en los balcones, se unieron hasta formar el decorado de una escena conocida. Por esta calle había paseado con Selden aquel día de septiembre dos años antes; unos metros más allá estaba el umbral que habían cruzado juntos. El recuerdo despertó una multitud de sensaciones dormidas: nostalgias, pesares, fantasías, el latido emocionado de la única primavera que su corazón había conocido. Era extraño encontrarse pasando por delante de su casa en semejante misión. Le pareció ver de pronto su acto como él lo vería, y saber que el propio Selden estaba relacionado con ese acto, que, a fin de lograr su propósito, ella tenía que comerciar con su nombre y aprovecharse de un secreto de su pasado, heló la sangre en sus venas y la llenó de vergüenza. ¡Qué lejos había ido desde el día de su primera conversación!

Ya entonces había puesto los pies en el camino que ahora seguía... Ya entonces se había resistido a la mano que él le alargaba.

Todo el resentimiento que le inspiraba la imaginada frialdad de Selden fue barrido por el abrumador embate de los recuerdos. Por dos veces se había ofrecido a ayudar —a ayudarla con su amor, como él mismo había dicho— y, si la tercera vez había dado la impresión de defraudarla... ¿a quién podía acusar, sino a sí misma? En fin, esa parte de su vida ya había terminado; ignoraba por qué sus pensamientos seguían aferrándose a ella. Pero la dominó

un súbito deseo de verle, un deseo que se transformó en anhelo cuando se detuvo en la acera, frente a su puerta. La calle estaba oscura y vacía, azotada por la lluvia. Imaginó el silencio de su habitación, las estanterías de libros y el fuego de la chimenea. Levantó la vista y vio una luz en su ventana; entonces cruzó la calle y entró en la casa.

Capítulo XII

La biblioteca era tal como se la había imaginado. Las lámparas de pantalla verde formaban tranquilos círculos de luz en la creciente penumbra, un pequeño fuego ardía en la chimenea y al lado estaba la poltrona que Selden había apartado cuando se levantó a abrir la puerta.

Después de reprimir la primera reacción de sorpresa, guardó silencio, esperando a que ella hablara, y Lily se demoró un instante en el umbral, asaltada por un cúmulo de recuerdos.

El escenario no había cambiado. Reconoció la hilera de libros de la que había sacado el tomo de La Bruyère y el gastado brazo del sillón en que él se había apoyado mientras ella examinaba el precioso volumen. Pero aquel día la diáfana luz de septiembre llenaba la habitación, dándole la apariencia de ser parte del mundo exterior, mientras que ahora las pantallas de las lámparas y el fuego encendido, al aislarla de la oscuridad de la calle, le prestaban una acogedora sensación de intimidad.

Al advertir poco a poco el asombro que ocultaba el silencio de Selden, se volvió hacia él y explicó con sencillez:

—He venido a decirte que lamento que nos despidiéramos de aquel modo y también lo que te dije en casa de la señora Hatch.

Las palabras afloraron a sus labios de manera espontánea. Ni siquiera mientras subía las escaleras había pensado en un pretexto para su visita, pero ahora tenía ganas de disipar la niebla de malentendidos que flotaba entre ellos.

Selden correspondió a su mirada con una sonrisa.

—Yo también lamento que nos separásemos de aquel modo, pero no estoy seguro de no haber sido el culpable. Por suerte, ya había previsto el riesgo que corría...

—De manera que te dio igual... —dijo ella, volviendo a su antigua ironía.

—De manera que estaba preparado para las consecuencias —corrigió él de buen humor—. Pero hablaremos de esto más tarde. Entra y siéntate junto al

fuego. Te recomiendo la poltrona, si me permites que te coloque un almohadón en la espalda.

Mientras hablaba, ella había avanzado hasta el centro de la habitación y detenido sus pasos cerca del escritorio, donde la lámpara, dirigida hacia arriba, proyectó sombras exageradas sobre la palidez de su rostro algo demacrado.

—Pareces exhausta; siéntate —repitió él con suavidad. Lily dio la impresión de no haberlo oído.

—Quería que supieras que dejé a la señora Hatch inmediatamente después de verte —dijo, como continuando su confesión.

—Sí, sí, ya lo sé —asintió él con turbación creciente.

—Y que lo hice porque tú me lo indicaste. Antes de que fueras ya había empezado a ver que me sería imposible quedarme con ella... por las razones que me diste; pero no quería admitirlo... No quería confesar que comprendía tus propósitos.

—¡Ah, tendría que haber confiado en que sabrías solucionarlo tú sola! ¡No me abrumes recordando mi entrometimiento!

Si Lily hubiera estado menos nerviosa, habría reconocido en aquel tono ligero el esfuerzo para salvar un momento de tensión, pero ahora, en cambio, hería su enorme deseo de ser comprendida. En su raro estado de extrema lucidez, que le daba la sensación de haber llegado ya al fondo del asunto, le parecía increíble que alguien considerara necesario perder el tiempo con juegos de palabras y evasivas convencionales.

—No es eso... no soy desagradecida —insistió, pero la facultad de expresión le falló de improviso; sintió un temblor en la garganta y dos lágrimas se juntaron y brotaron lentamente de sus ojos.

Selden se acercó y le cogió la mano.

—Estás muy cansada. ¿Por qué no te sientas y dejás que te ponga cómoda? —La llevó hasta la poltrona y le puso un cojín detrás de los hombros—. Y ahora te haré un poco de té; ya sabes que siempre me encargo de este aspecto de la hospitalidad.

Ella movió la cabeza y le cayeron otras dos lágrimas. Pero no lloraba con facilidad y el largo hábito de dominarse terminó por vencer, aunque aún temblaba demasiado para hablar.

—Sabes que puedo obligar al agua a hervir en cinco minutos —continuó Selden, como si hablara a un niño afligido.

Sus palabras evocaron aquella otra tarde en que habían tomado el té juntos y bromeado acerca del futuro. Había momentos en que aquel día parecía más

remoto que cualquier otro suceso de su vida y, no obstante, Lily siempre podía revivirlo hasta el más ínfimo detalle.

Hizo un gesto de negación.

—No, bebo demasiado té. Prefiero descansar tranquila... Me iré dentro de un momento —añadió, confusa.

Selden, cerca de ella, se apoyó en la repisa de la chimenea. Su turbación era cada vez más perceptible bajo la cordial soltura de su actitud. Lily estaba al principio demasiado absorta para apercibirse de ella, pero, ahora que sus tentáculos mentales volvían a funcionar, vio que su presencia le turbaba. Una situación así sólo puede arreglarse con un inmediato desahogo de los sentimientos y este impulso determinante aún no había acudido en ayuda de Selden.

El descubrimiento no desconcertó a Lily como lo habría hecho en otro tiempo. Ya había superado la fase de la reciprocidad cortés según la cual toda demostración debe ser escrupulosamente proporcional a la emoción que suscita, y la generosidad sentimental es la única ostentación condenada. Sin embargo, su sensación de soledad aumentó al verse una vez más excluida de la intimidad de Selden. Había acudido a él sin ningún propósito definido, únicamente impulsada por el mero deseo de verle, pero ahora la esperanza que se ocultaba en su interior recibió un golpe de muerte.

—Debo irme —repitió, haciendo un movimiento para levantarse de la poltrona—, pero, como tal vez no volvamos a vernos en mucho tiempo, quería decirte que no he olvidado nunca las cosas que me dijiste en Bellomont y que a veces, cuando parecía que estaba más lejos de recordarlas, me han ayudado a no cometer errores y han impedido que me convirtiera de verdad en la persona que muchos creen que soy.

Por mucho que intentara ordenar sus pensamientos, las palabras se negaban a fluir con más coherencia; sentía, sin embargo, que no podía dejarle sin tratar de hacerle comprender que se había salvado incólume de la aparente ruina de su vida.

Mientras ella hablaba en el rostro de Selden se operó un cambio. La expresión de reserva cedió el paso a otra todavía carente de emoción personal, pero llena de una dulce comprensión.

—Me alegra que me digas esto, pero nada de lo que yo te haya dicho ha influido realmente en ti. La diferencia está en ti misma; siempre existirá y, puesto que la llevas dentro, no puede importarte la opinión ajena. Tienes la seguridad de que tus amigos siempre te comprenderán.

—Ah, no digas eso... No digas que lo que me has dicho no ha influido

para nada. Parece aislarme... dejarme sola frente a todos los demás.

Se había levantado y ahora le miró cara a cara, dominada nuevamente por la íntima urgencia del momento. Ya daba igual que él pudiera tener sus reservas. Tanto si lo deseaba como si no, antes de separarse tenía que verla tal como era.

Su voz adquirió fuerza y le miró gravemente a los ojos mientras proseguía:

—En una... o dos ocasiones me diste la posibilidad de escapar de mi vida y yo la desprecié; la desprecié por cobardía. Después comprendí mi error, vi que nunca podría ser feliz con lo que antes me había satisfecho, pero ya era demasiado tarde: me habías juzgado... y lo comprendí. Era demasiado tarde para la felicidad... pero no para que la idea de lo que había perdido me sirviera de ayuda. Es lo que me ha mantenido viva hasta ahora... ¡no me lo arrebatas! Incluso en los momentos peores, ha sido una pequeña luz en las tinieblas. Algunas mujeres tienen la fortaleza de ser buenas sin ayuda, pero yo necesitaba el auxilio de tu fe en mí. Quizá habría podido resistir una gran tentación, pero las pequeñas me habrían vencido. Entonces recordaba... recordaba tu afirmación de que una vida semejante nunca podría satisfacerme, y me avergonzaba admitir que podía hacerlo. Esto es lo que has hecho por mí... esto es lo que quería agradecerte. Decirte que siempre lo he recordado y que lo he intentado... Lo he intentado con todas mis fuerzas...

Se interrumpió de improviso. Las lágrimas habían vuelto a brotar y, al sacar el pañuelo, sus dedos rozaron el paquete que llevaba entre los pliegues del vestido. El rubor cubrió sus mejillas y las palabras se ahogaron en sus labios. Entonces alzó los ojos hacia él y prosiguió con voz cambiada:

—Lo he intentado con todas mis fuerzas... pero la vida es difícil y yo soy una persona muy inútil, apenas puede decirse que tenga una existencia independiente. Era sólo un tornillo o un diente de una gran máquina que llamaba vida y, cuando caí desprendida, me di cuenta de que no servía para nada. ¿Qué puede una hacer cuando descubre que sólo encaja en un agujero? Hay que volver a él o dejar que te tiren al cubo de la basura... ¡y no sabes cómo es el cubo de la basura!

Sus labios esbozaron una sonrisa; la había distraído el fugaz recuerdo de las confidencias que le había hecho a Selden dos años antes en aquella misma habitación. Entonces tenía el plan de casarse con Percy Gryce... ¿Qué plan tenía ahora?

La sangre había afluido al rostro moreno de Selden, pero su emoción sólo se tradujo en una actitud más grave.

—Tienes algo que decirme... ¿piensas casarte? —preguntó de repente.

Los ojos de Lily no expresaron desconcierto, pero en su fondo se formó lentamente una mirada de extrañeza, perpleja e inquisitiva a la vez. Aquella pregunta la obligó a pensar si ya había tomado realmente la decisión cuando entró en casa de Selden.

—¡Siempre me has dicho que debería hacerlo, tarde o temprano! —respondió con una leve sonrisa.

—¿Y ya lo has decidido?

—Tendré que decidirlo... dentro de poco. Pero antes debo hacer otra cosa. —Se interrumpió de nuevo, intentando transmitir a su voz la firmeza de la sonrisa recobrada—. Tengo que despedirme de alguien. Oh, no de ti; es seguro que volveremos a vernos, sino de la Lily Bart que has conocido. La he llevado dentro todo este tiempo, pero ahora vamos a separarnos y te la he traído... para dejártela aquí. Cuando salga dentro de un momento, no se irá conmigo. Me gustará pensar que se ha quedado a tu lado... No ocupará sitio ni te molestará.

Se acercó a él y le tendió la mano sin dejar de sonreír.

—¿Permitirás que se quede contigo? —preguntó.

Él le cogió la mano y Lily sintió vibrar en la suya los sentimientos que aún no habían brotado de sus labios.

—Lily... ¿puedo ayudarte? —exclamó.

Ella le miró con dulzura.

—¿Recuerdas lo que me dijiste una vez? ¿Que sólo podías ayudarme dándome tu amor? Pues bien... me amaste durante un tiempo y me ayudó mucho; siempre me ha ayudado. Pero el momento pasó... Fui yo quien lo dejó pasar. Y hay que seguir viviendo. Adiós.

Le cubrió la mano con la que tenía libre y se miraron con una especie de solemnidad, como si estuvieran en presencia de la muerte. Y algo, en efecto, yacía muerto entre los dos: aquel amor que ella había matado y ya no podía resucitar. Sin embargo, algo vivía también ahí, algo que ahora estallaba dentro de ella como una llama inextinguible: el amor que el amor de Selden había encendido, la pasión del alma de Lily por el alma de él.

Bajo esta luz, todo lo demás se extinguió y la abandonó, y comprendió al fin que no podía marcharse y dejarle a él su antiguo yo: aquel yo debía subsistir en presencia de Selden, pero tenía también seguir siendo suyo.

Selden le retenía la mano y seguía observándola con un extraño presentimiento. El aspecto externo de la situación había desaparecido tan completamente para él como para ella; sólo lo percibía como uno de esos raros

momentos que levantaban al pasar el velo de sus rostros.

—Lily —insistió en voz baja—, no debes hablar de esta manera. No puedo dejarte marchar sin saber qué piensas hacer. Las cosas pueden cambiar, pero no desvanecerse. Tú nunca podrás salir de mi vida.

Ella le miró con ojos luminosos.

—No —convino—, ahora lo sé. Seamos siempre amigos. Así me sentiré segura, pase lo que pase.

—¿Pase lo que pase? ¿Qué quieres decir? ¿Qué va a pasar?

Ella se volvió en silencio y se acercó a la chimenea.

—De momento, nada... salvo que siento mucho frío y tendrás que reavivar el fuego antes de que me vaya.

Se arrodilló sobre la alfombra y alargó las manos hacia las ascuas. Perplejo por el repentino cambio de tono, Selden cogió maquinalmente unos cuantos leños del cesto y los echó al fuego. Al hacerlo, se fijó en lo delgadas que parecían las manos de Lily al resplandor de las nuevas llamas y vio también que, bajo las líneas amplias del vestido, las curvas de su silueta se habían vuelto angulosas; recordaría mucho tiempo después que el resplandor rojizo de las llamas marcaba la depresión de las ventanas de la nariz e intensificaba la negrura de las sombras que cubrían los pómulos. Ella siguió arrodillada unos momentos en silencio, un silencio que él no se atrevió a interrumpir. Cuando se levantó, le pareció ver que se sacaba algo del escote y lo echaba al fuego, pero apenas se fijó en aquel instante. Tenía los sentidos como aletargados y aún continuaba buscando la palabra que rompiera el hechizo.

Lily se le acercó y le puso las manos sobre los hombros.

—Adiós —dijo y, cuando él se inclinó, le rozó la frente con los labios.

Capítulo XIII

Las farolas estaban encendidas, pero la lluvia había cesado, descubriendo un momentáneo resplandor en la bóveda del cielo.

Lily caminaba ajena a su entorno, flotando todavía en el cálido éter de los momentos sublimes de la vida. Poco a poco éste se esfumó, sin embargo, y volvió a sentir el duro asfalto que pisaba. La sensación de cansancio la abrumó con fuerza renovada, y por un momento temió no poder seguir andando. Había llegado al cruce de la Quinta Avenida con la calle Cuarenta y Una, y recordó que en Bryant Park había bancos donde podía sentarse.

Este melancólico espacio verde estaba casi desierto cuando entró y se sentó en un banco vacío bajo la fuerte luz de un farol eléctrico. El calor del fuego ya no calentaba sus venas, y se dijo que no debía demorarse mucho rato en la penetrante humedad del terreno mojado. Sin embargo, su fuerza de voluntad parecía haberse gastado en un último y gran esfuerzo, y se sentía perdida en la confusa reacción que sigue a un inusitado consumo de energía. Y, además, ¿para qué volver a su triste cuartucho, donde sólo reinaba el silencio? La quietud de la noche puede ser más agobiante para los nervios cansados que los ruidos más estridentes; eso y el frasco de cloral al lado de la cama. La idea del cloral era el único punto luminoso de su oscura perspectiva y ya le parecía sentir su bienhechora influencia. Le preocupaba, sin embargo, que cada vez le produjera menos efecto y no se atrevía a tomarlo demasiado temprano. Últimamente, el sueño que inducía era inquieto y menos profundo; había noches en que merecía más bien el nombre de duermevela. ¿Y si el fármaco empezaba a fallarle poco a poco, como decían que solía ocurrir con todos los narcóticos? Recordó la advertencia del farmacéutico sobre el incremento de la dosis y que antes ya había oído hablar de la acción caprichosa e imprevisible de esa droga. Su temor de volver a otra noche de insomnio era tan grande que se entretenía en el parque, con la esperanza de que un cansancio excesivo reforzara la acción reducida del cloral.

Anocheceía y el estruendo del tráfico de la calle Cuarenta y Dos empezaba a remitir. Cuando en la plaza reinó la oscuridad, los escasos ocupantes de los bancos se levantaron y dispersaron, pero de vez en cuando alguna figura aislada, que se dirigía a pasos rápidos hacia su casa, pasaba por delante del banco de Lily, convertida fugazmente en sombra por el círculo blanco de luz eléctrica. Uno o dos de estos transeúntes retrasaron el paso para mirar con curiosidad a la figura solitaria, pero Lily era apenas consciente de que lo hacían.

De repente, sin embargo, se dio cuenta de que una de las sombras se había interpuesto entre su campo de visión y el reluciente asfalto y al levantar la vista vio a una joven inclinada sobre ella.

—Perdone, ¿está enferma? ¡Cómo! ¡Pero si es la señorita Bart! —exclamó una voz vagamente conocida.

Lily miró a la mujer, que iba mal vestida y llevaba un paquete bajo el brazo. Su rostro tenía el refinamiento engañoso que a veces causan la salud mediocre y el exceso de trabajo, pero unos labios de curva fuerte y generosa compensaban la vulgaridad de los rasgos.

—Usted no me recuerda —continuó, animándose por el placer del encuentro—, pero yo la habría reconocido en cualquier parte; he pensado tanto en usted... Creo que mi familia se sabe su nombre de memoria. Soy una de las

chicas del club de la señorita Farish; usted me ayudó a ir al campo cuando enfermé de los pulmones. Me llamo Nettie Struther. Bueno, entonces era Nettie Crane... pero supongo que tampoco recuerda ese nombre.

Sí, Lily empezaba a recordarlo. El episodio del oportuno tratamiento de Nettie Crane había sido uno de los incidentes más memorables de su relación con la obra caritativa de Gerty. Había facilitado a la chica los medios para ir a un sanatorio de la montaña y ahora se le antojó una peculiar ironía que aquel dinero procediera de Gus Trenor.

Trató de responder, a fin de asegurarle que no la había olvidado, pero la voz le falló y se sintió vencida por una enorme oleada de debilidad física. Ahogando una exclamación, Nettie Struther se sentó y le rodeó los hombros con un brazo cubierto por una deslucida manga.

—Dios mío, señorita Bart, no cabe duda de que está enferma. Apóyese en mí hasta que se encuentre mejor.

La presión del brazo que sostenía a Lily parecía transmitirle, con su calor, un poco de su propia fuerza.

—Sólo es un poco de cansancio... No es nada —logró balbucir al cabo de un momento y después, al ver un tímido interrogante en los ojos de la muchacha, añadió involuntariamente—: He sido muy desgraciada... Me ha ocurrido algo terrible.

—¿Algo terrible? Siempre pensé que en su encumbrada posición todo era maravilloso. A veces, cuando lo pasaba muy mal y me ponía a pensar por qué las cosas estaban tan mal organizadas en este mundo, solía recordar que usted, por lo menos, se divertía mucho y esto parecía demostrarme la existencia de una especie de justicia. Pero no puede seguir sentada aquí tanto rato... Hay muchísima humedad. ¿Se siente ya lo bastante fuerte para andar un poco? —preguntó.

—Sí... sí; tengo que irme a casa —murmuró Lily, levantándose.

Observó con extrañeza la figura endeble y harapienta que caminaba a su lado. Había conocido a Nettie Crane como una de las desalentadas víctimas del exceso de trabajo y la anemia crónica, como uno de los superfluos fragmentos de la vida destinados a acabar prematuramente en aquel estercolero social que tanto la asustaba a ella desde hacía algún tiempo. Sin embargo, el frágil cuerpo de Nettie Struther estaba ahora animado por la esperanza y la energía; cualquiera que fuese el destino que el futuro le reservaba, no se dejaría tirar sin lucha al cubo de la basura.

—Me he alegrado mucho de verla —continuó Lily, obligando a sonreír a sus labios temblorosos—. Ahora seré yo quien la recuerde feliz... y el mundo

también me parecerá menos injusto.

—¡Oh, pero no puedo dejarla así! ¡No está en condiciones de irse sola a su casa! ¡Y no puedo acompañarla! —gimió Nettie Struther, recordando algo de repente—. Verá, mi marido trabaja hoy en el turno de noche, es conductor, y la amiga con quien siempre dejo a la niña tiene que subir a las siete a preparar la cena de su marido. No le había dicho que tengo una niña, ¿verdad? Pasado mañana cumplirá cuatro meses y al verla nadie pensaría que yo estuve alguna vez enferma. Daría cualquier cosa por enseñarle a mi bebé, señorita Bart, y vivimos un poco más abajo de esta misma calle... sólo a tres manzanas de aquí. —La miró interrogativamente y luego añadió en un arranque de valor—: ¿Por qué no se anima y viene a casa conmigo hasta que haya dado de cenar a la niña? En nuestra cocina se está muy calentito; puede descansar allí y yo la acompañaré a su casa en cuanto la niña se quede dormida.

Era cierto que se estaba caliente en la cocina que, después de que Nettie Struther encendiera el mechero de encima de la mesa, resultó ser extraordinariamente pequeña y estar casi milagrosamente limpia. La reluciente estufa de hierro estaba encendida y cerca de ella se encontraba la cuna donde la criatura, sentada con la espalda muy recta, empezaba a expresar una emoción en su carita todavía plácida por el sueño.

Después de celebrar con efusión el reencuentro con su hija y de pedir disculpas en un lenguaje secreto por haber regresado tan tarde, Nettie volvió a dejar a la niña en la cuna e invitó con timidez a la señorita Bart a sentarse en la mecedora de la estufa.

—También tenemos una salita —explicó con perdonable orgullo—, pero creo que hace más calor aquí y no quiero dejarla sola mientras preparo la cena de la niña.

Lily le aseguró que prefería la grata proximidad del fuego de la cocina y la señora Struther procedió a preparar un biberón que luego aplicó a los impacientes labios del bebé, tras lo cual se sentó con radiante expresión junto a su visitante.

—¿Está segura de que no desea un poco de café caliente, señorita Bart? Ha sobrado leche fresca de la niña... En fin, tal vez prefiera que la deje tranquila y descansar un rato. Es maravilloso tenerla aquí; lo he pensado tan a menudo que casi me parece increíble. Muchas veces le he dicho a George: «Ojalá la señorita Bart pudiera verme ahora...» y buscaba su nombre en los periódicos y hablábamos de lo que hacía y leíamos las descripciones de los vestidos que llevaba. Ahora hacía algún tiempo que no veía su nombre y empecé a temer que estuviera enferma; llegué a preocuparme tanto que George me dijo que los nervios me harían enfermar a mí. —Sonrió al recordarlo—. El caso es que no puedo permitirme el lujo de volver a caer enferma; el último acceso casi acaba

conmigo. Cuando usted me envió a las montañas no pensé que volvería viva y no me importaba demasiado, porque entonces no conocía a George ni a la niña. —Se interrumpió para introducir de nuevo la tetina del biberón en la boca ansiosa del bebé—. Preciosidad mía... ¿por qué tienes tanta prisa? ¿Estabas enfadada con tu mamaíta porque llegaba tan tarde? La llamamos Mary Antoinette, por la reina francesa de aquella tragedia del Garden... Le dije a George que la actriz se parecía a usted y entonces se me ocurrió el nombre... Nunca pensé que me casaría, ¿sabe?, y nunca habría tenido ánimos para seguir trabajando yo sola. —Volvió a interrumpirse y, al leer interés en los ojos de Lily, continuó, ruborizándose bajo la tez pálida y anémica—: Verá, aquella vez que usted me salvó no estaba solamente enferma: era también muy desgraciada. Había conocido a un caballero en el lugar donde trabajaba (no sé si usted recordará que era mecanógrafa en una gran empresa de importaciones) y... bueno... pensé que íbamos a casarnos; habíamos salido juntos seis meses y me había regalado el anillo de boda de su madre. Pero supongo que era demasiado elegante para mí: viajaba para la empresa y veía mucho mundo. A las trabajadoras no se las mima como a ustedes y a veces no saben cuidar de sí mismas. Yo no supe hacerlo... y casi me muero cuando se fue de viaje y dejó de escribirme... Entonces caí enferma; fue como el fin del mundo para mí y quizá no lo habría resistido si usted no me hubiera enviado al sanatorio. Y, cuando vi que me curaba, empecé a animarme a pesar de mí misma. Después de mi regreso, George fue a verme y me pidió que me casara con él. Al principio pensé que no podía, porque habíamos crecido juntos y lo sabía todo de mí, pero después vi que esto lo facilitaba todo. Jamás habría podido cortárselo a otro hombre y jamás me habría casado sin contárselo, pero, si George me quería lo suficiente para aceptarme tal como era, no veía razón para no rehacer mi vida... y así lo hice. —La fuerza de la victoria iluminaba su rostro cuando dejó de mirar a la niña, que sostenía en el regazo, para posar los ojos en Lily—: Pero, qué hago, sólo he hablado de mí misma mientras usted se siente tan cansada... Sólo que es estupendo tenerla aquí y poder explicarle lo mucho que me ayudó.

La niña se había recostado, satisfecha y feliz; la señora Struther se levantó con sigilo para dejar el biberón sobre la mesa y después se volvió hacia la señorita Bart.

—Ojalá pudiera ayudarla yo... pero supongo que no hay nada que pueda hacer —murmuró, apenada.

En vez de contestar, Lily se levantó sonriendo y abrió los brazos, y la madre, comprendiendo el ademán, le puso a la niña en ellos.

La criatura, al sentirse separada de su refugio habitual, hizo un movimiento instintivo de resistencia, pero en seguida prevalecieron los efectos sedantes de la digestión y Lily notó que la blanda carga se apoyaba confiadamente contra

su pecho. Esta confianza del bebé en su propia seguridad le comunicó una cálida sensación de vitalidad y bienestar y se inclinó para contemplar la carita sonrosada, la vacía claridad de los ojos y los vagos movimientos de los dedos, que se abrían y cerraban. Al principio, el peso le pareció ligero como una nube rosa o un montón de plumas, pero al cabo de unos momentos lo notó aumentar y experimentó una extraña sensación de debilidad, como si la criatura hubiese entrado en su interior, convirtiéndose en una parte de sí misma.

Levantó la vista y vio que Nettie la miraba con ternura y felicidad.

—¿No sería maravilloso que cuando creciera se pareciera a usted? Es imposible, claro, pero las madres nunca dejan de soñar las cosas más disparatadas para sus hijos.

Lily apretó un poco a la niña contra el pecho y la devolvió a su madre.

—¡Oh, no, espero que no ocurra así...! ¡Me daría miedo venir a verla demasiado a menudo! —respondió con una sonrisa y entonces, rechazando el sincero ofrecimiento de la señora Struther de acompañarla hasta su casa y reiterando la promesa de volver pronto para conocer a George y ver a la niña tomar su baño, salió de la cocina y bajó sola las dilapidadas escaleras.

Al llegar a la calle se dio cuenta de que se sentía más fuerte y más feliz; el pequeño episodio le había hecho mucho bien. Era la primera vez que presenciaba los frutos de su intermitente caridad, y la inédita realidad de la solidaridad humana templó el frío glacial de su corazón.

Hasta que cruzó el propio umbral no sintió la reacción de una soledad más profunda que la de antes. Hacía rato que habían dado las siete y la luz y los olores procedentes del sótano revelaban que ya se servía la cena de la pensión. Subió a su cuarto a toda prisa, encendió el gas y se cambió de ropa. No quería seguir echándose a perder, ni prescindir de la comida sólo porque el entorno la hacía poco apetitosa. Ya que su destino era vivir en una pensión, tenía que aprender a adaptarse a las circunstancias de su vida. No obstante, le alegró comprobar cuando llegó al comedor, caliente y demasiado iluminado, que la cena ya casi había tocado a su fin.

De nuevo en su habitación, se entregó a una febril actividad. Hacía semanas que estaba demasiado apática e indiferente para poner orden en sus cosas, pero ahora empezó a examinar sistemáticamente el contenido de los cajones y el armario. Le quedaban unos cuantos vestidos elegantes — supervivientes de su última fase de esplendor, en el Sabrina y en Londres—, pero, cuando se vio obligada a prescindir de la doncella, le regaló una generosa parte de sus atavíos inservibles. Los demás, aunque ya no eran del todo nuevos, conservaban el corte impecable, la gracia y la amplitud obra de una gran modista y, cuando los extendió sobre la cama, evocó con realismo las

escenas en que los había lucido. Cada pliegue despertaba un recuerdo, cada lazo de encaje y cada destello del bordado era como una letra en el registro de su pasado. Le sorprendió ver hasta qué punto la envolvía el ambiente de su vida anterior, aunque, después de todo, era la vida para la que había sido educada: todas sus tendencias incipientes habían sido dirigidas cuidadosamente hacia ella, todos sus intereses y actividades centrados alrededor de ella. Era como una flor exótica cultivada para la exhibición, una flor cuyos capullos habían sido cortados en su totalidad para dar más realce a la floración de su belleza.

Lo último que sacó del baúl fue una pieza de tela blanca que dobló en torno a su brazo. Era el vestido estilo Reynolds que había lucido en el tableau de los Bry. No había sido capaz de regalarlo, pero no lo había mirado desde aquella noche, y los pliegues largos y vaporosos emanaron, cuando los desdobló, una fragancia de violetas que parecía un aliento del surtidor bordeado de flores donde había hablado con Lawrence Selden y repudiado su destino. Volvió a guardar los vestidos uno tras otro, dejando con cada uno de ellos un reflejo de luz, una nota de risa, un vago recuerdo de las rosadas orillas del placer. Se hallaba todavía en un estado fuertemente impresionable y cada insinuación del pasado provocaba una larga vibración de sus nervios.

Acababa de cerrar el baúl sobre los pliegues blancos del vestido Reynolds cuando oyó que llamaban a la puerta y los dedos enrojecidos de la camarera irlandesa le pasaron una carta del último correo. Lily se acercó a la luz y leyó con sorpresa la dirección estampada en el extremo superior del sobre. Era una comunicación comercial del bufete de los albaceas de su tía y se preguntó qué inesperado acontecimiento les habría inducido a romper el silencio antes de la fecha señalada.

Abrió el sobre y un cheque revoloteó hasta el suelo. Cuando se agachó para cogerlo, la sangre afluyó a sus mejillas. En el cheque estaba inscrita la cantidad total del legado de la señora Peniston y la carta que lo acompañaba explicaba que los albaceas, después de inventariar los bienes con menos demora de la calculada, habían decidido anticipar la fecha fijada para el pago de los legados.

Lily se sentó ante el escritorio de los pies de la cama, alisó el cheque y leyó una y otra vez «diez mil dólares», escrito con una regular caligrafía comercial. Diez meses antes, esa cantidad habría representado la penuria más absoluta, pero su código de valores había cambiado en el intervalo y ahora cada letra ocultaba visiones de riqueza. Mientras seguía contemplándolo, le pareció que el oropel de estas visiones le deslumbraba el cerebro y al cabo de un momento levantó la tapa del escritorio y guardó la fórmula mágica. Era más fácil pensar sin aquellas cinco cifras bailando ante sus ojos y tenía muchas cosas en que pensar antes de dormirse.

Abrió su talonario y se sumió en cálculos tan minuciosos como los que habían prolongado su vigilia en Bellomont la noche en que decidió casarse con Percy Gryce. La pobreza simplifica la contabilidad y su situación financiera era más fácil de determinar que entonces, pero aún no había aprendido a controlar el dinero, y durante su efímera fase de lujo en el Emporium había vuelto a costumbres extravagantes que habían hecho mella en su precaria renta. Un cuidadoso examen del talonario y de las facturas impagadas demostró que, una vez saldadas estas últimas, tendría apenas lo suficiente para vivir tres o cuatro meses, y, si continuaba su actual sistema de vida, sin ganar una cantidad adicional, tendría que renunciar hasta al más pequeño gasto. Se tapó los ojos, estremecida, viéndose ya en el umbral de esa perspectiva cada vez más estrecha en la que había atisbado la ramplona figura de la señorita Silverton.

Sin embargo, ya no era la visión de la pobreza material lo que más la aterraba. Intuía un empobrecimiento todavía peor, una destitución interna comparada con la cual cualquier circunstancia exterior quedaba reducida a pura menudencia. Era realmente triste ser pobre, avanzar hacia una mediana edad de estrecheces e inquietudes, absorbida, a fuerza de agobiantes grados de economía y sacrificio, por la sórdida existencia comunal de la pensión, pero había algo todavía más triste y era la zarpa de la soledad en el corazón, la impresión de ser arrastrada como una planta sin raíces por la tumultuosa corriente de los años. Tal era el sentimiento que la poseía ahora: la sensación de ser algo desarraigado y efímero, un mero desecho en el torbellino de la existencia, sin ningún agarradero al que pudieran asirse los pequeños tentáculos de su ser antes de que lo succionara la terrible comente. Y, al remontarse a su pasado, vio que en ningún momento había tenido una verdadera relación con la vida. Sus padres también carecían de raíces, barridos de un lado a otro por todos los vientos de la moda; ninguna existencia personal los había guarecido de las caprichosas ráfagas. Ella misma había crecido sin un rincón de la tierra más querido que los demás, sin un centro de devociones tempranas, de entrañables tradiciones a las que su corazón pudiera recurrir y de las cuales pudiera obtener fuerza para sí mismo y ternura para los demás. Cualquiera que sea la forma en que un pasado acumulado subsiste en la sangre —ya sea en la imagen concreta de la vieja casa llena de recuerdos visuales, ya en el concepto de la casa no construida por el hombre, sino compuesta de pasiones y lealtades heredadas—, tiene siempre el mismo poder de dilatar y profundizar la existencia individual, de vincularla con misteriosos eslabones de afinidad a la ingente suma total de las aspiraciones humanas.

Lily nunca había tenido una visión de la solidaridad de la vida, si acaso apenas una premonición de ella en los ciegos impulsos de su instinto de reproducción, frenados por las influencias desintegradoras de la vida que la rodeaba. Todos los hombres y mujeres que conocía eran como átomos que se

alejaban unos de otros en un salvaje baile centrífugo; su primer atisbo de la continuidad de la vida se lo debía a la visita a la cocina de Nettie Struther.

La pobre muchacha trabajadora que había encontrado fuerzas para recoger los pedazos de su vida y construirse un refugio con ellos había alcanzado, a juicio de Lily, la verdad central de la existencia. Ciertamente que era una vida mediocre, al borde mismo de la destitución, con un escaso margen en caso de enfermedad o mala suerte, pero tenía la permanencia frágil y audaz de un nido de ave construido al borde de un precipicio: un simple haz de hojas y pajas, pero entramado de un modo que las vidas a él confiadas colgaban a salvo sobre el abismo.

Sí... pero habían tenido que ser dos para construir el nido; la fe del hombre junto al valor de la mujer. Lily recordó las palabras de Nettie: «Lo sabía todo de mí». La fe de su marido en ella había hecho posible su renovación... ¡Es tan fácil para una mujer ser como la desea el hombre a quien ama! Selden había depositado por dos veces su fe en Lily Bart, pero el tercer desengaño había sido demasiado fuerte. La misma calidad de su amor hacía más imposible resucitarlo. De haber sido un simple instinto de la sangre, el poder de su belleza podría haberlo reavivado, pero, siendo más profundo, estando inextricablemente unido a viejos hábitos mentales y de sentimiento, era tan imposible reanudarlos como si se hubiera tratado de una planta de hondas raíces arrancada de su suelo. Selden le había dado lo mejor de sí mismo, pero era tan incapaz como ella de un retorno sin crítica a fases anteriores del sentimiento.

Como ya le había dicho, conservaba el recuerdo alentador de su fe en ella, pero aún no había alcanzado la edad en que una mujer puede vivir de sus recuerdos. Al tener en sus brazos a la hija de Nettie Struther, las heladas corrientes de la juventud se habían fundido y ahora fluían cálidas por sus venas; volvía a embargarla el antiguo deseo de vivir y todo su ser reclamaba por su parte de felicidad personal. Sí, era felicidad lo que aún necesitaba y lo poco que había vislumbrado de ella hacía que todo lo demás careciera de valor. Una por una había ido desechando las posibilidades menos valiosas, y ahora sólo le quedaba el vacío de la renuncia.

Anochece y un inmenso cansancio volvía a apoderarse de ella. No se trataba de una incipiente somnolencia, sino de una fatiga honda y vigilante, de una insidiosa lucidez mental que imprimía proporciones gigantescas en todas las posibilidades del futuro. La claridad de la visión la horrorizó; parecía haber traspasado el misericordioso velo que separa la intención de la acción y ver con exactitud todo lo que haría en los largos días que la esperaban. El talón guardado en el escritorio, por ejemplo: su intención era saldar con él la deuda contraída con Trenor, pero preveía que por la mañana pospondría el pago y sin darse cuenta iría cayendo en una gradual tolerancia de la deuda. Esta idea la

aterraba; temía descender de la altura de su último momento con Lawrence Selden. Pero ¿cómo confiar en sí misma? Conocía la fuerza de los impulsos opuestos, podía sentir cómo los innumerables tentáculos de la costumbre la empujaban hacia un nuevo compromiso con el destino. Experimentó un intenso deseo de prolongar, de perpetuar la momentánea exaltación de su espíritu. ¡Si su vida pudiera terminar ahora... terminar con esta trágica pero dulce visión de las oportunidades perdidas que le infundía un sentido de solidaridad con todo el amor y el sufrimiento del mundo!

Alargó la mano de improviso, sacó el cheque del escritorio y lo metió en un sobre que dirigió al banco. Entonces extendió un talón nominal a Trenor, lo introdujo, sin adjuntar ningún mensaje, en otro sobre dirigido a su nombre y dejó los dos encima del escritorio. Después continuó ordenando papeles y cartas hasta que el intenso silencio de la casa le recordó lo tarde que era. En la calle había cesado el ruido de ruedas y el rumor del «elevado» sólo llegaba entre largos intervalos a través de la densa y antinatural quietud. En la misteriosa independencia nocturna de todos los signos externos de vida se sintió más que nunca enfrentada a su destino. Esta sensación la aturdió, e intentó combatirla apretando las manos contra los ojos, pero el terrible silencio parecía simbolizar su porvenir: tenía la impresión de que la casa, la calle y el mundo entero estaban vacíos y de que ella era el único ser consciente en un universo inanimado.

Estaba al borde del delirio: nunca se había sentido tan cerca del vértigo de lo irreal. Necesitaba dormir... Recordó que había pasado dos noches seguidas en blanco. El pequeño frasco estaba sobre la mesilla, esperando ejercer su hechizo. Se levantó y desnudó rápidamente, con ganas ya de descansar la cabeza sobre la almohada. Estaba tan exhausta que no dudaba de quedarse dormida inmediatamente, pero, en cuanto se hubo acostado, todos sus nervios se pusieron en tensión. Era como si un gran resplandor de luz eléctrica se hubiera encendido en su cabeza y todo su ser pequeño y angustiado se acurrucara, huyendo de la luz, sin saber dónde refugiarse.

No había imaginado que fuera posible una multiplicación tal de la vigilia: todo su pasado desfilaba por cien puntos diferentes de su conciencia. ¿Dónde estaba el medicamento que pudiera apaciguar esa legión de nervios desatados? La sensación de cansancio habría sido dulce en comparación con este ensordecedor latido de actividades, pero el cansancio la había abandonado como si le hubieran inyectado en las venas un cruel estimulante.

Podía soportarlo... Sí, podía soportarlo, pero ¿qué fuerzas le quedarían para el día siguiente? El sentido de la perspectiva desapareció y empezó a acosarla el día siguiente y, pisándole los talones, todos los días sucesivos... apretujándose en torno a ella como una chusma enloquecida. Tenía que alejarlos durante unas pocas horas, tenía que tomar un breve baño de olvido.

Alargó la mano y contó las gotas de somnífero mientras las vertía en un vaso, aun sabiendo que serían impotentes contra la lucidez sobrenatural de su cerebro. Hacía mucho tiempo que había aumentado la dosis al límite máximo, pero esta noche sintió que debía incrementarla. Sabía que corría un pequeño riesgo al hacerlo; recordó la advertencia del farmacéutico. Si lograba conciliar el sueño, podía ser un sueño sin despertar. No obstante, había sólo una posibilidad entre cien; el efecto de la droga era incalculable y añadir unas cuantas gotas a la dosis normal no haría probablemente otra cosa que procurarle aquel descanso tan ansiado...

Lo cierto es que no consideró muy de cerca la cuestión; la necesidad física de sueño era su única sensación persistente. Huía de la despiadada luz del pensamiento de modo tan instintivo como se contraen los ojos ante un fuerte resplandor; oscuridad, oscuridad era lo que necesitaba a toda costa. Se incorporó y bebió el contenido del vaso; entonces apagó la vela de un soplo y se acostó.

En total quietud, esperó con placer sensual los primeros efectos del soporífero. Sabía por adelantado qué forma adoptarían: el cese gradual del latido interior, el suave acercamiento de la pasividad, como si una mano invisible trazara fórmulas mágicas sobre ella en las tinieblas. La misma lentitud y vacilación del efecto aumentaba su fascinación: era delicioso asomarse y mirar a los sombríos abismos de la inconsciencia. Esta noche la droga parecía funcionar más lentamente que de costumbre: tenía que apaciguar por turno cada pulso desatado y pasó mucho tiempo antes de que sintiera disminuir su ritmo, como centinelas que cayeran dormidos en sus puestos. Poco a poco, sin embargo, se produjo la subyugación completa y Lily se preguntó vagamente qué la hacía sentir tan inquieta y excitada. Vio que no había ninguna razón para excitarse: había recuperado su visión normal de la vida. Mañana no sería un día tan difícil, al fin y al cabo; estaba segura de que tendría fuerzas para afrontarlo. No recordaba bien qué era lo que había temido afrontar, pero la incertidumbre ya no la preocupaba. Había sido desdichada y ahora era feliz: se había sentido sola y ahora había desaparecido toda sensación de soledad.

Se movió una vez, para volverse de lado y, al hacerlo, comprendió de repente por qué no se sentía sola. Era extraño... pero la niña de Nettie Struther yacía en sus brazos: notaba la cabecita apretada contra su hombro. Ignoraba cómo había llegado hasta allí, pero apenas la sorprendía, sólo le inspiraba una emoción suave y penetrante, cálida y placentera. Buscó una posición más cómoda, formando un hueco con el brazo para la redonda cabecita de sedosos cabellos, y contuvo el aliento para que ningún ruido molestara a la niña dormida.

De pronto pensó que tenía que decirle algo a Selden, una palabra recién

encontrada que lo aclararía todo entre ambos. Intentó repetir la palabra, que acechaba, vaga y luminosa, en el rincón más lejano de su pensamiento y temió no recordarla cuando se despertara, ya que, si podía recordarla y decírsela, todo iría bien.

La idea de la palabra se desvaneció poco a poco y el sueño empezó a invadirla. Luchó un momento contra él: creía que no debía dormirse a causa de la niña, pero incluso esta sensación se perdió paulatinamente en una vaga impresión de paz y somnolencia, a través de la cual se abría paso de repente un oscuro relámpago de terror y soledad.

Se incorporó de nuevo, fría y temblando del susto, y por un momento le pareció haber soltado a la niña. Pero no —estaba equivocada—, la tierna presión de su cuerpo seguía oprimiendo el suyo; el calor recobrado volvía a fluir por sus venas y Lily cedió, se entregó a él y se quedó dormida.

Capítulo XIV

La mañana siguiente amaneció templada y radiante, con una promesa de verano en el aire. La luz del sol caía alegremente de soslayo en la calle de Lily, suavizaba la deslucida fachada, doraba la barandilla sin pintura de los escalones y arrancaba reflejos prismáticos a los cristales de su ventana oscura.

Cuando un día así coincide con el estado de ánimo de uno, su aliento resulta embriagador y Selden, mientras enfilaba la calle sumida en la sordidez de sus confidencias matutinas, se vio dominado por una juvenil sensación de aventura. Había soltado amarras para alejarse de las familiares orillas de la costumbre y zarpado hacia inexplorados océanos de emoción, dejando atrás todas las viejas pruebas y medidas, decidido a seguir un curso marcado por nuevas estrellas.

Este curso sólo le conducía, de momento, a la pensión de la señorita Bart, pero su mediocre umbral se había convertido de repente en el pórtico de lo desconocido. Al acercarse, levantó la vista hacia la triple hilera de ventanas, haciéndose la pueril pregunta de cuál sería la suya. Eran las nueve y la casa, habitada por trabajadores, mostraba ya una fachada plena de actividad. Después recordaría que sólo había una persiana bajada. También vio una maceta de pensamientos en uno de los alféizares y concluyó inmediatamente que ésa debía ser la ventana de Lily; era inevitable que la relacionara con el único toque de belleza del mísero escenario.

Las nueve es muy pronto para una visita, pero Selden ya había superado todas las convenciones sociales. Sólo sabía que tenía que ver a Lily Bart sin

pérdida de tiempo: había encontrado la palabra que quería decirle y no podía esperar un momento más para pronunciarla. Era extraño que no hubiera brotado antes de sus labios, que la hubiera dejado irse la tarde anterior sin ser capaz de decírsela. Pero ¿qué más daba, ahora que había llegado un nuevo día? No era una palabra para el crepúsculo, sino para la mañana.

Selden subió corriendo los escalones y tiró del cordón de la campanilla e incluso en su estado de ensimismamiento le sorprendió que le abrieran la puerta con tanta celeridad. La sorpresa fue mayor cuando, al entrar, vio que la había abierto Gerty Farish... y que detrás de ella otras figuras formaban una masa agitada y ominosa.

—¡Lawrence! —exclamó Gerty con voz extraña—, ¿cómo has podido llegar tan de prisa? —y la mano temblorosa que puso sobre él pareció oprimirle al instante el corazón.

Se fijó en las otras caras, confusas entre el temor y la conjetura, y vio el impresionante bulto de la casera encaminarse hacia él con aire profesional, pero retrocedió, levantando la mano, mientras subía con los ojos las empinadas escaleras de nogal negro por las que su prima hizo en seguida ademán de conducirlo.

Una voz del fondo dijo que el médico volvería en cualquier momento y que arriba no había que tocar nada. Otra exclamó: «Menos mal que...» y entonces Selden notó que Gerty le cogía la mano y vio que se les permitía subir solos.

Subieron los tres tramos en silencio y avanzaron por el pasillo hasta una puerta cerrada. Gerty la abrió y Selden entró detrás de ella. Aunque la persiana estaba bajada, los incontenibles rayos del sol entraban en haces dorados en la habitación y bajo su resplandor vio una cama estrecha adosada a la pared y, sobre la cama, con manos inmóviles y un semblante tranquilo y ausente, la figura de Lily Bart.

Todas las fibras de Selden negaban con ardor que fuera ella. La verdadera Lily había palpitado, cálida, contra su corazón hacía sólo unas horas... ¿Qué tenía que ver él con ese rostro tranquilo y extraño que, por primera vez, no palidecía ni se animaba en su presencia?

Gerty también con una calma antinatural, bajo el control constante de la persona que ha mitigado mucho dolor, se acercó al lecho y desde allí, como transmitiendo un último mensaje, dijo suavemente:

—El médico ha encontrado un frasco de cloral: dormía muy mal desde hacía mucho tiempo y ha debido de tomar una sobredosis por error... No cabe la menor duda... ninguna... No se planteará la cuestión... Ha sido muy amable. Le he dicho que tú y yo queríamos estar a solas con ella... ordenar sus

cosas antes de que lleguen los demás. Sé que a ella le habría gustado así.

Selden era apenas consciente de lo que decía Gerty; sólo contemplaba el rostro dormido, que parecía cubrir como una máscara delicada e impalpable los rasgos vivos que él había conocido. Creyó que la verdadera Lily seguía estando allí, cerca de él, pero al mismo tiempo invisible e inaccesible, y la tenue barrera que les separaba le procuró una cruel sensación de impotencia. Nunca había habido entre ellos más que una pequeña e impalpable barrera... ¡y no obstante él había permitido que les separase! Y ahora, aunque parecía más ligera y frágil que nunca, se había endurecido de repente y no podría derribarla aunque dejara la vida en el intento.

Se había arrodillado al lado de la cama, pero la mano de Gerty le devolvió a la realidad. Se levantó y, al cruzar sus miradas, vio una luz extraordinaria en el rostro de su prima.

—¿Has entendido por qué se ha ido el médico? Ha prometido que no nos crearán problemas... pero, como es natural, hay que cumplir con las formalidades. Y además le he pedido que nos dé tiempo para echar un vistazo a sus cosas...

Él asintió y Gerty miró la habitación pequeña y desnuda.

—No... no necesitaremos mucho tiempo —convino Selden.

Ella retuvo su mano en la suya un momento más y luego, con una última mirada a la cama, se dirigió en silencio hacia la puerta, en cuyo umbral se detuvo para añadir:

—Si me necesitas, estaré abajo.

Selden trató de retenerla.

—¿Por qué te vas? Ella habría querido...

Gerty negó con la cabeza con una sonrisa.

—No... éste habría sido su deseo... —y mientras decía estas palabras, una luz atravesó el sordo sufrimiento de Selden y le permitió ver los profundos arcanos del amor.

Gerty cerró la puerta y él se quedó solo con la inmóvil durmiente. Su primer impulso fue volver a su lado, postrarse de rodillas y descansar su palpitante cabeza contra la apacible mejilla que reposaba sobre la almohada. Nunca habían disfrutado juntos de una paz plena, y ahora le seducían las extrañas y misteriosas profundidades de la tranquilidad de Lily.

Sin embargo, recordó las palabras de advertencia de Gerty; sabía que, aunque el tiempo se hubiera detenido en esta habitación, sus alas corrían implacables hacia la puerta. Gerty le había concedido esta media hora suprema

y él debía emplearla como ella quería.

Se volvió y miró a su alrededor, obligándose con severidad a recobrar la conciencia de las cosas externas. Había muy pocos muebles en la habitación. Un trozo de encaje cubría la deteriorada cómoda, sobre la que había varias botellas y cajas de tapa dorada, un acerico de color rosa, una bandejita de cristal llena de horquillas de concha... Selden se apartó de la conmovedora intimidad de estas minucias y de la empañada superficie del espejo que pendía sobre ellas.

Ésos eran los únicos indicios de lujo, de apego al minucioso cuidado del decoro personal que demostraba cuánto habrían costado los demás actos de renuncia. El aposento carecía de cualquier otra muestra de su personalidad, a menos que se considerara tal la escrupulosa limpieza de los escasos muebles: un palanganero, dos sillas, un pequeño escritorio y la mesilla de la cabecera de la cama, sobre la cual estaba el frasco vacío y el vaso, objetos de los que Selden también desvió la vista.

El escritorio estaba cerrado, pero sobre la tapa inclinada había dos cartas. Las cogió. Una iba dirigida a un banco y, como estaba sellada y timbrada, la dejó a un lado después de un momento de vacilación. En el otro sobre leyó el nombre de Gus Trenor y, al darle la vuelta, vio que estaba abierto.

La tentación le asaltó como una cuchillada. Se tambaleó, conmocionado y tuvo que apoyarse en el escritorio. ¿Por qué había escrito a Trenor y, presumiblemente, justo después de separarse de él la tarde anterior? La idea profanó el recuerdo de aquella última hora, se mofó de la palabra que él había ido a pronunciar y manchó incluso el silencio conciliador en que debió pronunciarla. Se vio relanzado de un manotazo contra las odiosas incertidumbres de las que pensaba haberse librado para siempre. En fin de cuentas, ¿qué sabía él de su vida? Sólo lo que ella había querido enseñarle, y ¡qué poco era esto medido por el rasero mundano! ¿Con qué derecho — parecía preguntar la carta que tenía en la mano —, con qué derecho entraba ahora en su intimidad por la puerta que la muerte había dejado entornada? Su corazón replicó a gritos que le asistía el derecho de su última hora juntos, la hora en que ella había puesto la llave en su mano. Sí, pero... ¿y si la carta a Trenor había sido escrita después?

La apartó con súbita repugnancia y, apretando los labios, dirigió su atención al contenido del escritorio. Esta tarea sería más fácil de llevar a cabo ahora que había quedado anulada su implicación personal.

Levantó la tapa del escritorio y vio en su interior un talonario y varios paquetes de facturas y cartas, colocadas con la ordenada precisión que caracterizaba todas sus costumbres. Repasó primero las cartas, porque era la parte más difícil del trabajo. Eran pocas y carecían de importancia, pero entre

ellas encontró, con un extraño vuelco del corazón, la nota que él le enviara después de la recepción de los Bry.

«¿Cuándo puedo ir a verte?». Estas palabras le abrumaron, porque por ellas comprendió la cobardía que le había apartado de ella en el preciso momento en que la había conseguido. Sí... siempre había temido a su destino y era demasiado sincero para negar su cobardía ahora, porque... ¿acaso no habían resucitado todas sus antiguas dudas a la simple vista del nombre de Trenor?

Guardó la nota en su cartera, cuidadosamente doblada, como algo precioso por el mero hecho de que ella la considerase así; consciente una vez más del paso del tiempo, continuó examinando los papeles.

Ante su sorpresa, vio que todas las facturas llevaban el recibí correspondiente; no quedaba una sola sin pagar. Abrió el talonario y vio que la noche anterior Lily había registrado en él diez mil dólares enviados por los albaceas de la señora Peniston.

De modo que el legado había sido pagado antes de la fecha que Gerty le indicara. Sin embargo, al hojear el talonario, descubrió con asombro que, pese a la reciente entrada de fondos, el saldo apenas ascendía a unos pocos dólares. Una rápida mirada a las matrices de los últimos talones, todos ellos fechados el día anterior, le reveló que entre cuatrocientos y quinientos dólares del legado habían sido gastados en el pago de facturas, mientras los miles restantes correspondían a un solo talón, extendido, en la misma fecha, a Charles Augustus Trenor. Selden dejó el talonario y se desplomó en la silla del escritorio.

Apoyó los brazos y se tapó la cara con las manos. Las amargas mareas de la vida crecían y le envolvían, dejando en sus labios un sabor estéril. ¿Explicaba el misterio o lo complicaba más el talón extendido a Trenor? Al principio su cabeza se negó a funcionar, pensando sólo en la mancha que suponía semejante transacción entre un hombre como Trenor y una joven como Lily Bart. Luego, poco a poco, su visión confusa se aclaró, recordó antiguos rumores e insinuaciones que hasta aquel momento había temido analizar y con ellos dio con una explicación del misterio. Era cierto, entonces, que había aceptado dinero de Trenor, pero también lo era, como declaraba el contenido del pequeño escritorio, que la deuda había sido intolerable para ella y la había saldado a la primera oportunidad, pese a que este acto la enfrentaba cara a cara con una pobreza sin paliativos.

Esto era todo lo que él sabía y todo cuanto podía esperar dilucidar de la historia. Los labios mudos de la almohada le negaban más que esto... a menos que le hubieran dicho lo que faltaba con el beso que habían estampado sobre su frente. Sí, ahora podía ver en aquella despedida todo cuanto anhelada su corazón; incluso encontrar en ella valor para no acusarse a sí mismo de no

haber estado a la altura de su oportunidad.

Vio que todas las circunstancias de la vida habían conspirado para separarles, puesto que su propio desprecio de las influencias externas que agitaban a Lily había incrementado sus exigencias espirituales, dificultándole más vivir y amar espontáneamente. Pero por lo menos la había amado —había estado dispuesto a construir su futuro en la fe que tenía en ella— y, si bien el destino había querido que el momento pasara antes de que ellos pudieran retenerlo, no por ello había dejado de salvarse de la ruina de sus vidas.

Fue este momento de amor, esta efímera victoria sobre sí mismos, lo que les había redimido de la atrofia y la extinción: lo que, en ella, había tendido una mano hacia él en cada batalla contra la influencia de su entorno, y lo que, en él, había conservado viva la fe que ahora le llevaba, penitente y reconciliado, a su lado.

Se arrodilló junto a la cama y se inclinó sobre Lily, apurando hasta las heces su último momento; y en el silencio aleteó entre uno y otro la palabra que lo aclaraba todo.

—FIN—